



**CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS
SUPERIORES EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL**

LA LUCHA INTERMINABLE: HISTORIA Y NOVELA

**LOS INDIOS Y LA REVOLUCIÓN MEXICANA
EN LAS NARRATIVAS LITERARIAS
(1930-1948)**

T E S I S

QUE PARA OPTAR AL GRADO DE

MAESTRO EN HISTORIA

P R E S E N T A

ERNESTO MONROY PINTOR

DIRECTOR DE TESIS: DR. RICARDO PÉREZ MONTFORT

MÉRIDA, YUCATÁN, MÉXICO, MAYO DE 2015

DEDICATORIAS

Todas y cada una de las líneas contenidas en este trabajo, así como cada una de las (buenas por supuesto, las malas y las jocosas no tanto) empresas que he realizado a lo largo de mi vida, son dedicadas al esfuerzo, tolerancia y cariño que mis padres, hermanos y abuelo han tenido y tuvieron para conmigo.

A Ernesto Monroy Olmos

Porque tu sonrisa es la luz que guía y marca el camino en mi trastabillante andar. Aun crezco bajo la sombra tu enseñanza, aprendiendo del fruto de tu esfuerzo.

A Guadalupe Pintor Lechuga

La poesía más pura se esconde en tus ojos, que son el tesoro que guarda el secreto del cielo. Tu enseñanza construyó el camino y tu amor impulsó mis pasos.

A Juan Pintor Hernández

La melancolía interminable de tu partida, contrasta con la alegría infinita que trae tu recuerdo. Hasta que nos encontremos, tu memoria vivirá en mi pensamiento.

A Juan Antonio Monroy Pintor

Porque tu fuerza nos ha dado fortaleza, y tú determinación la esperanza para construir juntos un mejor futuro. Tu voluntad sostiene el camino por el que avanzamos o caemos todos.

A Erik Fernando Monroy Pintor

Navega libre por el mundo sin guiarte ni ocultarte en los malos rumbos que tomaron quienes te precedieron. Que el sueño que persigues es noble y aun está esperando por ti.

A Guadalupe Mondragón Olivares

Oasis inmarcesible de esperanza, en el desierto inabarcable de mi incertidumbre. Mi calma se encarna en tus ojos, cuando mi vida se diluye en tus labios.

A toda mi familia, abuelas, tíos y primos.

Evidentemente, las malas acciones y las jocosas, así como estas palabras, están dedicadas y son compartidas con los entrañables hermanos de lucha y aventura que he ido encontrando en mi andar por la vida.

A Roberto Trejo, Israel Chato, Jourdain Hernández, Cesar Núñez, Eric Hernández, Israel Mejía, Eric Ramírez, Rabin Martínez y Manuel Delgadillo.

Y, finalmente, a los nuevos amigos que encontré recorriendo el camino de la Historia:

Armando Méndez, Zaira Jiménez, Jessica Colín y Raúl Rivero.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACyT) por haberme proporcionado los medios necesarios para poder emprender y concluir de manera satisfactoria mis estudios de maestría. Sin este apoyo, este trabajo no hubiera sido posible.

Al Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Unidad Peninsular, y a todos y cada uno de los académicos y trabajadores adscritos a ella, quienes hicieron de mi estancia en Yucatán una experiencia enriquecedora y placentera.

A mi director de tesis, el Dr. Ricardo Pérez Montfort, por su invaluable ayuda y sabio consejo. Su guía, sin duda, trazó el camino correcto para poder llevar a buen puerto esta investigación. Gracias por sus atenciones y por creer en mi trabajo.

A los investigadores que desinteresada y pacientemente contribuyeron en mi formación académica y en la revisión de mi proyecto. Particularmente, a las Doctoras Laura Machuca y Gabriela Solís por aguantarme y tratar de instruirme y encaminarme en la senda de la historia siempre con una amable sonrisa. A los Doctores Carlos Macías y Salvador Sigüenza por su constante ayuda durante el desarrollo del trabajo. Y al Doctor Pedro Bracamonte y Sosa, por su jocosidad y amabilidad para conmigo.

A mis sinodales y a todos los investigadores que tuvieron la amabilidad de leer mi trabajo y auxiliarme en el desarrollo y/o revisión de la tesis. A las Doctoras Adriana González Mateos, Sara Sefchovich, Edith Negrin y Adriana Sandoval. Así como también a los Doctores Andrés Fábregas Puig y Álvaro Vázquez Mantecón.

Finalmente, a quienes me apoyaron en el camino que me llevó al posgrado y me brindaron las herramientas necesarias para poder enfrentarme a él. A la Dra. Laura Luz Suárez y López Guazo y al Dr. José Luis Vera Cortés.

A todos ellos, muchas gracias.

RESUMEN

A lo largo de la tesis titulada: *La lucha interminable: historia y novela. Los indios y la Revolución Mexicana en las narrativas literarias (1930- 1948)*, se busca mostrar una visión particular sobre los años finales del Porfiriato y los que corresponden al movimiento armado de la Revolución, vinculando datos duros con referencias literarias, extraídas de un corpus de novelas y relatos, producidos principalmente durante el período posrevolucionario que va de 1930 a 1948. El objeto de esta vinculación es identificar las múltiples formas de representar los hechos, las vivencias y las cotidianidades del mundo indígena en la novelística de la Revolución Mexicana.

En primera instancia, se presentan las semblanzas de los autores cuyos materiales literarios servirán de fuente primaria y comparativa. Después, aparecen los principales temas que se analizarán a lo largo del estudio. Mismos que van desde los sistemas de explotación y de segregación de las comunidades indígenas durante el Porfiriato tardío, hasta su incorporación a los proyectos posrevolucionarios, pasando por su participación en la rebelión maderista, en los ejércitos contendientes a lo largo de la guerra civil desatada entre 1913 y 1917 y algunas de las consecuencias de dicha participación una vez que la Revolución empieza a concluir en 1920.

El centro del análisis lo constituye la forma en que las cotidianidades del mundo indígena mexicano se vieron afectadas por el levantamiento popular y sus derivaciones. Para ello, se muestran los principales acontecimientos que afectaron dichas cotidianidades, y se presenta con múltiples ejemplos literarios, cómo las comunidades indígenas participaron en ellos y de qué manera se les representó en novelas y narraciones. La riqueza de las fuentes permite identificar no sólo lo que dice tal o cual texto sobre el mundo indígena durante el proceso revolucionario, sino que nos permite apuntar y discutir diversos aspectos poco trabajados por la propia historiografía de aquel período, como la relación que dicho mundo mantuvo con la iglesia católica o con el medio magisterial.

En las reflexiones finales, se recogen muchos de los recursos literarios e históricos con los cuales los autores analizados se aproximaron al medio indígena. Dado que rara vez se le dio la oportunidad de externar su propia voz, el indio resultó más una representación de un ente social brutalmente explotado que un personaje de carne y hueso.

“La Revolución tiene como objetivo crear nuevas instituciones. La Rebelión nos conduce a no dejarnos gobernar por otros, sino a gobernar a nosotros mismos. La Rebelión no cifra sus esperanzas en las "Instituciones" futuras.”

STIRNER / *El Uno y su propiedad* / 1848

“En ninguna revolución moderna hemos visto que los privilegiados libren sus propias batallas. Siempre se apoyan en los ejércitos de pobres, a quienes enardecen con la llamada "religión de la bandera" y subordinan al supuesto "mantenimiento del orden".”

ELISEO RECLUS / *Evolución y Revolución* / 1880

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.

CAPÍTULO 1.

LA HISTORIA QUE NO FUE CUENTO Y SUS NARRADORES.

- 1.1. La transición de las letras: La literatura y los escritores durante el Porfiriato.
- 1.2. La narrativa de la Revolución Mexicana.
- 1.3. Sobre la periodización y la división de la narrativa de la Revolución.
- 1.4. Los narradores y su tiempo.

CAPÍTULO 2.

LA NOCHE PREVIA Y LAS PRIMERAS LUCES DEL ALZAMIENTO.

- 2.1. El Porfiriato.
- 2.2. Contexto general y condiciones de vida indígena antes de la Revolución.
- 2.3. La vida cotidiana de los indios en las haciendas, ingenios y monterías.
- 2.4. La vida robada. Sistemas de peonaje y explotación indígena.
- 2.5. El despojo como herramienta. El despojo de la tierra y el sometimiento del poder.
- 2.6. A los pies del amo. Relaciones de poder y los indios a los ojos de la oligarquía.
 - 2.6.1. Hacendados y capataces opinan sobre la situación del indio.
 - 2.6.2. La postura de hacendados y oligarcas ante el levantamiento armado.

CAPÍTULO 3.

LA FLOR QUE BROTA Y RIEGA LA TIERRA. EL CONFLICTO ARMADO.

- 3.1. Las primeras revueltas y los primeros alzados.
- 3.2. Madero y el maderismo. Algunas opiniones sobre “El Chaparrito y sus secuaces”
- 3.3. Causas de la participación indígena.
- 3.4. Ejércitos y Facciones.
 - 3.4.1. Algunos combates, causas y consecuencias.
- 3.5. La vida cotidiana rodando entre la bola.

CAPÍTULO 4.

LA VIDA QUE SE VE Y LA VIDA QUE SE SUFRE.

- 4.1. Imagen y representación de los indios en la cotidianidad.
- 4.2. El indio ante la “gente de razón”.
 - 4.2.1. La “gente de razón” para los indios.

- 4.3. Cuestión de fe.
- 4.3.1. La iglesia y sus ministros.
- 4.4. Maestros e intelectuales.
- 4.5. Desencanto.

REFLEXIONES FINALES.

- I. La Revolución y sus consecuencias ante los ojos del autor.
- II. Los indios que el autor retrata.
- III. Reflexión del indio sobre el indio.
- IV. Conclusión.

BIBLIOGRAFÍA.

INTRODUCCIÓN

Uno de los objetivos principales de esta investigación es ejemplificar el papel que tuvieron los indios, durante el proceso revolucionario en México a través de la narrativa de la Revolución, para tal efecto se han escogido obras publicadas entre 1931 y 1948.

De acuerdo con José Luis Martínez, uno de los críticos literarios más importantes de la segunda mitad del siglo XX en México, la literatura es un registro singularmente sensible de los fenómenos profundos que operan en las sociedades: de su textura, de sus problemas y de sus sueños. Es por esto que podemos acercarnos a las obras que registran las acciones memorables de los hombres, logrando conseguir en el proceso algo más que el repertorio de noticias que nos ofrece la obra, pues gracias a ellas podemos comprender la vida y pensamiento de otros pueblos y vivir así en un mundo cercano en sus distancias, atentos a las peripecias venturosas o malaventuradas que por sus confines acaecen. Refiere Martínez que: “Los grandes movimientos de conciencia universal se han promovido precisamente por este poder de acercamiento de la literatura. Pues las letras, encierran una visión total y generosa del hombre y sus circunstancias, atentas lo mismo al saber de las ciencias que al de la filosofía y a las enseñanzas de la historia.”¹ Es por esto que la misión de las letras, siguiendo al autor, es la de conferir al escritor el papel de: “integrador y enriquecedor de la personalidad del hombre, conciencia activa de su época, testimonio extremadamente sensible de las peripecias del espíritu y orientador incansable de sus pasos.”²

Lo que pretende realizar esta investigación, siguiendo algunos de los preceptos antes señalados, es considerar la posible interacción entre la historia y la narrativa y viceversa; es decir, el paso de la historia a la narrativa de ficción o literaria, y el uso de ésta como fuente para la historia. Esto, a través de un doble movimiento que permita no sólo apreciar el trasfondo histórico y de producción que envuelve a las distintas obras que forman parte de un género narrativo determinado para estudiar un hecho histórico dado; sino también, a través del análisis comparativo identificar el hecho histórico y lo que acerca de él plasma la obra literaria. Dicho análisis nos permitirá establecer un contraste entre las representaciones de los hechos que una y otra fuente son capaces de ofrecer para el estudio de un problema o momento específico.

¹ Martínez, José Luis. *Problemas literarios*, CONACULTA, México, 1997, p. 105.

² Ídem. p. 107.

Este planteamiento concuerda con la metodología que los escritores y críticos literarios, Sara Sefchovich y Evodio Escalante, proponen para la sociología de la novela. Para ellos, la sociología de la novela significa emprender una búsqueda que nos lleva a preguntarnos frente a cada texto ¿de dónde surge?, ¿cómo pudo surgir?, y ¿por qué de esa forma? Evodio Escalante, según refiere Sefchovich, lo plantea de esta forma:

¿Qué visión del mundo o que proyecto histórico representa? ¿Cuál es el horizonte histórico dentro del cual surge? ¿Cuál o cuáles conflictos históricos están en su trasfondo, determinando no sólo la amplitud de su registro sino también la posición asumida por el narrador en su intento por expresarlas?... Todo texto narrativo es la cristalización de un proyecto ideológico por medio del cual el autor va a tratar de precisar su posición frente a la sociedad y los acontecimientos históricos, dando un registro crítico de ellos de forma que él pueda esclarecerse y esclarecernos qué es lo que ha pasado en un momento o en una época determinada.³

La tarea entonces, consistirá en tratar de abandonar la rigidez textual y cotejar las posibles distorsiones, ampliaciones o licencias del discurso estético de la narrativa creada en torno a la Revolución Mexicana,⁴ con respecto a los datos presentados por el discurso historiográfico. Esto nos permitirá considerar si este tipo de producción artística puede aportar un nuevo sentido a la construcción de la historia de los indios durante la primera mitad del siglo XX en México, y constituirse a su vez en una fuente de estudio diferente a las tradicionales, que permita enriquecer el discurso historiográfico de la Revolución.

De esta forma, podremos identificar las acciones y sucesos que fueron representados en los relatos y observar cómo es que los hechos históricos o sociales se van transformando en la obra literaria o se mantienen fieles a lo que nos dice la producción historiográfica que se ocupa de estudiar la época y el fenómeno revolucionario. Así, se busca establecer mediante la confrontación de las obras literarias y los textos históricos, las comparaciones que permitan entender cómo las narraciones literarias recrean o representan la participación, específicamente de los indios en el movimiento revolucionario. Sin olvidar por supuesto que estas representaciones regularmente están influidas por la ideología, la formación y los intereses del autor que se encarga de sancionar y legitimar los hechos que plasma en su obra.

³ Sefchovich, Sara. México: *país de ideas, país de novelas. Una sociología de la literatura mexicana*, Editorial Grijalbo, México, 1987, p. 4.

⁴ Específicamente aquella creada en un segundo periodo que, para este estudio en específico abarcara de 1930 a 1948 aproximadamente, y del cual se hablará más adelante.

Es así que como refiere Norma Cuevas en su artículo: *La poeticidad como atributo de la identidad narrativa en Los de Abajo*:

...toda narración se compone de verdades históricas y verdades ficticias: las variaciones imaginarias están presentes en cualquier historia contada; los grados de acentuación de una u otra verdad no son sino vectores que nos auxilien a distinguir un género discursivo de otro, así es que nos podemos hallar ante una historia de ficción o ante una ficción histórica, como la llamada narrativa de la Revolución Mexicana. [...] el relato histórico, el cual es, a un tiempo, representación de la realidad y ficción literaria. Si bien desde perspectivas diferentes y diferentes pretensiones, el relato de ficción y el relato histórico se refieren ambos a la acción humana.⁵

Es por todo aquello que puede ofrecernos el uso de la literatura creada en torno de un fenómeno, movimiento, sociedad o hecho en específico, que resulta importante tratar de rescatar a los distintos géneros literarios como fuentes primarias para el estudio de la historia. Pues además de las obras en sí, el analizar sus condiciones de producción (mismas que implican desde el momento histórico en que se produjeron, así como la vida, creencias e ideología del autor) puede llevarnos a reforzar o replantear la producción histórica o historiográfica creada alrededor de cualquier fenómeno social.

El historiador y especialista en historia política del Porfiriato y la Revolución Mexicana Luis Barrón, indica a este respecto que para el historiador, debe ser tan importante la historia *en el* texto como la historia *del* texto mismo (quién lo produjo, cuándo, cómo, etc.), pues para el historiador interesado en la cultura, es básico problematizar las fuentes, haciendo un análisis casi obsesivo del lenguaje y de los significados que pueden estar ocultos en los textos.

Pero ¿en dónde radica la importancia o lo relevante de estudiar de nuevo temas que pudieran parecer tan trillados o abordados infinitamente como lo son la Revolución Mexicana, su historiografía, o la literatura que se ha producido a partir de ella y que han sido sujetos de innumerables trabajos y revisiones?

La importancia de la narrativa de la Revolución, que es lo que directamente atañe a esta investigación, es que puede constituirse como fuente primaria de estudio histórico para la reconstrucción de las múltiples facetas que conforman este movimiento u hecho histórico en

⁵ Cuevas Velasco, Norma Angélica. *La poeticidad como atributo de la identidad narrativa en Los de Abajo*, En: Prada Oropeza, Renato (Coord.). *La narrativa de la Revolución Mexicana. Primer periodo*, Universidad Iberoamericana Puebla, Universidad Veracruzana, México, 2007, p. 98.

concreto. Este tipo de reconstrucción puede darse en un sentido intradiegético,⁶ a través del análisis de: la vida cotidiana que enmarca las acciones en las cuales se produce el suceso, y que determinaran el accionar de sus protagonistas; de los aspectos económicos, sociales y culturales que sirven de telón de fondo a las historias que se narran en las obras y sin los cuales no se podría explicar los hechos que ahí se desarrollan. Y por supuesto, de las motivaciones personales de los personajes o protagonistas de las mismas narraciones, que están determinadas a su vez por múltiples factores de origen tanto interno como externo y que pueden ofrecer una riqueza abundante al tratar de desentrañarlas, ayudándonos también de paso, a encontrar las diferentes representaciones o la formación de tipos y estereotipos de los personajes en la literatura.

Uno de los objetivos principales de esta investigación es reconstruir la historia de la vida y participación de los indios durante el proceso revolucionario en México a través de la narrativa de la Revolución. Esto nos llevará a entender si las formas de ver e imaginar al indio antes, durante y después de la Revolución, evolucionaron o se mantuvieron constantes por más de cincuenta años; ya que como menciona el economista y analista político Macario Schettino: “*es propio de los regímenes modernos crear construcciones culturales que permitan esa comunidad imaginaria indispensable, la Nación. Pero cada construcción cultural tiene efectos adicionales: no sólo provee legitimidad al régimen, también refuerza o moldea la cultura política de la sociedad y abre o limita las esferas social y económica.*”⁷ Y sin duda, uno de los proyectos más ambiciosos para la construcción y legitimación del nuevo estado posrevolucionario fue la integración del indio a la vida nacional, y la transformación y modificación de su cultura.

En este sentido, la historiadora Yael Bitrán en su libro: *Historia y Alteridad. Perspectivas multidisciplinares sobre la cuestión indígena*, afirma que la Revolución hizo del indio la materia prima en la conformación de la nueva nación. De acuerdo con Bitrán, el pasado indígena se convertiría en un pilar fundamental en la construcción de la nueva patria, mientras que los

⁶ Diégesis se refiere a la sucesión de acciones que constituyen los hechos relatados en una narración; es decir, es la historia que se ocupa de narrar la obra. Por lo tanto, “intradiegético” hace y hará referencia a todo lo que ocurra dentro de la obra, es decir, los diálogos y las acciones que el autor plantee como parte del relato. Lo “extradiegético”, por su parte, se refiere a los distintos factores que determinaron las características de producción de la obra; es decir, el contexto histórico de su publicación, la formación académica e ideológica del autor, el público hacia el cual iba dirigida, entre otros (las definiciones de “Diégesis”, “extradiegético” e “intradiegético”, están basadas en la que aparecen en el *Diccionario de retórica y poética* de Helena Beristáin).

⁷ Schettino, Macario. *Cien años de confusión. México en el siglo XX*, Editorial Taurus, México, 2007, p. 13.

indios contemporáneos, se fundirían en el crisol de una nueva sociedad mexicana basada en el mestizaje. Sin embargo, la Revolución no marcaría tampoco un rompimiento radical con lo dicho y hecho durante el Porfiriato en relación con los indios, ya que si bien se trató de incorporarlos al nuevo proyecto nacional dejando atrás las supuestas implicaciones biológicas y psicológicas de su inferioridad, las muestras de racismo y segregación que estos grupos aún sufrían no se eliminaron por completo.

Por otra parte, aunque en la actualidad existen trabajos como los de Miguel León Portilla: *Independencia Reforma, Revolución y los indios qué?*, el de Leticia Reina: *Indio, campesino y nación en el siglo XX mexicano*, el de Alan Knight: *Racismo, Revolución e Indigenismo*; o la recopilación de ponencias reunidas por el Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas bajo el título: *Participación indígena en los procesos de Independencia y Revolución Mexicana*; que tratan de abordar la participación del indio durante la Revolución; es muy raro el que ha tratado de abordar tanto su participación en el conflicto como su vida durante este periodo a través de la narrativa. Ya que el interés primordial de estos trabajos parece centrarse en aspectos como: la participación india en los hechos de armas, el agrarismo y la reforma agraria, las políticas indigenistas o la afectación de los resultados de la Revolución a los pueblos indios. Es por esto que la reconstrucción por muy somera que pareciere de la vida de los indios durante el proceso revolucionario a través de la literatura, puede ser un aporte para la historiografía del periodo, por no haber un estudio similar, pues al tiempo que se sirve de una fuente muy poco utilizada para tal efecto, se encarga de estudiar un grupo poco trabajado por la historiografía y la crítica literaria en su conjunto.

Este tipo de estudios de la narrativa de la Revolución nos permitirá acercarnos también a lo que de manera extradiegética, un texto puede ofrecer al hablarnos no sólo de las historias personales y del pensamiento en general de los autores que cultivaron tal género literario; sino de una forma de pensamiento específico, relacionado con la manera de ver y entender a un sector particular de la población. Sector que aparecerá retratado primordialmente en las obras de acuerdo a las propias inclinaciones del autor como ya podrá verse.

Finalmente, quizá habría que considerar qué es lo que aporta esta narrativa con respecto al llamado problema del indio, cuestionándose de paso, si ha contribuido a generar nuevos conceptos en torno a él o ha reforzado y aumentado los juicios preestablecidos sobre

este. Habría además que preguntarse también, cuál es la óptica con la que los escritores afrontan esta problemática; y si por ejemplo, el abordaje en sus historias del problema del indio es de carácter etnológico y/o pretenden mediante éste analizar y contribuir a solucionar teóricamente una parte de la realidad nacional; o si es costumbrista y simplemente se habla de los indios como parte de la descripción del paisaje que envuelve su narración teniendo por fin, como indica la investigadora y crítica literaria Adriana Sandoval: “teniendo por única intención, fijar una etiqueta a aquellos que no tienen nombre y, en la medida de lo posible, olvidarse de ellos.”⁸

Por otra parte, la enorme bibliografía que gira en torno de la Revolución Mexicana y que se ve reflejada en la obra de Luis Barrón, *Historias de la Revolución mexicana*⁹; revela el gran interés que existe dentro y fuera del país por estudiar este hecho histórico que, fue quizá el más relevante en la historia del siglo XX mexicano. Sin embargo, a pesar de todo lo que se ha publicado en torno de este fenómeno, quizá no se ha escrito lo suficiente sobre ese caudal de historias contenidas en la llamada “Narrativa de la Revolución Mexicana”. Y es que la mayoría de los textos que se ocupan tanto de la novela como del cuento de la Revolución, lo hacen desde el recuento histórico de las obras, a manera de inventario. Algunos otros se conforman con realizar un, a veces somero, análisis estilístico de las obras y de los autores más representativos de este género, sin abundar mucho en su poética o en la construcción y representación de los personajes que aparecen en las narraciones y que son en quienes recae el peso de la acción. Esto, por no mencionar que muy pocos autores, entre ellos Jorge Aguilar Mora y Rutherford, han contrastado el paso del hecho histórico a la estructura del relato.

Ya para mediados de la década de 1940 se habían publicado alrededor de doscientas novelas y otros tantos cuentos cuyo tema principal era el de la Revolución Mexicana. Aun así, la tendencia de algunos historiadores a no considerar válida la fuente narrativa y sólo confiar en los documentos de archivos, provocó que se dejase de lado este acervo de literatura donde, sin embargo, podríamos encontrar las claves profundas de la Revolución misma según nos dice el ensayista, narrador y poeta Jorge Aguilar Mora.¹⁰ Pues con la división entre "historia" y

⁸ Illades, Carlos y Sandoval, Adriana. *Espacio social y representación literaria en el siglo XIX*, Universidad Autónoma Metropolitana-Plaza y Valdés Editores, México, 2000, p. 61.

⁹ Barrón, Luis. *Historias de la Revolución...*, Óp. Cit.

¹⁰ Aguilar Mora, Jorge. *El silencio de la Revolución y otros ensayos*, Ediciones Era, México, 2011, p. 10.

"literatura", se ha creado una visión maniquea del acontecer humano; en el cual por un lado existe lo positivo y real, representado por la historia; y por otro, lo imaginativo y lo ficticio, representado por la literatura.

No obstante, si tenemos como trasfondo un conocimiento sólido de los hechos, veremos que las novelas y cuentos de la Revolución aportan elementos de comprensión y de conocimiento indispensables. Gracias a esos textos podemos recorrer el camino que va de los hechos a la voluntad íntima de los actores históricos; gracias a ellos, podemos ver el cuerpo completo de la historia: sí, el cuerpo exterior, pero también sus órganos, su sangre, su desarrollo mismo. Y veremos que la Revolución no fue sólo un acontecimiento político, social, económico, sino antes que todo humano.¹¹

Y es que si bien estos cuentos y novelas contienen elementos propios de la imaginación del autor, como cualquier otro texto literario, también reflejan en gran medida, cómo fue la Revolución para las grandes masas anónimas, aun cuando sus propios creadores no pertenecieran a ellas, sino a clases y grupos definidos, con su propia manera de ver y entender la misma Revolución. Por ende, es aquí donde cabría preguntarse: ¿Acaso la Revolución no la hicieron estas grandes masas? Aquellos guerreros sin nombre aglutinados en torno de la gran masa revolucionaria denominada "La Bola". ¿No merecen quizá por esto más atención aquellos personajes que continuamente la retórica de la Revolución y la historia han silenciado? Pues quizá la literatura y específicamente, la narrativa de la Revolución, sea la herramienta indicada para tratar de recuperar la participación de estos grupos en la historia y rescatar del olvido a aquellos personajes que parecieran negados por ella; me refiero concretamente: a los indios.

Sin embargo, esta parece una labor complicada, ya que como afirma el economista e historiador Rafael Torres Sánchez: "durante la Revolución de 1910, los indios no cumplieron un papel protagónico ni como precursores ni como actores de reparto; a lo sumo, los indios llenaron vacantes de extras tanto en el conflicto como en la literatura asociada, asumiendo diversos papeles situados en la parte más baja de la escala social, un peldaño antes del que ocupan, desde luego, los presos inmemoriales."¹²

¹¹ Ídem.

¹² Torres Sánchez, Rafael. *"La bottega de la Revolución. Conflicto armado y creación artística"*, CONACULTA, México, 2008.

Esta opinión es compartida por Adriana Sandoval, para quien: “Los indios aparecen, como tendencia en la novela, ubicados en grupos sin nombre, como colectividades que comparten algunas características. No son individuos en sentido estricto.”¹³

No es de extrañar que existan este tipo de impresiones, pues permearon el pensamiento mexicano desde la Colonia e incluso hasta las primeras décadas del siglo XX. Francisco Pimentel, uno de los intelectuales más prominentes del siglo XIX en México, afirmaba en 1864 que: “El querer remediar a los indios, tiene por objetivo evitar los males que su situación ocasiona a México”. Y planteaba como uno de los primeros pasos para lograr su *transformación*: “que los indios olviden sus costumbres y hasta su idioma mismo, si fuera posible”. Pues incluso aseguraba que la modificación de los indios sería mejor que destruirlos como habían hecho los norteamericanos; y el medio para conseguir esa transformación, era a través de la *inmigración europea*, que aunque también tendría dificultades que vencer, estas serían infinitamente menores a las que traería consigo la civilización de la *raza* indígena.¹⁴

Este fenómeno de modificación, nulificación o secundarización (en el mejor de los casos) de la figura del indio, tanto en el ámbito social como literario, se debió, de acuerdo con Aguilar Mora, a que una de las fuerzas más profundas que dieron forma al género literario en que se representaron, fue justamente la incapacidad casi general de la literatura y de la imaginación para capturar artísticamente el lenguaje, el comportamiento, el cuerpo mismo del *otro* y su alteridad social, ya que era difícil, y sigue siendo difícil, para la visión blanca o mestiza adoptar verosímelmente la perspectiva, el lenguaje y el comportamiento de los indios. Es decir, comprender y entender a *el otro*. El lenguaje criollo, no se cree a sí mismo cuando tiene que hablar de los indios, ni puede hacer comprensible la impostación de la voz con la que se trata de "imitarlos". Un ejemplo perfecto de esta situación, se puede ver materializado en el caso de Villa y el villismo. Aunque ellos nunca fueron considerados parte de la alteridad, del otro inasimilable del pensamiento criollo por ser en su mayoría un ejército mestizo, no por eso

¹³ Illades, Carlos y Sandoval, Adriana. *Espacio social y representación literaria en el siglo XIX*, Universidad Autónoma Metropolitana-Plaza y Valdés Editores, México, 2000, p. 50.

¹⁴ Pimentel, Francisco. *Dos obras: Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de México y medios de remediarla. La economía política aplicada a la propiedad territorial en México*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1995, p. 176.

fueron mejor comprendidos. Simplemente puede decirse que fueron mejor narrados y más representados que, por ejemplo, las huestes zapatistas.¹⁵

De acuerdo con el escritor e investigador literario Xorge del Campo (quien además realizó la mayor antología y recopilación de la narrativa de la Revolución), la novela indigenista mexicana del siglo XX, contrariamente a la que se escribía con la misma temática en el siglo XIX: “alude sin eufemismos a las miserables condiciones de vida del indio en nuestros días, a las que lo han sujetado, desde el tiempo de la Conquista hasta hoy, lo mismo las encomiendas de la época colonial, los abusos del clero y de los terratenientes en tiempos de la dictadura porfirista, como las instituciones derivadas de la Revolución de 1910.”¹⁶

Una opinión semejante, aunque esta vez referida a los narradores indigenistas, es la que esgrime la también escritora y crítica literaria Marta Portal, quien afirma que este tipo de escritores son individuos que tratan de asumir sus responsabilidades respecto a “la raza oprimida”, al tiempo que buscan suscitar la indignación y el remordimiento entre el resto de la sociedad. Sin embargo, hay que destacar el hecho de que aun cuando la mayoría de los narradores de la Revolución, ocuparon cargos dentro de los distintos gobiernos posrevolucionarios,¹⁷ la situación de los indios no mejoró sustancialmente gracias a sus gestiones. Por ello puede asumirse, que su responsabilidad y compromiso respecto a esta “raza oprimida”, sólo se limitó a denunciar sus condiciones a través de su literatura.

A pesar de esto, una opinión generalizada por diversos críticos literarios, entre ellos los mismos Marta Portal y Xorge del Campo, es que el escritor que sin duda mejor recreó la vida y los problemas del indio fue el mestizo, ya que a falta de indios ilustrados que pudiesen recrear su historia o crear una literatura que diera testimonio de sus conflictos e intereses, aquellos mestizos que podían mirarse a la vez dentro y fuera de la tradición indígena y que en mayor o menor grado se identificaban o se interesaban por ella, serían los encargados de plasmar la participación indígena en los distintos hechos de la historia nacional.

¹⁵ Aguilar Mora, Jorge. *El silencio de la Revolución y otros ensayos*, Ediciones Era, México, 2011, pp. 18-19.

¹⁶ Campo, Xorge Del. *Cuentistas de la Revolución Mexicana*, Tomo 6, Ediciones Luzbel, México, 1985, pp. 16-17.

¹⁷ Algunos ejemplos sobre estos narradores y los cargos que desempeñaron se enlistan más adelante.

Así, las narraciones indigenistas del siglo XX en México, partirían de un proceso histórico concreto, la Revolución de 1910. Esta contienda que convulsionaría la vida de la mayoría de los mexicanos, incluidos en mayor o menor grado los distintos grupos indígenas que habitaban el país, permitió que entre las décadas de 1930 y hasta mediados de 1960 los escritores voltearan su rostro hacia el indio y trataran de enfocarlo desde diferentes perspectivas. Por supuesto, el retrato e interpretación que se hacía de ellos y su cultura estaba fuertemente determinado por el contexto de producción de la obra y por la particular implicación del autor en el tema indigenista.

De esta forma, la imagen popular que se construiría en torno del indio durante los años veinte y treinta, estaría íntimamente ligada a la expresión del llamado "nacionalismo cultural posrevolucionario", mismo que identificaría con cierto tono demagógico a las masas populares con la nación mexicana. En este sentido, el filósofo Luis Villoro refiere que desde finales del siglo XIX, pero sobre todo a partir de los primeros años del siglo XX: "una característica central de lo que se definió como "indio" evidenciaba una doble dimensión, aparentemente contradictoria: por un lado, se le veía como algo extraño y distante, herencia de la visión colonial, pero por otro, se le identificaba como una raíz de nuestra auténtica especificidad."¹⁸

El enfrentamiento y contraste de opiniones acerca de cómo resolver el problema del indio alcanzaría su punto culminante después de la Revolución, pues ésta se encargaría de concentrar las diferentes luchas discursivas que había enfrentado el país en relación con este problema años antes. Así, mientras que por un lado se planteaba la incapacidad del país para funcionar con una sociedad que no fuera en su mayoría blanca o mestiza, por el otro se discutía en torno de la incorporación de los indios y la integración de todos los sectores de la población a la nueva "gran familia mexicana" emanada del proceso revolucionario.

Por otra parte, es bien sabido que de 1910 a 1940 abundaron las revueltas populares, acicateadas por la inconformidad social o por los vendavales ideológicos y religiosos, o como refiere el escritor y ensayista Eduardo Antonio Parra: "El país se convulsionó al ritmo de las traiciones, los crímenes, las asonadas, los magnicidios y los violentos cambios de rumbo."¹⁹ Esto permitiría que durante estas primeras tres décadas del siglo XX, aparecieran diversos

¹⁸ Villoro, Luis. *Los grandes momentos del indigenismo en México*, CIESAS-SEP, México, 1987.

¹⁹ Magdaleno, Mauricio. *Cuentos completos*, LECTORUM, México, 2003. pp. 7-8.

cronistas y narradores que registrarían de primera mano la realidad inquietante y cambiante de esos años.

Algunos de estos cronistas y posteriormente ciertos historiadores y críticos literarios, entre ellos Max Aub, asegurarían que la originalidad de la Revolución Mexicana se debió a que no fue precedida por una verdadera teoría política que la impulsase; ya que esta revolución, fue un auténtico alzamiento popular en busca de mejores condiciones de vida para sus participantes, aunque estos no supieran bien a bien en qué consistían estas mejoras ni cómo alcanzarlas. La lucha entre caudillos sería un fiel reflejo de esta falta de dirección, pues el enfrentamiento entre facciones se daría más por razones personales que por divergencias ideológicas; siendo el interés personal de los jefes, el que privaría sobre el ideológico, por la sencilla razón, como indica Aub, de que esta Revolución no tenía una formulación teórica.²⁰ Aunque esto, no sería del todo cierto, pues algunos de los principales caudillos revolucionarios tenían una ideología clara y bien definida, tal es el caso, por ejemplo, de los hermanos Flores Magón y de algunas personas cercanas a Venustiano Carranza como Luis Cabrera o Francisco Mújica

Prácticamente desde que Carranza tomó el poder, el discurso oficial buscaría esgrimir las herramientas retóricas e ideológicas necesarias, con el fin de legitimar su lugar y asimilar a las diferentes facciones que aún se mantenían en pugna. Esto traería como consecuencia una interpretación "monolítica" del proceso revolucionario. Es decir, en el discurso oficial, la Revolución era una, un solo proceso de principio a fin, nacionalista, antiimperialista, agrarista popular (que quedó plasmada en la Constitución de 1917), y del que, con el tiempo, había nacido una sola "familia revolucionaria" que se encargaría de proteger y, desde 1929, con el PNR, de "institucionalizar" la Revolución.

Sin embargo, como bien señala Luis Barrón, aun hoy día podemos ver también diversos movimientos populares –como el del Ejército Zapatista de Liberación Nacional y el del Frente Popular Francisco Villa– que apelan al imaginario colectivo que alberga cierta idea de la Revolución para cuestionar la legitimidad del gobierno. Por eso, una corriente historiográfica de análisis de la Revolución –la llamada "nueva historia cultural"– intenta hacer

²⁰ Aub, Max. *Guía de narradores de la Revolución Mexicana*, FCE, Lecturas Mexicanas, México, 1985, pp. 7-8,13.

"historia desde abajo", alejándose de lo político y del Estado para poder poner en el centro de su análisis lo social y los grupos populares. Para Barrón, resulta factible que la nueva historia cultural se convierta, incluso, en una de las armas más útiles para quienes desde los círculos académicos buscan cuestionar al gobierno y en general, al status quo establecido.²¹

De esta forma, el presente trabajo buscara insertarse en los lineamientos de la historia cultural, la cual, desde mi punto de vista, permite entender de manera más integral la compleja realidad de las sociedades humanas, sobre todo si se tienen en cuenta los productos culturales e intelectuales que las sociedades crean y el simbolismo intrínseco de que están imbuidos al ser creados. En este sentido, el historiador británico especialista en historia cultural Peter Burke, afirma que el acceder a partes del pasado inaccesibles para otros historiadores no representa un problema para el historiador cultural, pues puede hacerlo gracias al énfasis que pone en adoptar las culturas como totalidades, lo que ofrece un remedio para la fragmentación de la historia en los distintos campos especializados como la de la población, la de la literatura, la de las ideas, etcétera.²²

Al ser la obra literaria un producto fruto de su entorno y de su tiempo, que forma parte de la cultura de un determinado pueblo o sociedad y que es además reflejo de los intereses y experiencias de su autor; ésta cobra una vital importancia para tratar de entender al pueblo que la produce y la sociedad que representa. Es en este punto en el que, tanto la literatura como su proceso de creación, vistos como un producto y parte de un proceso cultural respectivamente, se vuelven fundamentales para este trabajo. Si nos adherimos a las familias de significación planteadas por el historiador Roger Chartier para entender el término “cultura”, las cuales se distribuyen esquemáticamente en: “...la que designa las obras y los gestos que, en una sociedad dada, se sustraen a las urgencias de lo cotidiano y se someten a un juicio estético o intelectual, y la que considera las prácticas ordinarias a través de las cuales una comunidad, cualquiera que sea, vive y refleja su relación con el mundo, con los otros y con ella misma...”²³ es posible dar una mejor explicación y sustento de aquello que se pretende alcanzar en este trabajo al analizar las obras literarias y utilizar estos productos culturales como fuente para la historia.

²¹ Barrón, Luis. *Historias de la Revolución mexicana*, CIDE, FCE, México, 2010. pp. 24-25.

²² Burke, Peter. *¿Qué es la historia cultural?*, Paidós, España, 2004.

²³ Chartier, Roger. *El presente del pasado. Escritura de la historia, historia de lo escrito*, Universidad Iberoamericana, México, 2005. p. 22

El primer orden de significación del que habla Chartier, resulta fundamental para esta investigación, pues de acuerdo al autor permite construir la historia de los textos, las obras y las prácticas culturales, como una historia de doble dimensión, en la cual, el historiador busca localizar e interpretar el artefacto temporalmente en un campo en que confluyen dos líneas. Una vertical o diacrónica, en la que se establece la relación del texto o de un sistema de pensamiento con expresiones previas en la misma rama de actividad cultural. La otra, horizontal o sincrónica, donde se afirma la relación del contenido del objeto intelectual con lo que aparece en otras ramas o aspectos de una cultura al mismo tiempo.

Es por esto que al manifestar interés en el estudio de las mentalidades y los grupos subalternos, además de mostrar una posición particularmente crítica en cuanto a la posibilidad de interpretar textualmente las fuentes tradicionales de la historia, haciendo hincapié en cómo se construyen socialmente y luego se transmiten los significados, los símbolos, el poder y su hegemonía, la historia cultural se convierte en la herramienta teórica principal de esta investigación.

Cuando el historiador italiano Carlo Ginzburg se planteó la relación existente entre la cultura de las clases subalternas (en este caso en específico, identificadas con las masas indígenas que participaron en la Revolución y que aparecen retratadas en la narrativa de dicho periodo) y la de las clases dominantes (que no sólo englobarían a la aristocracia porfiriana, sino también a la mayoría de los escritores que se encargaron de crear la narrativa de tintes indigenistas de la Revolución Mexicana), aseguraba también que para los historiadores resulta una labor complicada el tratar de establecer los parámetros que envuelven dicha relación, pues mientras que para los antropólogos resulta más fácil acercarse a las clases subalternas en tanto que sus culturas son mayoritariamente orales, para los historiadores esta misma condición resulta una clara desventaja.

De esta forma, cuando un historiador trata de reconstruir la historia de alguno de estos grupos, tiene que echar mano de algunas fuentes que pudieran parecer indirectas, en tanto que están escritas por individuos vinculados más o menos con la cultura dominante. De acuerdo con Ginzburg: “Esto significa que las ideas, creencias y esperanzas de los campesinos y artesanos del pasado nos llegan (cuando nos llegan) a través de filtros intermedios y deformantes... (Por lo que) Los términos del problema cambian radicalmente si nos

proponemos estudiar no ya la «cultura producida por las clases populares», sino la «cultura impuesta a las clases populares»²⁴

Sin embargo, lo que se pretende en el presente trabajo, no es estudiar propiamente la cultura impuesta a las clases subalternas, sino la cultura que se les atribuye en los textos literarios. Y aunque resulta obvio que ninguno de estos textos es producido por manos o mentes indígenas; y por tanto, su visión de los indios está determinada por las inclinaciones, afectos o compromisos políticos del autor, no por ello pierden su valor como fuente histórica al tratar de recrear la historia de su participación en la gesta revolucionaria. Ya que como afirma el mismo Ginzburg: “El hecho de que una fuente no sea «objetiva» (tampoco un inventario lo es) no significa que sea inutilizable.”²⁵

Como otra de las corrientes de la historiografía que ha tratado de explicar el fenómeno de la Revolución, la historia regional ha intentado mostrar los profundos cambios sociales, culturales y económicos que impulsaron a algunas regiones a levantarse en armas, y a la vez las causas que impidieron la participación de otras en ese proceso. Para tal efecto, la historia regional se ha valido de ciertas preguntas que han permitido dar una mayor comprensión de ciertos aspectos y sobre ciertos participantes del proceso revolucionario. Estas preguntas son: ¿Cómo afectó la Revolución la vida diaria de la gente, particularmente, la de los grupos indígenas que quedaron atrapados en ella? ¿Qué clase de cambios poblacionales provocó entre los indios la Revolución? ¿En verdad mejoró la Revolución la vida de los indios en el país? Quizá la respuesta a estas interrogantes nos lleve a comprender tanto a la situación de los pueblos indios al terminar la Revolución como a su estado actual.

Por otra parte, algunos autores adheridos al llamado *revisionismo* de la Revolución, sostienen según Barrón que: en primer lugar, la Revolución había sido producto no de un movimiento popular, sino de un desacuerdo entre diferentes grupos de la élite. Y en segundo, que cuando efectivamente un movimiento popular apareció (y por cierto, no en todas las regiones de igual manera), o bien éste fue "raptado" por las clases medias –que lo dirigieron casi a su antojo y no precisamente para luchar por las reformas que los grupos populares exigían– o bien fue simple y llanamente derrotado. Por tanto, no sólo el sistema de producción

²⁴ Ginzburg, Carlo. *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Ediciones Península, Barcelona, 2008. p. 12.

²⁵ Ídem. p. 15.

capitalista subsistió a la crisis revolucionaria, sino que además no hubo cambios fundamentales en la distribución del ingreso y la riqueza (con excepciones muy contadas y localizadas), y lejos de ser una ruptura, la Revolución significó con mucho la continuidad del mal llamado Antiguo Régimen.²⁶

Uno de los productos más significativos derivado del revisionismo de la Revolución, apoyado en los estudios subalternos, fue la hipótesis de que los grupos marginales actúan autónomamente durante los momentos de crisis, de modo que la hegemonía que caracteriza a los períodos posteriores de estabilidad, se construye a través de una negociación entre las élites y los grupos subordinados. Es decir, de acuerdo con esta hipótesis, la hegemonía se construye no sólo de arriba hacia abajo, sino también de abajo hacia arriba.

Finalmente, como afirma la historiadora Mary Kay Vaughan, la historia cultural puede ayudar a trascender las interpretaciones revisionistas de la Revolución pues puede convertirse en la base para entender tanto la participación de los sectores populares en la política como la dimensión cultural de la interacción entre el Estado y los indios. Esta interacción nos permite además entender, cómo el grueso de la población recibe, se apropia, modifica o rechaza los discursos de las élites y el Estado, para así también entender el impacto que tienen "los de abajo" en la formación de una nueva cultura política y una nueva forma de ciudadanía. Pues al mismo tiempo que el Estado usa la cultura popular como una fuente de recursos para establecer y fortalecer su hegemonía, la cultura popular se convierte en una limitación de los proyectos del mismo Estado.

Como ya se ha dicho, lo que se propone esta investigación es explicar la participación y la vida de los indios durante el proceso revolucionario y su representación a de la narrativa de la Revolución. Aunque quizá valdría la pena mencionar antes de comenzar el trabajo y análisis de los textos seleccionados para tal efecto, que, como ya refirió la antóloga y crítica literaria María del Carmen Millán: “La selección que en un principio implica toda antología está determinada por las preferencias de quien la realiza, pero está sujeta a varias limitaciones de carácter externo y obedece a un planteamiento previo.”²⁷

²⁶ Barrón, Luis. *Historias de la Revolución... Óp. Cit.* p. 31.

²⁷ Millán, María del Carmen. *Antología de cuentos mexicanos 1*, Nueva Imagen, México, 2006, p. 9.

El planteamiento que limitó en un principio la utilización de ciertas obras se debió principalmente a un carácter temporal, que conforme se realizaba la búsqueda y análisis de las fuentes, poco a poco se fue flexibilizando. Aún así, he tratado de mantener la constante en este estudio de un segundo periodo o generación de narradores de la Revolución que va aproximadamente de los años de 1931 a 1948. Sin embargo, y debido al uso de algunas antologías y a las dificultades intrínsecas de la catalogación y ubicación temporal, es posible que se involucre, excepcionalmente, alguna narración que no corresponda a esta etapa. Pese a esta dificultad, se ha tratado de cuidar que la mayoría de las obras consultadas se ajusten a este periodo.

La elección de esta etapa en específico, o el establecimiento de esta temporalidad en particular, se debe a que coincide en gran medida, como se verá más adelante, con la misma periodicidad que establecen algunos críticos literarios para un segundo periodo de la narrativa de la Revolución, creado a su vez en su mayoría, por ciertos autores asimilados como una segunda generación de narradores de la Revolución. Es decir, en esta temporalidad confluyen tanto un periodo narrativo, como una generación de escritores que produjeron lo más sobresaliente de su obra durante estos años.

A su vez, la selección de las obras que aparecen en este estudio, se debe únicamente a una elección de carácter personal, derivada de lo que creí, en un primer momento, serían obras de mayor utilidad para alcanzar mi objetivo, además de considerarlas menos trabajadas en estudios históricos o literarios, en comparación con las de autores como Martín Luis Guzmán, Francisco L. Urquiza o Nellie Campobello. Estas razones, y algunas dificultades temporales después, me llevarían a dejar de lado a algunos autores, como los antes citados, y a privilegiar el análisis de los que se eligieron en un primer momento de la investigación y que son los que aparecen más adelante. Además, en los primeros apartados de este estudio, las referencias a autores como Mauricio Magdaleno, Francisco Rojas González o B. Traven, son más abundantes que las hechas al resto de los autores seleccionados. Esto se debe a que la información recopilada de sus obras, se ajusto más a las descripciones que se querían emplear para ejemplificar la participación de los indios en los primeros momentos del proceso revolucionario. No obstante, lo que se buscó con más ahínco, fue representar de la mejor manera posible esta participación, sin importar si para ello se utilizaba más una obra u otra, pues ese, era el principal objetivo de la tesis.

CAPÍTULO 1

LA HISTORIA QUE NO FUE CUENTO Y SUS NARRADORES

1.1 La transición de las letras:

La literatura y los escritores durante el Porfiriato.

De acuerdo con la socióloga de la literatura mexicana Sara Sefchovich, durante el siglo XIX en la época juarista, la novela nacional atravesaría por momentos difíciles en su producción. Por causa de esto, el escritor y político Ignacio Manuel Altamirano propondría ocuparse de México en la literatura al mismo tiempo que comenzaba a construirse la nación. De esta forma, lo mejor de las letras durante el siglo XIX, sería un encargo nacionalista y romántico, educativo e histórico que buscaría: aprender la libertad, construir a la nación y conseguir la expresión nacional.²⁸

En la literatura mexicana que se desarrolló durante el siglo XIX, hubo tres grandes corrientes a las cuales se ciñeron la mayoría de los escritores de la época y que permearían en gran medida a la literatura que aparecería a principios del siglo XX. Estas corrientes fueron el romanticismo, el realismo-naturalismo y el modernismo. De estas tres, la literatura ensayada durante la última etapa del Porfiriato sería mayormente la modernista.

Este momento histórico se caracterizaría además por ser un periodo en el que algunos escritores se refugiarían en la carrera diplomática, por considerarla el medio más adecuado para salir del país y llegar a Europa, particularmente a París, ciudad que los seduciría y atraería con su irresistible encanto. De acuerdo con Xorge del Campo, de México partieron Amado Nervo, Balbino Dávalos, Francisco de Icaza y otros modernistas. Federico Gamboa por su parte, escribiría sus novelas mexicanas desde el extranjero, mientras desempeñaba puestos importantes para la Secretaría de Relaciones Exteriores justo cuando se celebraban las fiestas del Centenario.

De entre todas las obras publicadas a finales del siglo XIX y principios del XX, un número importante lo ocuparían aquellas de corte realista, incluidas por el naturalismo francés

²⁸ Sefchovich, Sara. *México: país de ideas, país de novelas. Una sociología de la literatura mexicana*, Editorial Grijalbo, México, 1987, p. 1-3.

en boga. Aunque, algunos escritores como José López Portillo y Rojas, Emilio Rabasa o Rafael Delgado, se negarían a renunciar a la influencia e inspiración que la situación real de México y de su literatura ejercían sobre ellos, a pesar de que también se permearon de las corrientes literarias europeas, al igual que toda la literatura hispanoamericana de la época. Por otro lado, otros literatos como Heriberto Frías o Ángel de Campo realizaron una crítica directa al sistema mediante sus obras. Razón por la que fueron procesados o marginados al publicar en sus novelas las miserias del régimen porfirista.

En lo que al cuento se refiere, de acuerdo con Luis Leal: “...antes de 1910 se cultivaba el cuento modernista –exótico, despegado de la realidad– y el cuento realista–costumbrista. Los modernistas trataron de escribir una versión hispanoamericana del modernismo francés de la época, mientras que los realistas, siguieron los pasos de los españoles. Por lo que tanto los unos como los otros, sólo incidentalmente producirían relatos a los cuales pudiera dárseles el título de prerrevolucionarios.”²⁹ De esta forma, cuentos como *El Montero Espinosa* de Manuel José Othón, *El desertor* de Rafael Delgado, *Sangre en la montaña* de Alejandro Cuevas, *El eunuco* de Víctor Salado Álvarez y *Los perros de Tomóchic* de Heriberto Frías, constituyen los primeros relatos en que se retratan las injusticias cometidas contra las clases desheredadas. Pero su número es tan limitado que difícilmente se podría hablar de un cuento prerrevolucionario o dar a sus autores el título de precursores.

Un caso excepcional, lo constituye Ángel de Campo, *Micrós*, quien de acuerdo con Luis Leal, sería el continuador de la tradición nacional de José Joaquín Fernández de Lizardi y Guillermo Prieto. Además, en algunos de sus cuentos como: “*El fusilado*”, *Micrós* ya anticiparía los temas que más tarde desarrollarían los narradores de la Revolución, ya que como indica Leal: “Su simpatía desborda hacia los infelices, hacia las víctimas de la sociedad, pero sin llegar, por supuesto, a la protesta social consciente... En la técnica, sin embargo, los cuentos de *Micrós*, como todos los otros que se han mencionado, todavía pertenecen al siglo XIX.”³⁰

Estos autores comenzaron a retratar en sus narraciones el malestar del pueblo por la situación que se vivía tanto en el campo como en los pequeños poblados, las minas y los barrios pobres de la capital. Pero no sólo eso; también ponían de manifiesto a la vez y de

²⁹ Valadés, Edmundo y Leal Luis. *La Revolución y las letras*, CONACULTA, México, 1990, p. 91.

³⁰ Ídem.

manera clara, los abusos criminales del ejército federal para sofocar los brotes de rebeldía que aparecían en diferentes puntos de la República y las dificultades cada vez mayores que se suscitaban entre hacendados y campesinos.³¹

Sin embargo, a pesar de estas primeras muestras de una literatura interesada más en los asuntos nacionales que en seguir a las vanguardias de la época, entre los años que van de 1916 a 1924, aún fueron pocos los escritores que se ocuparon de plasmar en sus obras un proceso tan inmediato y determinante como lo fue la Revolución Mexicana. Los cuentos y novelas que se publicaron durante esta época, tratan todavía de temas coloniales o reflejan la estética y las vanguardias europeas. Mientras que los dedicados exclusivamente al tema aún palpitante de la Revolución eran escasos.

1.2 La narrativa de la Revolución Mexicana.

Con el nombre de "Narrativa de la Revolución" según el escritor, semiólogo y crítico literario Renato Prada Oropeza, se abraza un inmenso y estéticamente heterogéneo corpus que integra las narraciones literarias contemporáneas o muy próximas cronológicamente a los hechos que de algún modo forman parte del complejo y amplio movimiento sociopolítico de la Revolución Mexicana. A estas manifestaciones literarias las sucedieron en el tiempo aquellas que dieron cuenta ya no del movimiento revolucionario en sí o de sus líderes, sino aquellas que analizan las consecuencias o el fracaso de la lucha armada.³²

De esta forma puede decirse que tanto el cuento como la novela de la Revolución, son producto de un proceso histórico que modificaría la vida en México como se conocía entonces. Con ellos, deseando crear una literatura que reflejara el cambio social, los narradores crearon sus propias normas forjando una nueva técnica, un nuevo lenguaje y una nueva visión de la realidad social en la cual los ambientes son nacionales, los héroes los soldados revolucionarios y los asuntos los incidentes de la lucha armada. Es así que como refiere Luis

³¹ Campo, Xorge Del. *Cuentistas de la Revolución... Óp. Cit.* pp. 5-6.

³² Prada Oropeza, Renato. *Ficcionalización e interpretación en la novela de la Revolución Mexicana*, En: Prada Oropeza, Renato (Coord.). *La narrativa de la Revolución Mexicana. Primer periodo*, Universidad Iberoamericana Puebla, Universidad Veracruzana, México, 2007, p. 34-35.

Leal: “La función del relato de la revolución es la de pintar las penalidades, los sacrificios, la angustia del pueblo mexicano, sacudido por la convulsión social.”³³

Los incidentes de las acciones de guerra como ya se ha dicho, forman el núcleo principal de esta narrativa que acoge por una parte las consecuencias del movimiento revolucionario y sus antecedentes en la vida política y social de México; y por otra, refiere problemas antropológicos y económicos de muy diversa índole. Aunque cabe subrayar que las narraciones más conocidas y celebradas de este género literario, corresponden a testimonios directos y pesimistas de los autores que fueron testigos o partícipes de los episodios que narran.

En cuanto a su estilo, este es llano, popular, con metáforas e imágenes de una parquedad deslumbrante, nítidas, sacadas de la realidad circundante. Las descripciones son precisas, casi fotográficas; los diálogos, cortos y amoldados a los personajes. Y si bien es un estilo descriptivo, no es, como podría pensarse, lento y pesado; al contrario, se caracteriza por ser realista y por su rapidez y su ritmo lacónico. En algunos de los autores la influencia del estilo periodístico es evidente, y, por lo tanto, a veces recibimos la impresión de estar leyendo un reportaje de las acciones presenciadas por el narrador, debido al lenguaje sencillo, directo y sin elaboradas figuras retóricas ni explicaciones superfluas. Tal es el caso, por ejemplo, de Rafael F. Muñoz y su cuento: *El feroz cabecilla*, o de Ramón Rubín y su cuento *El colgado*.

Es así que este tipo de narraciones pueden ser desde el relato de una simple anécdota o la descripción de un episodio cualquiera, hasta el trazo de complicados problemas psicológicos de sus protagonistas o una sátira social de los asuntos que abrumaban al país. En el tratamiento de los temas puede verse un desarrollo paulatino en las historias, que será paralelo a los momentos que vive la sociedad mexicana. Así, los primeros narradores como Mariano Azuela, Juan A. Mateos o Francisco Monterde, darán preferencia a aquellos sucesos asociados al conflicto armado: la heroicidad, el sacrificio, la muerte, la crueldad, la avaricia, el deber, el estoicismo, la hombría. Y cuando la lucha cesa, la segunda generación de escritores dará más importancia al desencanto producido por los resultados, a las injusticias y las rivalidades entre los mismos revolucionarios. Ya que como atinadamente apunta Luis Leal: “Entre los cuentistas de esta generación, la protesta ya no es contra los patrones, los hacendados o los caudillos: es

³³ Luis Leal. *Cuentos de la Revolución*, UNAM, México, 2010, p. IX.

contra los malos gobernantes, contra los nuevos amos, los antiguos revolucionarios, a veces. Se protesta porque los pobres siguen en la miseria, porque los de abajo siguen abajo.”³⁴

De esta forma puede asegurarse que la narrativa de la Revolución no se inclina a copiar ninguna moda y que no es revolucionaria en el sentido de transformar un género, sino que su nombre viene del material que utiliza; que es parcial en la mayor parte de sus textos y episódica por cuanto da a conocer experiencias personales; además de que ninguna de las obras que se insertan dentro ella da una visión completa del fenómeno social que fue en sí la Revolución.³⁵

Por otra parte, numerosos críticos e historiadores entre ellos Luis leal, Max Aub, María del Carmen Millán, Xorge del Campo y Víctor Díaz Arciniega, coinciden en afirmar que a partir de diciembre de 1924 cuando se suscita la polémica entre Julio Jiménez Rueda y Francisco Monterde debido al artículo denominado: "*El afeminamiento de la literatura mexicana*" que Jiménez Rueda publica en *El Universal*; comienza a despertarse inesperadamente el interés por la literatura de la Revolución. Ya que como menciona el historiador Álvaro Matute: "...en 1925 la invención de la Revolución fue algo definitivo. [...] (Pues para Calles) Era necesario convertirse en el único elemento que podía determinar qué era y qué no era la Revolución. Y para ser revolucionario era menester escribir literatura revolucionaria y enseñar derecho revolucionario.”³⁶

Víctor Díaz Arciniega por su parte, señala que la importancia que tuvo el debate suscitado en 1925 para el posterior desarrollo de la narrativa de la Revolución se debe a que: En nuestra historia, el debate sobre “el afeminamiento de la literatura mexicana” es considerado como el “pórtico” de la Novela de la Revolución.”³⁷

Ya sobre la novela de la Revolución, Carlos Monsiváis planteaba que ésta se caracterizó por una novelística cuya suma de aspectos compartidos (formales, temáticos, ideológicos, de clase) desembocó en una sorprendente congruencia y en un rechazo monolítico de cualquier visión alborozada y celebratoria de la Revolución, pues:

³⁴ Ídem. p. XVII.

³⁵ Campo, Xorge Del. *Cuentistas de la Revolución Mexicana*, Tomo 6, Ediciones Luzbel, México, 1985, pp. 15-16.

³⁶ Díaz Arciniega, Víctor. *Querrela por la cultura "revolucionaria" (1925)*, Fondo de Cultura Económica, México, 2010, pp. 19-20.

³⁷ Ídem. p. 25.

El ánimo sombrío y terco escepticismo y el sentimiento de escribir a partir del despojo y la amargura ante el auge de los logreros, distribuyen aires de semejanza y posiciones comunes a la narrativa que va de Andrés Pérez maderista (1911) de Mariano Azuela a Pedro Páramo (1955) de Juan Rulfo y La muerte de Artemio Cruz (1962) de Carlos Fuentes.³⁸

Por su parte, el crítico alemán Adalbert Dessau afirma, que la novela de la Revolución Mexicana continuó la novelística de México sobre bases que aunque nuevas, se apoyaron en la tradición anterior para emprender, en condiciones diferentes: "...el camino del costumbrismo al realismo "crítico", cuya representación de la sociedad emana de una generalización teórica basada en la concepción del mundo. La crítica de la Revolución y el afán de lograr un realismo "crítico" (en el sentido ya indicado) constituyen la problemática artística de la novela de la Revolución Mexicana."³⁹

Por otra parte, aunque si bien la cita de Monsiváis nos indicaba a grandes rasgos la temporalidad en la que se desarrolló la novela de la Revolución y las obras con las que comienza y se cierra el ciclo, John S. Brushwood en su libro titulado: *México en su novela*, refiere que a partir de 1931 no se publicó una sola novela importante que no tratase el tema de la Revolución de alguna manera. Esto permite afirmar que a partir de 1931, la Revolución es ubicua en la novela:

La oleada de novelas de la Revolución que se levantó en 1931 muestra varias formas distintas de contar la historia, con algunas características comunes a la mayoría de los libros que se han escrito sobre el tema: son relatos lineales episódicos y los personajes apenas están esbozados. En general todo —estructura, estilo, caracterización y aún ideología— queda subordinado a la necesidad que siente cada autor de decirnos cómo pasó lo que pasó.⁴⁰

Otro de los críticos literarios que realiza una cronología de esta narrativa, es el ensayista mexicano Antonio Magaña-Esquivel, quien asevera que: "aparte de su encasillamiento cronológico, este género literario vendría a ser la conciencia de ese movimiento y la aspiración de limitarlo, en su compromiso consigo mismo y en la revelación de ocultas o disimuladas verdades sociales."⁴¹ Pues aunque aquel movimiento no justifica a la nueva narrativa surgida a

³⁸ Monsiváis, Carlos. *Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX*, En: Cosío Villegas, Daniel et al. *Historia general de México*, El Colegio de México, México, 2000. pp. 1006-1007.

³⁹ Dessau, Adalbert. *La Novela de la Revolución Mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972. pp. 16-17.

⁴⁰ Brushwood S, John. *México en su novela*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973. p. 354.

⁴¹ López y Fuentes, Gregorio. *El indio*, Editorial Porrúa, México, 2008, pp. XII.

partir de él, si la hizo posible, e incluso permitió vislumbrar el espectáculo de un México violento y sangrante como una estructura incompleta; como un organismo sujeto a la parálisis de uno de sus miembros: el indio.⁴²

Para Magaña-Esquivel, el proceso evolutivo de la narrativa de la Revolución se puede identificar a través de tres etapas que resultan obvias a los ojos tanto de historiadores como de críticos literarios que se han ocupado del periodo:

- ❖ La primera correspondería a los antecedentes inmediatos y abarcaría desde finales del siglo XIX hasta la primera década del siglo XX, con novelas como: *La bola* (1887) de Emilio Rabasa, *Tomóchic* (1892) de Heriberto Frías, etcétera.
- ❖ La segunda constituiría la etapa de los testimonios, ya sean estos de un protagonista o de un espectador de aquellos sucesos violentos de la Revolución armada; en algunos casos resultan memorias noveladas, aunque novelas por su naturaleza narrativa, novelas-testimonios, novelas-documentos, como *Los de abajo* de Mariano Azuela, *El Águila y la serpiente* de Martín Luis Guzmán o *Tropa vieja* de Francisco L. Urquizo.
- ❖ La tercera etapa vendría a ser la que configura la mirada retrospectiva, autocrítica, la medición y ajuste de aquellas estatuas de héroes y vencedores que se habían creado con el criterio oficial de la Revolución hecha gobierno, de las reformas reglamentadas a través de una nueva burocracia; son, pues, de índole social, de muy diverso enfoque por ejemplo: *Apuntes de un lugareño* y *Desbandada*, ambas de José Rubén Romero, y *El indio*, o *¡Mi general!* de Gregorio López y Fuentes, sólo por mencionar algunas.⁴³

Esta periodización de las obras literarias coincide en cierto modo con la periodización historiográfica que realiza Álvaro Matute en su texto: *La Revolución mexicana: actores, escenarios y acciones*. Para él, la historiografía de la Revolución puede dividirse en tres momentos fundamentales que serían: la Revolución *recordada*, *inventada* y *rescatada*. La primera etapa la *Revolución recordada*, como su nombre lo indica, estaría basada en los recuerdos de sus

⁴² Ídem. p. XIII.

⁴³ Ídem. pp. XIV-XV.

protagonistas y actores.⁴⁴ Esta primera historiografía de la Revolución resulta por tanto polémica; ya que la disputa entre grupos y facciones tal como se dio durante la Revolución aún se mantenía viva. De acuerdo con Matute: “Los civiles y militares que escribieron memorias, relatos o historias de la Revolución, lo hicieron animados por el prurito de establecer una verdad, que era la verdad de su líder, corregir el error reconstructivo que estableció el antiguo enemigo, señalar que la *verdadera* Revolución era la suya y no la del otro: seguir haciendo la guerra en tiempo de paz... El debate, en suma, seguía siendo el de unos contra otros como en la Revolución. La verdad no podía pertenecer al contrario. Sólo había una y era indivisible.”⁴⁵

La segunda etapa, la *Revolución inventada*, está íntimamente ligada a la primera y comienza a darse cuando el estado empieza a necesitar *ser* la Revolución. Para ser él mismo la Revolución el Estado necesita también encabezarla, interpretarla, llevarla a cabo y anatematizar a sus enemigos como contrarrevolucionarios. Para Matute, 1925⁴⁶ parece ser el año en que comienza esta invención de la Revolución, pues en tanto que Obregón no necesitaba legitimarse a través de ella, ya que él la representaba, al subir Calles al poder: “el Estado se identifica a sí mismo como el supremo sacerdote de la Revolución o, para precisar, como la Iglesia revolucionaria, con el presidente de la República como sumo sacerdote.”⁴⁷ Y es a partir de este proceso cuando comienza a decidirse qué es y qué no es revolucionario.

La *Revolución rescatada*, finalmente, es la que propone la historiografía desde finales de los sesenta y que se ha preocupado por tratar de recrear los acontecimientos valiéndose de metodologías diversas y de recursos narrativos más críticos que sus antecesores. El producto que ha surgido de esto, ha propiciado el florecimiento de algunos debates entre las llamadas tendencias revisionistas de la Revolución y aquellas que propugnan por un tratamiento más tradicional de la historia y de sus fuentes.

⁴⁴ Esta primera etapa de la historiografía basada en los recuerdos como lo plantea Matute, coincide casi a la perfección con el primer momento que se vivirá dentro de la narrativa de la Revolución; cuyos primeros exponentes se valdrían, al igual que los historiadores, de sus recuerdos del proceso revolucionario como parte fundamental de su poética.

⁴⁵ Matute, Álvaro. *La Revolución mexicana: actores, escenarios y acciones*, Editorial Océano, México, 2010, pp. 17-18.

⁴⁶ Año en que también se da la famosa polémica entre Francisco Monterde y Jiménez Rueda entornó al *Afeminamiento de la literatura mexicana*, y comienza el rescate e impulso a la narrativa de la Revolución.

⁴⁷ Matute, Álvaro. *La Revolución mexicana...*, *Óp. Cit.* pp. 18-19.

Por otra parte, una revisión del proceso de evolución de la literatura mexicana y de su contexto nacional desde el Porfiriato hasta los años treinta que nos permite entender el surgimiento y consolidación de una narrativa de la Revolución y el involucramiento y compromiso de sus autores en los hechos revolucionarios, la ofrece Sara Sefchovich quien menciona que:

En el Porfiriato, el país se siente cosmopolita y puede tener una filosofía demasiado tajante y definitiva (como afirmaba Henríquez Ureña del positivismo) y una poesía afrancesada y vanguardista que sólo se interesa por sí misma y por oponerse burguesamente a las costumbres aristocratizantes de la sociedad. Sólo la novela se mantiene como conciencia crítica, si bien paternalista, que acusa de todos los males al carácter del pobre más que al carácter del sistema. Ambas actitudes son posibles en esa sociedad contradictoria: la literatura tiene la fachada mundana en la poesía y la crítica en la novela porque el país era eso, apariencia de modernidad montada sobre la explotación y la pobreza. Luego vino la Revolución. Muchos escritores se unieron a ella pero se asustaron de las masas levantadas, la violencia, el desorden. Deseaban los cambios pero no les gustaba el modo, y en sus novelas muestran esa contradicción: el deseo y el temor. La Revolución no produjo alborozo en los escritores —no hay poetas de la Revolución afirma José Emilio Pacheco—, como si lo produjo en los pintores: “El tiempo era de imágenes y no de tramas.” Por eso incluso las novelas son una serie de imágenes y no de tramas. Hasta los años treinta de este siglo, este género ejemplifica la diversidad de posibilidades que abrió la Revolución: los proyectos proletarios y los de los nuevos gobiernos, los de quienes veían nacer una nueva burguesía y los de quienes se desilusionaban de los resultados del movimiento, los que se alegraban por la entrada del siglo XX y los que se entristecían porque el seco y pobre campo mexicano seguía igual. Época de ebullición, las novelas dan cuenta de su diversidad.⁴⁸

Es por esto que puede asumirse que la importancia de este género literario de acuerdo con Xorge del Campo, radica en que, entre otras cosas, los textos que lo integran tienen el valor de un documento filológico, al volcarse en un lenguaje rudo, descuidado, sencillo, directo y, sobre todo, veraz y realista.⁴⁹ Mientras que para otros autores como Jorge Aguilar Mora, dicha importancia radica en que la narrativa de la Revolución le dio voz a la pluralidad de experiencias que la historia en busca de acontecimientos objetivos no se iba a molestar en recordar y le daría voz además, a la vitalidad de motivaciones que la ideología deseosa de doctrinas clasificables tampoco iba a recoger. Pues:

“En la vida de los miembros de la bola o de la masa revolucionaria, las experiencias y las motivaciones se confundían. Entre los hechos "objetivos" y la falta de ideologías

⁴⁸ Sefchovich, Sara. México: *país de ideas, país de novelas. Una sociología de la literatura mexicana*, Editorial Grijalbo, México, 1987, pp. 1-3.

⁴⁹ Campo, Xorge Del. *Cuentistas de la Revolución Mexicana*, Tomo 1, Ediciones Luzbel, México, 1985, p. 5

sistemáticas los narradores desplegaron la imagen de la sociedad en guerra permanente, una guerra que, cuando llegaba a la violencia inmediata de las armas, adquiriría una alta moralidad, que iba más allá del mal y del bien. Las decisiones mortales de los oprimidos adquirirían un sentido trágico y ése era ya, por sí mismo, el sentido que justificaba la falta de nombre, de cualquier posesión, de educación, de futuro.”⁵⁰

Por su parte, el filólogo Renato Prada Oropeza asevera que la importancia de este género literario estriba en que toma como forma de su contenido un acontecimiento histórico, y obliga, para su interpretación, a una confrontación intertextual. Ya que de una manera u otra, el *otro texto* —el discurso histórico o simplemente accional— se hace presente, aunque sea como un “fondo”, en una inevitable relación que obliga al lector a tener presente tanto el discurso *ficción* como el historiográfico.⁵¹

Para Marta Portal, la novela es *lectura de la realidad*; y el conjunto de relatos que integra la narrativa de la Revolución, tiene un denominador *real* común que es la Revolución Mexicana; la historia política de México en el periodo revolucionario es quien proporciona la descripción teórica de la complejidad vertical del sistema literario, siendo la horizontal el hombre individual en su doble estructura de narrador y sujeto narrativo (el hombre enfrentado —como protagonista y como autor que vive en esa realidad— subjetivamente a la sociedad histórica en cada subsistema narrativo).⁵²

Así, puede decirse que la Revolución Mexicana dio lugar a la narrativa mexicana de principios y mediados del siglo XX, ya sea que ésta haya sido revolucionaria o no. Ya que sería a través de la dialéctica establecida entre narrativa y Revolución, que la narrativa mexicana lograría reflejar una conciencia social derivada no sólo de un hecho histórico dado, sino de un proceso de evolución histórica. Esta realidad de alcance épico y expresión de anhelos populares, daría a la narrativa un carácter original de afirmación nacionalista. Aunque como bien señala Carlos Monsiváis; al final, la narrativa de la Revolución como género se volvería institucional, convirtiéndose en vehículo de todo tipo de quejas o denuncias políticas y de toda pretensión de reconocimiento literario.

⁵⁰ Aguilar Mora, Jorge. *El silencio de la Revolución y otros ensayos*, Ediciones Era, México, 2011, pp. 15-16.

⁵¹ Prada Oropeza, Renato. *Ficcionalización e interpretación en la novela de la Revolución Mexicana*, En: Prada Oropeza, Renato (Coord.). *La narrativa de la Revolución Mexicana. Primer periodo*, Universidad Iberoamericana Puebla, Universidad Veracruzana, México, 2007, pp. 33-34.

⁵² Portal, Marta. *Proceso narrativo de la Revolución Mexicana*, ESPASA-CALPE, Madrid, 1980, p. 45.

De este modo es posible afirmar que la literatura mexicana más inmediata a los hechos revolucionarios, parte de un concepto práctico de la existencia y de una visión social precisa de lo inmediato, debido sobre todo a su carácter anecdótico y episódico; en el cual, no se oculta la brutalidad del suceso, ni se exagera en el heroísmo de sus participantes. En ellas la hipocresía, la mentira, la desconfianza, la violencia, la traición, al igual que la valentía, la solidaridad, el sacrificio y muchos otros rasgos mediante los cuales se buscó retratar al mexicano partícipe de la lucha armada y a su idiosincrasia, son gestos comunes. Pues como señala Marta Portal: “...nada disimulan estos novelistas cuyo primer compromiso parece ser con *el reflejo de la realidad*. Son parciales, indudablemente, porque fueron testigos y parte en la contienda, y porque su visión del acontecimiento fue local.”⁵³

Es así que la narrativa de la Revolución como un reflejo de la sociedad de su tiempo, llegaría a convertirse en un vehículo mediante el cual, se expresaría el descontento ante el fracaso de una lucha que según se creería, redimiría al pueblo de una vez por todas de los males que había sufrido desde la Colonia. La muestra más clara de esto, de acuerdo con el historiador Ricardo Pérez Montfort es que: “La novela misma de la Revolución, una vez convertida en el movimiento literario por excelencia de los años treinta, tuvo una nota constante decepción y amargura.”⁵⁴ Esta misma nota de decepción y amargura será la constante del pensamiento y sentir tanto de los mexicanos retratados en las novelas durante los años posteriores a la Revolución como de los que escribieron los textos. Pues como refiere Marta Portal: “el realismo crítico social de la novela de la Revolución de esta etapa da lugar a una literatura que, si no es revolucionaria, no deja de señalar la amenaza –o la necesidad– de otra revolución.”⁵⁵

1.3 Sobre la periodización y la división de la narrativa de la Revolución.

José Luis Martínez en su libro: *Problemas literarios*, particularmente en su ensayo, *La Revolución Mexicana y la literatura*, distingue dos generaciones de narradores de la Revolución. La primera está compuesta por testigos y aún partícipes de la lucha en los campos de batalla, que relatan

⁵³ Ídem. pp. 32-33.

⁵⁴ Pérez Montfort, Ricardo. *Estampas de nacionalismo popular mexicano*, CIESAS, México, 2003, p. 163.

⁵⁵ Portal, Marta. *Proceso narrativo de la Revolución...*, *Óp. Cit.* p. 39.

sus experiencias. La segunda escribe sobre cosas no vistas. Y sucede que la generación inicial no siempre está acuerdo con lo que cuenta. Censura a los revolucionarios, señala sus inconsistencias, sus claudicaciones, sus faltas de firmeza ideológica. También afea sus ambiciones y la ignorancia de muchos de ellos. En cambio, los narradores que vienen después tienden a justificar todos aquellos desmanes, junto a las aparentes salidas de tono de los revolucionarios.⁵⁶

Como ya se mencionó, la mayoría de los historiadores y críticos literarios coinciden en dividir en periodos, de acuerdo con su fecha de publicación o con la temática que abordan, a la totalidad de obras que integran la llamada narrativa de la Revolución. Esta división puede realizarse por lapsos de tiempo que agrupen a una cantidad determinada de relatos publicados en una temporalidad específica o a obras que compartan ciertos rasgos temáticos o estilísticos que permitan a su vez integrar a sus creadores en torno a un movimiento o corriente literaria específica.

Una de estas divisiones la establece Max Aub, quien separa en tres etapas principales las obras que integran este género. Para tal efecto, el autor se vale de lapsos veinte y diez años para ubicar las obras en cada uno de los periodos que plantea:

- El primero va de 1910 a 1929 y, de acuerdo con el autor: es la época que corresponde a los sucesos más sangrientos y decisivos de la Revolución y está dominada por la figura de Mariano Azuela. Aunque otra figura que resulta de suma importancia para este periodo, es la de Juan A. Mateos quien con la publicación póstuma de: *La majestad caída* en 1914, crea sin duda una fotografía casi instantánea de los hechos que se suceden en esos años y las consecuencias sociales que vienen con ellos.
- El segundo periodo va de 1930 a 1940 y se caracteriza por ser la década que ve aparecer el mayor número de novelas de tema revolucionario, de todos géneros y desde todos los ángulos políticos posibles. Esto coincide con lo ya señalado por Brushwood cuando refiere que a partir de 1931 no se publicó una sola novela importante que no tratase el tema de la Revolución de alguna manera.

⁵⁶ Martínez, José Luis. *Problemas literarios*, CONACULTA, México, 1997.

- El tercero, finalmente, va de 1940 a 1960 y su figura dominante la constituye Francisco Rojas González quien con textos como *El diosero* y *La Negra Angustias*, representa parte de lo más sobresaliente de la época.⁵⁷ Otras figuras que destacan en este periodo debido al impacto de sus obras, y que son omitidos por Aub, son Juan Rulfo con la publicación de su novela *Pedro Páramo* en 1955 y Carlos Fuentes con *La muerte de Artemio Cruz* de 1962.

Max Aub sugiere también otras formas mediante las cuales podrían establecerse distintas clasificaciones para agrupar a las obras que integran el corpus de la narrativa de la Revolución. Una primera sería de acuerdo a los temas y épocas tratadas; otra, de acuerdo a las regiones de nacimiento de los autores, las cuales serían básicamente tres: el Norte, Centro y Sur del país, aunque esta clasificación presenta el inconveniente de qué hacer con las narraciones escritas por extranjeros, que dicho sea de paso, muchas de ellas constituyen excelentes relatos que aportan muchos más datos sobre el conflicto revolucionario que algunas de producción nacional. Baste citar como ejemplos los casos de: B. Traven y sus novelas pertenecientes al llamado “Ciclo de la Caoba”; D. H. Lawrence y su obra *La serpiente emplumada*; Graham Greene con, *El poder y la gloria*; Ramón María del Valle-Inclán y su novela *Tirano Banderas*; o John Reed y su libro: *Hija de la revolución*.

Un ejemplo de la clasificación por temas lo ofrece Sara Sefchovich, quien divide a la novelística de la Revolución en seis distintos rubros:

- 1) La vida antes del movimiento armado.
- 2) Los relatos de los hechos de armas y la forma de ser de los revolucionarios.
- 3) Las memorias (Aunque cabe recalcar que la gran mayoría de las novelas están basadas en memorias o recuerdos personales de los autores).
- 4) La lucha por la tierra.
- 5) Las narraciones de tendencia proletaria.
- 6) Las narraciones de la guerra cristera o novelas de la contrarrevolución.⁵⁸

⁵⁷ Aub, Max. *Guía de narradores de la Revolución Mexicana*, FCE, Lecturas Mexicanas, México, 1985, p. 15-16, 19, 24, 27-28.

⁵⁸ Sefchovich, Sara. México: *país de ideas, país de novelas. Una sociología de la literatura mexicana*, Editorial Grijalbo, México, 1987, pp. 93-95.

Quizá el inconveniente de seguir una clasificación como la que propone Sefchovich, al menos para esta investigación, radica en que el orden cronológico de la aparición de las obras se perdería por privilegiar su ubicación temática.

Siguiendo este orden cronológico de aparición de las obras, Marta Portal afirma que el periodo álgido de la narrativa de la Revolución, es aquel que va de 1928 a 1940, pues en él, la Revolución se convierte en el tema monolítico de la narrativa mexicana ya que es aquí donde tanto escritores profesionales como literatos improvisados: “*necesitan contar* su experiencia de la Revolución. A finales de la década de los treinta se advierte en los novelistas un nuevo compromiso (el primero era con la realidad empírica): la responsabilidad político-social de la vocación de novelar.”⁵⁹

Por su parte la crítica Sylvia Bigas en su libro *La narrativa indigenista mexicana del siglo XX*, asegura que la narrativa mexicana tomó un curso definitivo en la época posrevolucionaria cuando la novela de la Revolución, inspirada en el nacionalismo literario, vigorizaría a la literatura mexicana. Este hecho traería además como consecuencia el surgimiento de la narrativa indigenista como parte de un proceso de desprendimiento natural de la novela de la Revolución. Del interés por los distintos grupos indígenas que comenzaría a manifestarse en los relatos de la Revolución, surgiría una gran cantidad de obras que llegarían hasta la década de los sesenta, gracias a la experiencia de periodistas, antropólogos y literatos que tendrían la oportunidad durante la Revolución de observar y convivir con algunos pueblos indígenas, mismos que recrearían en sus narraciones y serían la base de esta literatura. Es así que los narradores de las décadas de los treinta y cuarenta son más observadores que interpretes de la vida del indio, ya que reprodujeron, en muchos casos con acierto, la problemática de este gran núcleo social.⁶⁰

El hecho de que existan distintas divisiones o clasificaciones temporales propuestas para tratar de abordar y clasificar la narrativa de la Revolución, no es un problema exclusivo de esta área del conocimiento. La propia historia e historiografía de la Revolución sufren también del problema de tratar de definir cuándo comienza y hasta cuándo se puede dar por terminado el proceso histórico denominado Revolución Mexicana.

⁵⁹ Portal, Marta. *Proceso narrativo de la Revolución...*, *Óp. Cit.* p. 35.

⁶⁰ Bigas Torres, Sylvia. *La narrativa indigenista mexicana del siglo XX*, Universidad de Guadalajara, Universidad de Puerto Rico, México, 1990, pp. 53-54, 57.

Un ejemplo preciso sobre los intentos realizados para tratar de dar una periodización específica a los distintos momentos de la Revolución Mexicana, lo ofrece quien sería uno de sus teóricos más importantes, Luis Cabrera. Para él: “Las revoluciones se componen de dos etapas perfectamente definidas: la primera, que constituye la faz meramente destructiva, y que puede llamarse la revolución propiamente dicha, y la segunda, que constituye la faz reconstructiva, y que en muchos casos está enteramente fuera del periodo revolucionario.”⁶¹ En esta etapa reconstructiva, es justamente donde se inserta el segundo periodo de la narrativa de la Revolución, aunque claramente, hace referencia a la primera.

Otro de los primeros personajes en realizar una crítica y análisis del movimiento revolucionario habiéndolo vivido, fue Manuel Gómez Morín. Él afirmaba que los primeros años del periodo revolucionario no solamente se vieron envueltos por una obscuridad intelectual y desorientación política, sino que también, como parte de esos años, se vivió un terrible desenfreno y una grave corrupción moral. Todo esto, sería el resultado directo de la contienda en los campos de batalla, es decir, como consecuencia de la lucha armada llegó un turbulento desborde de funestos apetitos, entre los que se encontraban venganzas, saqueos, homicidios, robos, violencia, etcétera; aunque esto para el autor, era normal e inevitable. Pero este caos, fruto de la violencia y la exacerbación alcanzada por el movimiento armado, vislumbró un rayo de esperanza hacia 1915, pues de acuerdo al autor:

...en el año de 1915, cuando más seguro parecía el fracaso revolucionario, cuando con mayor estrépito se manifestaban los más penosos y ocultos defectos mexicanos y los hombres de la Revolución vacilaban y perdían la fe, cuando la lucha parecía estar inspirada nomás por bajos apetitos personales, empezó a señalarse una nueva orientación. [...] Del caos de aquel año nació la Revolución. Del caos de aquel año nació un nuevo México, una idea nueva de México y un nuevo valor de la inteligencia en la vida.⁶²

Esta renovación de los valores morales e intelectuales vendría de la mano de una nueva generación de mexicanos que propondría, y en algunos casos llevaría a cabo, las transformaciones institucionales necesarias para reformar al país. Quizá el principal logro de estas nuevas generaciones de intelectuales surgidas durante el periodo revolucionario sería, como refiere Gómez Morín: “la rebelión espiritual contra las doctrinas que entonces y desde

⁶¹ Cabrera, Luis. *La Revolución es la Revolución*, en Obras completas. III. Obra política (México, Oasis, 1975, p. 266).

⁶² Gómez Morín, Manuel. 1915, En: http://www.frph.org.mx/libros/1915_MGM/1915_MGM.pdf

hacía tiempo eran verdad obligatoria en México... alzando la bandera de una nueva actitud intelectual.”⁶³ Por supuesto, la mayoría de los narradores que se analizaran más adelante, se insertan dentro de esta nueva generación de intelectuales u escritores posrevolucionarios.

1.4 Los narradores y su tiempo.

El elemento básico de la vida literaria es el escritor. Por ello, resulta imprescindible no sólo para este estudio, sino para cualquiera que intente analizar una corriente literaria o incluso la obra de un autor en particular, remontarse en sus pasos e indagar cuáles fueron las condiciones que rodearon tanto su propia vida como aquellas que determinaron su producción literaria. Ya que es posible afirmar que, en algún punto en el desarrollo de su historia entre el creador y su obra, existe una relación simbiótica que hace imposible explicar a uno de estos elementos en ausencia del otro.

No obstante, a pesar de la afirmación anterior, es necesario mencionar que en la actualidad, dentro de la crítica literaria moderna, existen algunos postulados que plantean “la muerte del autor”, la cual, siguiendo a dos de sus principales promotores, Roland Barthes y Michel Foucault, se da porque, de acuerdo con Barthes: “la escritura es la destrucción de toda voz, de todo origen. La escritura es ese lugar neutro, compuesto, oblicuo, al que va a parar nuestro sujeto, el blanco-y-negro en donde acaba por perderse toda identidad, comenzando por la propia identidad del cuerpo que escribe.”⁶⁴ De esta forma, lo que intenta plantear este postulado, es que un texto no pertenece a su autor, pues pertenece a la cultura en general y al lector que se apropia de él. Esto se debe a que todos los textos son citas infinitas de otros textos e ideas entrecruzadas que provienen del pasado cultural e histórico de la humanidad.

Este tipo de ideas ha llevado a algunos críticos literarios contemporáneos a plantear que el autor, al escribir un texto, muere. Ya que las ideas infinitas que se plasman en el papel, no le pertenecen propiamente a él, sino más bien, a la cultura e historia en general. Además, la muerte del autor es necesaria, pues gracias a ella, es que vive el lector y puede recrear las ideas

⁶³ Ídem.

⁶⁴ Barthes, Roland. *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*, Paidós, España, 1994, pp. 69-71.

que el autor plasma en su texto y darle su propia interpretación. No obstante, estos postulados no se comparten en esta investigación, pues como se explica a continuación, tanto el contexto histórico del autor, como el de su producción literaria, resultan fundamentales para entender la obra que servirá como fuente primaria para recrear una historia en específico. En este caso en particular, la de la participación y vida de los indios durante la Revolución Mexicana.

José Ortega y Gasset por ejemplo, afirma en su libro *En torno a Galileo*: “que el historiador no puede ni siquiera leer una sola frase de un documento sin referirla, para entenderla, a la vida integral del autor del documento”. A este respecto no podría yo estar más de acuerdo, sobre todo cuando por documentos se refiere a los textos literarios; pues siguiendo al mismo autor: “conocer otra vida que no es la nuestra obliga a intentar verla no desde nosotros, sino desde ella misma, desde el sujeto que la vive.”⁶⁵ Es decir, para entender apropiadamente una obra literaria, es necesario tener presentes sus condiciones de producción, de la cuales, la historia de vida del autor constituye quizá el rasgo más importante.

Una opinión semejante la da José Luis Martínez, para quien el escritor y su contexto histórico son un factor determinante en la producción del mismo. Además, Martínez señala que otro elemento importante en el desarrollo de la vida literaria, son los llamados “*momentos literarios*”, mismos que comprenden, además de a los escritores, la tendencia literaria que en su momento los caracteriza.

Un momento literario suele representarse en los textos, con el único signo del apogeo de una tendencia o de la madurez de un escritor. De hecho, junto a esta tendencia o a este escritor, surgen muchos otros escritores que los historiadores a veces consideran secundarios o que, en un periodo posterior, ocuparan el puesto preeminente de un momento literario. Otra característica de estos momentos es que el escritor no suele aparecer sino en casos excepcionales, aislado. Es común en la literatura que aparezcan grupos que teniendo una particular cohesión ideológica y operante, reciban el nombre de generaciones. O que aparezcan algunos otros que constituyan simplemente un conjunto heterogéneo pero reunido inicialmente, a los cuales se les da el nombre de promociones.

⁶⁵ Ortega y Gasset, José. *En torno a Galileo (Esquema de las crisis)*, pp. 6, 12. En: <http://ebookbrowse.com/ortega-y-gasset-en-torno-a-galileo-esquema-de-las-crisis-doc-d417025760>

En este sentido, Luis González y González siguiendo preceptos de Ortega y Gasset en cuanto a la creación de cohortes generacionales en su libro: *La ronda de las generaciones*, afirma que en México surgió un grupo que se distinguió por haber sido la minoría rectora durante los años que van de 1934 hasta 1958. Este grupo sería bautizado por Manuel Gómez Morín como la generación de 1915, o generación epirrevolucionaria según el historiador Wigberto Jiménez Moreno. Una de sus características distintivas de acuerdo con González, es que sus integrantes nacerían entre los años de 1899 y 1905.

Luis González refiere también que al contrario de la elite revolucionaria, misma que identifica como la generación anterior a la de 1915, ésta no acogería a muchos de sus integrantes del medio rural a pesar de que para aquel entonces: “cuatro quintas partes de la sociedad mexicana de fines del siglo XIX vivía en ranchos y pueblos.”⁶⁶ La mayoría de los trescientos epirrevolucionarios que González señala como parte de esta generación, provendrían de hogares ubicados en pequeños o grandes centros urbanos, donde tendrían una infancia relativamente dichosa que les permitiría, incluso, aprender a leer y escribir en sus terruños, sin la necesidad de tener que trasladarse a otros sitios para tal empresa. Fue así que la mayoría de los escritores pertenecientes a esta generación, reconocería en su momento haber pertenecido a familias pequeño-burguesas.

Los narradores presentados aquí para hacer referencia a la representación y participación de los indios en el proceso revolucionario, pueden insertarse dentro de la generación epirrevolucionaria propuesta por Wigberto Jiménez y retomada Luis González. En un apartado de su texto, Luis González da una lista de los intelectuales que para él incluye este grupo. En dicha lista, aparecen algunos de los autores que aquí se retoman; mientras que los que no lo hacen, pero que se incluyen en esta investigación, comparten los mismos rasgos generacionales, a excepción de algunas fechas de nacimiento que se alejan de las propuestas por el autor. Aun así, de acuerdo al análisis personal de los datos de los narradores, es posible afirmar que los pocos autores no incluidos por González, también forman parte de esta generación epirrevolucionaria.

Dentro de los autores que González menciona como parte de esta generación se encuentran: José Rubén Romero, B. Traven, Gregorio López y Fuentes, José Mancisidor,

⁶⁶ González y González, Luis. *La ronda de las generaciones*, Editorial Clío, México, 1997, p. 102.

Rafael F. Muñoz, Francisco Rojas González, Agustín Yáñez, Antonio Castro Leal, Miguel N. Lira, Jorge Ferretis y Francisco L. Urquiza, sólo por mencionar a los escritores que analizarán en esta investigación. Los únicos no incluidos por él son: Mauricio Magdaleno y Miguel Ángel Menéndez. Sin embargo, de acuerdo con los datos biográficos de estos escritores, es posible afirmar que ellos también son parte de esta segunda generación de narradores de la Revolución.

Todos estos narradores, a pesar de no ser partícipes directos de la contienda armada, sí pudieron verla de cerca, por lo que pudieron manifestar su desencanto con los resultados a través de sus relatos. Asimismo, la mayoría de ellos publicó gran parte o lo más representativo de su obra durante el periodo que va de 1931 a 1948, compartiendo ciertos recursos estilísticos en su producción; lo cual, aunado a las características antes mencionadas, nos permite aglutinarlos en torno de una generación de narradores de la Revolución.

Además, si retomamos el estudio realizado por Adriana Sandoval para la *Narrativa mexicana del siglo XIX*, en este grupo de narradores; se podría comparar a estos, con aquellos pertenecientes al “romanticismo social” decimonónico. Incluso, se les podría dar el nombre de “narradores sociales” pues de acuerdo con Sandoval; este tipo de narradores, se ocuparon de los problemas sociales, económicos y políticos; y escribieron con afanes reformadores y planteando con frecuencia soluciones. Aunque de acuerdo con la autora:

Los escritores sociales tienden a confiar de manera intrínseca en la bondad innata del hombre. No consideran que algunos delitos (que también son vistos como pecados) que cometen los hombres y mujeres pobres y marginados, sean simplemente producto de su libre albedrío, es decir, reconocen la importancia de factores externos como la educación, la situación económica, el ambiente en que crecen y se desarrollan: en una palabra, el medio; piensan que la sociedad y sus gobiernos comparten esta responsabilidad y que, en la medida en que se lleven a cabo mejoras en la distribución de la riqueza, y de la preparación educativa de los pobres, con mejores condiciones de vivienda y salud, será posible llegar a formar una sociedad más humanitaria, menos delictiva. Tienen fe en el progreso y creen que el hombre es capaz de perfeccionamiento.⁶⁷

El ciclo narrativo que ahora nos ocupa, por su parte, recoge la galería episódica de la Revolución y expresa con fuerza original los anhelos del pueblo que luchaba por conquistar su

⁶⁷ Sandoval, Adriana. *Los novelistas sociales. Narrativa mexicana del siglo XIX 1851-1854*, UNAM-IIF, México, 2008, pp. 30-31.

libertad económica y cívica. Pero, según José Luis Martínez, estos autores no siempre se mostraron de acuerdo con el desarrollo de la Revolución misma o con sus consecuencias prácticas, y no es extraño encontrar en sus obras el desencanto, la requisitoria y, tácticamente, el desapego ideológico frente a la Revolución. Si aquellos novelistas que habían participado en la lucha armada o que habían sido sus testigos se mostraban por lo general poco dispuestos a alentar la marcha del espíritu revolucionario, los escritores de la generación siguiente tomarían para sí esta tarea.⁶⁸

En lo que refiere al contexto general de las letras mexicanas que permearon la vida de esta generación durante los años veinte y treinta, Xorge del Campo señala que estos años están hechos de tendencias literarias múltiples y en cierto modo contradictorias, por cuanto que unas tendían al eclecticismo estético y otras al fanatismo literario.⁶⁹

A continuación, se presenta una pequeña semblanza de la vida de aquellos autores que en mayor medida se ocuparon de la representación del indio y su participación en la lucha armada durante la Revolución. Los escritores que aquí se muestran, corresponden a esta segunda generación de narradores de la Revolución. Estos narradores son:⁷⁰

Mauricio Magdaleno Cardona

- Nació en Zacatecas en 1906.
- En 1933 estudió en la Universidad Central de Madrid, España.
- Colaboró en la Secretaría de Gobernación dirigiendo *La Hora Nacional* de 1943 a 1950; además desempeñó otros cargos en las Secretarías de Gobernación y Hacienda y fue Jefe de Acción Social del Departamento del Distrito Federal.
- Se desempeñó también en diversos cargos de elección popular como Diputado Federal, Senador por Zacatecas de 1958 a 1964 y Subsecretario de Asuntos Culturales de la SEP durante el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz.
- Ejerció distintos cargos administrativos, como presidente de la Junta Revisora del Impuesto sobre la Renta, jefe del Departamento de Bibliotecas y Archivos Económicos de la Secretaría de Hacienda, jefe del departamento de Bellas Artes

⁶⁸ Martínez, José Luis. *Problemas...*, *Óp. Cit.* p. 114.

⁶⁹ Campo, Xorge Del. *Cuentistas de la Revolución Mexicana*, Tomo 8, Ediciones Luzbel, México, 1985, p. 13.

⁷⁰ En su mayoría, las biografías y los datos contenidos en ellas son tomados del *Diccionario de escritores mexicanos, Siglo XX* (9 tomos), IIF-UNAM, 2007.

y Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública y subsecretario de Educación.

- Ingresó como miembro de número a la Academia Mexicana de la Lengua el 14 de junio de 1957 ocupando la silla XXIV.

José Rubén Romero

- Nació en Michoacán en 1890.
- A los once años de edad sale de Michoacán rumbo a la capital donde realiza sus estudios primarios. Ya adolescente, regresa a Michoacán donde publica un pequeño periódico de nombre *Iris*, en el cual aparecerían sus primeros versos. Más tarde, se mantendría colaborando con algunas publicaciones regionales hasta el año de 1909.
- Desempeñó algunos cargos públicos subalternos en Sahuayo y Santa Clara del Cobre, hasta que en 1911 fue designado administrador de las rentas en Purándiro y un año más tarde, secretario particular del gobernador Miguel Silva.
- Participó al lado de su padre en el movimiento armado en Michoacán, donde estuvieron a punto de ser fusilados durante el gobierno de Victoriano Huerta.
- De 1913 a 1915 vive en Pátzcuaro dedicado al comercio.
- Hacia 1919, regresa a la actividad pública, esta vez, como secretario particular del gobernador Pascual Ortiz Rubio y más tarde, como su representante en la Ciudad de México. Esta estancia en la ciudad, le permitiría relacionarse con el ambiente cultural de la época.
- Los cargos públicos que ejerció fueron: inspector general de comunicaciones (1920-1921), encargado del Departamento de Publicidad de la Secretaría de Relaciones Exteriores (1922), jefe el Departamento Administrativo de la misma (1924-1930), jefe del Registro Civil en el Distrito Federal (1933-1935), rector interino de la Universidad Nicolaita (1943) y más tarde, consejero del presidente de la República.
- También se desempeñaría en el servicio exterior como cónsul en Barcelona en 1930, y durante la Guerra Civil española, en 1937, sería nombrado embajador en Brasil y en 1939 en Cuba. Se retiraría del servicio diplomático en 1944.

- Fue miembro de la Academia Mexicana de la Lengua tomando posesión de la silla XII el 14 de junio de 1950.

Miguel Ángel Menéndez

- Nació en Yucatán en 1904.
- Fue presidente municipal de Payo Obispo, hoy Chetumal, Quintana Roo y diputado por el Partido Nacional Revolucionario al Congreso de la Unión representando a Yucatán en la XXXVII Legislatura, donde sobresalió por su discurso de bienvenida a los españoles republicanos exiliados durante la guerra civil.
- Creó en 1937, junto con otros líderes agrarios como Arsenio Lara, el Comité de Defensa Ejidal, desde el que se reivindicaban las aspiraciones agraristas de los ejidatarios henequeneros.
- Fue embajador de México en Colombia y China y plenipotenciario para América del Sur de 1944 a 1950.
- Fue fundador y primer secretario general de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos en 1959, dirigiendo junto con Martín Luis Guzmán quien fue presidente de la misma y Jaime Torres Bodet como secretario de educación pública, los esfuerzos iniciales de esa institución.
- Obtuvo en 1940 el Premio Nacional de Literatura por su novela *Nayar*.

Miguel Nicolás Lira

- Nació en Tlaxcala en 1905.
- En enero de año de 1925 publicó su primer libro de versos, *Tú*, que fue editado por el gobierno del estado de Tlaxcala. Para 1927 animado por la crítica, edita su segundo libro: *La Guayaba*, también publicado por el gobierno de Tlaxcala.
- En 1928 se inició en la burocracia judicial, donde ocupó diferentes puestos: actuario, oficial mayor, secretario del Tribunal del Primer Circuito, secretario de estudio y cuenta de la Suprema Corte de Justicia y juez de distrito (en las ciudades de Tlaxcala y Tapachula).
- Fue catedrático de Literatura Mexicana e Iberoamericana en la Escuela Nacional Preparatoria en 1931; director de los Talleres Editoriales de la

Universidad Nacional Autónoma de México en los años 1935 y 1938; director de la revista mensual de cultura popular *Universidad*, de 1936 a 1938 y director de los Talleres Editoriales de la Secretaría de Educación Pública en 1941.

- En 1947 incursionó en el campo novelístico, con su novela: *Donde crecen los tepozanes*; y en el mismo año apareció *La Escondida*, novela que le valió el Premio de Literatura “Miguel Lanz Duret” como la mejor novela de 1947.
- Intentó ser gobernador del estado de Tlaxcala, sin embargo a causa de ciertos problemas fue exiliado a Tapachula, Chiapas, donde fue Juez de Distrito en Tapachula y regresaría a Tlaxcala hasta 1954.
- En 1955 recibe el nombramiento de miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, el 12 de noviembre.

Francisco Rojas González

- Nació en Guadalajara en 1904.
- Sus primeros estudios los realizó en La Barca, Jalisco. Posteriormente, continuaría su formación en la Escuela de Comercio y Administración en la Ciudad de México al tiempo que trabajaba como escribiente en la Secretaría de Relaciones Exteriores.
- Fue simpatizante de Carranza, y después del asesinato de éste, ingresó al servicio diplomático como canciller de los consulados de las ciudades de Guatemala (1920 a 1922); Salt Lake, Utah; Denver, Colorado, y San Francisco, California (1923-1925).
- A su regreso a México, realiza estudios de etnografía en el Museo Nacional, convirtiéndose en alumno predilecto de Miguel Othón de Mendizábal y Andrés Molina Enríquez. Posteriormente, estudia sociología en la UNAM, a la que ingresaría más tarde como investigador del Instituto de Investigaciones Sociales en 1934.
- Sus primeros cuentos aparecen publicados en la *Revista de Revistas* en 1928.
- Fue miembro de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, de la Sociedad Mexicana de Sociología, de la Sociedad Mexicana de Antropología y de la Sociedad Folklórica Mexicana.

- En 1944 su novela: *La negra Angustias*, le valdría el Premio Nacional de Literatura.

Gregorio López y Fuentes

- Nació en Veracruz en 1895.
- Contando con apenas diecisiete años de edad viaja a la capital, y tras la traición de Victoriano Huerta y la caída y asesinato de Madero y Pino Suárez hechos que lo marcarían profundamente, decide afiliarse al ejército constitucionalista y pelear, no sólo en contra del ejército federal y de Huerta, sino también, contra los soldados norteamericanos que invadieron el puerto de Veracruz.
- Ya con el ejército carrancista, en 1916 cuando se da la pugna entre el llamado Primer Jefe de la Revolución y Francisco Villa, López y Fuentes decide dar por concluida su carrera militar y vuelve a la Ciudad de México a terminar su formación académica.
- En 1921 comienza a escribir para el diario *El Universal*, bajo el seudónimo "Tulio F. Peseenz".
- Para 1935, publica la que sería galardonada con el primer Premio Nacional de Literatura otorgado en México, su novela: *El indio*.

Rafael Felipe Muñoz

- Nació en Chihuahua en 1899.
- Periodista, escritor y académico mexicano, realizó sus estudios en su ciudad natal y en la Ciudad de México.
- Al tomar parte en la Revolución como reportero de un periódico de Chihuahua, tuvo la oportunidad de conocer a Francisco Villa, por quien llegaría a sentir una admiración profunda.
- En 1916, dada su simpatía por Álvaro Obregón, opta por autoexiliarse en los Estados Unidos durante el régimen de Venustiano Carranza.
- En 1920 regresa al país y reanuda su labor literaria, colaborando con los periódicos, *El Herald*, *El Universal* y *El Universal Gráfico*. Durante el gobierno de Portes Gil, llega incluso a ser director de *El Nacional*.
- Entre sus trabajos más sobresalientes se encuentra el haber sido jefe de relaciones públicas y prensa de la Secretaría de Educación Pública y jefe de

prensa de la Secretaría de Relaciones Exteriores de 1946 a 1951. Ambas ocasiones serían durante la gestión de Jaime Torres Bodet, quien, en 1958, le encargaría además la Dirección General de Divulgación Cultural y Prensa de la SEP.

- El 9 de octubre de 1970 fue elegido miembro de número para ocupar la silla XII de la Academia Mexicana de la Lengua, sin embargo no logró tomar posesión de su puesto, pues cuando se encontraba preparando su discurso de recepción, murió repentinamente el 2 de julio de 1972 en la Ciudad de México.

Ramón Rubín

- Nació en Mazatlán el 1912.
- Curso el bachillerato en el colegio de agustinos de Llanes, España; y en 1929 regresaría a México.
- Luego de vivir algunos años como marino mercante, se estableció en la Ciudad de México donde entre 1935 y 1939 publicaría sus cuentos en: *Revista de revistas*.
- En 1938 se unió en España a las brigadas internacionales que combatieron en favor de la República Española; a su regreso al país, concursaría con tres cuentos en los Juegos Florales del Carnaval de Mazatlán donde obtendría el primer y segundo premios. A partir de este concurso, se relacionaría con poetas de su ciudad natal y obtendría una cátedra en la Universidad del Noroeste en Culiacán.
- Posteriormente, viaja a Chiapas por algún tiempo y once años después escribe *El callado dolor de los tzotziles*, su primera novela considerada por los críticos, como una obra fundamental en la narrativa indigenista.
- De 1940 a 1970 radica en Guadalajara, donde tendría serios enfrentamientos con el gobernador, el también escritor Agustín Yáñez.
- Fue director de la revista literaria *Creación*, del Órgano del Bloque de Obreros Intelectuales en Guadalajara.
- En 1954 rechazó el codiciado Premio Jalisco diciendo: “Escribiendo yo por mero placer y gusto, y a veces por darle desahogo a mi rebeldía contra las injusticias sociales, no necesito de estos estímulos” (*El Occidental*, 16 de agosto de 1954).

- En 1972 regalaría sus empresas de zapatos a sus empleados y autorizaría a una editorial chicana a publicar sus libros en forma de historietas.
- En 1994 obtendría el Premio de las Américas en Jalisco y en 1996, el gobierno de Sinaloa le otorgaría el Premio Sinaloa en Ciencias y Artes.

B. Traven

- Según sus propias declaraciones, quien escribiera en distintas épocas de su vida bajo los nombres de Ret Marut, Hal Croves, Traven Torsvan Croves y Bruno, o B. Traven, nació en San Francisco el 25 de febrero de 1882 o en Chicago en 1890.
- Para la temporada teatral 1907, Ret Marut es contratado como actor en el Teatro Municipal de Essen. La primera mención oficial encontrada sobre Marut es en la edición de 1908 del *Neuen Theater-Almanach* (Nuevo Almanaque de Teatro). Posteriormente, de 1907 a 1915, Marut trabajó como actor y director de teatro en diferentes puestas en escena en Alemania.
- En 1912 realiza sus primeras publicaciones; para 1916, Marut publica el cuento: *An das Fräulein von S...* (A la Honorable Señorita S...), bajo el seudónimo de Richard Maurhut.
- Después de la proclamación de la República Consejista en Múnich en 1918, difunde en panfletos el texto: *Die Weltrevolution beginnt* (La revolución mundial está comenzando). En Abril de 1919 se proclama formalmente la República Consejista de Baviera y él se convierte en director del departamento de prensa del Comité Central e integra el Comité de Gobierno de dicha república. El primero de Mayo de ese mismo año, es arrestado después de la invasión y la victoria de la Guardia Blanca. Luego de huir exitosamente, el 23 de Junio de 1919 se anuncia a Marut como culpable de “alta traición” en la lista de “los más buscados” dentro de la *Bayerisches Polizeiblatt* (página policial de Baviera). Ese mismo año vuelve a Berlín.
- Desde mediados de 1919 hasta el verano de 1923, Marut reside clandestinamente en diferentes lugares de Alemania y Austria.
- Luego de ser detenido y encarcelado en Londres por tres meses, es liberado en febrero de 1924 y se embarca hacia México donde ingresa por la costa del

Golfo en junio o julio. El 26 de Julio de ese mismo año escribiría en su diario: “The Bavarian of Múnich is dead.” Ya en México, renta una casa de madera en el norte del puerto de Tampico donde vive y trabaja hasta 1931.

- 1925 marcaría el año de nacimiento del escritor B. Traven; bajo ese nombre, publicaría primero un cuento en la revista *Vorwärts*, posteriormente, en la misma revista, aparecería en 22 fascículos su novela *Los Pizcadores de Algodón*; y a finales de ese año, aceptarían la publicación de la novela *El barco de la muerte*.
- En 1926, con el nombre Torsvan, forma parte de una expedición a Chiapas organizada por el arqueólogo Enrique Juan Palacios; posteriormente, se separa del grupo en San Cristóbal y se encamina solo en un viaje a través de Chiapas.
- En 1927 después de publicar *El Tesoro de la Sierra Madre* y *El Puente en la Selva*, toma un curso de verano en la Universidad Nacional Autónoma de México de español, maya y náhuatl: Cultura e Historia. Después, viaja de nuevo a Chiapas donde visita comunidades lacandonas en la frontera con Guatemala y los sitios de los acontecimientos del “Ciclo de la Caoba” mientras continua tomando cursos de verano en la UNAM, aunque esta vez, de Literatura Latinoamericana e Historia Mexicana. Para 1929 publica *La Rosa Blanca*.
- En 1931 aparecen publicados los dos primeros títulos del Ciclo de la Caoba: *La Carreta* y *Gobierno*. En octubre de ese mismo año viaja nuevamente a Chiapas en busca de material sobre las monterías y las empresas de caoba en la selva, para en 1936 publicar en Zúrich dos títulos más del Ciclo de la Caoba: *Trozas* y *La Rebelión de los Colgados*.
- El 3 de septiembre de 1951 Traven recibe la nacionalidad mexicana y en 1953 el *New York Times* nombra a *The Third Guest* (Macario) como el mejor cuento del año. En 1966 la revista *Stern* publica que B. Traven es un hijo ilegítimo del emperador Wilhelm II. En 1967, el periódico de Estocolmo *Aftonbladet*, se pronuncia por la candidatura de Traven al premio Nobel.
- El 4 de Marzo de 1969, Traven firma su testamento declarando que él, Traven Torsvan Croves, durante su carrera de escritor utilizó los nombres de B. Traven y Hal Croves. El 28 de marzo de ese mismo año, Rosa Elena Luján da a conocer a la prensa que B. Traven, su difunto esposo, fue el actor, escritor y revolucionario Ret Marut.

Una vez revisadas estas semblanzas, se puede concluir que los autores pertenecientes a la segunda oleada de narradores de la Revolución, constituyen una generación de escritores que puede ser agrupada y estudiada como tal, pues comparten ciertos rasgos vivenciales y estilísticos. Por ejemplo:

- La mayoría de ellos vivió fuera de México en alguna etapa de su vida, ya sea por razones académicas, políticas o de trabajo, casi todos estos escritores tuvieron la oportunidad de vivir en otros países y percibir la realidad nacional desde fuera.
- Casi todos ocuparon algún puesto en el gobierno al terminar la lucha armada y en el proceso de consolidación del estado posrevolucionario. Y aunque en su mayoría se adherirían al partido que se encargaría de institucionalizar la Revolución, siendo diputados o funcionarios del PRI; no por ello dejaron de manifestar su desencanto, al menos en sus obras, hacia el uso de la Revolución que hacían los llamados: *logreros*.⁷¹
- El estilo narrativo de sus relatos se caracteriza por ser presentado de manera breve, episódica y por hacer uso de un realismo crudo acerca de los sucesos que se desarrollaron durante el conflicto armado; ya que al ser parte o por lo menos testigos de estos hechos, ninguno de los autores tuvo el menor empacho en expresar su opinión personal respecto a los mismos.
- En sus obras, los autores muestran su desagrado con las consecuencias de la Revolución, particularmente, con los resultados respecto al problema del indio. Por lo que es común encontrar en sus relatos, un sentimiento de desencanto y el cuestionamiento de las causas verdaderas que impulsaron al movimiento armado y sus efectos en el país y su población.
- Finalmente, el desapego mostrado por los escritores ante las políticas de consolidación del estado posrevolucionario y los métodos para llevarlas a cabo, parece ser el último rasgo que une a esta generación de escritores a través de sus relatos.

⁷¹ Aun cuando algunos pudieran pasar también por ellos.

CAPÍTULO 2

LA NOCHE PREVIA Y LAS PRIMERAS LUCES DEL ALZAMIENTO

2.1 El Porfiriato.

Cuando el 15 de Julio de 1867 Juárez entró triunfante a la capital del país después de un periodo de guerra civil; uno de sus más destacados hombres de armas, Porfirio Díaz, rápidamente se apresuraría a manifestarle al entonces presidente de la República y depositario del poder popular, su deseo de retirarse de la vida castrense para dedicarse de lleno a una apaciguada vida de campo en su recién comprada hacienda, *La Noria*, en las cercanías de Oaxaca.

Los aplausos a Díaz no se harían esperar; pues nadie imaginaba que un general tan laureado, renunciara tan fácilmente a la posición que a fuerza de batallas había conquistado, para retirarse humildemente a la vida civil. Sin embargo, esto no sería exactamente así, pues tan sólo tres meses después de haber anunciado su retiro, Porfirio Díaz estaría compitiendo con Juárez por la presidencia de la República.

De esta forma, el regreso de Díaz a la vida política del país estaría marcado por la búsqueda de la presidencia de la República. Siendo el héroe de las luchas en contra de los conservadores e imperialistas, Díaz estaba seguro de saber lo que el país necesitaba y así lo planteó. No obstante, la primera vez que se presentó a la contienda electoral en contra de Juárez en 1867, sólo alcanzó 785 votos; por lo que, abrumado ante la derrota, no tuvo más opción que retirarse de nuevo a su hacienda de La Noria.

Su segundo intento llegaría en 1871, aunque esta vez no sólo competiría contra Juárez, sino también contra el presidente de la Suprema Corte de Justicia Sebastián Lerdo de Tejada. En esta elección, Díaz alcanzaría un más honroso segundo lugar con 3 555 votos, aunque tanto él como Lerdo, ambos perdedores, se inconformarían con el resultado y tratarían de impugnarlo. Al no dar resultado la impugnación, Díaz lanzaría el *Plan de La Noria*, primero de los dos que promulgaría con el fin de obtener la presidencia. El segundo, fue *El Plan de Tuxtepec*, aunque esta vez lo dirigiría en contra del gobierno y la reelección de Lerdo de Tejada en enero de 1876.

Después de enarbolar dos veces la bandera *antiautoritaria, anticentralista y antireeleccionista*, Díaz alcanzaría por fin la presidencia de la República en 1877 luego de derrotar a los lerdistas e iglesistas (estos últimos conocidos también como decembristas). Ya para el final de su primer periodo presidencial en 1879, Díaz apoyaría la campaña de su compadre Manuel González quien sería electo presidente para el periodo 1880-1884. Sorpresivamente al terminar el periodo de González, Díaz volvería a lanzarse por la presidencia, ganándola de nuevo para el periodo 1884-1888. De esta forma surgiría el periodo conocido como *el Porfiriato*.

De acuerdo con la historiadora Elisa Speckman, el Porfiriato es un período en la historia de México que puede situarse entre los años de 1877, cuando Porfirio Díaz inicia su primer mandato presidencial y concluye en 1911, meses después de estallada la Revolución, una vez que Díaz parte rumbo al exilio.⁷²

Para el también historiador Pablo Serrano Álvarez, el Porfiriato inició con el control de las instancias e instituciones políticas del país en 1877 y durante trece años, hasta 1890, se caracterizó: “por el control sobre caudillos y caciques, la inversión extranjera, principalmente europea, la conciliación con las potencias mundiales, el saneamiento de la hacienda pública, la política de comunicaciones y transportes, el incentivo hacia la minería, el campo y la industria, y también, la tolerancia sobre los asuntos religiosos.”⁷³

Lo anterior permitiría el auge del régimen porfirista desde 1890 hasta los primeros años del siglo XX. Durante esta etapa, predominaría el grupo conocido como “los científicos”, quienes de acuerdo con Serrano, determinaron la política a seguir básicamente en tres rubros: “en el económico, consideraban necesario fomentar la inversión extranjera y la exportación de materias primas, eliminar las alcabalas, además de intensificar la obra pública en comunicaciones, transportes e infraestructura. En el ámbito político, proponían la instauración de una dictadura transitoria, que a su debido tiempo debía ser reemplazada por instituciones y leyes. En materia sociocultural, recomendaban la implantación de un sistema de educación pública bajo la égida del positivismo y en una identidad apegada al avance de la civilización occidental en la que el país debía insertarse definitivamente.”⁷⁴

⁷² Speckman Guerra, Elisa. *El Porfiriato*, En: Escalante Gonzalbo, Pablo et al. *Nueva historia mínima de México ilustrada*, El Colegio de México, México, 2008. p. 337.

⁷³ Serrano Álvarez, Pablo. *Porfirio Díaz y el Porfiriato. Cronología (1830-1915)*, INEHRM, México, 2012, p. 8.

⁷⁴ ídem.

Para Ricardo Pérez Montfort El Porfiriato no sólo significó el paso para el país de una sociedad invadida por las guerras y la violencia, ya fueran estas internas o externas, hacia una nación que sus representantes calificarían de "paz y progreso", sino que hizo posible el ingreso de México al llamado mundo "moderno y cosmopolita del siglo XX." La captación de capitales foráneos para impulsar el desarrollo económico, así como la centralización del poder en manos de un reducido grupo de ciudadanos admiradores de la *Belle Époque* y el positivismo, daría pie a una profunda división en la sociedad mexicana. En ella, tan solo unos cuantos militares, hacendados, banqueros, empresarios, comerciantes e incipientes industriales capitaneaban el quehacer de una inmensa masa de trabajadores, principalmente agrícolas y mineros, que se debatía entre la supervivencia miserable y la servidumbre rayana en la esclavitud.⁷⁵

Esta aparente noción de paz y progreso que disfrutarían algunos sectores privilegiados de la sociedad mexicana durante el Porfiriato; aparece retratada en un diálogo de la novela de Mauricio Magdaleno: *El resplandor*. En dicha conversación, un hacendado, un tendero y varios lambiscones, lanzan loas al régimen y al caudillo que lo encabeza, al tiempo que discuten sobre las ventajas que ha ofrecido el Porfiriato para la "gente honrada" respecto a la Reforma. Además, analizan las condiciones previas al establecimiento de la dictadura, y las ventajas que en materia de infraestructura ha traído ésta; y por supuesto, no puede faltar en el diálogo, la opinión del hacendado respecto a los indios y la religión:

—Soy mocho y quiero que en mis tierras no quede un solo hereje tal por cual. Falta religión y sobran indios en México. Ha hecho muy bien, pero requete muy bien don Porfirio en aplastar a las impías Leyes de Reforma y en apoyar a nuestra santa religión. Sólo el gobierno de los católicos puede dar paz a México. Llevamos ya veintisiete años y tendremos aún cincuenta más, con quien suceda a don Porfirio, el día en que el Señor se acuerde de él... ¡Ojalá que no sea pronto!

—Dios le guarde la vida por muchos años... El cielo nos los conserve sano y fuerte... Que no nos dejes solos jamás... —mugía el coro de incondicionales, en un rezongo de catecúmenos respondiendo al oficiante.

— ¡Y todavía murmuran esos masones, hijos del demonio! Que no hay elecciones..., que la tiranía..., que los pobres y los ricos..., que la Reforma ha muerto..., que..., ¡inconformes que somos, señores míos, y la maldad no duerme! Veintisiete años de paz, ferrocarriles, caminos, créditos, obras públicas, edificios lujosos, paz... ¡Paz, sobre todo, para que las gentes de orden se hagan de un capitalito! ¿Qué había cuando don Porfirio llegó al Poder, vamos a ver?

—Guerra —dijo uno, tomando muy a pecho la requisitoria.

⁷⁵ Pérez Montfort, Ricardo. *Estampas de nacionalismo popular mexicano*, CIESAS, México, 2003, p. 97.

–Hambre – secundó otro, por el mismo jaez.

–Anarquía.

–La plebe cometiendo fechorías y media.

–La impiedad desenfadada, como cuando el general Báez, ¡que Dios Nuestro Señor haya castigado!, entró a caballo en una iglesia, profanando santo recinto.

– ¡Eso mero, sí, señores! Impiedad, hambre, anarquía, guerras entre hermanos, las plebes ensorberbecidas queriendo mandar. Ahora, en cambio, ¿quién se siente desvalido?, ¿quién siendo honrado, se entiende, no goza de garantías y de prosperidad? ¡Quiero que se me diga! pues todo es obra de don Porfirio. –Y añadía, con un gesto categórico de quién sabe lo que dice–: Y no sólo del Héroe de la Paz, del gran constructor de México. Es obra, fundamentalmente, del talento de doña Carmen Romero Rubio de Díaz, la primera dama de la República, que ha sabido mandar a través de su señor marido. Doña Carmelita es como la Juana de Arco de México, como Santa Mónica, como...

– ¡Viva doña Carmelita! –gritaban los más lambiscones, que lo eran todos los de la tertulia, signando su pública adhesión al régimen y el ilustre dama que los inspiraba.

–Y don Porfirio Díaz, nuestro padre –agregaba el hacendado, muy cuidadoso de que la fórmula presidencial no pasase inadvertida.

– ¡Viva el Héroe de la Paz!

– ¡El vencedor del Dos de Abril!

– ¡El gran gobernante!

– ¡El azote de los malos mexicanos!

– ¡Nuestro padre! ¡Nuestro jefe!⁷⁶

Pero ¿quién era en sí este Héroe de la Paz que impondría orden y progreso a México y que las clases privilegiadas verían como un padre y protector de sus intereses por haber logrado instituir un largo periodo de relativa calma y prosperidad, en el cual sus negocios pudieron prosperar?

Nacido en Oaxaca en 1830, Porfirio Díaz Morí era considerado por algunos de sus seguidores como un gran estadista que logró establecer la estabilidad política y económica a finales del siglo XIX y principios del XX en México. También se le atribuía el ser responsable de lograr el periodo de paz social que algunos historiadores como Alan Knight denominan: *La Pax Porfiriana*, luego de que gran parte de la vida del México decimonónico estuviera dominada por los levantamientos intestinos, las intervenciones extranjeras y las crisis político-financieras.

Sin embargo, mientras que para algunos miembros de la sociedad mexicana Porfirio Díaz representaba un padre y protector de sus intereses y los de la patria, para otros sectores,

⁷⁶ Magdaleno, Mauricio. *El resplandor*, LECTORUM, México, 2010, pp. 75-77.

los menos afortunados, era una figura velada, inalcanzable, que sólo podía ser comprensible y asimilada en la cercanía. Una cercanía que lejos de simbolizar la figura paterna que en él veían los hacendados, encarnaba a un enemigo, defensor de los intereses de la oligarquía en detrimento de las grandes masas desposeídas.

En el cuento de Ramón Rubín: *Las cinco palabras*, el narrador ofrece una descripción de Díaz visto a través de los ojos de un grupo de huicholes que al verse despojados poco a poco de sus tierras por un cacique local, piden una audiencia con el presidente y tras unos años de esperar su turno para poder ser atendidos, finalmente se les concede la entrevista. En ésta, sólo se les permite decir cinco palabras para expresar su problema. Cuando *la Porfíria* (Porfirio Díaz) aparece ante ellos, esta es la opinión que causa en los indios:

Al fin, trayendo por escolta a un militar de alto rango, a un escribiente y a un hombre de Estado, apareció *la Porfíria*. Era un viejo algo menos renegrido que ellos y, por más que muy adornado de vestimenta y con enhiesto y abundante bigote, en patético desaire en relación con la petulante apariencia de su imagen en el retrato de la pared.

Los huicholes pensaron, con cierto discreto desdén, que no parecía sino un pobre indio *avecinado*. Y él, luego de lanzarles una mirada entre curiosa y paternal a aquellos cuatro extraños súbditos, y de fruncir la nariz en un gesto de repulsa a cierto mal olor que de sus harapos trascendía, tomó asiento en el sillón del otro lado de la mesa y empezó a dar muestras de hallarse impaciente.

—A ver; ustedes dirán lo que desean —autorizó mientras sus acólitos se iban acomodando de pie en torno suyo y envolviéndole en la tela de araña de su servil solicitud.⁷⁷

Este personaje que según los indios del relato, semejaba más a un indio *avecinado* que a los propios retratos que lo representaban; sería uno de los actores principales y propiciador de la mayoría de los hechos que a continuación se relatan.

2.2 Contexto general y condiciones de vida indígena antes de la Revolución.

Con el régimen porfirista llegaría una paz que, aunque imperfecta y basada tanto en el consenso como en la represión, permitiría la continuidad del gobierno. La modernización e industrialización que se darían a partir de entonces en algunos sectores del país, contribuirían de manera notable a enaltecer los logros del régimen y a prolongar el aparente periodo de paz,

⁷⁷ Rubín, Ramón. *Los Rezagados. Cuentos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991, pp. 158-159.

estabilidad y progreso. Esta industrialización del país de acuerdo con Pérez Montfort, tenía un fin en específico:

La industrialización era la meta y sus beneficios debían aportar la riqueza suficiente para permitir una acumulación capaz de sostener el espejismo del bienestar de la sociedad, o por lo menos el de los sectores más pudientes.⁷⁸

Las políticas económicas de Díaz, así como el gran avance que se dio en la infraestructura del país, particularmente, con el desarrollo y modernización de las vías de comunicación, acelerarían el proceso de industrialización, y favorecerían el desarrollo de las elites locales en distintos sectores del país.

De acuerdo con los datos presentados por Carlos Montemayor con respecto a las haciendas y su extensión territorial al inicio de la primera década del siglo XX; un número aproximado de 8 845 haciendas contaba con una extensión de 88 millones de hectáreas, es decir, 45% del territorio del país. Los dueños de esa extensión eran sólo 834 hacendados. Mientras que 3 130 402 peones de campo y sus familias (más de 9.5 millones de personas) estaban sometidas a la servidumbre de estas haciendas, cuando el país contaba con una población total de 15 160 369 habitantes.⁷⁹

Cabe mencionar también que muchos de los hacendados no eran principalmente mexicanos sino extranjeros. De acuerdo a la distribución de hacendados extranjeros recopilada por Frank Tannenbaum en 1923 y citada por Montemayor,⁸⁰ éstos se podían organizar de la siguiente forma:

⁷⁸ Pérez Montfort, Ricardo. *Cotidianidades, imaginarios y contextos: Ensayos de historia y cultura en México, 1850-1950*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México, 2008. pp. 49-51.

⁷⁹ Montemayor, Carlos. *Los pueblos indios de México*, Ediciones Debolsillo, México, 2010. p. 79.

⁸⁰ Tannenbaum, Frank. En: Montemayor, Carlos. *Los pueblos indios de México*, Ediciones Debolsillo, México, 2010. pp. 57-58.

Nacionalidad	Superficie en miles de hectáreas	Porcentaje %
Estadounidenses	16 558	51.7
Espanoles	6 233	19.5
Británicos	5 315	16.6
Franceses	1 522	4.7
Alemanes	1 172	3.7
Otras nacionalidades	1 205	3.8
Total de extranjeros	32 005	100

El resto de la propiedad se hallaba en poder de criollos, hijos y descendientes de extranjeros que, por herencias, despojos y casamientos entre sí, constituían la casta dueña de la tierra que regía los destinos del país.

En este sentido, Alan Knight, afirma que la mayoría de las elites locales que se formaron o se consolidaron durante el Porfiriato, permanecieron herméticamente locales, hasta que con los últimos años del periodo envejecieron, se compactaron y se volvieron aún más exclusivas. No obstante, algo que Díaz siempre dejaría muy en claro, es que la perpetuación y continuidad de estas elites dependía en gran medida de su propia voluntad.⁸¹

El poder político estaría concentrado en un selecto grupo reunido alrededor de Porfirio Díaz, formado en 1892 bajo el nombre de *Unión Liberal*. Esta pequeña camarilla nacional actuaba paralelamente a las oligarquías regionales antes mencionadas y básicamente, se encargó de dirigir el rumbo que habría de tomar el país. Su argumento de arranque para ser incluidos dentro del gobierno de Díaz fue que gracias a ellos, podría fortalecerse el régimen, se garantizaría su continuidad y se evitarían las crisis. Sin embargo, todas las reformas y propuestas planteadas por la *Unión Liberal* dependían del progreso material y de que la paz se

⁸¹ Knight, Alan. *La Revolución Mexicana. Del Porfiriato al nuevo régimen constitucional*. Volumen I, Editorial Grijalbo, México, 1986. p. 40.

mantuviera, aun cuando esto se hiciese a costa del sacrificio de la democracia. Knight refiere que:

Aunque la Unión Liberal realizó propuestas políticas moderadas, abogó por la inamovilidad del poder judicial y la creación de la vicepresidencia, en realidad su cometido principal fue la continuidad del crecimiento económico: más vías férreas, un sistema fiscal racionalizado, la supresión de aranceles en las fronteras internas, la inmigración europea y más recortes al presupuesto militar. Esta insistencia en la primacía del progreso material y en la necesidad de hacer coincidir las reformas políticas con el nivel de desarrollo económico, revelaba la influencia positivista que operaba entre los porfiristas de la Unión Liberal. De manera que, por sostener una visión comtiana y “científica” de la sociedad, recibieron el sobrenombre de “científicos”.⁸²

Mientras Díaz y los científicos gobernaban un país encausado a consolidar el desarrollo económico, el progreso y la industrialización en beneficio de los grandes capitales (muchos de ellos procedencia extranjera), y por supuesto, favoreciendo de paso a la oligarquía nacional; en el otro México, es decir, aquel que estaba alejado de los grandes centros urbanos, en donde las vías del ferrocarril no habían alcanzado a llevar los planes de progreso y los caciques y terratenientes gobernaban en pequeñas elites locales; la situación era muy diferente a la que se quería aparentar o representar en las grandes ciudades. La situación de miseria a la que estaban expuestos la mayoría de los mexicanos que habitaban las zonas rurales y la periferia de las grandes ciudades será descrita más adelante.

Por una parte la política económica llevada a cabo por Díaz buscaba acelerar el proceso de privatización de las tierras comunales de las corporaciones indígenas y eclesiásticas, así como de los bienes urbanos del clero. Y por otra, se encargaba de suprimir las gabelas y alcabalas que pesaban sobre el tránsito de mercancías, otorgando todo tipo de facilidades al desarrollo de la banca y la industria. Brindó también protección arancelaria a los empresarios cuando estos la solicitaban y protegiendo también de manera especial, a los dueños de las haciendas; dando así, completa libertad a las actividades mercantiles.

Con un país con una incipiente industrialización, Díaz trataría de estimular el ingreso de capital e inversión extranjera al país, otorgando a los inversionistas extranjeros las mismas facilidades que a los nacionales, abogando así por la libertad económica. Al ver las prerrogativas otorgadas por el gobierno, los inversionistas extranjeros aprovecharon para

⁸² Knight, Alan. *La Revolución Mexicana. Del Porfiriato al nuevo régimen constitucional*. Volumen I, Editorial Grijalbo, México, 1986. p. 40.

construir más de 20 000 kilómetros de vías férreas al tiempo que rehabilitaban y modernizaban las instalaciones portuarias más importantes y comenzaban las gestiones para introducir los servicios eléctrico y telefónico en las principales poblaciones y centros industriales del país. De esta forma, no sólo se pretendía modernizar e impulsar a la industria, sino también, obtener pingües beneficios.

Todas estas acciones y sus respectivas consecuencias contribuyeron a acentuar más la de por sí ya marcada división entre los integrantes de la sociedad porfirista. El arquitecto Guillermo Boils por ejemplo, identifica a ambos sectores de la sociedad porfiriana de la siguiente manera:

Los integrantes de esa presencia dual en la realidad porfirista son: el mundo de quienes van entrando en la creciente modernización, ligada a ciertos núcleos de desarrollo capitalista, y, frente a ellos, una gran masa empobrecida, sumida en condiciones de existencia material de índole agrario-tradicional, con un alto índice de marginalidad respecto al sistema educativo, al consumo de bienes y servicios, así como a los canales de participación política.⁸³

En este mismo sentido, Jesús Silva Herzog planteaba que en las ciudades de principios de siglo XX en México, podía advertirse a simple vista una gran desigualdad social, producto de la estratificación de las clases sociales. El pináculo de esta sociedad estratificada, era ocupado por: “una aristocracia sin pergaminos, sin abolengo, sin historia; es decir, una falsa aristocracia.”⁸⁴

Esta aristocracia o clase alta, estaba compuesta en su mayoría por hacendados, dueños de minas, banqueros, grandes comerciantes nacionales y extranjeros, representantes de empresas extranjeras y algunos médicos y abogados con éxito profesional. De esta clase surgía también, la mayoría de las veces, quien estaba destinado a ser gobernador de algún estado; mismo que de hallarse falto de fortuna, rápidamente la conseguía por medio del poder que le otorgaba el ejercicio su función. Por si esto fuera poco, esta minoría afortunada, se consideraba a sí misma como la única depositaria de la decencia y de las buenas costumbres. Porque sólo se consideraba gente decente a las personas que vestían bien, que eran ricas y no demasiado

⁸³ Boils, Guillermo. *Las casas campesinas en el Porfiriato*, SEP, México, 1982. p. 14.

⁸⁴ Silva Herzog, Jesús. *Breve historia de la Revolución Mexicana. Los antecedentes y la etapa maderista*, Fondo de Cultura Económica, México, 1990, p. 46.

morenas. Ya que se pensaba que había una relación directamente proporcional entre la decencia y la riqueza y entre la decencia y el color de la piel.⁸⁵

La clase media por su parte, estaba compuesta por ingenieros, abogados y médicos de escasa clientela, profesores normalistas, empleados de oficinas, dependientes de comercio, pequeños comerciantes, trabajadores calificados de los ferrocarriles, artesanos con éxito, etcétera. Se estima que aquellos que a principios de siglo recibían ingresos que oscilaban entre los cincuenta y cien pesos mensuales tenían un nivel de vida que los colocaba dentro de esta clase. De ésta clase media, de acuerdo con Silva Herzog, saldrían algunos de los caudillos de la Revolución de 1910.⁸⁶

La clase baja a su vez, estaba formada por la inmensa mayoría de artesanos, obreros, trabajadores no calificados de toda especie, peones, indios y todos aquellos quienes ganaban al día salarios de menos de un peso trabajando jornadas, por regla general, de entre diez y doce horas. Esta clase no vivía propiamente en la pobreza, sino más bien, en una situación de miseria económica absoluta. Por si esto fuera poco, además de ser los más débiles económicamente; eran vistos también con mal disimulado desprecio por las autoridades administrativas y las clases superiores; desde el tendero y el jefe político, hasta llegar al presidente.⁸⁷

Un ejemplo de lo anterior, lo ofrece B. Traven en su novela: *La rebelión de los colgados*; en ella, el autor narra el trato que recibían los indios de parte de los comerciantes cuando estos tenían que bajar de sus comunidades a los pueblos en busca de sus insumos. Además, el autor también refiere, cuáles eran las proporciones de la población indígena respecto a la mestiza hasta antes de que estallara la Revolución en una comunidad de chiapaneca.

...aunque el dinero de los indios tenga exactamente el mismo valor que el de los ladinos, jamás se les da a aquéllos ni un pedazo de papel, ni una bolsa en que guardar lo que compran... Los indios no pueden esperar atención alguna de los comerciantes, aun cuando sin las compras de los campesinos indígenas el comercio se arruinaría y los comerciantes del pueblo se verían obligados a cerrar sus puertas, porque los indios que

⁸⁵ De acuerdo con Silva Herzog, no puede decirse que esta aristocracia fuera culta o que le importara la cultura, pues a excepción de alguno que otro profesionista que resultaba inteligente y amante de las ciencias o de las bellas artes; los demás apenas sabían leer y escribir y conocían bien las cuatro reglas elementales de la aritmética.

⁸⁶ Ídem. pp. 47-48.

⁸⁷ Ídem. pp. 48-49.

llegan a Jovel cada semana o cada quince días para comerciar son veinte o veinticinco mil, es decir, el doble de la población de la ciudad que ellos sostienen.⁸⁸

Otro ejemplo de la interacción entre dos estratos diferentes de la población aunque esta vez en un contexto diferente, pero sin dejar de reflejar el mal disimulado desprecio del que hablaba Silva Herzog; lo ofrece Miguel N. Lira en su novela: *Donde crecen los tepozanes*. En ella, el autor narra cómo se da la relación afectuosa entre un mestizo y una indígena, y cómo a pesar de esto, existe un sentimiento de vergüenza de parte del mestizo hacia la india porque esta no habla español. Una consecuencia de este tipo de relaciones, era que los hijos que nacían de ellas, se veían obligados a optar por la parte mestiza como la cultura dominante en su vida, y a adoptar el uso del "castilla" en detrimento de su cultura y de su lengua indígena.

Dominga era hija de Octaviano Meneses y de Agustina Zempoalteca. Su madre, nacida en La Candelaria, ignoraba el idioma "de Castilla" cuando se casó con Octaviano, el mayordomo más "letrado" –como decían– de cuantos había tenido La Candelaria. Como Agustina era bonita y fuerte, desde un principio la quiso, y sólo el hecho de que no supiera hablar el español lo entristecía y lo avergonzaba.

Se dedicó entonces a enseñarle "el Castilla" con paciencia y empeño. Cuando nació el primer hijo, le prohibió hablar en *náhuatl*.

–Sólo "el Castilla" –le dijo–. Ya vites todo lo que en antes pasastes y las vergüenzas que me dabas por no saberlo. Por eso no quiero que los chamacos les pase lo mismo.

Y sólo "el Castilla" se habló en aquella casa donde creció Dominga y donde con el tiempo crecieron también sus hermanos, todos educados en el santo temor de Dios y conforme a las reglas establecidas por el hermano de Octaviano, que era cura de Quiahuixtlán.⁸⁹

Para hablar de estas interacciones que reflejan las relaciones de poder construidas en su mayoría durante la época colonial y heredadas por la sociedad porfiriana; Mauricio Magdaleno narra en su novela *El resplandor*, cómo una indígena otomí alecciona a un niño sobre el comportamiento que éstos han de tener frente a los blancos. Poniendo de manifiesto, la desconfianza que el indio ha adquirido hacia ese sector de la población, y cómo se ha encargado de transmitirla entre los suyos.

–A los señores nunca se les dice nada. ¿Entiendes? Y mucho menos lo que se habla entre los tlacuaches. Ni ellos te entenderían ni tú a ellos. Se les ventea la intención, se les oye y se calla uno el hocico. Los cristianos blancos nunca han admitido que un indio diga nada.

⁸⁸ Traven, B. *La rebelión de los colgados*, Selector, México, 2012, p. 40.

⁸⁹ Lira, Miguel N. *Donde crecen los tepozanes*, E.D.I.A.P.S.A., México, 1947, pp. 39-40.

Cuando lo buscan a uno nunca es para bien. ¿Qué para dónde vas? Pues voy para allá, señor amo, y en la primera loma das vuelta y jalas por el lado contrario. ¿Qué si sabes esto o aquello? Pues no, señor amo; los indios no sabemos nada. ¿Qué así o asado? Como su buena merced diga.⁹⁰

Sobre el contexto en específico en que se hallaban los pueblos indios durante el Porfiriato y hasta las dos primeras décadas del siglo XX; si bien podría decirse que la situación que prevalecía entre ellos no era la misma en las distintas regiones del país, sí es posible afirmar en todos los casos que los indios vivían en condiciones muy adversas. Pues como menciona Miguel León-Portilla: “En tanto que muchos subsistían en zonas de refugio, aislados y con escasos medios para sustentarse, manteniendo a veces sus formas comunitarias de organización, otros se hallaban “encasillados” en las haciendas o como trabajadores de las minas o dedicados al servicio doméstico y en algunos casos hacinados en las barriadas de las principales ciudades del país.”⁹¹

Algunos ejemplos de las distintas situaciones en que vivían los indios en las diferentes regiones del país durante el Porfiriato, aparecen plasmados en la narrativa de la Revolución. Esto ofrece sin duda un panorama amplio sobre el grueso de la población indígena. Al analizar algunos de estos textos, una de las primeras cosas que salta a la vista, es lo que ya refería León-Portilla sobre que, en la mayoría de los casos, los indios vivían en condiciones muy adversas.

Existencias opacas que apenas encuentran los medios de subsistencia para poder asirse a la vida, aun cuando ésta vida a todas luces resulta miserable, es lo que retrata Gregorio López y Fuentes quien describe en su novela: *El indio*, cómo era un anochecer cotidiano en una ranchería indígena náhuatl durante el Porfiriato:

Anocheceres tristes de ranchería indígena; bultos grises, en cuclillas, a la puerta de las casas. Mujeres que ya vuelven del pozo, con la tinaja en la cabeza. Aplaudir sordo de las que hacen tortillas. El niño, somnoliento, que llora incansable porque la madre no lo aúpa.⁹²

Otro pueblo indígena que vio plasmadas sus condiciones generales de vida hasta antes de la Revolución en la literatura, fue el otomí del Valle del Mezquital, del cual Mauricio Magdaleno hace un retrato en su ya mencionada novela *El resplandor*:

⁹⁰ Magdaleno, Mauricio. *El resplandor*, LECTORUM, México, 2010, p. 110.

⁹¹ León-Portilla, Miguel. *Independencia, Reforma, Revolución, ¿y los indios qué?*, UNAM-CONACULTA, México, 2011, p. 84.

⁹² López y Fuentes, Gregorio. *El indio*, Editorial Porrúa, México, 2008, p. 7.

En los tugurios infectos hacinábanse hombres, mujeres, chicos y bestias. Los puercos y los burros ayuntaban al lado del cristiano bufando en la porfía de la calentura y luego en los espasmos clamorosos, y revolviere hermano contra hermana en la promiscuidad del sueño en que el gañan vomita sus energías viriles en el hediondo petate. Las embarazadas reventaban sin un grito y las más veces no era necesaria siquiera la presencia de una vieja experimentada. Del silencio de las loberas brotaba, noche adentro, como un vaho penetrante –humus fecundo, podredumbre, vida–, un chillido aterido –el de la carne nueva que proclama su balbuceo inicial– y aumentaba la tropa de chamacos pringosos e ictericos, fáciles presas del sarampión y del tifo y la viruela, y la hembra, al día siguiente del alumbramiento, se echaba sobre los lomos la carga habitual de leña y trasponía el monte en pos de unos centavos por cinco arrobas de cal.⁹³

Incluso en las fiestas que se realizaban en las rancherías de las clases bajas, podía advertirse un sentimiento de amargura que reflejaba la situación de los desposeídos y su sentir hacia el régimen y la realidad en la que se encontraban. El propio Mauricio Magdaleno en su cuento: *El baile de los pintos*, describe la algarabía de estas masas entregadas al éxtasis en una fiesta y narra con metáforas su historia reciente hasta antes de la Revolución.

De lejos, llegaban los alaridos de las peonadas, que ahogaban cien años de esclavitud e ignominia en el refino y el "Charanda" –alaridos tristes, gritos de coyote con hambre que arrastra su desesperación manigua adentro, caldeado el rencor y el alma oscura–.⁹⁴

Otra descripción de una fiesta, en la misma ranchería de la que habla López y Fuentes, sirve de metáfora para describir la historia indígena, y muestra la actitud desinhibida de los indios en las fiestas cuando se hallan bajo los influjos del alcohol. Además, el autor pone especial énfasis, en la acción catártica y liberadora de la bebida en los indios.

Había muchos vendedores de manta y de baratijas, pero eran muchos más los que habían instalado sus puestos de aguardiente. Éstos, para atraer compradores, comenzaban por darles una *prueba*, y momentos después ya no podían atender tantas demandas. Eran incontables los individuos, especialmente adultos, con todos los síntomas de la embriaguez. Hablaban, discutían y provocaban riñas. El mutismo tradicional había desaparecido bajo la acción del alcohol. Bien pronto, hasta los más alegres, rompían a llorar. De ellos, los más escandalosos fueron llevados en calidad de presos a la cárcel improvisada en una troje vieja, para que al otro día barrieran la basura en la plaza y en los callejones.

El giro que tomó la fiesta fue como la historia de cuatro siglos: primero las danzas, la música, el *volador*, en una palabra la tradición; y luego, el alcohol. Había hombres tirados como cerdos gordos, a las puertas de las casas. Eran algunos viejos *tequibuis* que, validos

⁹³ Magdaleno, Mauricio. *El resplandor*, LECTORUM, México, 2010, p. 54.

⁹⁴ Magdaleno, Mauricio. *Cuentos completos*, LECTORUM, México, 2003. p. 137.

de su impunidad, escandalizaron, atropellaron, se pusieron a llorar y, por último, fueron a caer en cualquier sitio, a dormir.⁹⁵

Estos ejemplos nos muestran que más que una interacción cordial entre los distintos estratos de la sociedad porfiriana lo que se dio entre ellos fue una relación de explotador y explotado. A pesar de esto, resulta imposible explicar y entender la situación de un sector excluyendo al otro. Guillermo Boils explica cómo se da la relación entre ambas partes de la sociedad porfiriana:

...la relación principal que las vincula es el complejo sistema de mecanismos de explotación y sobreexplotación, que el México privilegiado del Porfiriato ejercía sobre las masas empobrecidas. Así, entre 1881 y 1908, el salario promedio de los peones agrícolas, en los estados de mayor desarrollo en México, pasó de 29 centavos a 31.6 centavos al día, experimentando un crecimiento cercano al 10% a lo largo de 17 años. En ese mismo lapso el precio del maíz se elevó en un 96%, mientras que el frijol aumento un 64%. Estos datos sobre productos de consumo imprescindible para el campesino, testimonian el hondo desnivel que acusa el alza en el costo de la vida y el modesto aumento salarial.⁹⁶

Esta explicación resulta pertinente para ahondar en el tema tratado, pues no debemos olvidar que una vez despojados de sus tierras,⁹⁷ tanto indios como campesinos no tuvieron más alternativa que servir de peones en las mismas haciendas que los habían despojado; siendo tanto los dueños de éstas como sus administradores, los encargados de asignar los salarios miserables y las duras jornadas de trabajo. Esto es mencionado también por Friedrich Katz, quien señala que: “Casi todos los hombres de las aldeas que perdieron sus tierras comunales tuvieron que depender en parte de las haciendas para su subsistencia, como acasillados o en alguna otra forma.”⁹⁸ Katz menciona además que la mayoría de los trabajadores contratados para laborar en las haciendas del sur del país: “...eran campesinos desposeídos y trabajadores desempleados de la Ciudad de México y de otras partes del centro, atraídos a los trópicos por los altos salarios que se ofrecían o simplemente inducidos a firmar contratos durante una borrachera.”⁹⁹

De esta forma, el despojo y la explotación infligidos por la oligarquía porfiriana a las grandes masas de campesinas e indígenas, no pasaría sin hacer mella y dejar cicatriz en el

⁹⁵ López y Fuentes, Gregorio. *El indio*, Editorial Porrúa, México, 2008, p. 57.

⁹⁶ Boils, Guillermo. *Las casas campesinas en el Porfiriato*, SEP, México, 1982, p. 14.

⁹⁷ Más adelante y debido a su importancia, se dedica un apartado completo al análisis del despojo de las tierras indígenas y a sus consecuencias para los indios y sus comunidades.

⁹⁸ Katz, Friedrich. *La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*. Ediciones Era, México, 1998, p.

42.

⁹⁹ ídem. p. 26.

espíritu de quienes los sufrieron. Si a esto sumamos el desprecio con el que comúnmente eran tratadas las clases bajas por las altas, comprenderemos porqué, al estallar la Revolución, este desprecio se volvería mutuo, y las masas revolucionarias externarían el suyo, a modo de venganza ante los agravios recibidos.

Francisco Rojas González en su novela: *La negra Angustias*, ejemplifica esto de manera notable, explicando cómo, ante la falta de juicio de la coronela Angustias para identificar a los verdaderos enemigos contra los que luchan ella y la Revolución; uno de sus jefes más avezados se encarga de hacerle notar que, en realidad, su enemigo principal son los administradores que velan por los intereses de los ricos y someten a los pobres. Además, a través del diálogo entre la coronela y uno de los jefes de su ejército, se explica cuáles eran las labores de estos administradores y cuáles los medios de sometimiento y las acciones que realizaban en contra de los peones.

– ¡Usted salía sobrando aquí..., don catrín! –repitió la mujer un poco exaltada.

–No, mi coronela –terció Concho– ¡Cómo sobrando! Si no hubiera tipos de éstos, entonces no necesitaríamos pelear. Precisamente contra ellos y no contra otros es con los que los traímos. Éste es, a lo mejor, alministradorcito de algún ingenio o mayordomo de finca. [...]

– ¿Con que usted es a lo mejor un alministrador?... ¿No? De esos que tienen ahoy toda la tierra que antes era de los que andamos defendiendo en esta trifulca. Alministradorcito cuereador de peones y abusivo con las mujeres; de los que mandan de leva a quienes se atreven a ponerseles en medio del atajo de muertes y de barrabasadas... ¡De esos ricos del demonio con los que andamos liquidando cuentas yo y don Emiliano el de Anenecuilco!

–Yo no soy más que servidor de intereses ajenos...

–Ah, entonces usted es gato de casa grande... Pos pior que pior, mi coronela –intervino Concho sonriendo diabólicamente–. Éstos son como la guía de la yedra que se abraza a los troncos, que se embarra a las ramas para chupar todito el jugo de los árboles y llevarlo a las raíces que la mantienen. Son las manos de los ricos, las manos para agofetear y las manos para esprimir y las manos para arrempujar a las mujeres ajenas en los brazos de los amos... Éstos son los maloras en todo el relajo.¹⁰⁰

En esta misma obra, el autor continúa explicando las formas más comunes mediante las cuales tanto los tenderos como los administradores se aprovechaban de los indios para engrosar sus

¹⁰⁰ Rojas González, Francisco. *La negra Angustias*, Fondo de Cultura Económica, México, 2012, pp. 96-97.

arcas y la de los oligarcas que los empleaban. Naturalmente, una vez estallada la revuelta, todos estos personajes serían víctimas del encono de las masas.

Sin inmutarse siquiera, vio salir entre dos pelados a don Baldomero Novales, gachupín de corazón empedernido por el hábito de la explotación tramposa. Allí dentro de su almacén quedaban las balanzas con sus parciales contrapesos y la rigurosa libreta llena de apuntes de réditos pagados y de tachaduras sobre los constantes e infames refrendos, cuyos intereses montaban en todos los casos, sobre la cuantía del capitalito exhibido, con la garantía de las cosechas del terreno sembrado y cultivado por el esfuerzo de su mediero indígena.

Miró también con calma la mulata cómo Concho arrastraba a don Epifanio Nuñez, tenedor de libros de varias fincas vecinas a Tepaltzingo y hábil trujamán en aquello de restar siempre de la cuenta pequeña, para abultar el largo guarismo del haber de "la casa". Tras del atribulado vejete salieron dos mujeres implorando con lágrimas y alaridos piedad para el prisionero, en medio de la indiferencia de las gentes, entregadas todas a saborear el puñado de dicha que el saqueo les había proporcionado.¹⁰¹

Cabe mencionar que la aparente calma vivida durante El Porfiriato, se terminaría hacia 1907 cuando la recesión estadounidense empezó a tener repercusiones en la República Mexicana. Entonces, la crisis del sistema político también se expresaría con más fuerza y surgirían diferentes grupos de oposición, tanto dentro como fuera del gobierno y, con ello, se abriría una nueva etapa de movimientos sociales. De acuerdo con antropóloga especialista en pueblos indios Leticia Reina Aoyama: "En los diez últimos años del Porfiriato, hubo una movilización vigorosa de la sociedad civil a favor de la democracia. La amplia participación de los indígenas y los campesinos en los comicios demostró, por un lado, una nueva forma encubierta de lucha por su autonomía política y, por el otro, su gran capacidad de cambio y adaptación."¹⁰²

Un ejemplo de la penosa situación en la que vivían los indios, antes, durante y después del Porfiriato, y de los numerosos alzamientos que por esta causa ocurrieron, lo ofrece Miguel Ángel Menéndez en su novela: *Nayar*. En ésta obra el autor menciona algunos de los numerosos brotes de insurgencia que surgieron por parte de los indios en contra de sus explotadores. Uno de los principales pasajes es el que se narra sobre la historia de un indio llamado Manuel, quien antes de que surgieran los primeros alzamientos durante el Porfiriato, soñaba con libertar a sus hermanos de sus tiranos. Por esta razón, dicho indio buscaría la ayuda

¹⁰¹ Ídem. p. 100.

¹⁰² Reina Aoyama, Leticia. *Las luchas armadas de los pueblos indios en la conformación del Estado Nacional Mexicano. Siglo XX*, En: Rojo Leyva, Víctor Manuel, Reyes Utrera, José Luis (Recop.), et al, *Participación indígena en los procesos de Independencia y Revolución Mexicana*, Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, México, 2011, p. 19.

divina para lograr su hazaña, aunque después de intentarlo durante mucho tiempo, fracasaría. Además, al final, menciona también la rebelión de Manuel Lozada, uno de los movimientos rebeldes de importancia que se dieron en el norte del país y su repercusión para los indios.

Manuel... Retuvo el poder durante trece años... y cierto que en todo ese tiempo no nos libertó... Quizá restituyó tierras cuando todavía nadie pensaba hacerlo... –Pero libertar a los indios es hacer que se vayan los blancos, que nos dejen solos, como cuando estábamos antes que vinieran. O matarlos si no quieren irse... El dio tierras a sus compadres de San Luis y de San Andrés. Nos mandaba un poco de manta, semillas, ganadito... ¡Pero libertarnos!.. Eso lo quiso Máscara de Oro y no pudo...¹⁰³

–Óyeme, tatoani: Lozada quiso formar país independiente con ustedes. Soñó en romper la unidad de la patria de todos los mexicanos y hacer, de un fragmento, una patria para sus coras y huicholes... pero lo derrotaron...¹⁰⁴

Así, el contexto general del El Porfiriato se caracterizó por privilegiar a ciertos sectores de la población en detrimento de otros. Esto generaría que las condiciones de vida indígena hasta antes de la Revolución estuvieran marcadas por la miseria, la explotación, el despojo y los abusos hacia sus pueblos por parte de la oligarquía gobernante y otros grupos más privilegiados. Fue así que la resistencia a los embates de los poderosos se convertiría en uno de los principales métodos de supervivencia de algunos pueblos indígenas.

2.3 La vida cotidiana de los indios en las haciendas, ingenios y monterías.

Como ya se mencionó, la dicotomía social existente durante el Porfiriato se debió en gran medida a que las pequeñas elites locales se convirtieron en dueñas y acaparadoras de la que sería la unidad básica de producción agrícola durante este periodo: la hacienda.

Las grandes haciendas instauradas al amparo de la paz porfiriana estaban organizadas de acuerdo con Silva Herzog, de manera semejante a sus predecesoras establecidas desde la Colonia en cuanto a la disposición de sus edificios se refiere. “El casco de la finca se componía de la gran casona del propietario, la casa del administrador, las casas de los empleados, las oficinas o el escritorio como generalmente se llamaba, la tienda de raya, la iglesia y la cárcel. Además, también se encontraban ahí las trojes, los establos y la huerta. En la casona del

¹⁰³ El indio Mariano, Máscara de Oro, precursor de Hidalgo, que en 1801 se insurreccionó contra los españoles.

¹⁰⁴ Menéndez, Miguel Ángel. *Nayar*, Editorial Porrúa, México, 1991, pp. 148-152.

propietario se podía disfrutar de todas o casi todas las comodidades de la vida moderna: luz eléctrica, baños de agua tibia, salón de billar, salas espaciosas, el enorme comedor y numerosas recámaras; todo amueblado con lujo, a veces con demasiado lujo y mal gusto.”¹⁰⁵

Silva Herzog, quien además asegura en su texto citado haber conocido muchas de estas haciendas aun en funcionamiento, refiere que en éstas, la casa del administrador no carecía de lo necesario para una familia de clase media acomodada; y que las demás casas del personal de confianza estaban en relación con la categoría administrativa y social de sus ocupantes. Mientras que a unos quinientos o mil metros del casco de la hacienda, se levantaban las habitaciones de los peones: “casuchas de uno o dos cuartos, comúnmente de uno solo, construidas de adobe, pedazos de tabla o ramas de árbol, según las regiones del país; casuchas sin ventanas y piso de tierra; cocina, comedor y recámara, todo en una misma habitación de 20 a 30 metros cuadrados. Muebles: el pequeño brasero para cocinar; el metate y el comal para las tortillas; cazuelas, platos y jarros burdos de barro, y los petates para dormir el peón, la mujer y la numerosa prole.”¹⁰⁶

A dos, cinco o diez kilómetros, estaban los potreros y las tierras de cultivo o destinadas al ganado; donde las faenas debían comenzar desde las seis de la mañana y concluir a la hora en que se pone el sol. De acuerdo con Jesús Silva-Herzog, estas eran las características comunes, salvo algunas ligeras variantes, de los grandes latifundios en México.¹⁰⁷

Por lo que refiere al trabajo en las haciendas, Friedrich Katz menciona que durante la época porfiriana, éste tomó diferentes rumbos en el sur, el centro y el norte del país. En el sur, por ejemplo, los trabajadores que contrataban los hacendados provenían casi siempre de otras partes de México, o incluso del extranjero, aunque la importación de trabajadores extranjeros cesaría muy pronto al aumentar la oferta de mano de obra nacional. Dentro de las causas que llevaron a dar prioridad a los jornaleros nacionales sobre los extranjeros, se encontraban que los trabajadores europeos resultaban demasiado caros y un intento de llevar italianos a Yucatán había culminado en fracaso. Además en ese mismo estado, se contrató a trabajadores coreanos

¹⁰⁵ Silva Herzog, Jesús. *Breve historia de la Revolución...*, *Óp. Cit.* pp. 31-32.

¹⁰⁶ *Ídem.* p. 33.

¹⁰⁷ *Ibidem.*

y chinos que no pudiendo soportar el clima, las enfermedades y los malos tratos, cayeron enfermos y murieron.¹⁰⁸

A su vez, los trabajadores nacionales que llegaron al sur, eran o deportados o voluntarios contratados; aunque en la práctica no había mucha diferencia entre los unos y los otros. Entre los deportados se encontraban indígenas de las tribus fronterizas que se habían resistido a los hacendados que confiscaban sus tierras, especialmente yaquis de Sonora que fueron deportados por millares a Yucatán; descontentos políticos contrarios al régimen provenientes del centro y norte de México, que fueron enviados a las plantaciones de Yucatán, del Valle Nacional en Oaxaca o a Tabasco; y criminales, delincuentes demasiado pobres para evitar la deportación mediante el soborno, así como vagos que la ley consideraba criminales.¹⁰⁹

En el centro de México, donde había y una gran concentración de pueblos indígenas, predominaba el trabajo eventual. Mientras que en el Bajío había un tipo enteramente distinto de trabajadores, los llamados indios vagos, quienes no eran residentes permanentes de pueblos indígenas libres, sino trabajadores migratorios que trabajaban parte del año en una hacienda y luego en otra, o en las minas, o encontraban algún trabajo en la ciudad.¹¹⁰

En algunas haciendas, había diferencias muy bien marcadas entre los empleados privilegiados y los trabajadores permanentes. En algunos casos se obligaba a todos los peones permanentes a trabajar algún tiempo sin paga. Esto se debía de acuerdo con Katz, a que: “...los trabajadores de las haciendas no constituían una masa uniforme en condiciones idénticas, sino una jerarquía muy compleja de grupos sociales. Había diferencias en los accesos a la tierra, a los recursos, al paternalismo del hacendado, además de diferencias de origen ético y social.”¹¹¹

En su novela: *La rebelión de los colgados*, B. Traven describe la forma mediante la cual estaban organizados los distintos núcleos poblacionales dentro de las haciendas; en este caso en particular, describe la situación de las clases medias y las utiliza para contrastar, por un lado, su relación respecto a los patrones, y por otro, su forma de ver y tratar a los indios y peones que en general constituían la clase más baja dentro de las monterías. Es decir, a través de su

¹⁰⁸ Katz, Friedrich. *La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*, Ediciones Era, México, 1998, p. 25.

¹⁰⁹ Ídem.

¹¹⁰ Ídem. p. 26.

¹¹¹ Ídem. p. 31.

relato Traven muestra cuáles eran las diferencias de acuerdo a la estratificación social que se presentaba dentro de las fincas y que determinaba el accionar de todos los sectores que conformaban la vida diaria en las haciendas.

Los herreros, carpinteros, cordeleros, cocineros y cayuqueros eran los trabajadores privilegiados. Constituían la clase media. Ganaban un peso o uno cincuenta diario. Vivían en la montería acompañados de sus mujeres y sus hijos y formaban un verdadero pueblecito. Entre ellos había mestizos y ladinos.

Despreciaban a los muchachos tanto o más que los patrones y se consideraban como "gente bien". Hablaban el español más o menos correctamente; tenían una capillita y sabían leer y escribir. No descendían hasta los muchachos, a menos que tuvieran algo que venderles o que vieran entre sus manos algún dinero que arrebatarles. Se enorgullecían de poder hablar con los patrones casi de igual a igual y estaban dispuestos a hacer cualquier cosa que éstos les pidieran. Se consideraban casi aristócratas, y aunque a decir verdad su situación material era muy semejante a la de los muchachos, ellos no deseaban reconocerlo. Aunque ganaran en ocasiones menos que algunos de los hacheros, se creían magníficamente pagados si el amo les hacía un pequeño gesto amistoso o los invitaba a tomar, de pie, una copa de vez en cuando. Siempre estaban dispuestos a apoyar al patrón contra los indios puercos y piojosos y a perjudicarlos cuando a aquél le convenía.¹¹²

La diferenciación y la estratificación social de las haciendas, era mucho más compleja de lo que generalmente se supone. Siguiendo con Friedrich Katz, el autor menciona que había por lo menos tres grupos de empleados claramente diferenciados que tuvieron diferente desarrollo durante la época porfiriana. El primero, era el de aquellos que tenían acceso a los bienes o a la tierra, movilidad ascendente, libertad de movimiento y seguridad, y que mejoraría su situación en tiempos de Díaz. El segundo, estaba formado por trabajadores que en términos absolutos estaban en peores condiciones que antes, pero que en términos relativos habían mejorado con el Porfiriato; y el último, cuya situación empeoró desde 1876 hasta 1910, tanto en términos absolutos como en términos relativos.¹¹³

Al realizar una descripción más precisa de estos tres grupos, Katz señala que en el primer grupo se encontraban, además del mayordomo, un número creciente de técnicos contratados para manejar la maquinaria adquirida en las haciendas más modernizadas, así como el personal de vigilancia que aumentó notablemente entre 1876 a 1910. En el segundo grupo estaban los acasillados que habían logrado conservar el uso de tierras de la hacienda y alguna

¹¹² Traven, B. *La rebelión de los colgados*, Selector, México, 2012, pp. 241-242.

¹¹³ Katz, Friedrich. *La servidumbre agraria... Óp. Cit.*, p. 51.

forma de adelantos periódicos sobre sueldos. Sin embargo, su salario real había disminuido puesto que el sueldo que recibían era el mismo y el precio de los artículos que adquirirían en la tienda de la hacienda había aumentado el treinta por ciento o más. No obstante, en comparación con la masa de aldeanos despojados que trabajaban en las haciendas como medieros, arrendatarios o trabajadores eventuales, los acasillados disfrutaban por lo menos de una buena medida de seguridad. El paternalismo que el hacendado prodigaba a sus peones acasillados, que no cubría a los trabajadores de los pueblos despojados de sus tierras. Los trabajadores que habían empeorado absoluta y relativamente en el Porfiriato eran el tercer grupo. Había acasillados que perdieron el uso de tierra, una mayoría de arrendatarios y medieros, trabajadores eventuales endeudados.¹¹⁴

Por otra parte, sobre la formación de las haciendas y las medidas con que se beneficiaron a los hacendados a través de la adquisición de tierras en el régimen de Porfirio Díaz, Luis González refiere que:

La nueva hacienda capitalista no desalojó a la vieja hacienda patriarcal. Todo fue favorable entonces a los seis mil dueños de haciendas con extensiones de mil a millones de hectáreas. En primer lugar, la legislación sobre baldíos. Como si no fuera suficientemente generosa la ley de 1883 para poner enormes predios al alcance de los ricos, la de los baldíos de 1894 declaró ilimitada la extensión de tierras adjudicable y suprimió la obligación de colonizarla; esto es, darle habitantes y cultivos. Las compañías deslindadoras se dieron gusto haciendo haciendas vastísimas con las tierras de nadie y con las privadas sin titulación suficiente. Algunos pequeños propietarios pobres y sin letras perdieron sus predios.¹¹⁵

En este sentido, Enrique Florescano señala que el proyecto de desincorporar las propiedades comunales indígenas encontró una fuerte resistencia en los pueblos y agudizó la sensación de inseguridad en las poblaciones indígenas, pues desde que se inició este programa, los pueblos indios resintieron una oleada incontenible de asaltos y presiones sobre sus tierras. Ya que a principios del siglo XIX las comunidades indígenas disponían de alrededor del 40% de las tierras cultivables del país, mientras que para 1910, las tierras que conservaban representaban apenas el 5%.¹¹⁶

¹¹⁴ Ídem. pp. 51-52.

¹¹⁵ González, Luis. *El liberalismo triunfante*, En: Cosío Villegas, Daniel et al. *Historia general de México*, El Colegio de México, México, 2000. p. 681

¹¹⁶ Florescano, Enrique. *El nuevo pasado mexicano*, Cal y arena, México, 1991. pp. 57, 59.

El despojo de las tierras de indios y campesinos, trajo como consecuencia que crecieran los latifundios a costa de las tierras comunales, ya fuera al amparo de la ley o burlándola. Otro tipo de consecuencias derivadas del crecimiento de los latifundios y de la concentración de las tierras en unas cuantas manos sería, según Guillermo Bonfil, que: “El número en aumento de indios sin tierra no tuvo más alternativa que el peonaje en las haciendas: mano de obra barata y arraigada por las deudas y por la fuerza. A todo esto, el indio desamortizado, descomunado, debía hacerle frente solo, individualmente, sin más armas que su propia resistencia. Era su forma impuesta de ser liberal y moderno.”¹¹⁷

Al llegar a las haciendas, las diferencias que encontraban los indios con su acostumbrado estilo de vida, eran contrastantes. Ricardo Pozas refiere en la biografía novelada de un tzotzil: *Juan Pérez Jolote*, que en las fincas los indios encontraban una economía distinta a la suya, caracterizada por la explotación de un solo cultivo en grandes extensiones de tierras fértiles, irrigadas; el empleo de maquinaria que industrializa la producción; el uso de herramientas ajenas para la explotación de la tierra, también ajena; la organización del trabajo, en el que participan hombres, mujeres y niños que proceden de diferentes grupos culturales y aún hablan distintas lenguas, sin otros lazos de unión que las relaciones del trabajo mismo, el cual está orientado a conseguir el máximo rendimiento, procurando obtener del esfuerzo de cada individuo el mayor número de ventajas económicas, y la producción, que se destina íntegra al comercio, aunque los trabajadores jamás disfruten de ella.¹¹⁸

Parte de la vida cotidiana en las haciendas, fincas, ingenios y monterías, implicaba como mencionaba Ricardo Pozas, la participación en el trabajo de hombres, mujeres y niños, pues se buscaba obtener el máximo beneficio a un bajo costo. De esta forma, quienes acompañaban al peón enganchado por deudas al trabajo en las fincas, también se veían obligados a trabajar y servir al “amo” por el simple hecho de estar en su propiedad, aun sin que existiese un contrato de por medio que los obligase a ello. No obstante, como veremos en algunos de los ejemplos que se presentan a continuación; la mayoría de las veces los contratos no servían de nada.

¹¹⁷ Bonfil Batalla, Guillermo. *México profundo. Una civilización negada*, Editorial Grijalbo, México, 2003. p. 153

¹¹⁸ Pozas, Ricardo. *Juan Pérez Jolote*, Fondo de Cultura Económica, México, 2012, p. 10.

En este primer ejemplo, B. Traven se sirve de una situación en la cual dos niños quedan, por un lado, huérfanos de madre, y por otro, desamparados cuando su padre es obligado a ir a las monterías. En su novela: *La rebelión de los colgados* narra cómo los niños eran obligados a ir también a las fincas siguiendo a sus padres para realizar algunos trabajos dentro de ellas, para lo cual; eran prácticamente vendidos como esclavos a los finqueros por parte de las autoridades civiles del Porfiriato:

–Esos niños –dice el comandante– están sanos y fuertes. ¿Por qué no hacerlos vaqueros o pastores? Pueden trabajar al lado de su padre y ayudarlo, como es su obligación y como Dios lo manda. [...] –Veinticinco pesos, ¿he? Yo creo que con eso dejamos arreglado el asunto.

–Aceptado, don Gabriel. Ya sabe que estoy para servirle.¹¹⁹

En una escena cruda de esta misma novela, Traven narra cuál es el trato del hacendado a los indios y el trabajo inhumano al que se le sometía a cambio de un jornal de cincuenta centavos al día, condicionado a derribar tres toneladas de caoba diarias en la selva chiapaneca. Además, describe lo insignificantes que resultaban tanto los contratos como los derechos laborales de los peones e incluso, su propia vida frente a los patrones.

– ¿Y dónde piensas comer, gallinita?

–En el campo, con mi hermano.

–Eso es imposible, puesto que él recibirá sólo una ración, y si quiere otra, tendrá que pagar por ella. Así no le quedará nada de su salario y sólo Dios sabe cuánto nos esté debiendo ya. Le pagaremos cincuenta centavos diarios, y eso a condición de que rinda sus tres toneladas de caoba.

–Dos toneladas, patroncito, así está escrito en mi contrato; el presidente municipal nos lo dijo en Hucutsin –rectificó Cándido aproximándose.

–Yo me mofo de lo que diga tu contrato, y tú cierras el hocico si no quieres que llame a uno de los capataces para que te dé la bienvenida a las monterías. Cuando te haya acariciado el cuero suficiente, sabrás que aquí nadie mueve la jeta más que cuando se le pide que lo haga. Tumbarás tus tres toneladas diarias. ¿Entendido? Si no lo haces, no te pagaremos, y date de santos de no tener que tumbar cuatro toneladas. Eso será después.

–Patrón, patroncito, con su permiso; es que don Gabriel el enganchador me ha dicho que serían dos toneladas y el presidente municipal de Hucutsin que visó mi contrato me lo dijo también.

–Para ti serán cuatro toneladas, coyote piojoso. Y cuidado con tu cuero y tus huesos sino las tumbas.

Don Félix sacó un cuadernito de la bolsa de su camisa, escribió en él el nombre de Cándido y agregó una nota: "cuatro toneladas obligatorias."

–Pero patroncito...

¹¹⁹ Traven, B. *La rebelión de los colgados*, Selector, México, 2012, p. 43.

Cándido no puedo terminar la frase porque don Félix le dio un golpe tan violento en la cara, que la sangre empezó a manar de la nariz del indio.

—Ya te he dicho, gusano asqueroso, que aquí sólo tienes derecho a cerrar el hocico.

Cándido se sienta sobre el suelo y trata de parar la hemorragia aplicándose a las fosas nasales un puñado de hierba. Modesta permanece de pie, delante de don Félix, con la cabeza baja. El incidente le es más penoso que a Cándido; pero, como todos los de su raza, está acostumbrada desde la infancia a soportar los peores tratamientos de parte de los ladinos. Ningún gesto, ni la contracción más leve de su rostro habían traicionado sus sentimientos. Los niños abrazaban tiernamente su padre, tratando de consolarlo. El más pequeñito repetía llorando: "Tata chulo, yo no tengo la culpa."

Cándido lo acarició y le contestó con una sonrisa. El grandecito había tomado un guaje y se había ido al arroyo a traer un poco de agua para que su padre se la echara en la cara.

Don Félix continuaba su conversación con Modesta. El hecho de golpear en la cara a un indígena era algo tan carente de importancia que no había ni por qué prestarle un minuto de atención. El matarlo a golpes o de un tiro era un incidente que se olvidaba una hora más tarde. Se recordaba mejor la caza de algún venado, o un tiro bien acertado a un tigre, que la muerte de un peón.¹²⁰

Un ejemplo de características similares, aunque esta vez enfocado al trabajo forzado que debían realizar incluso los peones eventuales en las haciendas, aun en detrimento de sus propios cultivos, aparece retratado en: *El resplandor* de Mauricio Magdaleno. En dicho texto, cuando los peones tratan de retirarse de la hacienda a trabajar sus tierras, el capataz los insta, bajo amenazas, a no retirarse y seguir trabajando a menos de que quieran ser castigados. Posteriormente, habla sobre lo que pasaría y las acciones que llevaría a cabo en cuanto los indios se negasen a trabajar y la forma de mantenerlos encadenados al trabajo en la finca:

Cayó sobre los de Paso de Toros, que se retiraron de "La Brisa" a fin de levantar las propias cosechas, y les previno:

— ¿A quién le pidieron permiso para dejar abandonado su trabajo? ¡Aquí hay una autoridad, y desde ahora, al que no le guste, que lo vaya diciendo! ¡Manada de indios holgazanes, se han creído que pueden hacer lo que se les dé su real gana!

Estaban, verdaderamente, aplastados. [...] El día en que la indiadas se negasen abiertamente a trabajar en la finca les escarmentaría con un castigo ejemplar, y cuando de plano se hiciese imposible su explotación, les pagaría con pulque y mezcal y los tendría, sino adictos, al menos encadenados por la necesidad.¹²¹

Llegado este punto, resulta indispensable hablar de los castigos que recibían los peones en las haciendas cuando realizaban algún acto que iba en contra de los intereses del patrón. Como menciona el estudioso de las haciendas en México Herbert Nickel en su libro: *El peonaje en las haciendas mexicanas*, los malos tratos de palabra y obra, fueron parte del legado que perduró

¹²⁰ Traven, B. *La rebelión de los colgados*, Selector, México, 2012, pp. 74-76.

¹²¹ Magdaleno, Mauricio. *El resplandor*, LECTORUM, México, 2010, pp. 211,214.

desde finales de la época colonial y hasta las primeras décadas del siglo XX en las haciendas. De acuerdo con el autor, eran muchos los indios, o bien sus representantes, quienes llegaban a los juzgados a presentar quejas en contra de sus patrones por: “insultos, golpes, lesiones, presiones por deudas, arresto de hijos, mujeres o hermanos de trabajadores prófugos, del encadenamiento durante la noche de trabajadores detenidos o, más en general, de un trato como si fueran animales o esclavos.”¹²²

Este tipo de malos tratos reflejados en innumerables formas de castigo infligido a los peones por parte de los capataces y hacendados, eran parte del pan de cada día dentro de la vida en las haciendas y podían ser tan variados como inventiva tuviera aquel que los llevara a cabo, y tan continuos, como días tenía la semana. Los castigos llegaban a ser tan continuos, que los protagonistas del relato que se muestra a continuación por ejemplo, mencionan que ya comenzaban a habituarse a las golpizas, y no le quedaba más remedio que esgrimir su resistencia a los golpes, como parte de los primeros signos de rebeldía en contra de los abusos sufridos por los hacendados. Uno de los castigos más crueles que se llevaba a cabo en contra de los indios, era sin duda el colgar a los peones de los árboles de caoba en la selva tropical chiapaneca. Sobre este castigo, que justamente da nombre a su novela, B. Traven habla profusamente en: *La rebelión de los colgados*:

...ahora el tal por cual de don Acacio quiere que tumbemos cuatro toneladas diarias. Al que no puede, lo cuelgan de un árbol, atado de los cuatro miembros, y hasta de los cinco, durante la mitad de la noche... Entonces llegan rondando los mosquitos, porque la cosa ocurre al bordo de los pantanos, sin contar con las hormigas rojas, que llegan por batallones. Pero no necesito darles más detalles, en menos de una semana ustedes sabrán tanto como yo y por experiencia personal. A partir de entonces habrán sido iniciados en todos los misterios de una montería perteneciente a los hermanos Montellano; serán soldados del ejército de los colgados.

Alguien dice: –Yo creí que solamente empleaban el fuate, como en los campos de rebeldes y en las fincas.

...Aquí no hay quién tenga temor de algo... Como verás, a nosotros todo nos tiene sin cuidado, hasta sus plomazos, porque no se dispara sobre un hombre de quien se esperan cuatro toneladas diarias. Un muerto no puede tumbar árboles ¿no es verdad? Lo más que pueden hacer es prendernos; pero ya estamos tan acostumbrados que nos da exactamente lo mismo. Antes nos golpeaban salvajemente cuando no podíamos tumbar más que dos toneladas; pero llegamos a acostumbrarnos y eso de nada les servía. Al contrario, mientras más nos golpeaban menos producíamos. Es por ello que los Montellano

¹²² Nickel, Herbert J., *El peonaje en las haciendas mexicanas. Interpretaciones, fuentes, hallazgos*, Universidad Iberoamericana, México, 1991. p. 316.

discurrieron colgarnos Es horrible, espantoso, pero sólo mientras se está colgado. Al día siguiente ya se puede trabajar y tumbarle sus cuatro toneladas. Esta nueva invención les ha resultado realmente eficaz, porque el recuerdo, el solo recuerdo de lo sufrido y el temor de ser colgado nuevamente te hacen sacar fuerzas para tumbar las cuatro toneladas, aunque ya a la primera tengas las manos desolladas. Sólo que nosotros ya hemos llegado al límite y pronto su nueva invención también habrá de ser inútil. Con Celso, por ejemplo, ya no les queda que hacer. Cuando ha estado colgado durante cuatro horas y el *Guapo* se aproxima a desatarlo, Celso le grita: "¡Eh, tú, hijo de puta, llegas justamente cuando mejor me siento; me estaba quedando dormidito y se te ocurre perturbar mi sueño, pendejo!" Celso fue el primero, ahora somos unos seis. El secreto consiste en que los hombres pueden llegar a ser como los bueyes o los asnos y quedarse impasibles cuando se les apalea o aguijonea, siempre que hayan podido rechazar dentro de sí todo instinto de rebelión.¹²³

Otro tipo de castigo ideado por los amos para "estimular" el trabajo de los indios que se describe en esta misma novela, parece haber sido recurrente en la época. Pues el mismo, aparece plasmado también por Miguel N. Lira en su novela: *La Escondida* aunque allí con diferente propósito. Mientras que Traven lo usa como ejemplo de aquellos castigos que se realizaban en contra de los peones improductivos o insubordinados, Lira lo usa como muestra de los actos que los oficiales del gobierno llevaban a cabo en contra de los primeros indios alzados. En ambas formas, las narraciones dan testimonio de que sin duda, este era el peor castigo empleado contra cualquier ser humano.

—Todavía hay un castigo maravilloso; ese lo inventó don Severo. Como a eso de las once de la mañana toman al sujeto, lo llevan a un sitio en que no hay ni árboles ni abrigo de especie alguna. Entonces lo desnudan, lo atan de pies y manos y lo entierran en la arena ardiente hasta debajo de la boca, no dejándole fuera más que la nariz, los ojos y el cráneo, y todo ello bajo la caricia del sol. A ustedes, inocentes corderitos que nada de eso saben, puedo asegurarles que cuando lo han enterrado a uno en esa forma una vez, solamente una vez, tiembla como la barba de un chivo cuando oye a don Félix decir estas lindas palabras: "Ahora, o tumbas tus tres toneladas o hago que te entierren durante tres horas"; esas tres horas parecen más largas que una vida.¹²⁴

Por supuesto, este tipo de maltrato tenía repercusiones tanto para los indios como para los hacendados. En este apartado de la misma novela, se describen las consecuencias y se hace el recuento de las situaciones provocadas por el maltrato a los indios y de la práctica común de colgarlos. Se habla del alto índice de mortandad en hombres, mujeres y niños en las monterías y de cuáles eran los tipos de muerte más comunes a cada uno de ellos. De acuerdo con la

¹²³ Traven, B. *La rebelión de los colgados*, Selector, México, 2012, pp. 80-83.

¹²⁴ Ídem. p. 96.

narración, era evidente que los patrones preferían una alta producción, aún en detrimento de las vidas de sus peones; pues éstos, finalmente, eran prescindibles y reemplazables.

Don Acacio es el peor de los tres. La última primavera se llevó a su montería ochenta hombres, indios fuertes y sanos, acompañados de una docena de mujeres y de unos veinte niños. ¿Saben ustedes cuántos le quedaban ahora que dejó la montería? ¡Veintitrés! Todos los otros murieron. La mayor parte a causa de los malos tratos, después de haber sido golpeados o colgados. A los otros se los llevaron las calenturas. Diez se sumieron en los pantanos, cuatro se huyeron y uno reventó en la selva. Otros fueron devorados por las fieras o mordidos de serpiente cuando se hallaban colgados. Porque, ¿quién puede defenderse de un tigre estando colgado? Ni siquiera es posible mover un dedo. De las doce mujeres, tres se volvieron locas. El mató a balazos al marido de una de ellas, de la más bonita, para hacerla su querida. Dos huyeron con sus maridos compartiendo su suerte. Además, golpeo a una bárbaramente porque se había atrevido a incitar a su marido para que se salvara; la mujer quedó también sin sentido y como no había quien la socorriera fue devorada por los jabalíes. En cuanto a los niños, de veinte quedan dos que ya tienen las calenturas. [...] Don Acacio llegó aquí hace cinco o seis días, con la idea genial de recuperar lo perdido; así, pues, ha ordenado que sean tumbadas cuatro toneladas diarias por cabeza y al que no lo logre, no solamente no se le pagará el día, sino se le enseñara la forma de lograrlo con un poco de buena voluntad. El fuate no dio resultad en su montería y sabe que aquí resultaría más inútil aún; por eso ha puesto en práctica su invención de colgar en masa. Ustedes han llegado justamente a tiempo para gozar de las canciones de los primeros colgados.¹²⁵

Valiéndose de una situación irónica en la cual un indio somete a las mismas torturas que él sufriera a manos del hacendado y sus esbirros a una figura de San Antonio; B. Traven retrata los diferentes castigos que sufrían los indios en su vida cotidiana en las haciendas por parte de sus “amos” en su cuento: *El suplicio de San Antonio*, contenido en su libro: *Canasta de cuentos mexicanos*.

Cecilio no poseía un gran talento para inventar nuevos castigos y torturas y tenía que echar mano de aquellos que le eran bien conocidos, por amarga experiencia, pues frecuentemente le habían sido aplicados a él y a sus compañeros cuando era peón de la hacienda en la que había nacido y crecido, y en la que había sido casi esclavizado hasta que le fuera posible escapar y encontrar trabajo en el distrito minero. [...] Cecilio no era ningún salvaje. No comenzó a torturar al santo sin antes darle una última oportunidad para que hiciera aparecer su reloj. El señor feudal de la hacienda en la que Cecilio había trabajado como peón era mucho menos considerado y amable con sus peones de lo que Cecilio era con su cautivo. El hacendado, en el preciso instante en que descubría alguna falta mandaba azotar al culpable o aplicarle cualquier otro castigo. Sin embargo, hay que aclarar que les era permitido a los peones dar explicaciones sobre los motivos de su falta los domingos por la mañana, cuando eran llamados a faena, esto es, a prestar ciertos servicios domésticos, por los cuales ni se les pagaba nada extra, ni se les mostraba

¹²⁵ Ídem. pp. 84-86.

agradecimiento alguno, y como ya habían sido castigados en el momento de ser sorprendidos, juzgaban inútil hacer mención a lo injustificado del castigo.

Cecilio no trató a su prisionero en aquella forma, no; le dio todas las oportunidades posibles para que se sincerara. [...] Antiguamente se tenía por costumbre colgar durante veinticuatro horas dentro de un pozo con el agua hasta el cuello, a los peones a quienes se acusaba de robo, pereza, desobediencia, negligencia o cualquier cosa que el hacendado o finquero considerara como atentado en contra de sus intereses. Cecilio había sido colgado en uno de esos pozos, en cierta ocasión, cuando se había aventurado a discutir con el mayordomo cierta orden que en su concepto era impracticable e innecesaria.

Así pues, él pensaba que el santo no tenía de qué quejarse si un pobre trabajador indígena hiciera con él lo que los señores feudales acostumbraban hacer con sus peones. Ningún sacerdote intervenía cuando los peones eran cruel e injustamente tratados por sus amos; así pues, no había razón para que él se mostrara compasivo con aquel amigo íntimo de los señores curas.¹²⁶

Es importante señalar que así como no todas las haciendas se vieron beneficiadas en igual medida por las acciones de fomento emprendidas por el gobierno o por los estímulos que éste otorgara; tampoco los malos tratos hacia los indios y los peones pueden generalizarse, pues resulta imposible poder documentar como era la vida de estos sectores de la población en cada una de ellas. Sin embargo, algunas investigaciones como la llevada a cabo por Nickel, o la que realizara el mismo B. Traven para dar sustento a su ciclo novelístico sobre la caoba en la selva chiapaneca, dan testimonio de los malos tratos y los castigos sufridos por los indios y de cómo los distintos sistemas de peonaje se convertirían en un duro medio de subsistencia para las familias indígenas.

2.4 La vida robada. Sistemas de peonaje y explotación indígena.

Para poder tener una visión más amplia de lo que fue la vida de los indios en las haciendas, hasta antes de la Revolución; es menester tomar en cuenta los sistemas de peonaje establecidos durante el Porfiriato, pues tanto indios como campesinos en general, constituyeron regularmente la fuerza de trabajo predominante en las haciendas de la época.

Sobre esto, Herbert J. Nickel refiere que las relaciones laborales en el sector agrario mexicano estuvieron determinadas, antes de la Independencia y durante aproximadamente 100 años después, por la institución del peonaje. Este se extendería desde mediados de la época

¹²⁶ Traven, B. *Canasta de cuentos mexicanos*, Grupo Editorial Sayrols, México, 1987, pp. 107, 109-110, 113.

colonial y hasta 1914. Dicho sistema serviría como instrumento para garantizar el reclutamiento de mano de obra no sólo para las haciendas, sino también para los talleres, obrajes, minas, fábricas, etcétera. De acuerdo con Nickel, el significado del término “peonaje” se puede asociar sobre todo con:

...la inmovilización de los trabajadores y su obligación contractual respecto a una empresa (hacienda, rancho, plantación, mina, manufactura, taller, fábrica, etc.) por causa de deudas. [...] (Además, por medio de él) quedaba expresada la obligación jurídico-contractual a prestar un trabajo personal y a permanecer en una empresa debido a deudas.¹²⁷

Dentro de las medidas llevadas a cabo para la imposición del peonaje, se pueden mencionar las manipulaciones en la liquidación de las cuentas de los trabajadores, la negativa de muchas de las administraciones de las haciendas para aceptar el reembolso de las deudas; la baja remuneración laboral que inevitablemente conducía al endeudamiento, la retención de una parte del sueldo; la obligación de comprar en las tiendas de las empresas a precios abusivos y exorbitantes, el pago de salarios en especie y la aplicación de coerción contra los trabajadores dispuestos a huir.

Las diferentes formas de peonaje establecidas durante el Porfiriato, o al menos las más representativas, pueden identificarse de acuerdo con ciertas categorías que permiten entender mejor sus características principales. Por ejemplo: los *peones de residencia* también conocidos como *gañanes* o *acasillados*, eran aquellos que vivían permanentemente en la hacienda, siendo en su mayoría trabajadores agrícolas, aunque también había artesanos, pastores y obreros en general. Los peones acasillados se encontraban sujetos a la hacienda que les pagaba en especie en la tienda de raya. Mediante esta forma de pago, los peones se endeudaban y se encadenaban a la voluntad del hacendado por generaciones.

Un ejemplo de peonaje acasillado, aparece retratado a lo largo de la novela de B. Traven *La Rebelión de los colgados*. El autor muestra la forma mediante la cual, los hacendados seleccionaban a los indígenas que los enganchadores llevaban hasta sus haciendas con el fin de convertirlos en peones a causa de sus deudas. Cabe recalcar que el método que seguían los hacendados para la selección de los indios, era muy similar al que usaban antes los esclavistas para seleccionar y/o vender su mercancía.

¹²⁷ Nickel, Herbert J., *El peonaje en las haciendas mexicanas. Interpretaciones, fuentes, hallazgos*, Universidad Iberoamericana, México, 1991. p. 11

Don Severo les palpaba los brazos, los músculos de las piernas y las nuca, como hubiera hecho antes de comprar una partida de reses.

– ¿Cuál es tu oficio, Chamula?– Pregunta a Cándido, cuyo origen reconoce por el sombrero que lleva.

–Campesino, señor; su humilde servidor –contesta modestamente Cándido.

–En ese caso, vas a ser un buen leñador, Chamula.

–A sus órdenes, patroncito.

– ¿Quién es esta mujer que viene contigo? ¿Es tu mujer?

– Es mi hermanita, patroncito. Mi mujer ya murió.

– ¿Y los dos muchachitos son tuyos?

–A sus órdenes, patroncito; aquí los tiene para servirle.

Don severo les palpa los brazos. –Creo que serán buenos vaqueritos.

–Perdone si lo contradigo, patroncito, pero los niños están todavía muy chiquitos y no podrán trabajar en la selva. Uno tiene solamente seis años y el otro siete años y tres meses.

–Sí quieren comer necesitan trabajar. Porque tú comerás tu ración solo, y si quieres ración doble nunca acabarás de pagar tus deudas.¹²⁸

El *sistema de enganche*, era un método mediante el cual se aseguraba la contratación de la mano de obra necesaria para el funcionamiento de la haciendas. Este método constituía un negocio redondo para las personas que se involucraban en él, desde los enganchadores que conseguían a los peones para el trabajo, los hacendados que solicitaban la mano de obra, e incluso las autoridades que visaban los contratos de los indios que eran reclutados para servir en las haciendas, ingenios o monterías. Es decir, regularmente, el único que salía perdiendo en este negocio redondo era el indio.

Ricardo Pozas explica este sistema mediante el cual los jornaleros indígenas eran llevados a las haciendas o plantaciones, diciendo que: “Los jornaleros son contratados mediante el sistema de "enganche" que consiste en adelantar al trabajador una cantidad de dinero, para asegurarlo y obligarlo a acudir a las fincas; sistema que se presta a negocios turbios en los que el indio es objeto de robo y otros abusos, sin que por esto deje de ser la fuente principal con que completan su economía, pues aseguran con tales ingresos los gastos que requieren el conseguir mujer y las relaciones con las instituciones y los hombres de su propia cultura.”¹²⁹

A este respecto, Friedrich Katz señala en su obra *La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*, cómo las autoridades locales avalaban y reforzaban este sistema, convirtiéndose

¹²⁸ Traven, B. *La rebelión de los colgados*, Selector, México, 2012, pp. 72-73.

¹²⁹ Pozas, Ricardo. *Juan Pérez Jolote*, Fondo de Cultura Económica, México, 2012, p. 10.

con frecuencia en contratistas, proporcionando trabajadores de los pueblos de su jurisdicción a los hacendados. Y si los peones huían antes de terminarse el contrato se encargaban de devolverlos a las haciendas. Las autoridades municipales y los jefes políticos de cuatro grandes poblaciones del sur de México, por señalar un ejemplo que refiere el autor, movían con regularidad a los presos a trabajar bajo contrato a Valle Nacional. Además, en este periodo, florecieron también los contratistas particulares; los más importantes de los cuales, reclutaban trabajadores en la misma Ciudad de México.¹³⁰

Un ejemplo de la práctica de enganchar a los indios aparece plasmado en la novela de Mauricio Magdaleno *El resplandor*. En ella los indios fungen como peones eventuales en la hacienda y el administrador poco a poco va viendo la forma de engancharlos por medio del consumo de alcohol y del adelanto de salarios que propicien el endeudamiento en la tienda de raya. El siguiente fragmento resulta importante, pues además, nos ofrece información sobre cuánto era el jornal de trabajo a la semana en una hacienda productora de mezcal y sobre los productos que con éste podía comprar el indio:

Las almas desfallecían y se falseaban de consuelo en el subterfugio del alcohol. Felipe Rendón no tenía empacho en ayudarles en sus borracheras, y se les adelantaban treinta, cuarenta litros de pulque, que el deudor pagaba, en seguida, con arduas jornadas de la finca. Tlacuache había que debía, él solo, una barrica, y que estaba comprometido a soportar todas las durezas de un turbio porvenir de cuatro o cinco años de estricta sumisión a la férula del administrador. Después de un largo conciliábulo con don Melquiades Esparza, que estuvo presente en la inauguración de la refinería en ocasión de los primeros caldos de mezcal, Rendón decidió pagar a cada uno de los miembros de la comunidad agraria –siempre y cuando, naturalmente, prestasen sus servicios en las labores de "La Brisa"– un jornal de veinticinco centavos diarios. La hacienda daba para empezar a recompensar a sus peones y puede que muy pronto no fuesen veinticinco, sino cincuenta centavos; dependía de cómo se portasen las peonadas. Podrían, por supuesto, adquirir en "El Paso de Venus por el Disco del Sol" lo que se les antojase –ropa, guaraches, sombreros, maíz, frijol, azúcar, buen refino y cantidades a discreción de quincallería– a cuenta de la raya.¹³¹

De esta forma puede apreciarse que uno de los medios más comúnmente empleados para conseguir peones para las haciendas fue el peonaje por endeudamiento, en el cual, a través de préstamos iniciales que a la postre transmutaban en deudas impagables, los hacendados conseguían de manera automática personal para sus tierras hasta por varias generaciones.

¹³⁰ Katz, Friedrich. *La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*, Ediciones Era, México, 1998, p. 31.

¹³¹ Magdaleno, Mauricio. *El resplandor*, LECTORUM, México, 2010, p. 220.

Además, cuando el sistema rebasó las formas tradicionales de peonaje por endeudamiento, hubo que establecer nuevas maneras de reforzarlo. Una de ellas fue la deportación de los indígenas y campesinos de Quintana Roo que combatieron al ejército y los rurales, mismos que contribuirían a su deportación, al igual que con los yaquis en el norte, que al ser capturados, eran deportados inmediatamente a Yucatán. Mientras que en el otro extremo de la escala de poder, numerosas autoridades locales y estatales, los enganchadores particulares y la policía de las haciendas, vigilaban el funcionamiento del sistema de peonaje.¹³²

Pero antes de continuar describiendo los distintos tipos de peonaje que se dieron en las haciendas mexicanas y su representación a través de la narrativa, me parece pertinente hablar de una de las instituciones que más contribuyó a la perpetuación de este tipo de sistema laboral a través del endeudamiento de las masas. Me refiero por supuesto, a la *Tienda de raya*.

La tienda de raya de acuerdo con Silva Herzog, desempeñó un papel importantísimo en la organización de las haciendas. Allí se vendían al peón y a su familia la manta, el percal, el jabón, el maíz, frijol, el aguardiente, y por supuesto otras mercancías a precios generalmente más altos que los del mercado y no siempre de buena calidad. El jornal se pagaba con mercancías y sólo cuando sobraba un poco solía completarse con moneda de curso legal. En la tienda de raya se llevaba al peón cuenta minuciosa de sus deudas, las cuales pasaban de padres a hijos y jamás podrían extinguirse, entre otras causas y razones, porque las necesidades elementales del peón y su familia no podían llenarse con el exiguo jornal que este recibía y al hacendado le convenía tener a los peones endeudados, porque así le era más fácil tenerlos arraigados a la tierra y explotarlos.¹³³

Por otra parte y al contrario que los peones acasillados, los peones eventuales vivían regularmente en sus propios pueblos y contaban con pequeñas propiedades, por lo que sólo se alquilaban a los hacendados en busca de un ingreso extra como labradores o bien para realizar las actividades que les solicitara el patrón únicamente por tiempo determinado.

Los peones arrendatarios, por el contrario, vivían también de manera permanente dentro de la hacienda y contaban regularmente con tierras. Además con frecuencia alquilaban otras que iban desde pequeñas parcelas hasta ranchos enteros con el fin de incrementar sus

¹³² Katz, Friedrich. *La servidumbre agraria... Óp. Cit.*, p. 31.

¹³³ Silva Herzog, Jesús. *Breve historia de la Revolución Mexicana. Los antecedentes y la etapa maderista*, Fondo de Cultura Económica, México, 1990, p. 32.

ingresos. Estos, tenían la obligación de pagar en efectivo a la hacienda por sus productos e incluso, algunas veces, se les permitía vender los suyos dentro de las haciendas.

Los peones *medieros* o *aparveros*, eran básicamente agricultores de subsistencia, que podían vivir tanto en las haciendas como en poblaciones cercanas, mantenían acuerdos laborales con los hacendados por poco tiempo y apenas producían los suficientes insumos para garantizar su subsistencia.¹³⁴

Por lo que concierne a los trabajos que en específico realizaban los peones y a la remuneración que por ellos recibían, Gregorio López y Fuentes se encargó de describirlos de manera puntual, en un fragmento de su novela *El indio*.

Los que van a jornalear en las haciendas, [...] si se trata de la siembra [...] Por la tarde, reciben como jornal, unos cuantos centavos y un trago de aguardiente. En los días de hambre, una medida de maíz y, si el amo es generoso, el mismo agasajo de alcohol.

Si se trata de la molienda, el peón se presenta armado de un corto machete, preferentemente el que tiene un gancho en la punta y que ellos llaman *huíngaro*, porque suple a la mano y guarda a ésta de la mordida de la víbora en los sitios más cerrados de hojarasca.

Estos peones se contratan por semana. De domingo a domingo, esto es cortar y meter caña al trapiche, atizar el horno, cuidar que la miel hirviendo no llegue a los bordes del cazo, dar de comer a los animales de trabajo y envolver el piloncillo. Antes del amanecer, a pegar las yuntas al trapiche. Después de haber anochecido, todavía de regreso del aguaje, con los bueyes.

Y al final de la semana, una liquidación que no alcanza ni para la manta con que la mujer haga calzones y camisa a los muchachos, si es que el trabajo no fue en solvencia de una vieja deuda. Siempre la misma desproporción entre el salario y las necesidades: ¡un señuelo que no se alcanza nunca!

(Además también estaban)...los que habían ido a sus propias labores, como los que venían de jornalear en las haciendas del valle y los que habían terminado su semana de domésticos al servicio de los poderosos del pueblo...¹³⁵

Otro rasgo común asociado a la mayoría de las haciendas, fue la pretensión de los hacendados de poder obligar a los indios a servir como gañanes o siervos de la gleba. Esto, que muchas veces sería consentido por el gobierno de Díaz, daba como resultado una situación de completa falta de libertad para los indios y campesinos que tenían la desgracia de caer víctimas del peonaje.

¹³⁴ Nickel, Herbert J., *El peonaje en las haciendas mexicanas... Óp. Cit.*

¹³⁵ López y Fuentes, Gregorio. *El indio*, Editorial Porrúa, México, 2008, p. 10-11,25.

A pesar de esto, los sistemas de peonaje lograrían trascender las fronteras del Porfiriato y bajo nuevos nombres, serían utilizados por los gobiernos posrevolucionarios para hacerse propaganda a través de la realización de obras públicas mediante el trabajo no remunerado de los indios. Un ejemplo de esto, así como de una de las formas de retribuir y mantener apegados al trabajo a los indios por parte de las autoridades, aparece también en la obra antes citada de López y Fuentes:

Los sábados por la tarde, para aliviar espléndidamente el cansancio de los indígenas, el presidente municipal mandaba dos barriles de aguardiente, de los que daba hasta dos vasos a cada trabajador. Mientras tanto, comentaba con satisfacción lo fácil que es hacer obras de progreso. La prueba estaba en la misma carretera, con la que iba a quedar ampliamente complacido su amigo el diputado, autor intelectual de la obra.¹³⁶

Es menester indicar que, como ya lo refería Katz, no en todas las regiones del país se desarrolló el peonaje de la misma manera o se trató a los peones en la misma forma. Ya que si bien en el centro y sur las condiciones eran más duras dada la mayor cantidad de mano de obra disponible, en el norte los trabajadores tuvieron mejor suerte, pues debido a la escasez de esta misma mano de obra, los peones percibían un salario mayor en comparación con el centro y mejores condiciones de vida y trabajo.

Sin embargo, como menciona el mismo autor, no se puede determinar hasta qué punto forzaban los hacendados a permanecer en la hacienda a los trabajadores descontentos o intentaban hacerlos volver ir la fuerza cuando huían. Esas medidas podrían haber sido anti-económicas dado el exceso de brazos en el centro de México; pero por otro lado también es posible que los hacendados temieran perder autoridad al suprimir el peonaje por endeudamiento.¹³⁷

Un ejemplo de los distintos tratos que se les daba a los peones aparece en la novela de Mauricio Magdaleno *El Resplandor*, en la cual dos capataces de distintas fincas, pertenecientes a un mismo hacendado, discuten la forma en cómo ha de tratarse al indio para su mejor explotación y rendimiento.

Felipe Rendón se asomó a ver la faena de su competidor, le dio algunos prudentes consejos sobre el beneficio del pulque y le repitió, enfáticamente: – Y no se olvide,

¹³⁶ Ídem. p. 104.

¹³⁷ Katz, Friedrich. *La servidumbre agraria... Óp. Cit.*, p. 42.

amigo Esparza. No hay mejor remedio para estas gentes que la cuarta. Ya ve usted en "La Brisa"; ¡ni quien chiste, desde que colgué a los ladrones!

Marrullero, ladino, le contestaba don Melquiades: —Mire, don Felipe; yo sé mi cuento. Usted ya la agarró el modo a su gente y yo también. Suavecito, van haciendo lo que yo quiero. Es mejor, y no hay peligro de que el día menos pensado se rompa la hebra.¹³⁸

Así puede verse que la forma de tratar a los peones y la manera de hacer rendir o estimular su trabajo, no era uniforme en todas las haciendas y estaba determinada en gran medida por la actitud de hacendados y capataces ante los indios. Por ello las relaciones de poder y la forma de percibir y entender a *el otro*, jugaron un papel fundamental en las relaciones laborales de la sociedad porfiriana.

2.5 El despojo como herramienta. El despojo de la tierra y el sometimiento del poder.

Como ya se ha mencionado en los apartados anteriores, uno de los procedimientos más usados por los hacendados para obtener tanto la mano de obra que necesitaban como nuevas tierras para expandir sus propiedades, fue el despojo de las tierras a las comunidades indígenas, que realizaron, en algunos casos, con la ayuda de algunas autoridades de la época.

Carlos Montemayor menciona, por ejemplo, cómo en la zona cafetalera del Soconusco después de que el trabajo alcanzara desde 1880 la modalidad de pagos anticipados, los cafetaleros alemanes pidieron apoyo al gobierno de Porfirio Díaz para asegurarse una abundante mano de obra. A causa de esto, Díaz facilitaría que se movilizara a una población indígena asentada a doscientos kilómetros de distancia de los cafetales, misma que debía cruzar montañas y zonas caudalosas de la depresión del río Grijalva, para poder llegar y ayudar en las labores de la finca. De esta forma el régimen de Díaz ayudó a los empresarios extranjeros que estaban creando fuentes de trabajo y autorizó e impulsó el sistema de enganche coercitivo que sólo comenzaría a debilitarse hacia 1936, con la aplicación inicial de la Reforma Agraria.¹³⁹

Un ejemplo de la resistencia que opusieron los indios al despojo de sus parcelas, aparece plasmado por Mauricio Magdaleno en *El resplandor*. En esta novela los indios otomíes se

¹³⁸ Magdaleno, Mauricio. *El resplandor*, LECTORUM, México, 2010, p. 215.

¹³⁹ Montemayor, Carlos. *Los pueblos indios de México*, Ediciones Debolsillo, México, 2010. p. 57.

oponen al despojo de sus tierras ancestrales, del cual están próximos a ser víctimas por parte de un gobernador y hacendado, quién curiosamente, es también un indio de su comunidad.¹⁴⁰

Una voz de vieja afloró, como una detonación, gritando, dolorida: – ¡Si lo que quieren es quitarnos nuestras tierritas, primero nos acaban a todos!

Asintió el gentío, respaldando firmemente a la osada que así traducía la opinión general. Las viejas, sobre todo, estaban ardiendo.

–Toditos son iguales...

–Lo que quieren es la tierra de los pobres...

–Iguaitos todos..., todos..., todos...

–Desde el primero hasta el último de los que han pasado por aquí...¹⁴¹

Traven ofrece un ejemplo similar, en el cual habla sobre la importancia que tenían los indios como mano de obra para las fincas, y de los medios a través de los cuales, los finqueros se hacían con los servicios de familias indígenas completas para su beneficio. Además, narra cómo gracias a la colaboración entre hacendados y algunos funcionarios del régimen, se realizaba el despojo de las tierras indígenas para asegurarse así, la mano de obra barata cuando no gratuita en sus latifundios.

Los finqueros se hallaban constantemente a caza de familias indígenas, mano de obra indispensable para los trabajos de sus fincas, y empleaban los medios más carentes de escrúpulos para conseguir arrancarlas de sus pueblos y colonias.

La posesión de esas familias era disputada entre los finqueros, como si se tratara de ganado sin hierro cuya propiedad trataran de asegurar... Los jefes políticos así como todos los otros funcionarios de la dictadura, se hallaban siempre, naturalmente, de lado de los poderosos finqueros. Cuando se les pedía que despojaran a alguna familia indígena de su pedacito de tierra, declarándola desprovista de derechos o valiéndose de cualquier otro medio criminal, inmediatamente lo hacían, dejando a las víctimas a merced del finquero. Este se encargaba de pagar las deudas de la familia y las multas exorbitantes que se le infligían, por motivos la mayoría de las veces inexistentes, pero que tenían por objeto ahogarla en deudas de tal manera que el finquero quedara en posibilidad de adquirir derechos absolutos sobre la familia.

El hecho de que un finquero fuera pariente o amigo de un jefe político o de que asegurara a éste o a cualquier otro miembro de la tiranía una existencia larga y fácil, era suficiente para que la mano de obra indígena no faltara jamás en su finca.¹⁴²

José Mancisidor también afirma que del despojo de tierras a pueblos y comunidades; de las constantes usurpaciones de los hacendados; de los abusos de las compañías deslindadoras con

¹⁴⁰ Aunque específicamente este ejemplo hace referencia al periodo posrevolucionario, no al Porfiriato ni a la etapa previa a la Revolución.

¹⁴¹ Magdaleno, Mauricio. *El resplandor*, LECTORUM, México, 2010, p. 193-194.

¹⁴² Traven, B. *La rebelión de los colgados*, Selector, México, 2012, pp. 7-8.

su secuela de opresión, nació un sistema de servidumbre que hundió, a los campesinos mexicanos, en la miseria y la desesperación.¹⁴³

La ley de baldíos, la acción de las empresas deslindadoras y la política seguida en relación con los problemas de la tierra, contribuirían a la instauración de un sistema de servidumbre impuesto por los grandes hacendados y terratenientes, tanto nacionales como extranjeros. Este sistema se encargaría de remarcar las ya de por sí infranqueables barreras que separaban a las clases sociales durante el Porfiriato, basando su éxito en la explotación de las grandes masas campesinas, en el monopolio de la tierra y en el poder aglutinado en un pequeño grupo de especuladores que, como ya se dijo antes, regían el destino del país.

2.6 A los pies del amo. Relaciones de poder y los indios a los ojos de la oligarquía.

De acuerdo con el testimonio y la investigación de Jesús Silva Herzog, los ochocientos cuarenta hacendados que registra el censo de 1910 vivían con holgura económica. El administrador de sus fincas, les enviaba periódicamente buenas sumas de dinero, producto de las ventas de maíz, frijol, trigo, o del ganado mayor y menor. La casa de los grandes propietarios en la capital del estado o en la de la República, siguiendo al autor, se distinguía por lo espaciosa, por los muebles lujosos, las alfombras de alta lana y la numerosa servidumbre. El hacendado se sentía aristócrata, perteneciente a una especie privilegiada y tenía clara conciencia de su grandeza y de su poder. Era altivo, orgulloso y a veces gastador. Gozaba de la amistad de los altos funcionarios del Porfiriato y de la consideración y respeto de todos. Había hacendados benévolo y otros que no lo eran tanto, pero todos explotaban sistemáticamente al infortunado jornalero.¹⁴⁴

Los administradores de las haciendas, al igual que sus patrones, también vivían bien aun cuando no tenían las grandes ventajas económicas, sociales y políticas del gran propietario. El personal de confianza, es decir: los empleados del escritorio, los dependientes de la tienda de raya, los mayordomos de campo, los caporales y capataces, formaban parte de una especie

¹⁴³ Mancisidor, José. *Historia de la Revolución Mexicana*, PROCULMEX, México, 1992, p. 42.

¹⁴⁴ Silva Herzog, Jesús. *Breve historia de la Revolución Mexicana... Óp. Cit.* pp. 36-37.

de clase media rural que estaba ligada también al amo y que si bien no disfrutaba los beneficios que tenían éstos o los administradores, llevaban una vida medianamente placentera, mucho mejor que aquella que tenían que soportar los peones. Además casi por regla general, a los grupos o clases sociales antes descritos, amén del sueldo que percibían, que también cabe destacar no era muy alto, se les daban algunas tierras en aparcería, cuyo cultivo estaba a cargo de peones que ellos pagaban y solían vigilar.¹⁴⁵

Estas clases medias porfirianas o “Pequeña Burguesía” como la denominaba José Mancisidor, vivían en condiciones más precarias que, por ejemplo, los administradores de las haciendas. De acuerdo con este autor: “Sólo aquellos que ligados al porfiriato recibieron las migajas que éste les arrojó, estuvieron en condiciones de subsistir.”¹⁴⁶ Aunque cabe recalcar que si bien se encontraban por debajo del amo, también se hallaban por encima de los indios. Algunos ejemplos de estas clases medias o pequeña burguesía, se encuentran retratadas en la obra de Traven. En el siguiente fragmento de *La Rebelión de los colgados*, el autor desmenuza su situación y su posición en las haciendas respecto a los indios y los hacendados:

En realidad eran incapaces de tener opinión personal alguna, pero les satisfacía intervenir simulando tomar parte en la discusión. Se sentían halagados de saberse por encima de los peones, que no tenían ni siquiera el derecho de aprobar.

Todo lo que a éstos se pedía era obediencia ciega, aun cuando se les ordenara arrojarse al agua con una piedra al cuello. Para el esclavo no hay más que una virtud y un derecho, el de considerar como palabra evangélica todo lo que el patrón dice.¹⁴⁷

Este ejemplo nos muestra una vez más, que el escaño más bajo de la sociedad porfiriana estaba ocupado por los peones, quienes en su mayoría, aunque no siempre, pertenecían a los numerosos pueblos indios que habitaban el país. De acuerdo con Carlos Montemayor, aunque se desconoce cuántos pueblos indios había en el país a fines del régimen porfirista, se sabe que al iniciarse la Revolución en 1910, el 29% de los habitantes era considerado indígena. Se sabe también que, mientras que la población rural libre constituía el 51% de la totalidad, el 46% restante vivía sujeto a ranchos y haciendas bajo el sistema del peonaje.¹⁴⁸

¹⁴⁵ *Ibíd.*

¹⁴⁶ Mancisidor, José. *Historia de la Revolución... Óp. Cit.* p. 36.

¹⁴⁷ Traven, B. *La rebelión de los colgados...*, *Óp. Cit.* pp. 121-122.

¹⁴⁸ Montemayor, Carlos. *Los pueblos indios de México*, Ediciones Debolsillo, México, 2010. p. 79.

¿Pero cuál era el valor que los hacendados y las clases medias daban a los peones? ¿Y cuál la importancia que los indios tenían para la aristocracia porfiriana? Estas preguntas son respondidas por algunos de los autores que se ocuparon de la narrativa de la Revolución. B. Traven, en *La rebelión de los colgados*; refiere estos casos:

Los Montellano y sus guardaespaldas no se preocupaban de la muerte de los colgados más que en la medida que la pérdida de la mano de obra los afectaba. Si los leñadores eran haraganes o débiles, y no podían producir tres toneladas diarias de caoba, la pérdida no era grande, el hombre podía reventar tranquilamente. Para el proletario el trabajo es un deber. Si es perezoso, no tiene derecho a vivir. Después de todo si revienta es un estorbo menos.¹⁴⁹

En otro ejemplo, el autor se sirve de uno de los primeros intentos de revuelta en una montería chiapaneca, para describir las relaciones de poder existentes entre indios y hacendados. Realizando una analogía entre dioses y hacendados, el autor pone de manifiesto las precarias y duras condiciones de vida de los indios, de quienes incluso afirma, han alcanzado un nivel de vida tan malo, que en nada se diferencia del de los animales.

Ni él, ni ninguno de sus camaradas se había revelado jamás. Ni siquiera habían osado cubrirse la cara cuando les era golpeada con un fuste. Los amos, los gachupines, los ladinos, los alemanes de los cafetales a quienes se llamaba chinos blancos, eran dioses contra los que un peón indio jamás había osado rebelarse. No era ni por cobardía ni por la esperanza de obtener piedad por lo que obraban así. Sabían que hay dioses y siervos y que el que no era Dios sólo podía ser siervo sumiso y obediente. Entre estas dos especies no existía, tal vez, como intermediario, más que un buen caballo. Pero cuando el siervo comienza a ser consciente de que su vida ha llegado a ser semejante a la de los animales, de que en nada les aventaja, es porque los límites se han rebasado. Entonces el hombre deja de razonar y obra como un animal, como un bruto, intentando así reconquistar su dignidad de hombre.¹⁵⁰

La condición servil impuesta al indio, la obediencia que demuestran a las autoridades y el miedo ante el amo, queda de manifiesto en un solo diálogo que el autor plantea en esta misma novela.

–Eh, tú, ¿dónde te has metido? Ven acá, que todavía tenemos algo que decirnos.
De un golpe, Urbano se olvida de todo. Su costumbre de obedecer era tal, que sus sueños se desvanecieron en el mismo instante en que sonó la voz de su amo.
Se apresura hacia la oficina.
– ¡A sus órdenes, patroncito!¹⁵¹

¹⁴⁹ Traven, B. *La rebelión de los colgados...*, *Óp. Cit.* p. 94.

¹⁵⁰ Ídem. p. 222.

¹⁵¹ Ídem. p. 114.

Otro autor que retrata las relaciones de poder existentes durante el régimen porfirista, particularmente aquellas que se dan entre las clases gobernantes y los indios es Miguel N. Lira, quien en su novela *La escondida*, muestra la querrela que sostiene un general porfirista convertido en gobernador de Tlaxcala en contra de un licenciado defensor de los indios, cuando da su opinión sobre qué hacer en contra de los indios levantados:

–El indio es indio siempre e igual de salvaje el de una región que el de otra. Nacen, crecen y se multiplican como ortigas.

– ¿No admite usted excepciones, señor gobernador? –inquirió con malicia el licenciado Ugarte.

– ¡No! Se hubiera dicho que caía hielo sobre la reunión. Unos a otros se miraron perplejos. Luego, volvió la carga el Licenciado:

–Juárez era indio y el General Díaz también.

–Pero ellos, y otros muchos que podría citar, provienen de razas de indios ya extinguidas, debidamente juzgadas por la historia, y no de las actuales, que es preciso exterminar –dogmatizó el gobernante.

–Eso es verdad, mi general. Ningún indio de los de ahora se ha distinguido en algo –terció el doctor Mancilla–, a no ser en el latrocinio y el homicidio mansalva, en que si son muy diestros.

–Pero no obstante...

–No hay peros posibles, licenciado –cortó tajante en general–. O acabamos con los indios, o ellos acaban con nosotros. Y yo, la verdad, no quiero estar a su merced. Por eso me propongo ser implacable con los "alzados" de aquí. Un ejemplo oportuno salva muchos contratiempos.¹⁵²

Durante los primeros levantamientos armados, Mauricio Magdaleno hace referencia a las reflexiones que comienzan a tener los capataces, sobre los peligros que encierra el levantamiento de los indios y a la forma de mantenerlos sometidos. Ante el peligro que se cierne sobre ellos, la costumbre de los indios de temer a los amos y las relaciones de poder que se han construido entre ambos sectores, hacen que aplacar a las masas sea una tarea relativamente fácil de acuerdo al capataz de "La Briza", quien curiosamente, es también el más despiadado en su trato con los indios.

Las indiadas... ¡Bah, que estallaran; eso era lo de menos! ¡Las veces que él las había visto ardiendo al rojo blanco, en los días terribles de las bolas, cuando erraban asaltando haciendas y destruyendo cuanto encontraban a su paso, y en que apenas era necesario arrojarles un grito y mostrarles la cuarta en el puño, y se aplacaban como por artificio de magia, reconociendo en el dominador las oscuras potestades del amo y su propia ralea vil de mesnadas! Ayer con el porfirismo, hoy con la Revolución, mañana... ¡Eran las

¹⁵² Lira, Miguel N. *La escondida*, E.D.I.A.P.S.A., México, 1948, p. 33.

mismas turbas de siempre, bestiales, cobardes y ciegas, obedientes al primero que llegase con ánimo de pisotearlas y de meterlos en cintura!¹⁵³

Otro ejemplo del mismo texto aparece cuando el administrador de la hacienda y los amigos del hacendado, le explican a éste la situación del indio y cómo debe tratarseles. Al mismo tiempo, uno de los personajes trata de explicar el verdadero significado de la Revolución.

– ¿Qué le dije, Saturnino? ¿Verdad que no es posible tratar con los indios? ¡Si entendieran, santo y muy bueno! Pero no entienden más que por la fuerza. Herrera no contestó. –Mire, jefe. ¡No vale la pena de que se apure! Usted no los ha tratado como yo. ¡Que me pregunten a mí cómo las gastan los indios condenados! [...] Los indios no son problema. Herrera, más que para los ideólogos enredadores. Que se quedan chillando, porque nunca están conformes... ¿Y qué? ¡No llegan sus gritos hasta Pachuca, hombre!
–Les hace falta rigor –dictaminó el vozarrón de Lorenzo García–. Eso es todo. Y la revolución, ¡qué diablos!, no es el pillaje ni la rapiña. La revolución es..., es una especie de... ¡vamos, hombre, la revolución es el progreso!¹⁵⁴

El mismo administrador que en el ejemplo anterior tratara de explicar al hacendado la situación del indio, reflexiona sobre la forma de gobernar y sobre cuál es la mejor manera de tratar al indio para ganar su favor y mantenerlo sometido para conservar el orden establecido.

Gobernar es fácil y administrar es sencillísimo siempre que concurren en el prominente nociones de la realidad, práctica en el manejo de los hombres y experiencia en la vida. Los indios, al fin y al cabo, ¡se conforman con tan poco!, ¡piden tan poco!, ¡tienen tan pocas necesidades! Total, su ración de maíz y sus litros de pulque cada semana y unos centavitos para darles la ilusión de que están bien pagados. Y palabras y acciones afectuosas –apadrinar a los chicos que van naciendo; asistir a los velorios de los que van muriendo; charlar, en las tardes, con las comadres; un dicho comprensivo aquí, una muestra de solidaridad allá... ¡No es tan difícil saber vivir cuando se tienen mañas para levantar cabeza!¹⁵⁵

Traven por su parte da un ejemplo más drástico acerca de cómo los hacendados mantenían el orden y la producción de los indios en sus fincas. Ante la improductividad de los peones y los vanos que resultaban los “estímulos” que los capataces llevaban a cabo luego de los primeros brotes de rebeldía, el hacendado, les explica a éstos, cómo es que hay que tratar a los indios y motivarlos para que trabajen más, de acuerdo a su propia experiencia.

¹⁵³ Magdaleno, Mauricio. *El resplandor*, LECTORUM, México, 2010, p. 215.

¹⁵⁴ Ídem. p. 243-244.

¹⁵⁵ Magdaleno, Mauricio. *El resplandor...*, *Óp. Cit.* p. 281.

Pero díganme, ¿qué han hecho para obtener la mitad del trabajo que yo esperaba de ustedes? Sin duda han dormido más de lo que han trabajado.

–Pero, jefe, ¿qué más podía hacer? Los he golpeado con el fuste como perros, hasta arrancarles el cuero del lomo; pero se han acostumbrado rápidamente y mientras más se les golpea menos trabajan.

–Ya te he dicho que cuando se abusa del fuste, éste no sirve para maldita la cosa. Se encaprichan, se echan y no hacen nada más. ¿Porque no les has colgado más a menudo? Eso es lo que nosotros acostumbramos a hacer en nuestro campo; nada hay mejor, con eso sí que se asustan.¹⁵⁶

Como ya se mencionó, gran parte de la responsabilidad de que este tipo de relaciones entre dominantes y dominados se mantuviera, recayó en las autoridades de la época que solaparon la explotación del indio por parte de los hacendados. Haciéndose muchas veces de la vista gorda, las autoridades regionales pocas veces se trataron de atender los problemas de las comunidades indígenas dentro de los territorios que las contenían y cuando lo hacían, lo hacían con los mismos prejuicios que las clases altas tenían sobre ellos.

Gregorio López y Fuentes da un ejemplo sobre esto en su novela *El indio*, en la cual, ante un supuesto delito cometido en una ranchería indígena en contra de un grupo de hombres blancos, tanto el presidente municipal como su secretario, expresan su opinión y lo que harían de tener el poder y las atribuciones necesarias en contra de los indios:

El secretario, que parecía no resignado a que se le arrancara del pueblo donde a esa hora acostumbraba jugar al billar, comenzó a decir que los indígenas son insubordinados, holgazanes, borrachos, ladrones. El presidente, hombre de las mismas ideas, agregó que los naturales son un verdadero lastre para el país.

– ¿De qué sirven si son refractarios a todo progreso? ¡Han hecho bien los hombres progresistas y prácticos de otros países, al exterminarlos! ¡Raza inferior! ¡Si el gobierno del centro me autorizara, yo entraría a sangre y fuego en todos los ranchos, matando a todos, como se mata a los animales salvajes!

Esto lo dijo, despechado, porque entre sus proyectos había figurado el de llevarse unos cincuenta indígenas prisioneros, y éstos se le escapaban. Repitió: –Sí, señores: ¡como se mata a los animales salvajes!¹⁵⁷

La importancia que encierran las relaciones de poder entre los pueblos indios y los demás sectores de la sociedad porfiriana, resulta fundamental para entender cómo se daba la interacción entre los distintos grupos sociales y cómo se construían las relaciones de poder que mantuvieron el aparente “equilibrio” del país durante más de treinta años. Y si bien algunos

¹⁵⁶ Traven, B. *La rebelión de los colgados*, Selector, México, 2012, p. 67.

¹⁵⁷ López y Fuentes, Gregorio. *El indio*, Editorial Porrúa, México, 2008, p. 30.

estudios históricos que se ocupan de la época nos hablan de cómo se dieron o se fueron construyendo estas relaciones de dominación en contra de las grandes masas por parte de un sector minoritario de la población, la narrativa de Revolución aporta los ejemplos precisos con que se pueden ilustrar estos casos a lo largo del país.

2.6.1 Hacendados y capataces opinan sobre la situación del indio.

Un aspecto importante que se observa en estas narraciones y que es importante rescatar pues nos permite acercarnos a las ideas que los grupos en el poder albergaban sobre los indios, es la opinión que los personajes, particularmente los hacendados y capataces, tenían sobre el problema del indio.

Una de estas opiniones de las “clases superiores” sobre el problema del indio, se muestra en la novela de Mauricio Magdaleno *El resplandor*, en la cual el encargado de una tienda de raya discute sobre la situación de los indios y los pleitos irreconciliables entre ellos.

Esto no tiene remedio. Los indios se van acabar unos a otros. ¡Parece que se eliminan matándose para dejar el campo a los menos que sea posible! –Mientras menos burros, más olotes. ¿Verdad?¹⁵⁸

En esta misma obra, el administrador de la hacienda le indica al maestro de escuela recién llegado, cuál es el comportamiento de los indios, que es lo que debe esperar de ellos y como ha de manejarse al interactuar con los mismos:

Con los indios no se cuenta para nada..., ni siquiera para remediarlos. Váyase con pies de plomo y con paciencia.¹⁵⁹

Por su parte, Miguel Ángel Menéndez a través de uno de los personajes de su novela *Nayar*, ofrece una reflexión diferente, que contrasta notablemente con los ejemplos anteriores acerca de lo que los blancos o mestizos opinan con respecto al problema del indio. Tal opinión aparece bajo la técnica del monólogo interno cuando un mestizo que reflexiona sobre el daño que los suyos han causado a los indios y la desconfianza que ha surgido en estos últimos, fruto de estos abusos:

¹⁵⁸ Magdaleno, Mauricio. *El resplandor*, LECTORUM, México, 2010, p. 22

¹⁵⁹ Ídem. p. 304.

Ahí estaban los indios prudentes y graves. [...] Hay algo en nosotros –el pecado mortal de ser blancos– que nos hace bajar los ojos, mirar la tierra, y avergonzarnos infinitamente de Nuño de Guzmán, el que destrozó a estas tribus. Hay algo que está en nosotros y que no es nuestro de propia voluntad; algo que conservamos por ineludible ley de herencia, que nos pesa y lastima como el centésimo chiquihuite de saltierra llevado aquí, en el sangrante lomo, o aquí, sobre el desangrado corazón; algo siniestro que les obliga a desconfiar. [...] Así nos expulsaron. Así nos dijeron que debíamos irnos para siempre porque somos de una raza que les ha mentado, que les ha explotado, que les acarició primero para secarlos después; una raza que ellos recuerdan para odiarla.¹⁶⁰

Sin duda este ejemplo difiere claramente no sólo de los dos primeros, sino de las opiniones generalizadas que blancos y mestizos (salvo algunos maestros e intelectuales como se verá más adelante) esgrimen en estas obras con respecto al problema del indio. Para la mayoría de estos sectores, los indios son los únicos culpables de su desgracia, ya que son reacios a todo progreso y muestran una actitud pasiva y conformista ante la vida, además de que su falta de organización derivada de sus problemas ancestrales, impide poder redimirlos y contar con ellos. Para el protagonista del ejemplo anterior en cambio, la situación en la que se encuentran los indios y la desconfianza que en ellos inspiran blancos y mestizos, son fruto de los agravios infligidos a ellos desde la Conquista. Estas ofensas han sido tales, que resultan una mancha indeleble que va de generación en generación entre estos grupos, y que está representada en unos por la vergüenza de sus agravios y en los otros por la desconfianza y el miedo.

2.6.2 La postura de hacendados y oligarcas ante el levantamiento armado.

De acuerdo con el historiador Javier Garcíadiego, la caída de Porfirio Díaz trajo después de algunos meses de haber sucedido, la transformación de casi toda la pirámide del poder. Los políticos porfirianos que sobrevivieron al cambio, por ejemplo, pronto comenzaron a desarrollar funciones para la oposición. Hacia los años de 1911 y 1912 las clases medias irrumpirían en el aparato gubernativo y en la toma de decisiones, y tanto obreros como campesinos aumentarían su capital político como parte de los cambios.¹⁶¹

¹⁶⁰ Menéndez, Miguel Ángel. *Nayar*, Editorial Porrúa, México, 1991, pp. 92-94.

¹⁶¹ Garcíadiego, Javier. *La Revolución*, En: Escalante Gonzalbo, Pablo et al. *Nueva historia mínima de México ilustrada*, El Colegio de México, México, 2008. pp. 413-416.

Con las transformaciones sociales y las políticas económicas que pretendían instaurarse con la presidencia de Madero, algunos sectores de la clase alta temieron que el poder y las prerrogativas de algunos industriales y hacendados se fuera diluyendo paulatinamente. En el campo, durante el año de 1912, de acuerdo con Garciadiego: “hubo numerosas ocupaciones de tierras reclamadas como usurpadas y muchas solicitudes de aumento de jornales; para su desgracia, los hacendados no contaron con el apoyo irrestricto de las autoridades, pues ya no estaban los viejos caciques ni los antiguos “rurales” para respaldarlos.”¹⁶²

Naturalmente, este tipo de situaciones harían que la aristocracia que aún se encontraba en el poder durante los últimos años del Porfiriato, no viera con buenos ojos los movimientos sociales y las revueltas populares que se estaban gestando y que estaban encaminadas a modificar, al menos de palabra, las condiciones de vida las masas empobrecidas y las instituciones caducas que aun regían el país.

Las posturas que tenía la oligarquía porfiriana sobre los primeros levantamientos parecían compartirse dentro de esta narrativa. En *La escondida* de Miguel N. Lira, un general porfirista que es puesto como gobernador en Tlaxcala, al darse los últimos incidentes con los alzados, da su opinión sobre qué hacer con ellos:

–A un rebelde no se le juzga sino como rebelde –afirmó en general, recorriendo con la vista a todos los que le hacían corro –. Se le interroga primero, y conteste o no conteste, se le ahorca después.

–Es cierto. Con gente de esta calaña sólo valen los procedimientos drásticos.

–Es la única forma de escarmentarlos. En la guerra del Yaqui, una vez cogí a veinte prisioneros y ordené que a todos les cortaran la cabeza para que se exhibieran clavadas en picas. Desde entonces, ya sabían la suerte que corrían conmigo si caían en mis manos.¹⁶³

Mauricio Magdaleno por su parte, refiere en su cuento *Palo encebado*, cómo un sirviente del cacique advierte a éste sobre los peligros que hay para él teniendo la Revolución tan cerca. El cacique como respuesta, lanza una imprecación en contra de los indios y mestizos. Sin embargo siente miedo cuando un peón le hace frente por un agravio recibido.

...Me permito recordarle que hay alzados, cerca, y que aquí mismo la gente anda revuelta. ¿No cree su buena mercé que la fiesta les daría pretexto para emborracharse y para que una vez borrachos perdieron el respeto debido a Dios y al señor amo?

¹⁶² Ídem.

¹⁶³ Lira, Miguel N. *La escondida*, E.D.I.A.P.S.A., México, 1948, pp. 32-33.

¡Esta mala raza de indios y mestizos estaba acostumbrada al abuso!
Lo que nunca le había pasado: reculó, asustado por las proporciones del desafío que venía a cumplir. Las indiadas lo miraban en silencio, conteniendo el odio al amo y como transfundiendo una triste solidaridad al infeliz compañero. Parecían estar ahí por la fuerza, según callaban, apretados uno contra otro, Como bestias. Nadie se había emborrachado.¹⁶⁴

Un ejemplo más crudo sobre la postura de los hacendados ante las primeras revueltas y la entonación de cánticos revolucionarios en sus tierras, es el que ofrece B. Traven; quien en: *La rebelión de los colgados*, muestra el castigo ejemplar que un hacendado decide poner a los indios para terminar las rebeliones. Para tal efecto, se sirve de un indio chamula y de su hijo pequeño, a manera de chivos expiatorios para demostrar al resto de los peones lo que les pasaría a aquellos que osasen revelarse.

–Todos los días rebeliones, –continúa don Félix, con la cara encendida de ira y dando un nuevo golpe a Cándido–. Cada día están ustedes más insolentes. Por las noches se cantan canciones revolucionarias a mis espaldas; pero sepan que todavía yo soy el amo y les aseguro que seguiré siéndolo, piara de puercos. Yo voy a enseñarles lo que cuesta largarse del campo. Eso se acabó, porque me quito el nombre de Montellano si alguien vuelve a largarse.

Volviéndose a los capataces grita:

– ¡Eh, Gusano!

–A sus órdenes, jefe.

– ¡Saca tu cuchillo!

El Gusano llevaba al cinto un cuchillo de caza.

– ¡Córtale las orejas a ese perro Chamula! –ordena don Félix. [...]

...todavía no guardes el cuchillo, porque le vas a cortar las orejas al chamaco. ¡Ya verás si restablezco el orden aquí! Vamos, andando, ¡córtale las orejotas al bastardo! [...]

–Y ahora, miren bien todos lo que ocurrirá a los que en el futuro traten de escapar o de rebelarse o simplemente de cantar canciones insolentes por las noches. Yo aquí soy y seguiré siendo el amo. Ustedes, a trabajar, que no han venido aquí para otra cosa. No lo olviden.¹⁶⁵

Una vez dado el golpe de estado encabezado por Huerta, y esparcida la noticia de su ascenso al poder a todos los rincones de la República, algunos miembros de la antigua oligarquía porfiriana parecieron tranquilizarse, pues asumieron que con las acciones contrarrevolucionarias emprendidas por él, se volvería al antiguo estilo de vida y todas las cosas alteradas por la Revolución volverían a su antiguo cauce. Esto puede advertirse en la obra de

¹⁶⁴ Magdaleno, Mauricio. *Cuentos completos*, LECTORUM, México, 2003, pp. 144, 148.

¹⁶⁵ Traven, B. *La rebelión de los colgados*, Selector, México, 2012, pp. 193-195.

Lira, cuando un aristócrata de Tlaxcala una vez enterado del golpe de estado, se apresura a adherirse al huertismo y a asegurar que:

Al fin volveremos a ser lo que éramos. ¡Ya no más el reinado del huarache y del calzón blanco! Eso se acabó definitivamente... Ahora vamos a entrar en un periodo de paz duradera y de reconstrucción nacional. Ya lo verá usted. No importa que para lograrlas sea necesario dominar a cuanta partida de latofacciosos intente perturbar la tranquilidad pública. ¡Y que caiga el que cayere!¹⁶⁶

En esta misma obra, un médico simpatizante de Díaz visita al jefe revolucionario que ocupa la ciudad, para implorar el perdón de un general porfirista capturado en batalla. De paso, el médico le indica al revolucionario, cuál es la actitud que tanto él como el resto de sus huéspedes deben asumir si es que quieren que, verdaderamente, la Revolución triunfe.

Piense usted que la Revolución no podrá triunfar si no sabe perdonar a sus enemigos. Si es generosa con los vencidos, muchos la bendecirán y aún seguirán su causa; pero si es despiadada en la venganza y el exterminio, sólo conseguirá odios y maldiciones. Créalo usted, señor.¹⁶⁷

Sin duda, la mayoría de los diálogos mostrados aquí reflejan el descontento y el miedo manifestado por la oligarquía porfiriana ante los primeros brotes de insurgencia, producto de los abusos sufridos por las clases bajas. Este miedo a perder las prerrogativas alcanzadas durante tantos años con la caída de Díaz y la aparente calma renovada tras el derrocamiento de Madero, son algunos ejemplos de cómo las clases privilegiadas vivieron los primeros alzamientos.

¹⁶⁶ Lira, Miguel N. *La escondida...*, *Óp. Cit.* p. 171.

¹⁶⁷ Ídem. p. 97.

CAPÍTULO 3

LA FLOR QUE BROTA Y RIEGA LA TIERRA.

EL CONFLICTO ARMADO

3.1 Las primeras revueltas y los primeros alzados.

La mayoría de los levantamientos armados con participación indígena que tuvieron lugar en México durante los siglos XIX y XX, se iniciaron en las aldeas de indios libres que defendían o trataban de recuperar sus tierras. Otra de las causas que suscitaron la violencia y la protesta social por parte de las clases bajas, fue la desigualdad en los impuestos. Sin embargo, de acuerdo con Katz, estas razones por sí solas no fueron suficientes para hacer estallar la Revolución, lo que sí lo hizo, fue la percepción por parte de muchas personas, de la debilidad del régimen.¹⁶⁸

Hubo, sin embargo, algunos levantamientos en las haciendas, pero en los pocos casos en que ha sido posible encontrar el origen social de los involucrados, se ha visto que no eran propiamente peones acasillados, sino arrendatarios principalmente.¹⁶⁹ Por lo que puede asumirse, que la llamada “*Pax Porfiriana*” que mantuvo por muchos Porfirio Díaz, en realidad se asentó sobre la violencia, la injusticia social y la represión para mantener la tranquilidad pública y política.

Los levantamientos en contra del régimen, no fueron exclusivos de las clases bajas, ya que incluso entre los militares, hubo numerosas muestras de insurrección que dieron muestra del descontento de este sector en contra de Porfirio Díaz. Para tener una muestra de esto, basta mirar la cronología hecha por José Mancisidor, para enumerar los múltiples brotes de insurrección militar surgidos durante el periodo porfirista. En 1876, se sublevó el general Mariano Escobedo. En el año 1877 lo hizo, en la frontera norte del país, el coronel Pedro Valdés, proclamando la restauración del lerdismo; en 1878, en Jalapa, Ver., Lorenzo Hernández y, en Tlapacoyan, Javier Espino. En 1879 en Monte Alto, el general Miguel Negrete; en Perote el coronel Manuel Carreón; en Cosamaloapan, el teniente coronel José del

¹⁶⁸ Katz, Friedrich y Lomnitz Claudio. *El Porfiriato y la Revolución en la historia de México*, Ediciones Era, México, 2011. pp. 39-40.

¹⁶⁹ Katz, Friedrich. *La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*. Ediciones Era, México, 1998. p. 20-21.

Río; en Tlacotalpan, el comandante Francisco A. Nava. Igualmente, en 1879, tuvieron lugar los fusilamientos de Veracruz. En el mismo año de 1879 la situación militar de Tepic revistió caracteres alarmantes, mientras en Sinaloa se sublevaba el general Jesús Ramírez Terrones y en Baja California el general Manuel Márquez León. En 1886 fue asesinado el general García de la Cadena y preso el capitán Martínez Arista. En 1890 pasó la frontera, procedente de los Estados Unidos en donde se había organizado el *partido revolucionario mexicano*, el general Francisco Ruiz Sandoval, quien obligado a retornar a su punto de salida, fue aprehendido por fuerzas norteamericanas prontas a socorrer al gobierno porfiriano. Esto, por lo que a las insurrecciones militares se refiere.¹⁷⁰

Para 1892 las actividades estudiantiles en contra de Díaz se incrementarían drásticamente. Al mismo tiempo, las acciones de resistencia obrera se convertían también en parte de las muestras de descontento generalizado en contra del régimen. Fue así que los trabajadores comenzaron a convocar a huelgas para defender sus derechos, formando organizaciones obreras para pedir mejores condiciones de trabajo. En este contexto se darían, además de las dos grandes huelgas que a continuación se describen brevemente, las tres huelgas de ferrocarrileros en los años 1903, 1906 y 1908.

Como ya se mencionó, la política económica del Porfiriato promovió la inversión extranjera y estimuló el desarrollo industrial de las ciudades más importantes del país. Como parte de este desarrollo, la producción minera y textil alcanzarían, durante la primera década del siglo XX altos niveles de productividad que se verían reflejados en el crecimiento urbano de las poblaciones cercanas a las minas y centros fabriles y en el incremento del comercio, así como en la modernización de la industria y los transportes. Esto traería consigo que inversionistas y empresarios nacionales y extranjeros vieran crecer sus fortunas, al tiempo que la economía nacional también mejoraba y se lograba mantener un superávit en las arcas públicas sosteniendo así el desarrollo y modernización del país. Desafortunadamente, como menciona la historiadora Angélica Vázquez del Mercado, el factor humano se olvidó; por lo menos, cuando se trataba de hablar de los derechos laborales.

Ante la pésima situación de los trabajadores de las minas y fábricas en general, los obreros comenzaron a rebelarse en pos de una mejora a sus condiciones laborales; pues

¹⁷⁰ Mancisor, José. *Historia de la Revolución Mexicana... Óp. Cit.* pp. 50-51.

aunque el país pasaba por un desarrollo económico sostenido, ellos no lograban ver materializados los frutos de su esfuerzo. Fue así que las ideas de reivindicación comenzarían a permear a los grupos de obreros que empezaron a reunirse en asociaciones o círculos que se proponían no sólo defender sus derechos, sino también reformar la legislación y actualizarla conforme a las demandas de los trabajadores.¹⁷¹

El primero de junio de 1906, los trabajadores de la mina de cobre «The Cananea Consolidated Copper Company» convocaron a huelga. La huelga tenía por objeto conseguir un aumento de salario, equidad entre los trabajadores mexicanos y norteamericanos, así como protestar por los malos tratos que el personal norteamericano infligía a los nacionales. Ese día por la tarde alrededor de tres mil trabajadores se congregaron y recorrieron juntas las calles del pueblo haciendo oír sus reclamos y alentando a otros trabajadores a unirse. Cuando pasaron frente a la maderería de la compañía, se desató un enfrentamiento con dos capataces norteamericanos, los hermanos Metcalf, quienes abrieron las mangueras para incendio para agredir a los obreros. En respuesta a la provocación, los obreros respondieron a pedradas, hasta que un disparo de los capataces mató a uno de los manifestantes. Entonces, los enfrentamientos se recrudecieron en las horas siguientes en las que murieron al menos diez obreros mexicanos y los dos hermanos norteamericanos.¹⁷²

Durante el incidente, el propietario de la empresa, W.C. Greene repartió rifles entre los jefes de departamento, mientras la policía de la empresa recorría las calles del pueblo disparando sin escrúpulos a los trabajadores que se dispersaban. El gobernador del estado acudió rápidamente con refuerzos de la policía y doscientos setenta y cinco soldados norteamericanos para sofocar la revuelta. El gobierno federal por su parte, defendería los intereses de la empresa y mediante una brutal represión, desharía la huelga y encarcelaría a sus dirigentes Esteban Baca Calderón y Manuel Diéguez en la prisión federal de San Juan de Ulúa.¹⁷³

Tras los hechos suscitados en Cananea los ánimos se mantendrían encendidos en la memoria de los trabajadores y en el mes de diciembre de ese mismo año estallarían una nueva

¹⁷¹ Vázquez del Mercado, Angélica. *Los movimientos precursores de la Revolución y la crisis de la modernidad*, En: <http://www.inehrm.gob.mx/Portal/PtMain.php?pagina=exp-precursores-de-la-revolucion-articulo>

¹⁷² Lartigue, Luciana. *La Revolución Mexicana*, Ocean Sur, México, 2011, pp. 19.23.

¹⁷³ Jorge Sayeg Helú, *Las huelgas de Cananea y Río Blanco*, México, BINEHEM, 1980.

huelga. Esta vez, en la fábrica textil de Río Blanco, en el estado de Veracruz. En esta fábrica ya se encontraba funcionando el Gran Círculo de Obreros Libres y, en forma paralela a éste, habían surgido diversas organizaciones de trabajadores en Puebla, Querétaro, Jalisco, Oaxaca y la Ciudad de México. De esta forma, el crecimiento de la organización obrera y la radicalización de sus posiciones comenzarían a alarmar a los dueños de las grandes empresas.

Al iniciar el conflicto, el Centro Industrial de Puebla, representando los intereses de los patronos, manifestó que, estando la organización de los trabajadores prohibida por la ley, quienes participaran de ella serían despedidos. A causa de esto y a petición de ambos bandos, el gobierno central intervendría en medio del conflicto y obreros y patronos, aceptarían el ejercicio de un laudo presidencial cuyo resultado se daría a conocer el 5 de enero de 1907.

Como se esperaba, la intervención de Díaz resultó contraria a los intereses obreros. En su laudo, ordenó que: «El lunes 7 de enero de 1907 se abrirán todas la fábricas que actualmente está cerradas en los estados de Puebla, Veracruz, Jalisco, Querétaro, Oaxaca y en el Distrito Federal y todos los obreros entrarán a trabajar en ellas, sujetos a los reglamentos vigentes al tiempo de clausurarse o que sus propietarios hayan dictado posteriormente y a las costumbre establecidas».¹⁷⁴ Los obreros, quedaron inconformes con lo resuelto, pues el laudo no les concedía ninguna mejora y los dejaba a merced de los patronos sin protección alguna contra cualquier represalia.

Fue así que el mismo 7 de enero, unos cinco mil obreros acordaron no ingresar a trabajar y comenzaron a manifestarse en la entrada de la fábrica. En medio de las tensiones, un grupo de obreros discutía con los dependientes de la tienda de raya hasta que, repentinamente, un disparo mató a uno de ellos. Los trabajadores, enardecidos por el asesinato de su compañero, saquearon e incendiaron la tienda. Posteriormente, marcharían sobre Orizaba, pero su contingente sería emboscado y fusilado por un grupo de soldados que dispararon a mansalva contra la multitud indefensa, dejando un saldo de cientos de muertos y heridos.

Durante esa noche y los días siguientes, la policía perseguiría a los obreros de Río Blanco de manera encarnizada y salvaje. Como castigo, el 8 de enero serían fusilados el presidente y el secretario del Círculo de Obreros Libres, Rafael Moreno y Manuel Juárez, en los escombros de la tienda de raya. La dictadura una vez más, había reprimido brutalmente los

¹⁷⁴ Lartigue, Luciana. *La Revolución Mexicana*, Ocean Sur, México, 2011, pp. 19.23.

primeros brotes de descontento e ignoró los esfuerzos de los trabajadores por reivindicar sus derechos. Pero sin duda, ambas huelgas marcarían un precedente como parte de las primeras revueltas obreras en contra del régimen de Díaz.¹⁷⁵

Como parte de la represión ejercida en contra de los primeros alzados se emplearon distintos métodos, los cuales iban desde el fusilamiento en el mismo lugar de la rebelión, hasta su deportación a las calcinantes tierras de Quintana Roo, Yucatán o Valle Nacional donde eran obligados a realizar trabajos extenuantes con una retribución mínima.

La represión ejercida por las autoridades en los acontecimientos de Cananea y Río Blanco, se representó en la narrativa de la Revolución en más de un relato. B. Traven por ejemplo, describe en *La rebelión de colgados* cómo fue el castigo que sufrieron los sobrevivientes de la matanza de obreros de Río Blanco y algunos otros rebeldes opositores al régimen, que sufrieron las consecuencias de ser deportados.

Me llevaron a la estación en compañía de otros cien hombres, todos jóvenes estudiantes, maestros, obreros y campesinos. Nos encerraron a todos en un vagón de carga, hacinados, sin ventilación, sin luz, por todo alimento nos echaban un puñado de tortillas viejas, mohosas, sobre las que nos precipitábamos con hambre desesperada. A veces vaciaban sobre nuestro nosotros una olla de frijoles, que recogíamos de entre nuestras ropas y del suelo, junto con otras porquerías que comíamos sin poner reparo. En lugar de agua, vaciaban sobre nosotros botes de orines. Por fin, un día, después de haber navegado una eternidad en peores condiciones de las que te dicho sufrimos en el ferrocarril, llegamos a Yucatán destinados a trabajar en las plantaciones y la reparación de caminos. Ataban a cuarenta hombres para que tiraran de un gran rodillo que sólo veinte caballos quizá habrían podido arrastras. Para hacernos avanzar nos azotaban. Debíamos tirar bajo un sol 100,000 veces más ardiente que el de aquí. Entre nosotros también había mujeres y su suerte era la misma. Muchos de aquellos hombres y mujeres eran hilanderos de Orizaba que se habían negado a seguir trabajando si no les aumentaban el salario. Habían escapado de ser masacrados. Los que se habían rendido sufrían el castigo de trabajar por menos sueldo aún.¹⁷⁶

Otro de los castigos impuestos a los rebeldes, fue la incorporación forzosa a los batallones que combatían en el norte del país a los indios Yaquis. Los levantamientos armados por parte de las comunidades indígenas, se darían incluso antes que los de Cananea y Río Blanco. La lucha de los Yaquis por ejemplo, se remonta hasta 1885 cuando por mandato del gobernador de Sonora se realizó un atentado contra la vida de *Cajeme*, el líder de los pueblos yaquis que vivían en autonomía desligados del gobierno. La guerra del gobierno en contra de los Yaquis fue

¹⁷⁵ Lartigue, Luciana. *La Revolución Mexicana...*, Óp. Cit. p. 23.

¹⁷⁶ Traven, B. *La rebelión de los colgados*, Selector, México, 2012, pp. 160-161.

cruenta, costosa y causó muchas bajas de ambas partes; y una vez finalizada, se aplicó la política de terrenos baldíos sobre la región y las fértiles tierras yaquis pasarían a manos de Ramón Corral y algunos otros miembros de la oligarquía porfiriana que más tarde especularían con ellas.¹⁷⁷

Las representaciones de esta guerra en la literatura son también abundantes. Un par de novelas donde este conflicto aparece retratado son *Lola Casanova* de Francisco Rojas y *La escondida* de Miguel N. Lira. En esta última, aparece un ejemplo del trato que uno de los generales porfiristas adscritos a la guerra del Yaqui, daba sus prisioneros. Inmediatamente, se señala dentro de la obra cómo estos castigos eran necesarios para que las cosas siguieran marchando igual dentro del régimen.

– ¿Piensa usted pasar por las armas al hombre que tenemos encarcelado? –preguntó dubitativamente el licenciado.

–No, precisamente. ¡Su vida no vale las balas que se gastarían en fusilarlo! En cambio, una reata anudada al cuello...

Un coro de risas, mitad nerviosas, mitad de halago incondicional, acogió las frases del general. Efectivamente, había que vivir como hasta ahora se había vivido, y si para lograrlo era preciso colgar a todos aquellos que trataban de impedirlo, había en el campo, y en la propia ciudad, muchos árboles que no se resentirían por balancear los cuerpos de los rebeldes, para ejemplo de los contumaces y un acopio de intereses creados suficiente para ahogar de cuajo los apetitos incomprensibles de la chusma indígena que, de la noche a la mañana, se empeñaba en domeñar a sus amos.¹⁷⁸

Otros levantamientos indígenas de importancia durante el Porfiriato, fueron las rebeliones mayas en la Península de Yucatán, la de los mayos en Sonora y la de los tomochitecos en Chihuahua. A pesar de que cada una de estas rebeliones tiene sus propios matices y particularidades que las hacen únicas, existen ciertas características que son comunes a todas ellas. Estas son: el despojo de las tierras de los indios en beneficio de los caciques de la región y las industrias extranjeras, las tierras de los mayas fueron arrebatadas por las haciendas henequeneras, las tierras de los mayos fueron aprovechadas por las haciendas próximas a los márgenes del río Mayo y se despojó a los temochitecos con el fin de favorecer a la *Chihuahua Mining Company*.¹⁷⁹

¹⁷⁷ Mancisidor, José. *Historia de la Revolución Mexicana*, PROCULMEX, México, 1992, pp. 67-76.

¹⁷⁸ Lira, Miguel N. *La escondida*, E.D.I.A.P.S.A., México, 1948, p. 34.

¹⁷⁹ Mancisidor, José. *Historia de la Revolución...*, *Óp. Cit.*, pp. 74-80.

Las acciones empleadas en contra de los rebeldes, ya fueran campesinos, obreros o indios, lejos tranquilizar a la oligarquía porfiriana y calmar los principales focos de rebeldía que surgían alrededor del país, contribuyeron a enardecer el ánimo de los disidentes, pues la represión, se tomó como un gesto de debilidad y desesperación de la agónica dictadura. Por supuesto, los hacendados que vivían en persona los brotes de inconformidad y descontento por parte de las masas explotadas comenzaron a tener miedo. Un ejemplo de este miedo que comienza a invadir a los hacendados ante las noticias de las primeras revueltas y los primeros alzados lo largo del país, aparece retratado en *La rebelión de los colgados* de B. Traven:

Debo decirles que he recibido cartas con noticias poco alagüeñas. Los diarios que llegan permanecen mudos nada dicen porque sólo pueden publicar lo que el viejo cacique quiere. Es no sólo el amo del país, también manda en los periódicos y en los libros. Pero las cartas son menos prudentes y ellas dan bastante en qué pensar. Además, en los periódicos mismos se puede leer entre líneas. Aquí dice que han cogido a tres maestros y los han mandado a Veracruz o a Yucatán. Allá se sabe de otros dos maestros metidos a un cuartel de quienes nada ha vuelto a saberse. O bien, se trata de todos los hombres de algún pueblito de Morelos a quienes los rurales del viejo se llevaron sólo Dios sabe a dónde y que después se hallaron a más de veinte colgados en el camino. Si sabe de trenes descarrilados y de bombas que han hecho explosión en la Jefatura de policía de Puebla. En Monterrey cogieron un coche cargado de volantes incitado a la rebelión. El cochero, quien tal vez era inocente, fue fusilado allí mismo. Esas son las últimas noticias. No se necesita ser un gran profeta para decir que todo está a punto de reventar. Si el trono del viejo vacila y se hunde, la República entera arderá. Y como durante largos años las gentes no han aprendido a pensar, porque pensar está prohibido, las cosas arderán hasta que todos nos hayamos consumido.¹⁸⁰

De acuerdo con la historiadora Leticia Reina: “Los primeros años del Porfiriato fueron de intensa lucha en el campo. Los levantamientos agrarios se multiplicaron por todo el país y configuraron una época de extensas luchas campesinas regionales. Varios excombatientes tuxtepecanos se sublevaron y encabezaron las luchas campesinas de los estados de México, Puebla y Tlaxcala. Entre 1876 y 1886, los levantamientos se extendieron desde estos lugares hacia Hidalgo, Querétaro, Guanajuato y San Luis Potosí. También hubo alzamientos en el norte de Veracruz. En el sur, los hubo en Morelos y Guerrero, que a su vez se conectaron, por un lado, con los acaecidos en Michoacán y, por el otro, con los de Oaxaca, para seguir hacia el

¹⁸⁰ Traven, B. *La rebelión de los colgados...*, Óp. Cit. p. 146.

sur de Veracruz. Además, en el extremo norte se suscitaron problemas por tierras en Zacatecas, Durango, Coahuila y Chihuahua.”¹⁸¹

Otras rebeliones campesinas de importancia fueron las de Acayucan en 1906 encabezada por Hilario C. Salas y apoyada por los grupos indígenas locales debido al despojo de sus tierras y las de Viesca, las Palomas y la de Vacas impulsadas por el Partido Liberal en 1908.¹⁸²

Una de las consecuencias de estos primeros levantamientos, cuando se dio el caso de que triunfaran, fue que se trastocara la vida algunas de las haciendas ocupadas y saqueadas por los rebeldes. Francisco Rojas González en su novela *La negra Angustias*, narra por ejemplo cómo fue el fin del estilo de vida holgado de los administradores y sus familias:

...fue imposible para el buen hombre sobrevivir a la destrucción de su obra: aquel trapiche que alzóse en la medianía de Morelos, al conjuro de su energía y con el aliento de la peonada cobriza y andrajosa... Veinte años de esfuerzo del buen administrador para sostener en Europa la vanidad de los "niños" del patrón y el boato principesco de éste en la Ciudad de México. Veinte años que se volatilizaron todos de una vez la mañanita en que la tea zapatista prendió fuego al caserón que encerraba riquezas y lamentos; jugo de caña y zumo de hombre; fragancias de melado y hediondez de sudores.¹⁸³

Por otra parte, no todos los sectores de la población verían a los alzados con buenos ojos; ya que la costumbre de saquear haciendas y arrasar poblados, hizo que incluso las clases bajas vieran con cautela a los rebeldes que se supone habrían de libertarlos. En *El resplandor* de Mauricio Magdaleno por ejemplo, el autor habla sobre como la incipiente Revolución cambió la vida de algunas comunidades indígenas y de cómo sus habitantes tuvieron que cuidarse también de los despojos de que eran víctimas por parte de los primeros alzados.

...la revolución, que había estallado meses antes, subvirtió la normalidad de la región, y de quienes hubo que defenderse fue de los alzados, cuyas partidas merodeaban al grito de viva Fulano o viva Mengano, y muchas veces sin más programa que robo.¹⁸⁴

¹⁸¹ Reina Aoyama, Leticia. *Las luchas armadas de los pueblos indios en la conformación del Estado Nacional Mexicano. Siglo XX*, En: Rojo Leyva, Víctor Manuel, Reyes Utrera, José Luis (Recop.), et al, *Participación indígena en los procesos de Independencia y Revolución Mexicana*, Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, México, 2011, p. 18.

¹⁸² Mancisidor, José. *Historia de la Revolución...*, *Óp. Cit.*, pp. 80-84.

¹⁸³ Rojas González, Francisco. *La negra Angustias*, Fondo de Cultura Económica, México, 2012, p. 127.

¹⁸⁴ Magdaleno, Mauricio. *El resplandor*, LECTORUM, México, 2010, p. 35.

Estos casos ayudan a ejemplificar las muestras de descontento generalizadas en las clases bajas ante las pésimas condiciones de vida que se dieron durante el Porfiriato. Los levantamientos en las fábricas, las minas, el campo y los cuarteles durante el Porfiriato, sólo constituirían el primer acto en la obra que estaba a punto de desarrollarse y cuya trama, sería por lo demás sangrienta y de muchos contrastes.

3.2 Madero y el maderismo. Algunas opiniones sobre “El Chaparrito y sus secuaces”.

Uno de los primeros antecedentes de la Revolución Mexicana se daría en 1901 con la celebración del Congreso Liberal, convocado por el Club Liberal Ponciano Arriaga, cuyos miembros, a pesar de ser perseguidos por las autoridades, serían los principales impulsores de los movimientos armados de 1906 y 1908. Entre ellos se encontraban: Ricardo Flores Magón, Juan Sarabia, Librado Rivera, Antonio Díaz Soto y Gama y Humberto Macías Valadez. Este congreso tendría como bandera el programa acordado por la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, en cuyo manifiesto a la Nación dado a conocer por sus organizadores, se plantearía lo siguiente:

"El partido liberal lucha contra el despotismo reinante en nuestra patria, y seguro como está de triunfar al fin sobre la dictadura, considera que ya es tiempo de declarar solemnemente ante el pueblo mexicano cuáles son, concretamente, los anhelos que se propone realizar cuando logre tener la influencia que se pretende en la orientación de los destinos nacionales".¹⁸⁵

En su programa, el Partido Liberal se propuso apoyar a los trabajadores estableciendo jornadas de trabajo de ocho horas, elevar los estándares de vida de las clases trabajadoras, reglamentar los servicios domésticos y el trabajo a domicilio; garantizar el tiempo máximo de trabajo y el salario mínimo. Evitar el trabajo a personas menores de catorce años y obligar a los patrones a crear condiciones higiénicas de vida para sus trabajadores. Establecer indemnizaciones por accidentes de trabajo y evitar que los patrones pagaran en otra forma que no fuera con dinero en efectivo; suprimir las tiendas de raya y prohibir las multas a los trabajadores, así como los descuentos a su jornal; o bien que le fuera retardado el pago de éste por más de una semana, o

¹⁸⁵ Programa del Partido Liberal Mexicano y Manifiesto a la Nación, En: <http://www.ordenjuridico.gob.mx/Constitucion/CH6.pdf>

que se le negara el pago inmediato de lo devengado al que se separara de su trabajo. Además, se obligaría a las empresas a utilizar una mayoría de mexicanos como empleados y a no diferenciar en el pago de sueldos, a los extranjeros de los nacionales. Por otra parte, se proponía también: “La protección a la raza indígena que, educada y dignificada, podrá contribuir poderosamente al fortalecimiento de nuestra nacionalidad, es un punto de necesidad indiscutible.”¹⁸⁶

La importancia de este programa, además de contener los primeros intentos por mejorar la vida de los trabajadores, radica en que fue el primer esfuerzo coordinado de algunos grupos de oposición en su lucha en contra del gobierno de Díaz. No obstante, es importante señalar que este programa no buscaba resolver todos los problemas de la clase baja mexicana. Ya que los problemas concernientes a la población indígena apenas eran tocados por él. Además, mostraba una clara actitud xenófoba hacia la inmigración china.

Otros esfuerzos se darían más adelante, aunque no causarían el mismo impacto o tendrían la resonancia que alcanzó el llevado a cabo por el Partido Liberal, al menos, no hasta 1908 en que aparecería publicado el libro *La sucesión presidencial en 1910* por Francisco I. Madero. A partir de ese año, comenzarían también a surgir diferentes partidos políticos encaminados a obtener la presidencia en la elección de 1910, luego de que Porfirio Díaz declarara a la revista norteamericana *Person's Magazine*, que tenía la firme intención de separarse del poder al expirar su periodo. Según él, ya había llegado el día en que México estaba preparado para escoger a su gobernante sin peligros. Entre los partidos que surgieron a raíz de esto, se encontraban el Partido Democrático que postulaba al general Bernardo Reyes y el Partido Antirreeleccionista que encabezaba el propio Francisco I. Madero.

Acaudalado empresario de noreste del país, Francisco I. Madero formaba parte de una de las doce familias más ricas de México. El apellido de su familia, estaban vinculados a las más grandes empresas del norte de la República, las cuales iban desde haciendas de algodón y guayule, hasta minas, laminadoras, destilerías, molinos de harina y fábricas textiles. Su educación aunque en un principio religiosa, se diversificó conforme fue creciendo y realizó estudios de agricultura en Maryland y Berkeley y de peritaje mercantil en París. Fue así que con una visión de administrador respaldada por el éxito de los negocios familiares, se propuso

¹⁸⁶ Ídem.

analizar la situación del país y proponer un cambio paulatino en su libro *La sucesión presidencial en 1910*. De acuerdo con el historiador Santiago Portilla: “La esencia del proyecto de Madero era, mediante la organización política de la sociedad, el restablecimiento del estado de derecho, cuya ruptura era su principal reclamo a la dictadura.”¹⁸⁷

No obstante, el libro es apenas un somero estudio de las condiciones políticas de México en el cual los temas sociales y económicos apenas si parecen enunciarse, pues la defensa apasionada de la democracia como único camino para solucionar los males del país, ocupa la mayor parte de las reflexiones del autor. Además, Madero se cuida mucho de no atacar directamente la figura de Díaz y por el contrario, realiza varias loas a su gestión respetando la investidura del presidente. El principal objetivo que persigue el libro es lograr la formación de un gran partido político que guíe a México en su transición hacia la democracia. Para lograrlo, Madero junto con algunos correligionarios promoverían, en varias giras realizadas por todo el país, la formación de clubes antirreeleccionistas que más tarde serían la base sobre la que se impulsaría su campaña presidencial en 1910.¹⁸⁸

Las giras de Madero se realizaron no sin ciertos sobresaltos, mismos que en su mayoría eran ocasionados por los esbirros del régimen que comenzaban a ver a Madero como una figura más amenazante para sus intereses que la del propio general Reyes. El incremento de la represión a sus seguidores, llevó a Madero a enviar una carta al general Díaz, en la cual daba cuenta de estos actos y pedía al dictador las garantías para una competencia leal y justa. Aunque los principales bastiones del maderismo se encontraban en el noreste del país, la mayor represión y los boicots en contra de los actos encabezados por su partido se darían principalmente en la zona centro.¹⁸⁹

Para junio de 1910, de acuerdo con Santiago Portilla, aún con los encarcelamientos y persecuciones desatados en todo el país desde meses antes, se había integrado, por primera vez, una fuerza nacional para competir en las urnas con el régimen. En estas condiciones, la

¹⁸⁷ Portilla, Santiago. *Derecho y revolución en la actividad política de Francisco I. Madero*, En: Hernández Chávez, Alicia (Coord.). *Cincuenta años de historia en México en el cincuentenario del Centro de Estudios Históricos* *Cincuenta años de historia en México en el cincuentenario del Centro de Estudios Históricos*, El Colegio de México, 1991, pp. 425-426.

¹⁸⁸ Para más detalles de los planteamientos de Madero véase la edición facsimilar de su libro “*La sucesión presidencial en 1910*” en: <http://www.bicentenario.gob.mx/SucesionPresidencial/>

¹⁸⁹ Silva Herzog, Jesús. *Breve historia de la Revolución Mexicana. Los antecedentes y la etapa maderista*, Fondo de Cultura Económica, México, 1990, pp. 75, 144-150.

represión y el fraude antes y durante las elecciones hicieron más evidente la ruptura del estado de derecho. Los porfiristas cerraron toda posibilidad de reivindicación electoral.¹⁹⁰

El programa político presentado por la convención anti-reeleccionista que postuló como candidato a la presidencia Madero establecía, entre otras cosas, los siguientes puntos:

- I. Restablecer el imperio de la Constitución, así como la independencia de los poderes de la Federación y la responsabilidad de los funcionarios públicos.
- II. Llevar a cabo el principio de la NO-REELECCION del Presidente y del Vicepresidente de la República.
- III. Procurar la reforma de la Ley Electoral con el fin de alcanzar la efectividad del Sufragio.
- IV. Hacer efectiva la libertad de prensa.
- V. Mejorar y fomentar la Instrucción Pública quitando las trabas a la libertad de Enseñanza.
- VI. Mejorar la condición material, intelectual y moral del obrero, creando escuelas-talleres, procurando la expedición de leyes sobre pensiones o indemnizaciones por accidentes del trabajo y combatiendo el alcoholismo y el juego. Igual solicitud se tendrá respecto de la raza indígena en general, especialmente de los indios Mayas y Yaquis, repatriando a los deportados y fundando Colonias agrícolas en los terrenos nacionales a los que puedan adquirirse con tal objeto.¹⁹¹

Estos son sólo algunos de los puntos planteados por el Partido Antirreeleccionista, los cuales, tanto Díaz como la oligarquía nacional de la época, verían como amenaza a sus privilegios, pues se proponía también el establecimiento de leyes que favorecieran la creación y subsistencia de la pequeña propiedad agraria. Debido a esto y usando un artilugio legal poco convincente, el 6 de junio de 1910 Madero sería detenido en Monterrey y hecho prisionero en San Luis Potosí bajo el argumento de que en esa ciudad Madero había lanzado injurias al Presidente y divulgado un discurso de carácter subversivo en contra de su gobierno. Estando en San Luis, Madero sabría de las elecciones primarias del 26 de junio y las del 10 de julio, en las cuales resultarían triunfantes Porfirio Díaz y Ramón Corral.

¹⁹⁰ Portilla, Santiago. *Derecho y revolución...*, *Óp. Cit.*, p. 427.

¹⁹¹ Para leer el programa completo véase:

http://www.biblioteca.tv/artman2/publish/1910_215/Programa_pol_tico_aprobado_en_la_Convencio_n_del_Gr_1466.shtml

Después de conocer estos resultados y aunque permanecía libre bajo fianza en San Luis Potosí, con la prohibición de abandonar la ciudad, la madrugada del 6 de octubre disfrazado de jornalero, lograría huir en ferrocarril hacia la frontera norte para refugiarse en San Antonio, Texas, en donde lo aguardaban varios de sus partidarios, entre los que estaban Aquiles Serdán, Juan Sánchez Azcona y Miguel Albores. Cuando llegó a San Antonio, Madero llevaba consigo algunas notas relativas al documento que convocaría a tomar las armas contra la dictadura a todos los mexicanos y que había preparado durante su estancia en San Luis Potosí.¹⁹²

Con el firme propósito de extender sus ideas, Madero invitó a Roque Estrada y a Federico González Garza, quienes quedaron al frente del Comité Ejecutivo del Partido Antireeleccionista y exigieron la anulación de las elecciones de 1910. Enrique Bordes Mangel y Juan Sánchez Azcona, revisaron, corrigieron y dieron forma definitiva al documento preparado por Madero, en el cual definía su actitud revolucionaria y convocaba al pueblo a derrocar, por medio de las armas, al gobierno de Porfirio Díaz. Tal documento sería conocido como el *Plan de San Luis* y con él se abriría formalmente el telón de la Revolución Mexicana.¹⁹³

Si bien el *Plan de San Luis* llamaba a los mexicanos a levantarse en armas en contra del régimen en la tarde del 20 de noviembre de 1910, los alzamientos previos, fueron abundantes. El movimiento de Madero y sus seguidores vendría a dar un nuevo rostro y a aumentar el empuje de los opositores a Díaz. Estos renovados brotes de rebeldía no pasarían inadvertidos, pues las noticias de ellos se extenderían rápidamente por todo el país. Uno de los autores que describió en su obra cómo comenzaba a darse la preocupación por el maderismo entre los dueños de las haciendas fue B. Traven, quien lo señala de la siguiente forma:

...dejemos que la atmósfera se aclare en todo el país. Hasta será posible que el chiquito Madero entre en razón. Es un enano que apenas alcanza al borde de una mesa. Pero es quizá por eso mismo que ha tenido éxito encendiendo el fuego en el asiento del sillón del viejo, que está a punto de saltar y caer con el trasero chamuscado. [...] ya ha estado en la cárcel durante seis meses, y, naturalmente, el enano ha ganado así, de un golpe, centenas de partidarios y adoradores. Ha sido necesario que el viejo lo mande soltar, porque sin ello sus amigos habrían forzado las puertas, regando petróleo y prendiendo el fuego, que pronto cundiría por todos lados.¹⁹⁴

¹⁹² Silva Herzog, Jesús. *Breve historia de la Revolución...*, ÓP. Cit., pp. 147-154.

¹⁹³ Una copia del *Plan de San Luis* digitalizado puede leerse en:
<http://www.bibliotecas.tv/zapata/1910/plan7.html>

¹⁹⁴ Traven, B. *La rebelión de los colgados, Selector*, México, 2012, p. 148.

Dos días antes de que estallase la revolución según lo establecido por el *Plan de San Luis*, en Puebla se darían los primeros disparos en casa de Aquiles Serdán, luego de que las autoridades buscaran catear su casa. Tanto este hecho, como la opinión de la oligarquía militar porfiriana sobre la rebelión maderista, aparecen representados en la novela *La escondida* de Miguel N. Lira, cuando un oficial llega a darle las últimas noticias a un general sobre la rebelión de los hermanos Serdán. Ante esto, el general aprovecha para manifestar sus temores sobre la situación que se cierne sobre el país, y culpa a Madero y sus seguidores por la sedición que se manifiesta en cada rincón de la República:

Ya se han hecho varias apariciones y cateos, pero mucho me temo, mi general, que con esto se encienda la mecha.

Sí, lo mismo que él temía: ¡que se prendiera la mecha! ¿Y todo por qué? Porque unos cuantos necios y por añadidura bandidos descamisados, trataban de destruir el orden, la paz y seguridad públicas establecidas durante treinta años por Porfirio Díaz, anteponiendo a la tradición gloriosa del caudillo la endeble y oscura de Francisco I. Madero.

—Ahora van a saber esos robavacas quién soy yo —gritó colérico—. Conmigo no va a jugar ninguno. El que se me ponga enfrente, lo cuelgo.¹⁹⁵

Nótese que según la opinión del general, los treinta años del gobierno de Díaz estuvieron marcados por la paz y la seguridad, y que las diferencias que existen entre las figuras de Madero y Díaz son contrastantes. Esta opinión del personaje de la novela de Lira, no es aislada, y aparece representada en otros textos donde se le da voz a los sectores acomodados de la población porfiriana. Por ejemplo, en *El resplandor* de Mauricio Magdaleno aparece un argumento similar, aunque esta vez expresado por un comerciante dueño de una antigua tienda de raya, quien al ver la situación del país, rápidamente se apresura a dar su opinión sobre la revolución que inició Madero, la cual, a su modo de ver, sólo acarreó males, y acabó con la prosperidad que “las clases trabajadoras” gozaban durante la dictadura.

— ¡Qué le vamos a hacer don Anselmo! ¿No dicen que la revolución es la revolución? Aguantarse y cabestrear. —Suspiró profundamente, con los ojos en blanco—. ¡Ay tiempo de la gloriosa dictadura, en que los hombres honrados se ganaban el dinero sin sobresaltos y había paz y tranquilidad! ¡Desde que el chaparrito Madero —Dios le haya perdonado al pobre el mal que nos ha hecho— se levantó prometiendo lo que no iba cumplir, esto no es vida, señor don Anselmo! Entonces daba gusto ver a los pueblos más miserables el día de raya. Aquí venían a dejar cuanto tenían, los que lo dejaban, porque la

¹⁹⁵ Lira, Miguel N. *La escondida*, E.D.I.A.P.S.A., México, 1948, p. 56.

mayoría ya lo había empeñado. Eran semanas en que vendía yo, nada más de refino y mezcal, hasta seiscientos pesos. ¡Ahora da tristeza hablar de negocios!¹⁹⁶

Como se puede ver, las opiniones sobre Madero, su movimiento y sus partidarios son las mismas cuando aparecen representadas por estos sectores de la población. Sin embargo, con el triunfo de la revolución maderista y el arribo al poder de este personaje, las opiniones que sobre él se vertían por parte de los sobrevivientes de la antigua elite gobernante habrían de modificarse y adecuarse a los nuevos tiempos políticos. Un ejemplo de esto, aparece representado también en la novela *El resplandor* de Mauricio Magdaleno, en la cual, una vez que triunfa el movimiento Maderista, sus antiguos detractores, miembros del antiguo régimen, se apresuran a adherirse a su causa y brindan por ella ante la indignación de los viejos hacendados comprometidos con el Porfiriato.

Cuando llegaron las fiestas de Año Nuevo, el presidente municipal de Actopan, servil y vil como todos los logreros de la política, se las echó de maderista y brindo:

–Por don Francisco I. Madero, señores, y por la revolución.

Todos agacharon las cabezas, menos don Gonzalo.¹⁹⁷

Estos ejemplos demuestran, la importancia que revistió el movimiento encabezado por Francisco I. Madero y el estremecimiento que causaron sus consecuencias entre ciertos sectores de la población que, o se verían afectados por el mismo, o se adherirían a su lucha para intentar llevar a cabo una revolución en México.

3.3 Causas de la participación indígena.

Como ya se ha mencionado, la situación general que prevalecía entre los grupos indígenas a finales del siglo XIX y durante las dos primeras décadas del siglo XX, era de explotación laboral, sojuzgamiento, discriminación, despojo y olvido por parte de las autoridades.

Miguel León Portilla indica que, al estallar la Revolución en 1910, como había ocurrido un siglo antes con la insurgencia, grandes contingentes de indios participaron en ella. Y aunque

¹⁹⁶ Magdaleno, Mauricio. *El resplandor*, LECTORUM, México, 2010, p. 55

¹⁹⁷ Ídem. p. 84.

muchos serían reclutados por la leva, gran parte de la población indígena participante lo haría motivada por el apremio de sus comunidades que buscaban la restitución de sus tierras.¹⁹⁸

Varios autores¹⁹⁹ coinciden con León Portilla al afirmar que la mayoría de los levantamientos indígenas durante la Revolución Mexicana tuvieron un origen agrario. Sin embargo Silva-Herzog añade también que entre los factores de su levantamiento se encontraban ciertas causas de índole económico como: el incremento en los precios del maíz y el frijol, el alza a otros productos de primera necesidad y la falta de poder adquisitivo derivada de la baja en el salario real, producto de las devaluaciones constantes de la moneda. En esto, Silva-Herzog coincide con Friedrich Katz.²⁰⁰

Estas causas que llevaron al levantamiento de la población indígena, así como algunas otras que pueden considerarse si se toman en cuenta sus condiciones de vida durante el Porfiriato, pueden corroborarse al analizar la narrativa de la Revolución. En la novela *La escondida* de Miguel N. Lira por ejemplo, un médico partidario de la causa revolucionaria, trata de explicar a otro cuáles son los motivos principales por los que la población se está levantando en contra de la dictadura y del sistema de explotación que ha impuesto y ayudado a perpetuar:

...no es nada más el nombre o la persona de Madero lo que mueve a la gente a la rebelión. Son las tiendas de raya, los jornales de miseria, el enriquecimiento de unos cuantos y el hambre de los demás. Es la imposición de los gobernantes y la burla que se hace de la voluntad del pueblo para elegirlos. Es la dictadura del grupo de "científicos" que está absorbiendo y dilapidando los recursos nacionales y causando la bancarrota de nuestra patria. Son los desmanes de los favoritos y la impiedad para el indio. Son muchas cosas, doctor, que están latentes en las conciencias de todos y que ahora van a surgir para cortarlas de un golpe y para siempre.²⁰¹

Además de estos factores "generales" de participación enunciados por varios historiadores y ejemplificados por el narrador en esta novela, existen algunos otros que aparecen al analizar otras obras que integran la narrativa de la Revolución. Estos factores pueden dividirse en tres

¹⁹⁸ León-Portilla, Miguel. *Independencia, Reforma, Revolución, ¿y los indios qué?*, UNAM-CONACULTA, México, 2011. p. 84.

¹⁹⁹ Carlos Montemayor en: *Los pueblos indios de México*, 2010; Alan Knight en: *La Revolución Mexicana. Del Porfiriato al nuevo régimen constitucional*, 2010; John Womack Jr en: *Zapata y la Revolución Mexicana*, 1979 y Jesús Silva-Herzog en: *Breve historia de la Revolución Mexicana. Los antecedentes y la etapa maderista*, 1990.

²⁰⁰ Katz, Friedrich y Lomnitz Claudio. *El Porfiriato y la Revolución en la historia de México*, Ediciones Era, México, 2011, pp. 20-21, 39-40.

²⁰¹ Lira, Miguel N. *La escondida*, E.D.I.A.P.S.A., México, 1948, p. 71.

categorías que permiten explicar mejor las motivaciones que encierran. Estos son: la mejora económica o la búsqueda de satisfacción de condiciones básicas o placeres efímeros ante la perspectiva del saqueo; la lucha de clases impulsada por la venganza y el rencor a las clases altas por los años de dominación y el abuso en su contra; y finalmente, un factor que podríamos denominar “romántico”, que encierra las utopías de una sociedad más justa e igualitaria y que regularmente es planteado por los ideólogos de la Revolución, quienes incitan a los indios a levantarse en armas y por medio de ellas defender sus propios intereses.

El primero de estos factores, es decir: la expectativa de una mejora económica por medio del saqueo y la esperanza de aliviar, al menos de manera efímera, su precaria situación, aparece representada en *El resplandor* de Mauricio Magdaleno, en la cual el autor, en forma de narrador extradiegético, plantea las causas que impulsaron la libre participación de los otomíes en el proceso revolucionario:

En la ferocidad del otomí había un mundo de injusticia que estallaba. Hambre de los cuerpos, sed de las armas. [...] las indiadas, descuajadas y famélicas, corrieron a la sierra a las órdenes del primero que llegaba a ofrecerles un botín. ¡Al menos en la pelea existe la perspectiva del saqueo, de comer y beber hasta hartarse, y luego reventar, cosida a balazos la barriga, pero ya bien repleta! [...] un hombre que andaba levantado en armas y que les ofreció buenas tierras y el dinero del gobierno para rendir cosechas que les salvaran del hambre, y muchos de San Andrés y San Felipe le siguieron. Hablaba de vegas feraces como paraísos para la hora del triunfo, y de mucho maíz –cargas y más cargas de maíz– y de mucho frijol para el pobre, de un gobierno justo y de la tranquilidad para todos. Los reunió en la plaza, trepado sobre una piedra del camino real, y les dijo: – Yo les traigo de comer, indios amolados. Los que no tengan miedo la muerte, que me sigan.

¡Miedo a la muerte! El otomí sólo le teme a la vida, aunque no lo sepa y siga la ley de la bestia y la piedra: vivir, a pesar de todo. Manadas famélicas marcharon tras las corvas de su caballo y se hartaron en los saqueos de Actopan, de Ixmiquilpan y de Zimapan. Los más no volvieron, porque los del gobierno eran muchos y tiraban duro y tupido con ametralladoras y los envolvían en un cerco de fuego.²⁰²

El segundo factor: la lucha de clases manifestada por la acumulación de odio y rencor causados por los malos tratos recibidos en contra de los indios, también aparece relatada por un autor en forma de narrador omnisciente. Esta vez, es B. Traven quien utiliza este recurso para hablar de las causas que motivaron la incorporación libre de los indios de las monterías chiapanecas a las filas de la Revolución Mexicana:

²⁰² Magdaleno, Mauricio. *El resplandor*, LECTORUM, México, 2010, pp. 35-36,38

Tanto habían sufrido, tanto habían soportado, tanto era el rencor y el odio acumulado en sus corazones, que la lucha, cualquiera que fuera su resultado, les parecía el único reconfortante moral posible. Para ellos era inconcebible la idea de salir vencidos. O ganaban o perdían la vida, era su única alternativa. Su vida había sido tan miserable, tan vacía, que caer con la satisfacción de haberse rebelado les parecía mil veces preferible a refugiarse en la selva huyendo del enemigo.²⁰³

El tercer factor: la sublimación romántica de la lucha, podría considerarse como una causa externa ya que regularmente vendría de la mano de algunos “ideólogos” o pequeños líderes de movimientos locales que impulsarían el levantamiento indígena, esgrimiendo ideales como la igualdad y la posibilidad de alcanzar y dar a otros la libertad que nunca habían tenido. Por supuesto dentro de las promesas que se hacían a los indios para motivar su participación en la contienda, se encontraban la posibilidad de obtener venganza en contra de sus opresores y algo que nunca quedaría fuera de sus motivaciones, el reparto agrario. Un ejemplo de lo anterior puede verse en la novela de Traven *La rebelión de los colgados*; en la que un maestro rural indígena, explica a los suyos cuáles son las causas por las que se han levantado y porque deben de llevar la revolución hasta sus últimas consecuencias.

Es necesario que levantemos a todos los muchachos que sufren en las monterías, que vayamos a las fincas y acabemos con los finqueros y los mayordomos y después con los rurales y los federales. Es necesario que todos los peones sean libres. Todos, absolutamente todos, ¿comprenden? Es necesario que todos tengan su pedazo de tierra y que todos lo cultiven en paz y que lo que la tierra les rinda sea para ellos, sólo para ellos. Eso es, ¡tierra y libertad! La tierra que les pertenece, porque sin tierra no hay libertad ni para ustedes ni para nadie más, y si no comenzamos por desembarazarnos de finqueros, mayordomos, capataces, rurales, federales, jefes políticos y presidentes municipales, nunca tendremos libertad. Ya los verán, cuando nos vean cerca, arrastrarse y suplicar pero para ellos guerra sin cuartel. Si no los exterminamos, pronto volverán a echarnos las cadenas y esta vez las habrán forjado más pesadas que las que ahora llevamos. Es necesario acabar con el enemigo, acabar con todos los que pueden convertirse en enemigos. Si tienen piedad de ellos, se traicionarán así mismos, traicionarán a sus mujeres, a sus hermanas, a sus padres, a sus hijos, hasta aquellos que aún no ha nacido. [...] ¡Si quieren hacer la revolución háganla hasta el fin, si no, ella se revolverá contra ustedes y los despedazará! [...] Vivir más tiempo con nuestra vergüenza es un crimen contra la nación. Ahora tú eres soldado, yo soy soldado, soldados de la revolución. Aquí no hay ni jefes ni oficiales, todos somos soldados.²⁰⁴

Todos y cada uno de los ejemplos anteriores, refuerzan y ejemplifican lo dicho por los historiadores sobre las principales causas que motivaron la libre participación de los indios en la Revolución Mexicana. Como se ha visto en cada uno de ellos, los motivos son los mismos

²⁰³ Traven, B. *La rebelión de los colgados*, Selector, México, 2012, p. 269.

²⁰⁴ Ídem. pp. 216-217.

aunque se trate de distintos grupos étnicos. “Tierra y Libertad”, pelear contra el hambre y la ignorancia o alcanzar la muerte en el intento, parecen ser la única manera de mitigar una vida llena de sufrimientos para los indios. Así también lo demuestra Francisco Rojas González en un diálogo de su novela *La negra Angustias*:

"Tierra y libertá dijimos al prencepio, y si ahoy no alcanzamos las dos cosas, nos conformamos con la tierra, más que sea en ese potrero de secano que se llama el camposanto... ¡Por vi'Dios!" [...]

–La tierra se gana a tiros; pero con muchos tiros. ¡Vamos al monte! Lo mesmo es peliar contra éste que contra aquél o contra los dos juntos... que con l'hambre, el frío y la inorancia.²⁰⁵

A pesar de estos ejemplos, es menester señalar que la participación de los indios durante el proceso revolucionario no siempre se daría de manera libre y consensuada, ya que existía un sistema mediante el cual se les forzaría a tomar las armas. Este sistema fue el de *la leva*, que consistía en el reclutamiento obligado de la población para servir en el ejército. De acuerdo con Marta Portal, durante el Porfiriato la leva se encargaría de vaciar los ranchos y convertir a los indios en tropa dispuesta a morir por la dictadura.²⁰⁶ Años más tarde esta práctica se seguiría empleando y se vería incluso incrementada durante el régimen de Victoriano Huerta. De acuerdo con Alan Knight, a mediados del verano de 1913 los encargados del reclutamiento comenzarían a peinar la sierra de Puebla y a forzar a los indios a ingresar al ejército.²⁰⁷ Ese mismo año señala Knight, Huerta la aplicó indiscriminada y desvergonzadamente la leva, misma que llegó a alcanzar proporciones nunca antes vistas y lo mismo uso a vagabundos, rebeldes prisioneros, presos comunes, presos políticos, ladrones y como último recurso a peones inocentes y “pelados” como carne de cañón.²⁰⁸

Algunas de las consecuencias de emplear indiscriminadamente este tipo de método, fueron el abandono del campo y la desintegración familiar de aquellos que tenían la desgracia de caer en manos de la leva. Mauricio Magdaleno en su novela *El resplandor*, da un ejemplo sobre las consecuencias de este sistema de reclutamiento forzado y la lucha que se daba entre facciones por llevar a los indios a engrosar sus filas:

²⁰⁵ Rojas González, Francisco. *La negra Angustias*, Fondo de Cultura Económica, México, 2012, p. 139.

²⁰⁶ Portal, Marta. *Proceso narrativo de la Revolución Mexicana*, ESPASA-CALPE, Madrid, 1980, p. 169.

²⁰⁷ Knight, Alan. *La Revolución Mexicana. Del Porfiriato al nuevo régimen constitucional*. Fondo de Cultura Económica, México, 2010. p. 733.

²⁰⁸ Ídem. p. 762.

Las órdenes del centro –"mano dura y tupir el monte de colgados"– en ninguna parte fueron acogidas con una adhesión más íntegra que en "La Brisa". El propio hacendado armó a trescientos indios y se dedicó a perseguir forajidos. La leva vaciaba a los ranchos y pesaba la revolución. Las indiadas eran rápidamente convertidas para tropa, y las covachas se quedaban temblando de odio y de amargura, y el hambre crecía porque nadie barbechaba las sementeras. En Actopan, en Ixmiquilpan, en todos los pueblos grandes, se fusilaba por las noches a un chorro de paisanos que anunciaba la revolución. Los caudillos de montonera pasaban a tres leguas de la finca, incitando a las mesnadas.

– ¡Vámonos al monte, muchos! ¡De que el amo los mate de hambre a que mueran peleando contra el mal gobierno, es preferible morir peleando!

Algunos le seguían. La mayoría les oía y ni decía que sí ni que no; pero no se hacían el ánimo de abandonar su jacal, la vieja y los escuintles. Decían que eran carrancistas, otros villistas y otros más zapatistas y pelaecistas, y en tamaña confusión los otomíes no sabían a qué santo encomendarse y evadían las exhortaciones de los rebeldes.²⁰⁹

No obstante estos ejemplos, y aun a pesar de las distintas opiniones vertidas hasta aquí sobre las motivaciones de los indios para integrarse de manera libre o forzada a la lucha armada, Leticia Reina considera que durante la Revolución, las demandas y motivaciones de los distintos grupos indígenas para tomar las armas quedaron subsumidas y ensombrecidas en el contexto del enfrentamiento de todas las fuerzas sociales del país.²¹⁰ Es por esto que resulta importante señalar y entender cuáles fueron las causas que llevaron a los indios a participar en la lucha y constituir una de las fuerzas más numerosas dentro de los diferentes grupos en pugna. Ya que no puede olvidarse que, aun a pesar de la minimización de su participación en este proceso histórico, los indios constituyeron, de acuerdo con León Portilla, una muy numerosa parte de las tropas en los diferentes ejércitos y facciones.²¹¹

3.4 Ejércitos y Facciones.

La participación de contingentes indígenas durante la etapa armada de la Revolución fue muy numerosa y su incorporación al campo de batalla no se limitó a un bando en específico. Las causas de su intervención en la guerra fueron diversas y no siempre se darían de manera libre y consensuada. Esto significaría que muchos de los indios que tomaron las armas, no tuvieron la libertad de elegir el ejército o la facción de su preferencia.

²⁰⁹ Magdaleno, Mauricio. *El resplandor*, LECTORUM, México, 2010, p. 85.

²¹⁰ Reina, Leticia. *Indio, campesino y nación en el siglo XX mexicano*, Siglo XXI, México, 2011. p. 52.

²¹¹ León-Portilla, Miguel. *Independencia, Reforma, Revolución, ¿y los indios qué?*, UNAM-CONACULTA, México, 2011. p. 84.

Los distintos ejércitos o facciones que entrarían en pugna durante la Revolución, también serían numerosos, ya que una facción diferente nacía cada que algún personaje decidía levantarse en armas y desaparecía cuando su contingente era disuelto, derrotado, o bien, se unía a otra facción más grande. No obstante, existen algunos ejércitos que dada su relevancia en el desarrollo de la Revolución y la numerosa incorporación de población indígena que tuvieron, cobran más relevancia para esta investigación. Esto por supuesto no quiere decir que el resto de los ejércitos o facciones sean irrelevantes o que hayan carecido de indios en sus filas; simplemente, se mencionan algunos de los que aparecen más representados por la narrativa y la historiografía de la Revolución.

❖ *El Ejército Federal.*

De acuerdo a los datos presentados por Fernando Moreno en su libro: *Los Ejércitos de la Revolución Mexicana 1910-1920*, en 1910 el Ejército Federal contaba con alrededor de 30 000 elementos. Los uniformes de campaña color caqui más cómodos y menos visibles en el vasto territorio mexicano, vinieron a sustituir los viejos uniformes azules del siglo XIX. Además, como parte de las políticas de renovación del ejército implementadas por Díaz y sus seguidores, desde 1901 comenzó a efectuarse de la mano del general Bernardo Reyes, el “Programa de oficiales de reserva” o “Segunda reserva”, el cual consistía en proporcionar entrenamiento militar de medio tiempo a jóvenes civiles con un curso que incluía manejo de armas y acondicionamiento físico. Este programa sería adoptado con entusiasmo por diversos estados del país y se buscó incluso la creación de un plan de educación suplementaria a través del cual un grupo de maestros civiles se encargaría de proporcionar educación básica a los soldados analfabetas.²¹²

En cuanto a su sistema logístico, el Ejército Federal dependió en gran medida de la red ferroviaria recientemente extendida para su movilidad. Esta movilidad incrementaría a su vez la capacidad de reacción de las tropas para el sofocamiento de los numerosos levantamientos armados que se dieron durante el periodo. Aunque este mismo sistema, posteriormente favorecería a las fuerzas revolucionarias y sería un blanco preferido de sus ataques.

²¹² Moreno Villa, Fernando Ignacio. *Los Ejércitos de la Revolución Mexicana 1910-1920*, Senado de la Republica, México, 2004. pp. 25-26.

Para consolidar su régimen y mantener la paz y el orden, Porfirio Díaz limpió al ejército federal de caudillos populares y dividió el poder entre jefes políticos obedientes. La represión a los disidentes políticos se daría de manera brutal, con la implementación de medidas como “la ley fuga” y la deportación a tierras agrestes para realizar trabajos forzados. Uno de los principales cuerpos militares encargados de llevar a cabo los actos represivos y de control en contra de la sociedad civil, sería el “Cuerpo de Rurales” (militares vestidos de charros), creado en tiempos de Benito Juárez para defender los caminos.

De acuerdo con Moreno, durante el mandato de Díaz el ejército nacional viviría uno de los mejores momentos de su historia en cuanto a su equipamiento y organización estructural y moral se refiere. Aunque esto, sería un arma de doble filo para Díaz, ya que le haría creer, erróneamente, que el ejército lo sostendría eternamente y no fue así. En opinión de Moreno, a pesar de los esfuerzos hechos por el dictador, en el ejército siempre estuvieron presentes dos grandes debilidades: el sistema de reclutamiento y la promoción de oficiales. En su mayoría, las tropas de línea se reclutaban mediante el sistema de la leva por tres años de servicio obligatorio. El resultado obvio de una práctica semejante, era una constante desertión. En cuanto a la promoción, la mayoría de los soldados que ascendían y alcanzaban altos rangos, lo hacían mediante exámenes académicos o debido a recomendaciones personales, en lugar de seguir una carrera militar que les permitiera distinguirse en batalla y ascender mediante sus méritos en acción. Así mismo, la falta de planes de estudio actualizados y la nula presencia de estrategias y asesores militares extranjeros, daban a estos oficiales como única experiencia en batalla, aquella que venía de las constantes luchas en contra los indios y del sofocamiento de motines y huelgas.²¹³

Estas causas contribuirían más tarde a fraguar las diferentes derrotas que sufriría el Ejército Federal a manos de las distintas facciones revolucionarias.

❖ *Las tropas maderistas.*

Después de su derrota electoral y de haber lanzado el *Plan de San Luis*, Francisco I. Madero, de acuerdo con Pedro Salmerón, creía que su llamado a las armas tendría una respuesta masiva y espectacular. Pensaba que más que una guerra civil, una especie de huelga armada derribaría en

²¹³ Ídem. pp. 28-29.

pocos días la dictadura, pero estos planes fallaron por completo: el 20 de noviembre apenas una ciudad de mediana importancia, Gómez Palacio, Durango, cayó en manos de los maderistas, que fueron inmediatamente desalojados y dispersados, y sólo remotas poblaciones en diversos estados del país fueron controlados por grupos de hombres que se pronunciaron contra el gobierno.²¹⁴

Las primeras tropas que apoyaron a Madero estuvieron conformadas por grupos campesinos, entre los cuales también había indios, motivados a luchar por sus alianzas con personalidades locales pertenecientes a la clase media. De acuerdo con Santiago Portilla: “las tropas rebeldes no se formaron con quienes habían votado en 1910, sino con grupos de campesinos, rancheros, mineros y peones ferrocarrileros sin ocupación.”²¹⁵ Además, Pedro Salmerón menciona que: “Los trabajadores permanentes de las haciendas no participaron significativamente en la lucha armada a pesar de que el jefe de la revolución, Francisco I. Madero, era un prominente hacendado que, como ocurrió en otras regiones del país, pudo haber armado a sus peones conduciéndolos a la revuelta. Ni él lo hizo en 1910, ni sus parientes y clientes en los años por venir.”²¹⁶

El liderazgo de los primeros grupos que participaron en la rebelión maderista, era obtenido por el respeto que se tenía hacia ciertos individuos o por la valentía mostrada en batalla. Y en tanto que la mayoría de los rebeldes eran voluntarios, se haría innecesario un sistema de reclutamiento formal. De esta forma puede afirmarse que las primeras fuerzas rebeldes carecieron de organización militar y de uniformidad en el equipo. Siendo su principal problema logístico, el suministro de municiones y alimentos.

La mayoría de los suministros necesitados por las tropas venían de la cooperación de algunos partidarios que iban desde escasos industriales, hasta campesinos que compartían lo poco que tenían con los rebeldes. A pesar de esto, los alzados se permitían en numerosas ocasiones las confiscaciones y los préstamos forzosos. Por lo que, al igual que a las tropas federales, en algunos casos se les veía con recelo y hasta miedo.

²¹⁴ Salmerón, Pedro. *La División del Norte. Los hombres, las razones y la historia de un ejército del pueblo*, Editorial Planeta, México, 2006, p. 216.

²¹⁵ Portilla, Santiago. *Derecho y revolución...*, *Óp. Cit.*, p. 427.

²¹⁶ Salmerón, Pedro. *La División del Norte...*, *Óp. Cit.*, p. 179.

La mayor parte de su armamento, según indica Fernando Moreno, constituía en una variedad que iba desde fusiles obsoletos de retrocarga, hasta el famoso modelo *winchester* 1894 mejor conocido como “30-30”, que más tarde se popularizaría entre las fuerzas rebeldes. Y aunque básicamente en estos primeros momentos de revuelta, cada uno de los participantes se armaba y vestía como se lo permitían sus condiciones, un elemento que los distinguía era una banda tricolor que la mayoría utilizaba en los sombreros o en el saco.²¹⁷ Esto fue representado de una manera muy clara por Rafael F. Muñoz en su novela *Se llevaron el cañón para Bachimba*; en ella, el autor realiza una descripción precisa de los primeros rebeldes que se alzaron, la cual apoya lo dicho por Moreno, y coincide con lo señalado por algunos historiadores como Friedrich Katz y Pedro Salmerón, sólo por mencionar algunos.

Con nuestros soldados, vestidos unos de azul desteñido en mezclilla, otros de amarillo sucio de kaki, los más, de trapos color indefinible, provistos de armas diferentes, unas largas otras cortas viejas carabinas “Winchester” amarradas con alambre en la culata rajada, rifles “Máuser” desechados por el ejército, raspados como la suela de zapato. Había que darles órdenes a gritos, porque no entendían los toques de corneta y podían equivocarse en lo que debían hacer. Por último, si todos eran hábiles en el tiro de fusil, no había nadie que supiera manejar una ametralladora.²¹⁸

El que al principio de la contienda cada una de las personas que participaron en ella se procurara sus propios medios para pelear, significó una dificultad para recibir nuevos reclutas. Ya que como indica Pedro Salmerón, hubo jornaleros eventuales que se incorporaron a la rebelión cuando ésta ya había iniciado: “...pues a diferencia de los campesinos y otros sectores de la pequeña burguesía rural, ni estaban armados ni tenían la posibilidad real de armarse por su cuenta.”²¹⁹

Al hablar de las estrategias de batalla empleadas en un primer momento por las tropas maderistas, Friedrich Katz refiere que éstas constituían en actos sigilosos encaminados a “volar” puentes, destruir vías ferroviarias y líneas de telégrafo y teléfono, preferentemente durante la noche a fin de evitar los tiroteos. Esto tenía como fin evitar enfrentamientos innecesarios y afectar las comunicaciones y movilidad de las tropas federales. A causa de ello, las fuerzas federales tendrían enormes dificultades para enfrentar el método de ataque de guerrillas que empleaban los revolucionarios. Esto nos permite ver que si bien al principio las

²¹⁷ Moreno Villa, Fernando Ignacio. *Los Ejércitos de la Revolución Mexicana 1910-1920*, Senado de la Republica, México, 2004, pp. 34-35.

²¹⁸ Muñoz, F. Rafael. *Se llevaron el cañón para Bachimba*, Ediciones Era, México, 2007, p. 115.

²¹⁹ Salmerón, Pedro. *La División del Norte...*, *Óp. Cit.*, p. 180

tropas maderistas eran una conjunción variopinta de guerrillas, con el tiempo y las victorias se convirtieron una fuerza de combate bien disciplinada.²²⁰

Después de algunos meses de guerra y de la reunión de las fuerzas revolucionarias que incluyeron a algunos voluntarios extranjeros, el Ejército Maderista llegó a ser de varios miles de reclutas, aunque su desorganización y la falta de entrenamiento táctico, haría que sus primeras batallas fueran un desastre y perdieran muchos hombres. Sin embargo, con el pasar del tiempo y las batallas, los rebeldes lograron aprender de sus errores y conseguir varias victorias definitivas, como la de Ciudad Juárez, misma que propiciaría los primeros acercamientos para entablar los diálogos de paz entre las fuerzas opositoras, y que a la postre, ocasionarían la renuncia de Porfirio Díaz y la disolución de su gabinete como uno de los requisitos para alcanzar la paz.

❖ *El Ejército Libertador del Sur.*

El surgimiento del Ejército Libertador del Sur, se daría como resultado del ancestral problema agrario en la región centro-sur del país; concretamente, en el estado de Morelos. A causa de este conflicto entre hacendados, autoridades y campesinos locales, una vez estallada la rebelión maderista en 1910, los campesinos e indígenas del estado de Morelos bajo el mando del mestizo Emiliano Zapata –entre otros caudillos locales– rápidamente se unirían a las filas revolucionarias. No obstante, después del triunfo maderista, el Ejército Libertador del Sur aún se mantendría con las armas en ristre por una década más, ante el incumplimiento de las promesas de reparto agrario y la indiferencia a sus problemas por parte del otrora caudillo de la Revolución.

Al respecto del desarrollo de la Revolución y del movimiento zapatista, John Womack refiere que en un principio:

“Los campesinos de Morelos fueron casi los únicos del país que se sumaron deliberadamente a ella. En unos cuantos meses los directores de la rebelión llegaron al poder. Pero fueron tan poco considerados con las tradiciones locales como lo habían sido los hombres a quienes sustituían, y los avances de la libre empresa prosiguieron. Amenazados y desconcertados, los campesinos de Morelos se rebelaron de nuevo. Vinieron entonces cerca de once años de guerra, durante los cuales los pequeños

²²⁰ Katz, Friedrich. *Pancho Villa*, Ediciones Era, México, 2010.

agricultores y jornaleros se convirtieron en guerrilleros y terroristas, soportaron sitios y sabotearon, además de resistir pasivamente a la pacificación. Tenían varios dirigentes, pero el más destacado era un hombre llamado Emiliano Zapata.”²²¹

El Ejército Libertador del Sur estaba compuesto en su mayoría, por indígenas, campesinos, arrieros y gente de los pueblos que, en general, tenía menos experiencia en el manejo de armas de fuego que la del resto de los revolucionarios pertenecientes a otras facciones. En un principio, su organización inició como una federación de pequeños grupos regionales independientes entre sí, que combatían sin mucha coordinación entre ellos, debido a disputas internas entre sus dirigentes.²²² Esto puede verse reflejado en la novela de Francisco Rojas, *La negra Angustias*; cuando el autor describe cómo se da la conformación del Ejército Libertador del Sur, al reunirse varias facciones surianas en la ciudad de Cuautla, Morelos. En este pasaje, el autor describe también cuáles eran las motivaciones de los revolucionarios y sus caudillos y cómo por estas eran capaces de olvidar incluso las disputas y los absurdos piques personales que regularmente eran ocasionados por celos y mezquindades. Como un ejemplo de estos piques, señala el conflicto existente entre Ambrosio Figueroa y Emiliano Zapata:

Cinco mil revolucionarios irrumpieron en la pequeña ciudad. Allí juntáronse los grupitos que habían merodeado aisladamente durante medio año, para integrar entre todos un núcleo respetable en número y pavoroso en la acción de la venganza colectiva. Todos y cada uno de aquellos hombres llevaban dentro de sí un yacimiento de inquietudes y una idea embrionaria de la justicia pura. Esa y no otra era la ideología que ilustraba la masa.

En cuanto al mecanismo capaz de cristalizar aquellos caros ideales, todo giraba en torno a la violencia: destruir lo construido en muchos años con el esfuerzo de los más para el provecho de los menos... Después se pensarían erigir sobre el yermo ceniciento el nuevo edificio de la redención. ¿Planes? ¿Preceptos? ¿Leyes? No sabían ni querían saber nada de eso. Ellos descargaron el hachazo contra el tronco del árbol que les quitaba la luz del sol; su tarea estaba concluida. De lo otro: de imponer el orden al desorden, de encauzar el torrente, de orientar fructíferamente el esfuerzo común, ya se encargaban, según habían oído decir, la maestra Lola Jiménez y Muro y el joven Gildardo Magaña.

Surianos de todas las regiones de Guerrero y de Morelos se hallaban reunidos en Cuautla: costeños pintos con las más exóticas coloraciones de vitíligo; indios tlapanecos altaneros, cazurros y orgullosos de su linaje; negros de la Costa Chica, parlanchines y traviesos; mestizos de la sierra, tan serenos y temerarios en la pelea como sombríos y trágicos en la paz; criollos alegres, valentones y descarados; mulatos impulsivos y majaderos...; todo el mosaico étnico que componía la erguida población rural mexicana

²²¹ Womack, John. *Zapata y la Revolución Mexicana*, Siglo XXI, México, 1979, p. XI.

²²² Ávila Espinosa, Felipe Arturo. *La vida campesina durante La Revolución: El caso Zapatista*, En: Gonzalbo Aizpuru, Pilar y Reyes, Aurelio de los (Coord.). *Historia de la vida cotidiana en México*, Tomo V, Siglo XX. Campo y ciudad, Volumen 1, FCE-COLMEX, México, 2012, p. 58.

de aquellos días, moviéndose en un estrecho territorio, soberana de la anarquía, apenas escuchaba la voz de sus jefes, muchos de los cuales se hallaban enemistados entre sí por celos y mezquindades ajenos a la gigantesca responsabilidad que cargaban sobre sus hombros.

Sin embargo, a los hombres de todas las facciones los unía un común denominador: "la bola"; por ella fingían ignorar el absurdo "pique" entre Ambrosio Figueroa y Emiliano Zapata; en obsequio de ella hacían no comprender el rencor si éste no iba contra el enemigo común: los latifundistas y los "pelones", cuya extinción total y necesaria la encargaban al odio secular y a la inquilina emponzoñada de las viejas humillaciones.²²³

En cuanto a su indumentaria y equipo, los campesinos e indígenas vueltos guerrilleros, vestían regularmente su atuendo de trabajo diario; camisa y pantalón blanco, con un amplio sombrero en el que destacaba como elemento característico, una estampa religiosa con la imagen del santo de la devoción de aquel individuo que la portase.²²⁴ Fue por esta causa que las huestes zapatistas serían mayoritariamente identificadas como campesinas e indígenas. En el cuento *Leña verde* de Mauricio Magdaleno por ejemplo, el autor trata de englobar la descripción general de los soldados Zapatistas de la siguiente forma:

“...Los Zapatistas eran gleba de manta trigueña y guaraches como Maclovio y sus hijos.”²²⁵

En la novela *La escondida* de Miguel N. Lira por contraparte, aparece una descripción más detallada, aunque en cierto modo, también más idealizada de los indígenas que conforman una tropa zapatista que hace su arribo a un pueblo ante el asombro del resto de los ciudadanos:

Llegaban sudorosos y jadeantes, amenazadores y torvos. Eran hombres de piel bruñida por el sol, de manos ásperas y pies rajados por los riscos. Algunos estaban envueltos en cobijas, otros semidesnudos y los más a caballo, pero todos con la carabina empuñada y cubierta la cintura y el pecho con carrilleras repletas de balas.

Al sonido de los teponaxtles, que marcaban ahora un ritmo fuertemente acentuado, todas las voces de los hombres se volvieron gritos arrolladores, imprecaciones e insolencias. Como si con esa música monocorde se les hubiera sobreexcitado el frenesí primitivo de su raza, por tanto tiempo enterrado con sus templos y sus dioses bárbaros.²²⁶

²²³ Rojas González, Francisco. *La negra Angustias*, Fondo de Cultura Económica, México, 2012, pp. 118-119.

²²⁴ Ávila Espinosa, Felipe Arturo. *La vida campesina durante La Revolución: El caso Zapatista*, En: Gonzalbo Aizpuru, Pilar y Reyes, Aurelio de los (Coord.). *Historia de la vida cotidiana en México*, Tomo V, Siglo XX. Campo y ciudad, Volumen 1, FCE-COLMEX, México, 2012, p. 79.

²²⁵ Leal, Luis. *Cuentos de la Revolución*, UNAM, México, 2010, p. 135.

²²⁶ Lira, Miguel N. *La escondida*, E.D.I.A.P.S.A., México, 1948, pp. 72-73.

Al analizar los medios con que contaban las fuerzas zapatistas durante los primeros momentos de su levantamiento, el historiador John Womack refiere que para sus finanzas, el ejército dependía de las contribuciones locales, de unos cuantos empréstitos forzosos y de la esporádica filantropía de políticos interesados de la capital. Mientras que sus armas y municiones, provenían únicamente de las tomadas al ejército federal y a la policía y de las que a veces les conseguían los contrabandistas de armas de la Ciudad de México.²²⁷

De acuerdo con el historiador de los ejércitos revolucionarios Fernando Moreno, las armas utilizadas por los zapatistas eran desde antiguos mosquetes, hasta rifles de percusión e incluso algunas más modernas. Esta diversidad y la escasez de armas y municiones fueron constantes que inclinarían el desarrollo de sus primeras acciones bélicas en favor del Ejército Federal. No obstante, los zapatistas compensaron las deficiencias logísticas y de equipo con una increíble bravura y determinación. Estos factores harían que más tarde la ofensiva zapatista se inclinara por seguir un modelo de guerra de guerrillas, dividiendo sus fuerzas en pequeños grupos independientes que hostigaban constantemente los puestos federales, las vías del ferrocarril, las líneas del telégrafo y algunos pueblos donde se guarecían u obtenían provisiones los federales. El Ejército Libertador del Sur contaba con más de 5 000 hombres, parte de ellos habilitados como caballería que eran reforzados por piezas de artillería, algunas veces de fabricación casera. Al ser considerados parte del pueblo, las tropas zapatistas recibieron mucho apoyo por parte de algunas comunidades que los protegían o les suministraban provisiones en su paso por ellas. A este respecto indica Moreno que:

“Las bandas zapatistas o “gavillas” recibieron gran ayuda de la gente, como alimentos, armas, municiones y caballos. Sin este apoyo, hubiera sido imposible para Zapata continuar con la rebelión, pues sus fuerzas se encontraban bastante alejadas de la frontera con los Estados Unidos, siendo éste último, el principal proveedor de los revolucionarios en el norte, y además porque el acceso a los puertos de Veracruz y Acapulco estaba controlado por los federales.”²²⁸

Lo anterior, puede respaldarse en el cuento *Teponaxtle* de Mauricio Magdaleno, en el cual el autor, habla sobre el apoyo de la gente a las huestes zapatistas, cuando un ex integrante del Ejército Libertador del Sur, narra su experiencia dentro del zapatismo y sus andares en la Revolución:

²²⁷ Womack, John. *Zapata y la Revolución Mexicana*, Siglo XXI, México, 1979, p. 128.

²²⁸ Moreno Villa, Fernando Ignacio. *Los Ejércitos de la Revolución Mexicana 1910-1920*, Senado de la Republica, México, 2004. p. 43.

Verdad que los zapatistas no tuvimos que cuidarnos nunca, en los diez años que duró la campaña, del suelo que pisábamos y en el cual todos eran amigos y partidarios abiertamente declarados o disimulados, pero siempre eficaces. [...] Nuestros únicos enemigos eran los ricos, mexicanos y españoles, de las haciendas y los trapiches, y esos habían huido a las ciudades en cuanto se levantó por toda la extensión abajeña el alud de los campesinos sublevados.²²⁹

Por otra parte, el que Madero haya entrado triunfante a la Ciudad de México y que Díaz haya dejado la presidencia y partido al exilio, no fue razón suficiente para apaciguar a los campesinos, que vieron burlados sus intereses y rotas las promesas de reparto agrario. Por tal motivo, una semana después del primer aniversario de la Revolución, Emiliano Zapata ayudado por el maestro rural Otilio Montaña, proclamaría el *Plan de Ayala*. Este plan buscaba dar un sentido político al movimiento, proporcionando una propuesta de solución al problema agrario y se rehusaba a reconocer el liderazgo de Madero.²³⁰

No obstante, aun después del derrocamiento y muerte de Madero, las hostilidades entre zapatistas, federales y otras facciones revolucionarias no cesarían. Incluso, durante el gobierno de Huerta se implementarían acciones en contra de los campesinos por parte de los federales, tales como la quema de las siembras, la matanza de ganado y ejecuciones tumultuarias de todo aquel sospechoso de ayudar a los rebeldes. De esta forma, el nuevo gobierno buscaba sofocar la rebelión eliminando sus fuentes de abastecimiento y el apoyo que los zapatistas tenían de los pueblos. Sin embargo, estas acciones no darían resultado, pues el campesino de día se volvía guerrillero de noche y el hostigamiento de la huestes zapatista seguiría hasta 1914 en que se ordenaría la disolución del Ejército Federal. Aunque esto, no significó la paz para los indígenas y campesinos que nuevamente habrían de retomar las armas, aunque esta vez, en contra de otras fuerzas revolucionarias.

El 13 de agosto de 1914 mientras la revolución se erguía triunfante sobre los restos del antiguo régimen, la victoria se empañaba por las diferencias personales y de proyecto que dividían a los vencedores. La más evidente era la que separaba al Ejército Constitucionalista del Ejército Libertador del Sur. Según Pedro Salmerón: “El movimiento suriano nunca había aceptado la preeminencia del Ejército Constitucionalista en la revolución, ni el liderazgo de su

²²⁹ Magdaleno, Mauricio. *Cuentos completos*, LECTORUM, México, 2003. p. 151.

²³⁰ Una copia del *Plan de Ayala* digitalizado puede leerse en:
<http://www.ordenjuridico.gob.mx/Constitucion/CH8.pdf>

Primer Jefe, y ahora, destruido el antiguo régimen, los zapatistas veían frente a sus posiciones militares un nuevo enemigo.»²³¹

Un ejemplo de las causas que motivaron la lucha del Ejército Libertador del Sur, así como de las acciones que tomaron los peones y campesinos una vez levantados en armas, aparece representado en la novela de Francisco Rojas González, *La negra Angustias*. En ella, dos arrieros que hablan sobre la Revolución, identifican a ésta como la revolución de los pobres y a Emiliano Zapata, como el héroe que la encabeza. Es importante señalar que ya para entonces las acciones emprendidas por Emiliano Zapata comienzan a tornarse míticas y su figura empieza a ser deificada.

Ya no hay garantías "allá abajo"; los hombres se han alzado, los pueblos están solos y los caminos llenos de gente bronca y alebrestada. Gente sumisa y buena ayer, que ahora incendia, mata y roba fría y tranquilamente, como si no hubiera hecho otra cosa en su vida.

– ¡Es la revolución compadre don Melitón!...

–Sí, es la revolución de los pobres. La más sangrienta y la más cruel... Pero también la más justa. La peonada corajuda dejó los cañaverales, el tiro oscuro de las minas y los infernales ingenios azucareros y han aventado a la cara de los mayordomos y de los capataces el puñado de centavos con que se les pagaban muchos cuartillos de sudor... ¡Arden las fábricas, la sementeras, los patrones huyen y los probes, encorajinados, ya no respetan ni a Dios ni al gobierno!

–Esto lo hicieron la palabra de Torres Burgos, la decisión de Tepepa y los tamaños de Emiliano el de Anenecuilco...

– ¿Emiliano el de Anenecuilco?

–Sí, compadre, el hijo de doña Cleofás Salazar y del difunto don Gabriel Zapata.

– ¡Emiliano Zapata!

–El mismo, compadre. A ese hombre lo siguen los probes como a un dios porque a su sombra despierta el descontento de los de abajo y nace el miedo de los encumbrados. Aún grito de él, la rebelión ha nacido en el sur de México y hoy día no hay quien la detenga: es ya un torrente que todo lo arrastra y lo destruye... La semana pasada los alzados entraron en Tlaquiltenango y en Jojutla; ahí soltaron a los presos que luego luego se juntaron a la bola; después quemaron los papeles del municipio y limpiaron las tiendas. Todo fue a parar a manos de la peonada de los ingenios, hambrienta y encuerada. Por el rumbo de Jonacatepec, aquí abajito, Amador Salazar trae locos a los campesinos con ese grito que a todos promete y envalorina: "Tierra y Libertad". El

²³¹ Salmerón, Pedro. *Los carrancistas: La historia nunca contada del victorioso Ejército del Noreste*, Editorial Planeta, México, 2010, p. 286.

hambre y el odio de las gentes de Puebla le han dado motivos al Tuerto Morales para alzarse y ganarles muchas peleas a los federales...²³²

Como puede verse en este ejemplo, Rojas González no se limitó sólo a mencionar a Zapata como el único caudillo protagonista de la rebelión en el sur. Más adelante en la misma novela, aparecerán de nuevo otras figuras de importancia dentro de este ejército. Tal es el caso de Gildardo Magaña, quien sucedió en el mando a Zapata tras su muerte, y de Amador Salazar, un primo de Emiliano Zapata que paso de ser un joven vaquero y peón de una hacienda originario de Yautepec, a un destacado general zapatista que pondría en jaque constantemente a las fuerzas federales.²³³ Precisamente, es a las huestes de Amador Salazar, a las que busca adherirse la protagonista de la novela, *La negra Angustias*, creando de paso una nueva facción revolucionaria en su lugar de procedencia. En el ejemplo siguiente se menciona la arenga lanzada al pueblo por la protagonista, quien además promete que todo aquel que la siga, tendrá manos libres para el saqueo y pronto gozarán de todos los “beneficios y oportunidades” que ofrece y otorga la revolución.

...la Angustias se trepó a una silla y habló:

–Todos ustedes saben cómo andan las cosas. Mucha gente pelea porque naiden está agusto con que los ricos –que son más pocos que los probes– estén gozando de la vida, mientras que nosotros andamos –mala la comparación– como los puercos... Los que tienen hijos deben pensar que cuando ellos sean grandes tienen que sufrir lo mismo que nosotros... ¿Y quién que tenga corazón va a permitir eso? Nadie, ¿verdá? Entonces yo los invito a que me sigan. Yo voy a juntarme con Amador Salazar a Jonacatepec... El que me siga tendrá manos libres; por eso todos los que jalen sabrán pronto los beneficios de la revolución. Hay que quitarles a los ricos todo lo que se han robado y devolverlo al pueblo hambriento y encuerado. ¡Que viva Zapata!²³⁴

La victoria final del Ejército Constitucionalista y la presidencia en manos de Carranza significarían el principio del fin para las campañas surianas, mismas que verían su claudicación un año después del asesinato de Zapata cuando su sucesor, el ya mencionado por Rojas González como uno de los principales ideólogos del Ejército Libertador del Sur, Gildardo Magaña, se rindiera ante el gobierno de Adolfo de la Huerta.

❖ *La División del Norte.*

²³² Rojas González, Francisco. *La negra Angustias*, Fondo de Cultura Económica, México, 2012, pp. 73-74.

²³³ Womack, John. *Zapata y la Revolución Mexicana*, Siglo XXI, México, 1979, p. 73.

²³⁴ Ídem. p. 79.

La participación en el movimiento revolucionario por parte de Francisco Villa²³⁵ se remonta, de acuerdo con Fernando Moreno, al momento en que Abraham González, respetado maestro y líder del grupo anti-reeleccionista en Chihuahua, le solicitara unirse al levantamiento armado en contra de Porfirio Díaz apoyando la revuelta maderista. Villa aceptó esta propuesta e iniciaría su campaña con tan solo nueve hombres que, después de su primer combate, se incrementarían hasta alcanzar la cifra de 1000 y, posteriormente, volverían a incrementarse constantemente hasta alcanzar los 80 000 reclutas en los mejores momentos de la División del Norte.²³⁶

Gracias a estos números, Villa pudo conformar un eficiente ejército que contaría incluso con un cuerpo de intendencia compuesto por un selecto grupo de médicos, enfermeras y soldaderas, que proveerían de gran apoyo a la División del Norte para facilitar su movilidad, con pertrechos de asistencia sanitaria y apoyo logístico. No obstante, lo que marcaría la diferencia entre la División del Norte y el resto de los ejércitos revolucionarios, sería su extraordinaria caballería, misma que le daría a Villa en varias ocasiones el éxito en campaña y la fama ante otros generales y ejércitos.

Después de la victoria de Madero, éste le notificaría a Villa sobre el acuerdo mediante el cual, el ejército revolucionario debía ser disuelto. Villa aceptaría esta resolución y no sin cierta sorpresa desarmaría a todos sus hombres. Aunque meses después, durante el desarrollo de los acontecimientos de la Decena Trágica que terminarían con Victoriano Huerta tomando el poder, él sería de los primeros en unirse a la lucha en contra el usurpador, reagrupando de nuevo a sus hombres para reunir la que sería la fuerza más poderosa de la Revolución: la División del Norte.

Fue así que en mayo de 1913, Villa telegrafiaría a Venustiano Carranza para notificarle su adhesión al Ejército Constitucionalista, aunque aclarándole, que participaría de manera independiente de los ejércitos de Álvaro Obregón y de Pablo González. Teniendo esto en mente, formó una brigada que se convertiría en un gran ejército de rancheros, campesinos, mineros, jinetes de frontera, aventureros, yaquis y ex-federales, quienes de acuerdo con Fernando Moreno, fueron atraídos por la fama y carismática personalidad del caudillo.²³⁷

²³⁵ Cuyo verdadero nombre fuera Doroteo Arango.

²³⁶ Moreno Villa, Fernando Ignacio. *Los Ejércitos de la Revolución Mexicana...*, *Óp. Cit.*, pp. 49-50, 53.

²³⁷ Ídem. p. 52.

De acuerdo con Pedro Salmerón, la División del Norte nació el 29 de septiembre de 1913 en la hacienda de la Loma, Durango. En su nacimiento concurrió la experiencia acumulada por los revolucionarios norteros en las anteriores campañas guerrilleras, que se manifestó en su primera campaña formal, misma culminaría con la victoriosa entrada a Chihuahua el 8 de diciembre de 1913. Los primeros caudillos que respaldaron la dirigencia de Villa dentro de la División del Norte, fueron Tomás Urbina, Calixto Contreras, Severino Ceniceros, Orestes Pereyra, José Carrillo, Eugenio Aguirre, Raúl Madero, José Isabel Robles, Benjamín Yurjar y Juan E. García. Todos ellos, dirigentes de diversos grupos rebeldes dispersos por el norte, que rápidamente se unirían a Villa cuando éste los convocó.²³⁸

A pesar de que la mayoría de los integrantes la División del Norte eran voluntarios, Friedrich Katz refiere que hubo una clara excepción a esta regla, pues: “los miembros del ejército federal que eran capturados tenían casi siempre que optar entre morir fusilados o unirse a las fuerzas villistas. La mayoría había sido alistada contra su voluntad, y la libertad relativa, mejor paga y mejores condiciones de vida que ofrecía la División del Norte contrastaban fuertemente con el trato que habían recibido en el ejército federal.”²³⁹

Katz menciona también que gran parte del espíritu, la ideología y la organización del ejército maderista estuvo presente en la División del Norte. Muchos de sus soldados ya habían combatido en 1910-1911 y muchos de sus líderes también lo habían sido entonces. Por lo que sus estrategias de batalla, serían semejantes a las empleadas por las tropas maderistas.²⁴⁰ Su principal estrategia consistía en el ataque nocturno en el que se dificultaba la defensa, se incrementaba la tensión del enemigo y facilitaba la desertión de las unidades federales formadas por levas. Esta táctica era usualmente apoyada por ingeniosas estrategias de distracción y engaño para causar desconcierto en el enemigo.²⁴¹

Después del cisma producido en la convención de Aguascalientes en el cual villistas, carrancistas y zapatistas discutieran acerca de la conformación del nuevo gobierno revolucionario, comenzaría un duro periodo de guerra civil en la que tanto villistas como zapatistas se enfrentarían al Ejército Constitucionalista de Carranza en una más de las luchas intestinas por la toma del poder. Fue así que Villa se convertiría ahora en uno de los paladines

²³⁸ Salmerón, Pedro. *La División del Norte...*, *Óp. Cit.*, p. 12,347.

²³⁹ Katz, Friedrich. *Pancho Villa*, Ediciones Era, México, 2000, p. 340.

²⁴⁰ Ídem. p. 403.

²⁴¹ Moreno Villa, Fernando Ignacio. *Los Ejércitos de la Revolución Mexicana...*, *Óp. Cit.*, pp. 50, 53.

que velaría por el cumplimiento de los acuerdos emanados de esta Convención, una vez que Carranza se retiró de las negociaciones que se estaban llevando a cabo.

De acuerdo con Moreno, las tropas villistas fueron las mejor organizadas, disciplinadas y armadas durante este nuevo conflicto, ya que soldados y oficiales anteriormente federales, complementaron con su entrenamiento y experiencia a este gran ejército de rancheros. Moreno afirma además que: "Contrario al estereotipo, Villa fue un comandante muy estricto. Los saqueos, las violaciones, el asesinato y las borracheras estaban prohibidos, aplicando la pena capital a los hombres que desafiaran estas reglas."²⁴² Aunque esto cambiaría después de los fracasos villistas tras las batallas de Celaya y León, y del ataque a Columbus, pues: "en contraste con su anterior actitud, Villa realizó terribles actos criminales en esta etapa, como el asesinato sistemático de sus viejos enemigos (incluyendo a su anterior amigo y compadre Tomás Urbina) y el pillaje sobre todo pueblo sospechoso de apoyar al gobierno central."²⁴³

Ejemplificando este cambio en la actitud de Villa tras las derrotas de Celaya y León, B. Traven realiza una descripción que ratifica el estereotipo de despiadado de Villa, en uno de los textos que integran su libro de *Canasta de cuentos mexicanos*; concretamente, en el cuento titulado *Corresponsal extranjero*. En él, el autor se sirve de la experiencia vivida por un corresponsal de guerra extranjero, para describir, no sin magnificar ciertos sucesos, los excesos del villismo en la Revolución.

Fue a mediados de 1915, después de la toma de Celaya, cuando yo me encontraba en la industriosa ciudad de Torreón. [...] La barandilla estaba hecha de hierro forjado en un estilo fino y bellamente trabajado. Sobre cada uno de los seis picos de hierro de dicha barandilla estaba ensartada una cabeza humana, acaba de cortar.

–Eso no es nada nuevo, amigo. Si no hubiera nada que ver esta mañana, eso sería una gran novedad. Pero eche una mirada al otro lado de la calle. ¿Qué ve? Sí, un restaurante, y muy cerca de los ventanales, Pancho y sus jefes están desayunando. Panchito, sabe usted, es de muy buen diente, pero no se le abre el apetito si no tiene esta clase de adorno ante sus ojos. Fíjese en ese coronel de bigotes que se ve ahí. Se llama Rodolfo Fierro. Él es quien cuida que el adorno siempre esté listo al momento de sentarse Panchito a desayunar.

– ¿Quiénes son esos pobres diablos ensartados allá arriba? –pregunté.

²⁴² Ídem. p. 55.

²⁴³ Ídem. p. 58.

– Generales y otros oficiales de los bandos opuestos, que tuvieron la mala suerte de perder alguna escaramuza y caer prisioneros. Siempre hay un par de cientos en la lista de espera, así es que Pancho puede estar seguro de su buen apetito todos los días.

–Bueno, pues eso sí que es noticia para enviar a la gente de allá del otro lado del río – contesté–, pero, dígame, noté una cabeza que mi a mi parecer no es la de un nativo, sino más bien como la de un extranjero, un inglés o algo por el estilo.

–No, no es la cabeza de un inglés la que vio –dijo el hotelero con su fuerte acento norteño, al mismo tiempo que se me acercaba tanto que su cara estaba casi pegada a la mía mientras hablaba–. No, no es inglés. No se equivoque usted, amigo. Es la de un cabrón tal por cual corresponsal de un periódico americano. ¿Por qué tiznados tienen estos gringos que meter sus mugrosas narices en nuestros asuntos? Es lo que quiero yo saber. Por lo que yo he visto, ellos tienen en casa bastante cochizada y podredumbre, tanta, que ya mero se ahogan en ella. Pero estos malditos gringos nunca se ven su cola. Siempre andan metiéndose en los líos de otros. ¿Qué tiznados hacen aquí? Si quiere saber, amigo, le diré que bien merecido se lo tiene ese ensartado allá arriba. Que sirva aquí de algo útil; nosotros siquiera los usamos para aperitivos de Pancho. Es para lo que sirven. Sí, señor; esa es mi opinión sincera.²⁴⁴

Otro relato que representa la situación que aconteció a las tropas villistas y al propio Villa luego de los reveses sufridos en Celaya y Sonora, aparece retratado por medio de un diálogo entre dos personajes, en la novela de Rafael F. Muñoz, *¡Vámonos con Pancho Villa!* En dicho pasaje, se hace referencia al exceso de desconfianza surgido en Villa, una vez que le pusieran precio a su cabeza. Además, se mencionan las traiciones y los cambios de bando que sufrió la División del Norte en favor del carrancismo, y la mala reputación que cobraron las huestes villistas una vez que perdieron el favor de la gente.

Yo no creo que nadie en estos rumbos quisiera matarlo. Todos son villistas.

Eran ya no. Cuando la llevaba ganada y todo el que andaba con él tenía dinero, y buenos caballos, y casa en cada ciudad a donde entramos, sí eran villistas. Pero se vino el pleito con Carranza, la derrota en Celaya, la mala suerte de la expedición a Sonora, y ahora todos dicen que es un bandido, y que nosotros nomás andamos robando vacas. Cierto que sí, porque algo hemos de comer, pero no es para que ahora nos echen bala los que antes fueron amigos. Y luego que con los carrancistas hay muchos generales que fueron de nosotros y ahora nos persiguen.²⁴⁵

El fin de la División del Norte vendría de la mano del triunfo del Ejército Constitucionalista. Su debacle principiaría luego de que la actitud negligente de Francisco Villa, le impidiera escuchar las sugerencias de su mejor estratega, el general Felipe Ángeles, al respecto de atacar

²⁴⁴ Traven, B. *Canasta de cuentos mexicanos*, Grupo Editorial Sayrols, México, 1987, pp. 205-208.

²⁴⁵ Muñoz, F. Rafael. *¡Vámonos con Pancho Villa!*, Ediciones Era, México, 2007, p. 139.

el puerto de Veracruz, sede provisional del gobierno de Carranza; y a no interceptar el avance del Ejército Constitucionalista dirigido por Obregón con rumbo al Bajío. Esta última decisión, propiciaría la batalla de Celaya, misma que traería la primera gran derrota a la División del Norte de la mano del General Álvaro Obregón. Esta caída se consumaría días más tarde en la batalla de León. Con estas dos grandes derrotas, la División del Norte quedaría destrozada y nunca se recuperaría de aquel gran descalabro propiciado por Obregón.

Los restos de ese gran ejército escaparon a la tierra que Villa conocía mejor: Chihuahua. Ahí, sufrirían la constante persecución de las fuerzas constitucionalistas que buscaban dar la estocada final a las fuerzas villistas, mientras que ellos regresaban a la guerra de guerrillas en la sierra, llevando a cabo acciones sorpresivas, como ataques a caminos, trenes, guarniciones opositoras y ciudades importantes. De esta forma llegaría el fin de una de las fuerzas más poderosas surgidas durante el desarrollo del conflicto armado de la Revolución Mexicana.

❖ *El Ejército Constitucionalista.*

El Ejército Constitucionalista o Carrancista, fue otra facción revolucionaria que tuvo su origen en el norte del país. La región central donde mantuvo su principal bastión y centro de influencia, de acuerdo con Pedro Salmerón, fue un territorio de indígenas nómadas o seminómadas que fue lenta y superficialmente colonizada. De esa manera se estableció una sociedad de frontera, inestable y violenta, en guerra permanente contra los indígenas nómadas, sobre la base de la riqueza agrícola y ganadera de las llanuras y los oasis del desierto y algunos minerales de plata.²⁴⁶

Siendo su principal dirigente el General Venustiano Carranza, las tropas constitucionalistas eran muy parecidas a las demás fuerzas revolucionarias del norte en cuanto a uniformes, armas y equipo, más no en organización. Ya que mientras que en otros ejércitos la participación de voluntarios fue abundante, el vínculo de los jefes constitucionalistas con las élites rancheras liberales, hizo que se movilizara corporativamente a sus trabajadores. De esta forma sus hombres, regularmente campesinos indígenas seleccionados para alistarse a las huestes carrancistas, eran arrendatarios que seguían a su patrón por obligación, por un salario o

²⁴⁶ Salmerón, Pedro. *Los carrancistas: La historia nunca contada del victorioso Ejército del Noreste*, Editorial Planeta, México, 2010, pp. 24-25.

por promesas.²⁴⁷ No obstante, como refiere Friedrich Katz al hablar sobre la conformación de la mayoría de fuerzas rebeldes norteañas: “Las fuerzas revolucionarias del norte estaban formadas por trabajadores semindustriales, semiagrícolas, por vaqueros y por pastores.”²⁴⁸

Las diferencias básicas entre los distintos ejércitos que se mantuvieron en pugna se debieron a que: mientras que por un lado, el éxito de Zapata se basó en su apego al Plan de Ayala, aunque éste sólo se impulsó en una limitada zona geográfica. Por otro, Villa aceptaría a todo tipo de aliados de diversas ideologías e intereses, pero su fortaleza fundamental radicaría en su liderazgo y carisma personal. En contraparte, el ejército constitucionalista probó ser más consistente en sus objetivos políticos y el resultado fue una estructura más unida y homogénea. Sus alianzas eran más fuertes, confiables y no sólo basadas en caudillismos locales. Las traiciones y la falta de compromiso con la causa fueron menos frecuentes y el presidente Carranza promovió un gobierno y mandó central fuerte, purgando todo vestigio del régimen anterior.²⁴⁹

El ejército constitucionalista repartiría sus principales fuerzas en tres frentes que se dividieron el norte del país para efectuar sus operaciones. En el noreste se encontraban las fuerzas del general Pablo González, el centro fue dejado a la División del Norte de Francisco Villa y el noroeste al ejército de Álvaro Obregón. Sin embargo, después del cisma que representó la Convención de Aguascalientes, las fuerzas constitucionalistas perderían el apoyo del ejército villista, por lo que Carranza tendría que centrar sus esperanzas en las fuerzas de Obregón y González. No obstante, las fuerzas carrancistas, concretamente el ejército de Obregón, se vería reforzado por la adhesión de los obreros urbanos de los "Batallones Rojos" pertenecientes al movimiento activista de la Casa del Obrero Mundial, y de algunos batallones de indios Yaquis.²⁵⁰

Lo anterior nos muestra que, aunque el jefe máximo del ejército constitucionalista era Venustiano Carranza, sus principales estrategias fueron los generales Álvaro Obregón y Pablo González. De estos dos, fue sin duda Álvaro Obregón quien le proporcionará las victorias más importantes en contra de uno de sus principales enemigos: Francisco Villa.

²⁴⁷ Ídem. p. 72.

²⁴⁸ Katz, Friedrich. *La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*, Ediciones Era, México, 1998, p. 54.

²⁴⁹ Moreno Villa, Fernando Ignacio. *Los Ejércitos de la Revolución Mexicana...*, Óp. Cit. pp. 66-67.

²⁵⁰ Ídem. p. 64.

Al realizar un análisis sobre el sistema de mandos del ejército constitucionalista, Pedro Salmerón menciona que casi todos los altos mandos, pertenecían de alguna u otra manera a las élites locales o a los sectores medios del noreste. Eran propietarios de tierras acomodados, con intereses económicos y políticos que iban más allá de la agricultura. En el tercer escalón de mando –el primero era ocupado por Carranza, el segundo por los anteriores–, formado por 106 jefes de regimientos o fuerzas equivalentes, se encontraba un buen número de empresarios agrícolas o hijos de familias importantes y acaudaladas. No hay un solo peón de campo ni un solo pequeño propietario agrícola y, apenas, media docena de trabajadores manuales asalariados, en su mayoría en los talleres del ferrocarril.²⁵¹

Además, Salmerón menciona sobre el nivel educativo de los mandos constitucionalistas que: “...los jefes del Ejército del Noreste tenían una educación formal muy superior a la del resto de los mexicanos. No encontramos ni un solo analfabeta o sin educación formal y aunque de muchos de los jefes no encontramos datos concretos, tenemos datos indirectos que aseguran que al menos terminaron la primaria.”²⁵² Ambos datos contrastan notoriamente con los que presentan otros ejércitos, con respecto al nivel educativo de sus líderes o al estrato social de su procedencia.

Otra diferencia entre los dirigentes de las facciones, fue que Carranza concebía la revolución como una renovación política, como la restauración del orden constitucional que eliminaría el régimen de privilegio, restableciendo el Estado de derecho, es decir, el régimen liberal. Según Salmerón: “Estaba convencido que las revoluciones no se hacen a medias por lo que buscaba la destrucción militar del enemigo, la destrucción de las instituciones políticas del antiguo régimen: tenía bien claro, pues, lo que implica una revolución política.”²⁵³

A finales de 1915 el triunfo constitucionalista era incuestionable; había derrotado al villismo en todos los frentes y arrebatado a los zapatistas la ciudad de México. Además, el gobierno de Carranza fue reconocido por el norteamericano, y dedicaría el resto de ese año y todo el siguiente a consolidar su triunfo y a afinar su proyecto nacional.²⁵⁴

²⁵¹ Salmerón, Pedro. *Los carrancistas...*, *Óp. Cit.*, pp. 199-201.

²⁵² Ídem. p. 201.

²⁵³ Ídem. p. 227.

²⁵⁴ Garcíadiego, Javier. *La Revolución*, En: Escalante Gonzalbalbo, Pablo et al. *Nueva historia mínima de México ilustrada*, El Colegio de México, México, 2008, p. 447.

En 1920, siendo presidente de la República Venustiano Carranza, se desató la campaña electoral por la sucesión presidencial entre Álvaro Obregón, distanciado ya de Carranza pero con fuertes apoyos entre numerosos grupos revolucionarios, e Ignacio Bonillas, un viejo funcionario constitucionalista que gozaba de la confianza del presidente, pero que era desconocido entre los soldados revolucionarios y la opinión pública. Por tal motivo, para que el grupo de Carranza pudiera conservar el mando, necesitó hacer uso de la imposición. La consecuencia directa fue la revuelta de agua prieta. Esta nueva rebelión, aunque breve y prácticamente incruenta, acabaría con la vida de Carranza y con él, terminaría también una etapa de la Revolución Mexicana.²⁵⁵

Lo que ha podido establecerse gracias a esta somera revisión, es que el ejército con mayor participación indígena fue el Libertador del Sur, pues así aparece representado tanto en la narrativa como en la historiografía consultada. Prueba de esto, es el cuento de Rafael F. Muñoz *El perro muerto*. En él, el autor realiza una comparación entre los miembros de distintos ejércitos; específicamente, entre un mestizo perteneciente a una facción norteña y entre un indio perteneciente a las fuerzas surianas.

...uno y otro eran totalmente distintos: desde su aspecto, imponente en el norteño gigantesco, de grandes bigotes rubios y mirada azul acero; un tanto ridículo en el suriano de blancos calzones ajustados a las piernas zambas, sus cuatro pelos erizados como cepillo sobre los boludos labios, y sus ojos, recelosos, nocturnos, de pájaro de sorpresa.²⁵⁶

La comparación establecida por Muñoz, también va encaminada a analizar las diferencias existentes entre los caudillos de ambas facciones. En estos fragmentos, la alusión a La División del Norte y al Ejército Libertador del Sur por parte del autor, es clara.

...En el gran balcón central, los dos caudillos se mostraron ante la multitud entusiasta: Gálvez inclinado hacia adelante, de codos sobre la balastrada, pareciendo querer levantar con su diestra poderosa al pueblo que se movía abajo, como arenas revueltas por un remolino de viento; y Chávez, pequeño, bajo un sombrero de palma adornado con negras calaveras bordadas en el ala arriscada hacia arriba, asomaba apenas su cabeza de indígena sobre los latones relumbrantes y los hierros retorcidos.²⁵⁷

Al analizar las descripciones hechas por Muñoz, se puede percibir fácilmente su afinidad por los grupos norteños. No se puede olvidar que este autor, fue admirador de Francisco Villa, y

²⁵⁵ Ídem. pp. 453-456.

²⁵⁶ Muñoz, F. Rafael. *20 cuentos de la Revolución*, Factoría Ediciones, México, 2010, p. 221.

²⁵⁷ Ídem. p. 222.

que fungió como corresponsal periodístico para los ejércitos del norte. Aun así, sus descripciones nos hablan de manera general, acerca de cómo estaban constituidos los distintos bandos dentro de la Revolución, y en cuál de ellos se dio más la participación indígena.

Por otra parte, es importante señalar también que debido a los estragos que causaron entre la población civil, los distintos ejércitos que se mantuvieron en pugna, éstos no siempre serían bien vistos por el grueso de la ciudadanía. En múltiples ocasiones los diferentes ejércitos, sin importar sus adscripción, arrasaban poblaciones enteras buscando insumos para su subsistencia, o bien por considerarlas parte o simpatizantes de alguna facción enemiga. Muestra de la animadversión que empezaba a surgir entre la población en contra de los diferentes bandos revolucionarios, es un fragmento de la obra de Mauricio Magdaleno, *El resplandor*. En este pasaje, una mestiza externa su opinión sobre las diferentes facciones revolucionarias, y el estado general que guarda el país a causa de la bola, además de las consecuencias que ésta ha traído para los pobres, cuando alguien le pregunta si ha visto pasar a los villistas.

— ¿Cuáles villistas? Por aquí no andan más que gentes de la Federación. ¡El diablo se los lleve a toditos juntos! ¡Nomás le digo que está el país atrasado y perdido! Que salió don Porfirio y que ahora viene Madero... ¡Lo único que sabemos los pobres es que las bolas nos quitan lo poquito que tenemos para comer!²⁵⁸

Esta opinión parece ser retomada y reforzada por el autor, cuando habla sobre los distintos líderes y caudillos que pasaron por la tierra otomí, incitando a los indios a sumarse su causa y los estragos que propiciaron en la misma, luego de saquearla.

Después del tal Martínez, llegó un gigantón barbudo, Roque Pérez, y luego Tiburcio Velasco, gentes todas rapaces que iban recogiendo las sobras del que les antecedió en el saqueo. Don Melquiades Esparza había huido a Pachuca y los ricachones de los pueblos cercanos le siguieron los talones. No quedaron más que los indios sobre la tierra en llamas, los indios y la luz de forajidos y el hambre y la peste. Cuando no quedaba materialmente nada, el último cabecilla juró:

— ¡Maldita sea esta tierra que no da ni para un mal forraje!²⁵⁹

Estos ejemplos nos demuestran que no puede asumirse que todas las personas del país, indios o no, hayan estado de acuerdo o aprobado las consecuencias que traería para ellos la

²⁵⁸ Magdaleno, Mauricio. *El resplandor*, LECTORUM, México, 2010, p. 97.

²⁵⁹ Ídem. pp. 86-87.

Revolución. Ya que de acuerdo a lo que puede leerse en los ejemplos, parece que la Revolución sólo sirvió precisamente, a quienes se sirvieron de ella.

3.4.1. Algunos combates, causas y consecuencias.

Si bien ya han tratado de explicarse las causas que propiciaron el levantamiento de los indios y su incorporación a los distintos ejércitos y facciones durante la Revolución, es importante señalar y ejemplificar también, las causas que empujaron al resto de la población a levantarse en armas. Es por esto que el presente apartado, pretende tratar de describir cómo se dieron los encuentros o levantamientos armados con participación tanto de indios como de otros sectores de la población, las causas que los propiciaron y las consecuencias que trajeron. Ya que entender la participación general de la población durante la lucha armada, nos permitirá a su vez entender mejor el papel que desempeñaron los indios en la misma y como se les representó.

El contexto específico en el que se desarrollaron los múltiples combates pudo ser muy diferente de un caso a otro, aunque existieron ciertas generalidades compartidas entre ellos. En este sentido, Jesús Silva Herzog afirma con respecto a los primeros levantamientos armados y sus dirigentes que: “Al principio los cabecillas revolucionarios, gente desconocida y por consiguiente sin ningún prestigio en el país, se hallaban acompañados solamente de unos cuantos hombres, por lo que el Gobierno creyó fácil acabar con ellos en breve plazo como había ocurrido en casos anteriores; pero en esta ocasión todo iba a desenvolverse de modo distinto, porque se habían creado ya las condiciones sociales favorables al movimiento revolucionario. Los pequeños grupos de Pascual Orozco, José de la Luz Blanco, Francisco Villa y otros, fueron creciendo cada día con excelentes tiradores y buenos jinetes hasta formar guerrillas que solían derrotar a las tropas de línea.”²⁶⁰

El historiador Alan Knight, por su parte, menciona como parte de las causas que propiciaron los primeros grandes combates, los conflictos electorales, la pobreza de indios y campesinos derivada del despojo de sus tierras, los problemas agrarios y las crisis económicas, entre muchos otros factores. Para mencionar un ejemplo de las diferencias específicas en cada

²⁶⁰ Silva Herzog, Jesús. *Breve historia de la Revolución Mexicana...*, Óp. Cit. p. 178.

levantamiento dependiendo de la región y los factores que los propiciaron, Knight refiere los casos de los levantamientos en las distintas Sierras del país, indicando que:

El ritmo y la intensidad de la integración varió de una región a otra. Las presiones ejercidas sobre las comunidades serranas en el norte fueron mayores que en las del sur y, como resultado, el momento y carácter de las respectivas rebeliones fueron distintos. Los serranos del norte se levantaron en armas en 1910-1911; los del sur se sumaron a la Revolución en años subsecuentes, en ocasiones reaccionando en contra de las presiones conservadoras del neoporfirismo (en la sierra de Puebla, en 1913), a veces en contra de las nuevas amenazas revolucionarias (Oaxaca, 1914) y otras tomando ventaja del movimiento revolucionario para validar viejas peticiones y recobrar antiguas libertades (Chiapas, 1912). Sin embargo, a pesar de sus indudables diferencias, estas revueltas revelaron ciertas tendencias comunes.²⁶¹

El caso específico de los levantamientos armados en la Sierra Chiapaneca, está ampliamente documentado, narrado y descrito por B. Traven en las obras que integran su llamado: “Ciclo de la Caoba”. En su novela *La rebelión de los colgados*, Traven describe los levantamientos señalados por Knight, y muestra como los peones de las monterías chiapanecas se vieron influidos por la lucha y las reivindicaciones campesinas del centro del país, tomando para sí el grito de guerra de los campesinos morelenses: ¡Tierra y libertad! Este fragmento muestra también cómo una vez alzados los indios, éstos comienzan a planear sus primeros combates, lo cual, en opinión de uno de sus dirigentes, se suscita ante las posibles reacciones de los hacendados y las autoridades.

Lo mejor sería acabar con todos los que aquí no son camaradas nuestros. Si los dejamos vivos nada cambiará, todo seguirá igual y cualquier día nos volvieron a poner el pie en el pescuezo. Sólo un acto total y bien conducido podrá servir. Un solo hombre nada puede cambiar ni hacer. Debemos obrar juntos y al mismo tiempo. De otro modo todo sería inútil. Yo habría podido salvarme cien veces, solo o con Andrés o Santiago o Fidel, que también son de fiar. Pero nosotros nos hemos dicho y redicho que es necesario acabar con las monterías, destruirlo todo, incendiarlo, exterminar a los patrones y a los capataces; lo demás no vale la pena. [...] Ahora no podemos volver atrás, deberemos seguir siempre adelante. ¡Nos iremos todos! ¿Qué dicen, muchachos?

—Sí, todos —interviene Román.

— ¿Los de las fincas? ¿Y los peones también? —pregunta Paciano, que precisamente proviene de una finca cuyo propietario lo vendió a los Montellano.

—Sí, ¡también los peones de la fincas! —Afirma Martín Trinidad, y como para subrayar su dicho, lanza el que ya es su grito de guerra—: ¡Tierra y libertad!

²⁶¹ Knight, Alan. *La Revolución Mexicana. Del Porfiriato al nuevo régimen constitucional*. Fondo de Cultura Económica, México, 2010. p. 179.

Como una sola voz, todos los muchachos contestan: – ¡Tierra y libertad!²⁶²

En este ejemplo, ya se advierten los deseos de venganza o el miedo a las represalias por parte de los peones cuando uno de ellos dice que: “*Lo mejor sería acabar con todos los que aquí no son camaradas nuestros*”. Esta frase es el antecedente de la violencia que permearía más tarde todos los hechos de armas representados en la novela y una muestra de lo que pasaba realmente en los campos de batalla. Más adelante en el mismo texto, el autor muestra junto a las causas que propiciaron el levantamiento indígena, aquellas que llevarían también a los demás sectores de la población a alzarse en armas. Este ejemplo muestra además de manera un poco exacerbada, lo despiadado que era el comportamiento de los individuos, una vez que se encontraban en el campo de batalla. Para Traven, la causa de aquel salvajismo extremo entre los combatientes no era otra cosa más que el odio acumulado por los años de opresión durante la dictadura. Es por esto que una vez comenzada la bola y terminada la dictadura, el resentimiento acumulado vería un cauce que muy pronto sería desbordado.

Este odio feroz hacia el dictador y sus secuaces no era sentimiento exclusivo de los oprimidos, podía asegurarse que tres cuartas partes del pueblo mexicano lo abrigaba. Era éste el que impulsaba los vientos revolucionarios que soplaban en todo el país. Era él al que debían atribuirse los hechos despiadados, la determinación de los hombres de no pedir y de no conceder gracia. Nadie hacía prisioneros, los vencidos que no podían o no querían huir eran muertos. Sobre los campos de batalla no quedaban heridos. Las mujeres de los revolucionarios, que acompañaban a sus hombres en el combate, recorrían como furias el campo de batalla y con sus cuchillos de cocina ultimaban a los enemigos heridos. La causa de aquel salvajismo, de aquella crueldad era la dictadura y nada más que la dictadura. Ocurría con esta como ocurre con todas: que al romperse los diques, las fuerzas ciegas de la naturaleza arrastran sin piedad cuanto encuentran al paso.²⁶³

Un ejemplo similar, que muestra la violencia de las masas exacerbadas ante sus opresores en los primeros levantamientos, aparece representado en la novela *El resplandor* de Mauricio Magdaleno. Este nos muestra a un grupo de indígenas otomíes que, después de ser obligados a trabajar como peones en la hacienda del gobernador y resistir la explotación, la miseria y soportar el despojo y el engaño por parte de las autoridades, por fin se levantan en contra de los capataces y saquean la hacienda convertidos en una turba iracunda con ansias de venganza.

²⁶² Traven, B. *La rebelión de los colgados*, Selector, México, 2012, pp. 167, 207.

²⁶³ Ídem. pp. 269-279.

Rugieron los rifles y cayeron tres, en una pirueta macabra. Uno de San Felipe había agarrado el alazán por el freno y Rendón se deshacía del tumulto, pretendiendo hacer uso de la pistola. Seguían disparando, a quemarropa. De la chamarra del administrador manaba un manchón de sangre y se abatía sobre la cruz de la bestia. Aún se tendieron muchos brazos y muchos cuchillos refulgieron, ígneos, al rayo del sol. Apenas si el encuentro había sido cosa de cinco minutos. Cuando Llamas, herido en un brazo, consiguió arrancar a la turba enfurecida el cuerpo de Rendón, el administrador estaba dando ya las últimas boqueadas. Lo menos tenía veinte heridas, de los hombros a los muslos, y se desangraba de un modo atroz. Acabó en las piernas de su fiel testafarro, mientras la indiada, en la ebriedad del pillaje, irrumpía adentro y saqueaba trojes y camión, cargado con los bultos del maíz y el frijol. El resto de la tropilla de capataces huyó, en un empavorecido galope, rumbo a Paso de Toros, temiendo que la gleba rematase su ferocidad inmolándolos bárbaramente. En el vano de la puerta, frente al río, quedó tendido el alazán en un pantano de sangre del administrador y de la propia bestia. Salieron los gañanes ululando, con el cereal a cuestras, que se derramó en el patio de la finca, en el camino real, en la carretera, en los atajos, en el lomerío de San Felipe, en las calles polvorosas de órganos. Un grupo, en la troje vieja, se revolcaba en el mar de maíz, pretendiendo adueñarse de todo, hundiéndose hasta las cinturas, llenándose las manos a puños y arrojándolos al cielo, entre risas salvajes de locura. Pululaban en la hacienda los vecindarios en masa, recogiendo canastas de granos, y las mujeres y los chiquillos abalanzábanse sobre las gallinas y sobre los lechones de los chiqueros, sobre las provisiones de boca que un rato antes descargara el camión. Los forajidos que aún redondeaban un botín se pararon, en seco, frente al cadáver del administrador, que Lucas y la vieja tía de Rendón subían al corredor. Entonces se apagaron, de golpe, los gritos, el aullar de las bestias refocilándose en el saqueo, y se deslizaron en silencio, casco afuera, y se dispersaron por los caminos áridos y las lomas. En los jacales se procedía a enterrar el cereal, abriendo hondos hoyos, donde se acomodaban los costales. Del lado de San Juan Nepomuceno vino un repique sobresaltado y de inmediato resonó la campana de la capilla de Paso de Toros. A la borrachera de odio de las indiadas sucedió, sin transición, el pavor. Ya llegaba un piquete de gente armada, con don Melquiades a la cabeza, por el pedregal de la nopalera. El erial exhibió en toda su extensión las huellas del despojo: maíz y frijol regados en los caminos, la gallinada huyendo entre los magueyes y una turba de recentales, escapados de los potreros, trastumbando el lomerío.²⁶⁴

Como puede apreciarse en el ejemplo anterior, una de las consecuencias de las primeras batallas ganadas por los rebeldes fueron los saqueos y la quema de las haciendas, símbolos de su opresión, que se encontraban a su paso o contra las cuales se rebelaban. Otra acción, aún más contundente y simbólica llevada a cabo por los rebeldes, por todo lo que guardaban y encerraban en ellos, fue la quema de libros y documentos que servían como testigos de la explotación ejercida por los patrones hacia el peón en las tiendas de raya. En éstos documentos se guardaban las deudas infinitas y los contratos esclavizantes a los que las masas estaban

²⁶⁴ Magdaleno, Mauricio. *El resplandor*, LECTORUM, México, 2010, p. 260-261.

sujetos. Esto por supuesto, no escapo a la narrativa de Traven, quien contó el hecho de la siguiente forma:

Todos los libros y los inventarios serán quemados, y los contratos también. Se acabaron las cuentas, las deudas y todo. ¡Hemos empezado a limpiar y limpiaremos bien, tú lo verás! ¿No es verdad, muchachos?

– ¡Bastante hemos esperado este momento! –Dijo Santiago apropiándose de una cajetilla de cigarros–. Para lograr nuestra libertad es necesario que lo quememos todo. Y ahora que lo sabes, lárgate; pero lárgate de una buena vez y procura que no te coja yo rondando por aquí, porque te arranco el cuero. [...] debemos quemar todos los libros de cuentas, todos los contratos, todas las listas, todos los papeles en los que se haya apuntado una deuda. Y en cada pueblo que crucemos hasta llegar a Hucutsin iremos quemando el Cabildo y el Registro civil y todo... Muchas revoluciones han estallado y han fracasado sólo porque los papeles no se quemaron debidamente. Podrás matar a todos los finqueros que quieras; pero después, un buen día, sus hijos, sus hijas, sus primos o sus tíos volverán a fregarnos con sus documentos, sus registros y sus libros de cuentas. Cultivarás tu milpa tranquilamente sin acordarte ya de la rebelión y ellos saldrán de sus escondrijos, de sus covachas y vendrán con sus policías, con sus rurales, con sus federales cargando gruesos códigos e interminables papelotes para probarte que tu milpa no es tuya, sino que pertenece a don Aurelio, o a don Cornelio, o a doña Rosalía, o al demonio. Y entonces dirán: "Muchachos, ¡la Revolución ha terminado por fin! Ahora vivimos en orden y en paz, ahora hemos vuelto la civilización. Es preciso respetar todos estos papelotes con sus firmas y sus sellos, porque sin sellos y sin firmas no hay civilización posible." [...] ¿De qué sirven las actas de nacimiento? ¿Tenemos hambre? Bueno, pues eso es suficiente para probar que nos han echado en este mundo. ¿Para qué las actas de matrimonio? Vivimos con la mujer a quien amamos, le hacemos los hijos. Eso es estar casado. ¿Se necesita algún papel para probarlo? Los papeles sólo sirven para que alguien venga a quitarnos las tierras que trabajamos. La tierra pertenece al que la trabaja, y puesto que nosotros la cultivamos ello es prueba más que suficiente de que nos pertenece.

–Tú no te preocupes, Modesta –dice Andrés a la muchacha–. Recoge los vestidos más bonitos y vete a la trastienda a vestirte tranquilamente. No temas nada, todo esto nos pertenece, bastante caro hemos pagado por ello. Mañana lo distribuiremos todo, ¡y sólo Dios sabe cuántas cosas hay que repartir!

[...] para conquistar de una vez por todas la tierra y la libertad debían, en primer término, llevar la revolución hasta el último rincón de la República. [...] Para llegar a esto era necesario matar a los finqueros, a los amos y a sus progenitores y descendientes; saquear sus dominios defendidos como fortalezas y prevenir, en fin, toda posibilidad de una contrarrevolución en cuanto los rebeldes hubiesen depuesto las armas. Lo malo, lo difícil era que las fincas y los dominios se hallaban lejos de la selva y cerca de los pueblos y de las guarniciones. Para conquistarlos era necesario ante todo vencer a los rurales, a los

federales y a todos los defensores del dictador. Y para vencerlos necesitaban primero destruir todo aquello que pudiera servirles de apoyo.²⁶⁵

Las diferencias que existen entre los textos de Traven y Magdaleno, a pesar de que en los dos ejemplos anteriores se hablan de saqueo, saltan a la vista. Mientras Magdaleno retrata una turba incontrolable, embriagada de éxtasis ante el botín, llenándose incluso los bolsillos con los granos robados, Traven justifica el saqueo y por medio de sus personajes crea un manual de los pasos que los rebeldes han de seguir para que su movimiento triunfe. En esta segunda versión la simpatía ante la acción y los rebeldes por parte del autor, es evidente. Otro autor que habla del saqueo y de la pérdida, aunque sea momentánea del miedo por parte de los oprimidos, es Francisco Rojas González, quien en su novela, *La negra Angustias*, además de poner al saqueo como consecuencia directa de la batalla, lo justifica como parte de la venganza de los desposeídos en contra de sus explotadores.

Aquella tarde fue de saqueo. Unas cuantas horas bastaron para que los comerciantes lugareños entregaran a la violencia buena parte de lo que en años enteros habían arrebatado a la mansedumbre. Las puertas de los tenduchos volaron a golpes o cedieron al fuego, y las gentes, en alud fantástico, vaciaron almacenes, limpiaron trastiendas y saquearon bodegas. [...] Los pobres del pueblo habían fraternizado con los rebeldes, que en grupos ruidosos charlaban con desenfado de todopoderosos.²⁶⁶

Como puede apreciarse en estos ejemplos, las batallas durante la Revolución se caracterizaron por mostrar un alud irrefrenable de odios y resentimientos entre los distintos sectores de la población participante. Las pasiones exacerbadas dieron rienda suelta a la violencia y a los excesos propios de la guerra. Los saqueos y las venganzas, se convirtieron en parte de la cotidianidad durante la vida diaria en los momentos más álgidos de la bola.

3.5 La vida cotidiana rodando entre la bola.

Sin duda, el curso de las guerras, conflictos armados o revoluciones, modifican o subvierten enormemente el desarrollo de la vida cotidiana de los pueblos. Para el historiador Felipe Ávila Espinosa, la vida cotidiana puede ser entendida como: “el conjunto de manifestaciones con el que se expresa la individualidad de las personas de una sociedad e incluye sus actitudes,

²⁶⁵ Traven, B. *La rebelión de los colgados*, Selector, México, 2012, pp. 247, 252-253, 257-259.

²⁶⁶ Rojas González, Francisco. *La negra Angustias*, Fondo de Cultura Económica, México, 2012, pp. 98-99.

sentimientos, ideas, aspiraciones, valores, moral e identidades con los que organizan la producción y reproducción de su vida biológica, material y espiritual, su concepción de sí mismos y su ubicación y relaciones con los demás y con el entorno.”²⁶⁷

En este sentido, el presente apartado busca dar cuenta de cómo se desarrolló la vida cotidiana dentro de la bola para el soldado anónimo; aquel que como menciona Ricardo Pérez Montfort: “sólo era un grano de sal en la marejada violenta de la Revolución.”²⁶⁸ Para tal motivo, se presentan algunos ejemplos que buscan describir, primordialmente, cómo fue el devenir diario dentro del conflicto armado para la población indígena y campesina; pues más tarde este mismo sector de la población se convertiría en la base para construir el estereotipo de revolucionario, mismo que como menciona Pérez Montfort:

A diferencia de los otros estereotipos, el revolucionario común y corriente no evidenciaba su regionalismo. Acaso su filiación partidaria se dirigía hacia el villismo o al zapatismo aunque, a decir verdad, su representación podía ir detrás de cualquier caudillo o jefe revolucionario. Tampoco retrataba un modelo a seguir por sí mismo –insinuaba como buen estereotipo de origen popular– cierta indiferencia hacia el futuro... Si bien a través del color de su piel o de su uniforme, se anunciaba qué clase de revolucionario era, por lo general se le identificaba con las masas anónimas, marginales y populares que formaron los ejércitos durante la contienda. Su nombre genérico era el de "Juan" y se hacía acompañar de su soldadera también conocida por los mote de "vieja" o "galleta".²⁶⁹

Esta masa anónima de soldados perteneciente a las clases bajas, sería ampliamente representada dentro de la narrativa de la Revolución. En el cuento: *La Guacha* de Celestino Herrera Frimont, por ejemplo, el autor describe minuciosamente el penoso andar de una tropa de campesinos junto a sus acompañantes, y la actitud general que muestra el grupo ante las penurias del éxodo constante:

...los soldados siempre pasivos, siempre sumisos, con resignación y atavismo rendían las duras jornadas sin importarles nada de lo que hubiera más adelante y sin la menor protesta. [...] Las mujeres llevaban sobre sus espaldas harapientos chiquillos, para quienes la vida era la más dura batalla, grandes fardos de ropa, braseros, ollas y cazuelas. Eso poco y miserable que constituye el hogar del soldado en éxodo.²⁷⁰

²⁶⁷ Ávila Espinosa, Felipe Arturo. *La vida campesina durante La Revolución: El caso Zapatista*, En: Gonzalbo Aizpuru, Pilar y Reyes, Aurelio de los (Coord.). *Historia de la vida cotidiana en México*, Tomo V, Siglo XX. *Campo y ciudad*, Volumen 1, FCE-COLMEX, México, 2012, p. 52.

²⁶⁸ Pérez Montfort, Ricardo. *Estampas de nacionalismo popular mexicano*, CIESAS, México, 2003, p. 158.

²⁶⁹ Ídem.

²⁷⁰ Leal, Luis. *Cuentos de la Revolución*, UNAM, México, 2010, pp. 99-100.

Otra descripción de estos soldados aparece en el cuento: *Agua* de Rafael F. Muñoz; aunque por contraparte, en dicha narración se retrata a los miembros del ejército federal tomados de la leva entre las comunidades indígenas y campesinas del centro del país. En este pasaje en particular, se realiza también una comparación entre los indios del centro y los mestizos del norte de México, mientras se habla de su interacción al ser parte de una misma tropa:

Urrutia se mordía los labios y avanzaba en silencio. Era un hombrachón de veinticinco años, norteño, enorme, que descollaba la cabeza sobre los pequeños soldados, en su mayoría tomados de leva entre los indígenas del centro del país; pero a pesar de ser tan superior físicamente a sus compañeros de armas, nunca riño con nadie ni maltrató al inferior me habló mal de los oficiales; era un buen muchacho, al decir de los jefes del regimiento.²⁷¹

Estas comparaciones entre los distintos grupos sociales que conformaron los ejércitos en pugna durante la Revolución, pueden llevarnos a entender también cómo era la cotidianidad en la bola. Si atendemos minuciosamente a las descripciones que se hacen de los soldados, podemos encontrar en ellas algunas imágenes que muestran las distintas formas de vivir dentro del conflicto entre los diferentes miembros de un mismo ejército. De acuerdo con lo descrito en algunos relatos, la forma de vivir la Revolución dependía mucho de si se era mestizo, indio o jefe revolucionario. Un ejemplo que puede ilustrar estas diferencias aparece en la novela de Francisco Rojas *La negra Angustias*. En ella el autor retrata a una tropa que comparte el mismo espacio de subsistencia, pero que vive el conflicto de forma diferente. Por un lado, la actitud conversadora de los mestizos contrasta con la melancolía taciturna en que los indios viven recordando el hogar y gozando los nuevos logros, mientras que los jefes, ufanos de su autoridad e imbuidos con la felicidad del momento, gozan los beneficios de la bola:

...en las alcobas, en las salas, en los pasillos y en los corredores, tendíanse durante la noche, y en el día formaban tertulias tristes y nostálgicas, donde la conversación palpitaba apenas en los labios de los jóvenes mestizos, ante un auditorio de hombres taciturnos y herméticos como ídolos de pórfido. Eran estos últimos los campesinos que habían dejado fecundadas la tierra ajena y a la mujer propia, los ganados sueltos y el colmenar escurriendo miel, en busca de la libertad que ahora empezaban a disfrutar y que quizá por eso les dolía en la misma forma en que les molestaban los zapatos nuevos y rechinadores con que muchos atormentaban, por primera vez en la vida, sus desfigurados pies.

Si alguno de los que hablaban llegaba mencionar el nombre del pueblo nativo o de la campiña familiar, había en los rostros de los indígenas un soplo de vida y en sus pechos

²⁷¹ Muñoz, F. Rafael. *20 cuentos de la Revolución*, Factoría Ediciones, México, 2010, p. 23.

movimientos que desbordaban toda la melancolía. [...] Los jefes, dueños de otro estado de ánimo, llenaban las tabernas y los prostíbulos con una escandalosa alegría.²⁷²

El aparente estado de melancolía perpetua y la actitud taciturna con la que los indios son retratados en este apartado, son atribuidos al abandono de sus tierras y a la separación familiar que trajo consigo la Revolución para quienes se unieron a ella. De esta forma, los desplazamientos constantes por parte de los soldados producirían cambios que subvertirían profundamente la estructura familiar y las condiciones en que transcurría la vida para las familias. De acuerdo con Felipe Ávila: “La gente común tuvo que adaptarse a las nuevas y más difíciles condiciones y reaccionó de diferente manera ante ello. La violencia, la escasez de alimentos, la destrucción de pueblos y rancherías, la subordinación de la economía a las necesidades de la guerra, la presencia cotidiana de la muerte y el dolor, y la irrupción continúa de fuerzas destructivas de fuera obligaron a las familias a establecer mecanismos de defensa y sobrevivencia.”²⁷³

Uno de los mecanismos de defensa adoptado por las comunidades para su supervivencia fue la colaboración con los grupos que ocuparon sus tierras. Estas colaboraciones se dieron en distintos aspectos, desde la incorporación parcial, total o momentánea a las filas de los ejércitos con puestos que iban desde espías a mensajeros o soldados de primera línea; o contribuciones ya fueran voluntarias o forzosas, de cuotas monetarias o en especie para sostener a los ejércitos que se mantenían en pugna.

En este sentido, Gregorio López y Fuentes narra en su novela *El indio*, cómo cuando las obligaciones impuestas por las autoridades y hacendados a los indios parecían olvidarse debido a la Revolución, nuevas obligaciones hacia nuevos amos llegaban con la misma. Ciertamente que para algunos pueblos indígenas retratados en las obras, la Revolución pareció en un principio únicamente un conflicto entre blancos, así que algunos de ellos pensaron que la lucha entre la “gente de razón” haría que éstos por fin los dejaran en paz; y así fue durante un tiempo, hasta que la bola y la lucha entre facciones por fin los alcanzó. Entonces, algunos cabecillas exigieron el “aporte” que los indios habían de dar para la Revolución, llegando incluso a apersonarse en sus rancherías, exigiendo algunos hombres para continuar su campaña. Los indios al no tener alternativa ni saber bien a bien en que se diferenciaban los

²⁷² Rojas González, Francisco. *La negra Angustias*, Fondo de Cultura Económica, México, 2012, pp. 136-137.

²⁷³ Ávila Espinosa, Felipe Arturo. *La vida campesina durante La Revolución...*, *Óp. Cit.* p. 49.

bandos, o al ser obligados a servir a tal o cual destacamento, no hicieron más que, de nuevo, acatar las indicaciones que ahora en nombre de la Revolución se les daban. López y Fuentes describía esta situación así:

Por el temor, o bien porque ni los funcionarios ni los hacendados reclamaban los tradicionales servicios, los naturales ya no tuvieron faenas, ni trabajos forzados en las haciendas y, mucho menos, volvieron como semaneros. Hasta pasados algunos meses, después de una noche en que se escuchó constantemente el tronar de las armas, se recibió una orden: que llevaran pasturas y tortillas. Era que había entrado un fuerte contingente de caballería al pueblo.

Uno tras otro, como se alinean las hormigas en sus trabajos de aprovisionamiento cuando ya se acercan las aguas, fueron por el camino: unos, con el bulto de zacate la espalda; otros, con los chiquihuites colmados de tortillas, pedidas como una contribución equitativa entre todos los de la rancharía. Y eso fue por varias semanas. Las denominaciones de los bandos en pugna, decían bien poco a los oídos de los naturales. Procedían más bien por simpatías personales hacia algunos de los jefes armados o tan sólo por el temor en caso de no atender los mandatos. [...]

Fue hasta después de mucho tiempo que un cabecilla subió al caserío, para quebrar la calma propia de las alturas en que los naturales ya se creían para siempre. Había sido que el jefe de la partida, no conociendo la región, se perdió en una violenta caminata. Además de exigir víveres, reclamó una veintena de jóvenes para que le sirvieran de guías; pero los dotó inmediatamente de carabinas e hizo que caminaran en la vanguardia. Nunca regresaron.²⁷⁴

De acuerdo con Felipe Ávila, los pueblos, más que las haciendas, sostuvieron y alimentaron a los ejércitos con los productos que cosechaban, principalmente maíz, frijol y chile, y de manera menos regular, frutas, hortalizas, animales domésticos y ocasionalmente lácteos. La ayuda voluntaria a los ejércitos se dio de manera directa, cuando daban de comer a los grupos de guerrilleros que entraban a las poblaciones, o indirecta, cuando mediante la organización regular de cuotas ya fuera en especie o monetarias, los pueblos ayudaron a los jefes revolucionarios. En los casos en que había parientes o amigos cercanos en las filas guerrilleras, las familias gustosamente colaboraban con lo que tenían, y en los casos en los que no existían lazos de parentesco o amistad pero los pueblos reconocían que los guerrilleros los protegían y defendían del ejército, era una especie de pago de servicios.²⁷⁵

²⁷⁴ López y Fuentes, Gregorio. *El indio*, Editorial Porrúa, México, 2008, pp. 93-94.

²⁷⁵ Ávila Espinosa, Felipe Arturo. *La vida campesina durante La Revolución...*, *Óp. Cit.* pp. 58-59.

Sin embargo, no se puede olvidar que en algunos casos este tipo de contribuciones también fueron impuestas por la fuerza como cuotas obligatorias que se exigían mediante amenazas, castigos corporales y demás abusos; mismos que generarían una relación de temor, resentimiento y deseos de venganza de los pueblos en contra de muchos jefes revolucionarios.

La identificación de las clases bajas con la Revolución, fue retratada constantemente por Francisco Rojas González, quien en su novela *La negra Angustias*, relata cómo una vez arrancada la bola y recibidas las primeras noticias de su desarrollo por las masas empobrecidas, estas comienzan a hablar de ella con un tono de esperanza. El autor describe también las similitudes entre el pueblo común y los alzados, mencionando que dichas semejanzas no sólo son de carácter físico, o del estrato socioeconómico al que todos pertenecen; sino que principalmente se deben a que tanto pueblo como alzados, comparten ciertos anhelos comunes que sólo la Revolución les puede dar.

‘Todos sabían algo y cada uno contaba con entusiasmo alguna hazaña o tal hecho de los campesinos rebeldes, en los que veían a los paladines de la causa de todos, porque todos los allí reunidos eran de la misma sustancia, arrancada de idéntico estrato y por la misma mano despiadada del explotador. Eran iguales entre sí e iguales también a los lugareños que con el rifle o el machete en las manos asesinaban en aquella feria de la venganza, a la luz del incendio de las eras, de las trojes y de los trapiches; del mismo barro de aquellos que tras de una cerca disparaban sobre el aborrecido capataz y huían al cerro con la conciencia libre ya del oprobio más grande que puede emporcar el alma de un hombre: la esclavitud..., y de los otros que, armado el puño y el pensamiento afianzado en un plan de reivindicaciones, soñaban con dar al pueblo existencia cómoda y vivir humano. Eran la plebe toda, unida por dos fuertes trabazones: el martirio y el anhelo.’²⁷⁶

Otro ejemplo similar que muestra la simpatía y adhesión de ciertos grupos indígenas a la causa revolucionaria debido a la identificación con sus miembros y, por supuesto, ante la expectativa del saqueo, aparece en el cuento de Mauricio Magdaleno *El baile de los pintos*. En este cuento, el autor narra cómo ante el arribo de un grupo de rebeldes a una rancharía indígena, sus habitantes se apresuran a unirse a los alzados en busca de venganza y del mencionado saqueo. Al mismo tiempo, Magdaleno señala en la voz de uno de sus personajes, cuáles eran las principales causas con las que las tropas, en su mayoría constituidas por indios y campesinos, justificaban la batalla.

Dos o tres disparos, apenas, y pararon en seco, frente al atrio, las caballerías de los rebeldes. Las indiadas les seguían, reivindicando afrentas inmemoriales en un grito

²⁷⁶ Rojas González, Francisco. *La negra Angustias*, Fondo de Cultura Económica, México, 2012, p. 75.

terrible: – ¡Al saqueo! ¡Al saqueo! [...] –Acuérdate de lo que nos encargó mi general Cíntora... Andamos peleando por la revolución, Chivo. Por los pobres y por México. Ya tú oíste lo que nos recomendó Cíntora.²⁷⁷

Es necesario hacer en este punto un paréntesis para mencionar uno de los aspectos más recurrentes en las obras revisadas, cuando se aborda el levantamiento de los indios o de las clases bajas en general: el saqueo. Es innegable que el saqueo es una práctica común en diversas situaciones que, comúnmente, denotan necesidad. Esta práctica fue constante y común durante la Revolución y aparece comúnmente justificada por algunos autores. Algunos narradores hacen apología del saqueo cuando este sirve a las masas empobrecidas para solucionar, al menos de momento, su miseria. Y es que, si bien en la mayoría de las obras se habla de esta práctica, ningún autor la defendió con la vehemencia con que lo hizo B. Traven, quien en su novela: *La rebelión de los colgados*, trató de justificar el saqueo a las haciendas por parte de las huestes indígenas convertidas en masas revolucionarias, al tiempo que dio una amplia descripción de la forma mediante la cual los indios preparaban el maíz, base de su alimentación, así como de algunos otros insumos que los esperaban al saquear las haciendas y que constituirían la base alimenticia de los soldados durante la lucha.

Hacía meses, y en algunos casos años, que se hallaban privados de todas esas cosas que hacen soportable la vida de los hombres. Porque el maíz solo no bastaba, aunque los muchachos prepararan el nixtamal y obtuvieran la masa que de acuerdo con la receta transmitida de generación en generación desde hace siglos les permita lograr toda una serie de manjares: tortillas, suaves totopostles, quesadillas de huitlacoche, atole aromatizado con hojas de naranjo o florecitas de anís. No, tampoco hubiera sido suficiente sólo la carne de ternera o de res.

En las fincas no les esperaban solamente tortillas y frijoles. Había allí un sin fin de buenas cosas por las que bien valía la pena detenerse. Los muchachos no eran bandidos salteadores. Pero una rebelión no puede vivir sin rebeldes y es necesario que los rebeldes vivan para llevarla adelante. No son los rebeldes los culpables de las consecuencias desagradables que las rebeliones tienen para aquellos que de nada carecen. Los responsables de los actos de los rebeldes son aquellos que creen que se puede maltratar eterna e impunemente a los seres humanos sin que éstos se rebelen.²⁷⁸

Por otra parte, la incorporación voluntaria o forzosa de indios sin la debida preparación militar a las tropas, regularmente empleados como carne de cañón en las primeras líneas de batalla, lleva a preguntarnos ¿Qué pasaba en el acontecer diario de la Revolución cuando el enemigo,

²⁷⁷ Magdaleno, Mauricio. *Cuentos completos*, LECTORUM, México, 2003. pp. 138-139.

²⁷⁸ Traven, B. *La rebelión de los colgados*, Selector, México, 2012, pp. 300-301.

particularmente en este caso los indios, eran capturados por las huestes contrarias? La respuesta a esta pregunta podemos encontrarla en los textos literarios que hablan de la práctica común de exagerar los pormenores de las batallas y reclutar a algunos de los perdedores. Esto se debió principalmente a que muchos de los capturados eran indios que no estaban comprometidos con una causa específica pues habían sido reclutados por medio de la leva, y lo mismo le daba pelear de un lado que de otro.²⁷⁹

Sobre la magnificación o exageración de los hechos de armas y las capturas de prisioneros existen al menos dos relatos que ironizan sobre el tema. Uno de ellos es el cuento titulado: *El feroz cabecilla*, de Rafael F. Muñoz, y el otro aparece en la novela *El resplandor*, de Mauricio Magdaleno. Quizá el más irónico sea el cuento de Muñoz.²⁸⁰ Sin embargo, el texto de Magdaleno hace referencia directa a los casos en los que los indios eran capturados, a los castigos que se les imponían y a cómo los jefes revolucionarios alteraban los hechos en su provecho.

En Ixmiquilpan lo sorprendió un general y a duras penas escaparon los jefes. Los prisioneros sumaban cientos. El general pasó revista que apartó a la mitad.

—A éstos los incorporamos al regimiento, mi mayor. ¡Los pobres son hijos de familia que arrancó de sus casas con engaños el tal por cual Cavazos! Pero éstos —señalando el montón de indios cetrinos de miedo y de fatiga— les manda usted cortar las orejas y me fusila luego a cinco o seis, para escarmiento. Y no se le olvide decir en el parte que nuestras armas se cubrieron de gloria y que fueron sentenciados a la última pena los cabecillas indios del Río Prieto. ¡Ah!, y que el enemigo era superior numéricamente que la batalla duró seis horas.²⁸¹

Es importante mencionar también que en muchas ocasiones la vida castrense significaría una oportunidad de acenso social para muchos indígenas que verían en ella una forma de cambiar su vida. Sobre esto, la narrativa de la Revolución ofrece al menos tres ejemplos, en los cuales la carrera militar como *modus vivendi* para los indios puede constatarse. El primero de ellos, el cuento de Francisco Rojas: *El caso de Pancho Planas*;²⁸² versa sobre las desventuras de un individuo que, persiguiendo su sueño de llegar a obtener el grado de sargento, cambia

²⁷⁹ Un ejemplo de esto puede encontrarse si se revisa la biografía novelada *Juan Pérez Jolote* de Ricardo Pozas que aparece en la bibliografía.

²⁸⁰ Véase el cuento *El feroz cabecilla* que aparece en el libro: *20 cuentos de la Revolución*, citado en la bibliografía.

²⁸¹ Magdaleno, Mauricio. *El resplandor*, LECTORUM, México, 2010, p. 36.

²⁸² Véase *El caso de Pancho Planas* en: Rojas González, Francisco. *Cuentos completos*, Fondo de Cultura Económica, México, 2011.

constantemente de bando durante los acontecimientos de la Revolución. El segundo, es la ya mencionada biografía novelada de Ricardo Pozas *Juan Pérez Jolote*. En ella, lo que lleva al protagonista a alistarse en algunos de los ejércitos y a cambiar de bando, son las circunstancias propias de la lucha, mismas que van afectando el curso de su vida.

El tercer caso, aparece en la novela de Gregorio López y Fuentes *El indio*. En un pasaje de ésta, cuando un joven indígena es tomado por la leva para convertirse en soldado, su padre se apresura a reunir el dinero necesario para comprar su baja. Tiempo después y tras muchas dificultades para lograr reunir la cantidad establecida, manda el dinero al joven soldado para que pueda regresar a su comunidad. Desafortunadamente, este se niega a regresar y expone al emisario de su padre sus razones.

...el soldado oyó todo sin la menor manifestación de alegría. Por fin dijo:

–Diga usted a mi padre que agradezco sus trabajos y cuidados para que yo regrese. Que me doy cuenta del esfuerzo que tendría que hacer para reunir este dinero; pero que no lo utilizaré, y se lo regreso para que él lo disfrute. Dígale usted que yo estoy contento como soldado: he aprendido a leer y a escribir, ya uso zapatos y otra ropa, espero que pronto me asciendan y que ya no sería feliz allá...²⁸³

El cambio en la manera de pensar de los indios durante la Revolución fue más común de lo que podría imaginarse. Alan Knight sostiene por ejemplo que: “Las personas –mediante el sombrío proceso de “aculturación”– podían dejar sus atributos indígenas y adquirir la condición mestiza; algunos avanzaron a grandes pasos por los reducidos caminos que ofrecían el ejército, la Iglesia y la ley.”²⁸⁴ La aseveración de Knight refuerza y da validez a lo descrito en el ejemplo anterior y nos demuestra cómo la Revolución trastocó notablemente la vida cotidiana de los indios y sus familias trayendo algunas posibilidades de cambio para ellos.

De esta forma podemos ver que, por muy momentáneo que fuera el cambio en la vida de los indios, participar la bola les permitiría desde consumir venganzas a afrentas ancestrales, hasta aprovecharse del saqueo para subsanar, al menos de momento, su también ancestral miseria. La Revolución, traería además posibilidades más duraderas, pues hubo quienes pudieron ascender en la escala social por medio de la vida militar, académica o eclesiástica. No obstante, no todo en la bola fue bueno para las poblaciones indígenas, ya que muchas de éstas

²⁸³ López y Fuentes, Gregorio. *El indio*, Editorial Porrúa, México, 2008, p. 112.

²⁸⁴ Knight, Alan. *La Revolución Mexicana. Del Porfiriato al nuevo régimen constitucional*. Fondo de Cultura Económica, México, 2010. p. 26.

fueron incendiadas por haber colaborado con uno u otro bando. Así mismo, las contribuciones forzosas impuestas por algunos jefes revolucionarios contribuirían a sumir aún más en la miseria a muchos pueblos y costarían la vida a quienes no pudieron costearlas. Esto incrementaría la de por sí ya numerosa cantidad de muertos sumándole a aquellos que, por negarse a colaborar con un bando en específico o por pesar sobre ellos una acusación de espionaje bajo cualquier sospecha, serían colgados o fusilados. Por tanto podemos asumir que, si bien la vida cotidiana de los indios se caracterizó por ser dura e incierta, el participar en lucha armada o estar al margen de ella no les trajo más bienestar, certidumbre o seguridad, pues la ya de por sí precaria situación de los indios en México, continuo manteniéndose igual durante la Revolución.

CAPÍTULO 4

LA VIDA QUE SE VE Y LA VIDA QUE SE SUFRE

4.1 Imagen y representación de los indios en la cotidianidad.

La mayoría de las obras literarias que se ocuparon de la representación de los indios durante la Revolución, no estaban comprometidas con una causa o gobierno específico que quisiera dar una buena impresión de las clases bajas durante el conflicto. Y aunque si bien cierto que la mayoría de los autores mostró cierta empatía hacia los distintos grupos indígenas que presentaron, no por esto cayeron en el romanticismo de otras épocas al tratar de retratarlos. Antes incluso, se dio prioridad a la representación de hechos violentos donde las huestes revolucionarias, compuestas en su mayoría por indígenas, daban rienda suelta a sus pasiones exacerbadas al verse libres de los años de opresión y abusos en su contra. De esta forma, se privilegiaría en las obras la inclusión de descripciones físicas de los individuos y de las actitudes que brotaban en medio del conflicto influenciadas por las circunstancias del momento.

Una comparación fugaz entre los indios y la aristocracia porfiriana, la realiza Miguel N. Lira en su novela *La escondida*; en ella, el autor describe a las huestes revolucionarias del estado de Tlaxcala que han tomado posesión del palacio municipal de dicho estado, y que se pasean orondos por sus balcones.

Más tarde, frente a los balcones del Palacio, la expectación popular contaba y no acababa al ver asomados a ellos –precisamente ahí, donde siempre lucían hombres vestidos de levita y mujeres ataviadas con lujo de galas– tipos astrosos de camisa y calzón blanco, sombreros de petate caídos sobre cabellos hirsutos, maxilares cuadrados y piel color de tierra, y cananas repletas de tiros aprisionando pechos mugrosos y arrolladas en la cintura a manera de ceñidores.²⁸⁵

Otro autor que se enfoca principalmente en la descripción de los rasgos físicos de los indios para lograr un efecto narrativo acorde a lo que desea plantear es Rafael F. Muñoz. Un ejemplo de esto es el retrato que hace del protagonista de su historia *El hombre malo*. Sobra decir que el indio que protagoniza este cuento es identificado justamente como su título lo indica. Para conseguir este efecto en su personaje, el autor utiliza como recurso el trazo de rasgos hoscos y facciones endurecidas, además de atribuirle al protagonista un carácter violento y “atravesado”.

²⁸⁵ Lira, Miguel N. *La escondida*, E.D.I.A.P.S.A., México, 1948, p. 98.

... Tenía en realidad el aspecto de hombre que no se tiente el corazón para matar: en mitad de su frente llena de protuberancias, una cicatriz de tres líneas en forma de zeta semejaba un rayo cayendo sobre el entrecejo, y la piel, restirada sobre el párpado, lo levantaba y hacía que la ojeada de su pupila derecha pareciera ir a cruzarse con la de la izquierda; miradas de hombre "atravesado" y violento, sobre una nariz de lobo, recta y larga, de sensuales aletas abiertas.

El bigote ralo, de dos docenas de pelos cerdosos que le caían a los lados de la boca delgada, sobre la piel brillante, color de tierra mojada, los pómulos duros y el maxilar cuadrado, demostraban su raza indígena pura. [...] Sentado como estaba frente a la mesa, adivinábase por su ancha espalda encorvada y por la altura de sus rodillas que sobrepasaban el asiento, su elevada estatura. Las manos, huesudas y largas, como raíces, y la cara de piel tersa y líneas duras, eran de color olivo, ceniciento en el día, con fulgores de bronce esa noche...²⁸⁶

En el mismo cuento se puede apreciar otra descripción que, aunque resulta más desangelada que la anterior, no por ello es menos importante, pues muestra a uno de tantos indígenas que componían el grueso de las tropas federales y que, por circunstancias que se cuentan en la narración, tuvo la desgracia de caer prisionero del primero.

...era un soldado envuelto en una cobija gris, bajo la que asomaban los pantalones militares con dos anchas franjas carmesí: era un tipo de indígena, de cabeza redonda, pelada al rape, huellas de viruelas trazaban en su cara negruzca rúbricas espantosas, y en sus ojos, la mirada expresaba un intenso cansancio.²⁸⁷

Por otra parte, aunque en el mismo sentido, así como es posible encontrar dentro de la narrativa de la Revolución descripciones como las de Blasco Ibáñez²⁸⁸ cargadas de un profundo desprecio hacia los indios y poco o nada objetivas, también es posible encontrar su contraparte; es decir: descripciones que ponen de manifiesto la simpatía de los autores hacia las comunidades indígenas que retratan, o incluso aquellas que, sin caer en el falso romanticismo del Porfiriato en el que se representaba a indios con rasgos blancos o mestizos, exaltan la gallardía de los indios, ennoblecen sus virtudes y embellecen sus facciones. Prueba de ello es la novela *El indio* de Gregorio López y Fuentes. En ella el autor retrata a un joven guía indígena y describe la admiración que tanto éste, como sus rasgos, causan en los blancos a los que sirve.

... El joven que iba a servirles de guía por el monte. Iba con la cabeza descubierta, pues ¿para qué sirve el sombrero bajo las sombras de la selva? Iba descalzo. Llevaba el calzón

²⁸⁶ Muñoz, F. Rafael. *20 cuentos de la Revolución*, Factoría Ediciones, México, 2010, p. 79-80.

²⁸⁷ Ídem. p. 85.

²⁸⁸ ²⁸⁸ Blasco Ibáñez, Vicente. Citado en: Pérez Montfort, Ricardo. *Estampas de nacionalismo popular mexicano*, CIESAS, México, 2003, p. 160.

enrollado hasta la mitad del muslo y con la camisa abierta por el pecho. Con sus ojos de una fijeza asombrada, con sus cabellos negros, lacios y caídos en pinceladas sobre la frente, con los pómulos salientes, con los labios huérfanos de barba fuertemente apretados, era bello. [...]

Mientras los blancos se detuvieron a observar una planta que les llamó la atención apenas penetraran a lo más intrincado el guía se despojó de la camisa, atándose a la cintura. Cuando reanudaron la marcha, los que le seguían no pudieron menos que admirar al hombre: cuerpo más bien esbelto que fuerte. Nada de los abultamientos musculares propios de los atletas. ¡Pero qué resistencia en la caminata y en el trabajo! Cuando apretaba el machete para dar un golpe, el antebrazo resultaba un nudo de fibras. Cobre repujado por el sol y el esfuerzo. Estatua en movimiento, hecha de cedro nuevo.²⁸⁹

Un caso que describe de manera más fehaciente, neutral y natural la imagen del indio en una narración, es el que aparece en la novela de Miguel Ángel Menéndez, *Nayar*. En el pasaje que se presenta a continuación, el autor se sirve de un personaje mestizo para describir a un viejo cora que funge como jefe de su pueblo. Es de destacar que si bien la descripción no es objetiva pues presenta al indio con un gesto de dolor y un aparente estado de melancolía perpetua, tampoco cae en lo despectivo de un Blasco Ibáñez o en el ensalzamiento de López y Fuentes.

Gervasio y yo, nos encontrábamos muy temprano en las mañanas y sonreíamos por toda salutación. La sonrisa del indio era difícil y dolorosa como un parto. Tenía la boca delgada –labios de cicatriz que cerró bien, morado pálido por el frío. Al estirarse en la sonrisa daban la impresión de ocasionarle dolor. Por eso quizá sonreía poco y sabiamente. Pero el rictus amargo de sus labios se compensaba en sus ojos, que lo decían todo con un lenguaje fluido, magnético. Con ellos sonreía y anticipaba respuesta a las preguntas infantiles que hacíamos; con ellos negaba el paso de nuestra curiosidad y por ellos conseguíamos más de una vez llegar a su corazón. Así, nuestras reuniones eran de silencio y fraternidad admirables. Las palabras sobrenían cuando nuestro pensamiento de blancos era incapaz de comprender sin ellas.²⁹⁰

Es importante señalar que la descripción o la percepción del indio por terceros va a depender enormemente de si éste es influyente, ostenta un cargo importante o tiene dinero o no; pues de cumplir alguna de estas características, automáticamente pasará a tomar ciertas cualidades atribuidas de otros grupos poblacionales como los blancos, también conocidos en la época como “gente de razón”. En el cuento de Mauricio Magdaleno, *Las campanas de San Felipe*, podemos observar un ejemplo sobre cómo estas representaciones cambian de acuerdo con el estatus del indio en cuestión. Pues si el indio del que se habla es una persona común, entonces

²⁸⁹ López y Fuentes, Gregorio. *El indio*, Editorial Porrúa, México, 2008, p. 16-17.

²⁹⁰ Menéndez, Miguel Ángel. *Nayar*, Editorial Porrúa, México, 1991, pp. 175-176.

su representación cobrara ciertos caracteres atávicos nocivos para el progreso del país; en cambio, si tiene una posición cualquiera, ligada a algún tipo poder factico, entonces la representación que se haga de él dejará de ser la de un indio, para convertirse en la de una “gente de razón”.

–Los indígenas –terció Romo con su probada pericia para desvanecer toda amenazadora diferencia de pareceres– no son propiamente un factor de progreso, pero saben cosas de la tierra. Será que viven pegados a ella.

Brígido Benítez se apresuró a aclarar: –Bueno, Guadalupe Brena, la hermana de Salvador, el jefe político de Etlá, no es propiamente una indígena. Su familia es gente de razón.²⁹¹

Hasta aquí hemos visto como se ha representado a los indios en algunas de las obras que integran la narrativa de la Revolución. Los ejemplos que nos proporcionan las fuentes literarias hacen referencia a la etapa que, por encontrarse en medio de un conflicto, no se preocupó tanto de guardar las formas que tenían que ver con disfrazar a su población para dar una buena imagen hacia el exterior. Y si bien las imágenes que nos muestra la narrativa de la Revolución con respecto a los indios y su participación durante el conflicto armado pudieran parecer contradictorias; pues por un lado muestran gran simpatía por este grupo y por otro podrían ser consideradas como altamente racistas, no se caracterizaron por servir a un interés de grupo o particular que haya tratado de dar una falsa imagen acerca de cómo era este sector, de cómo vivió la Revolución o de cómo ésta cambió sus vidas.

4.2 El indio ante “la gente de razón”.

Como se mencionó al final del apartado anterior, dentro del análisis sobre la imagen y representación de los indios durante la Revolución, es posible encontrar información que nos permita entender cómo determinados sectores de la población veían y describían a los indios. Este tipo de datos resultan importantes pues nos hablan sobre la interacción de los indios con el resto de la sociedad. Particularmente nos permiten entender, cómo se construyó la interacción social entre los indios y la llamada “gente de razón” y porque esta interacción se deterioró y alcanzó un alto grado de violencia durante el desarrollo de la Revolución.

²⁹¹ Magdaleno, Mauricio. *Cuentos completos*, LECTORUM, México, 2003. p. 26.

Por otra parte, ya se ha dicho que entre los diversos sectores de la sociedad porfiriana existieron profundas diferencias en las formas y condiciones de vida, mismas que serían el resultado tanto del abismo producido por la mala distribución de la riqueza, como de las diferentes ideas o pautas de conducta propias de cada grupo. Estas disimilitudes fueron fruto también de una sociedad profundamente estratificada y clasista, por lo que era imposible que se diera una relación de igualdad y respeto entre quienes se encontraban en el pináculo de la pirámide social y quienes constituían su base. Es por esto que no es de extrañar que muchos de quienes componían la oligarquía porfiriana, en su mayoría blancos y mestizos, vieran con profundo desprecio a las masas empobrecidas por considerarlas reacias a todo intento de progreso, un lastre social y un factor atávico para la nación.

Actitudes y pensamientos como los anteriores, no pasarían desapercibidos para las masas, las cuales, una vez subvertido el orden impuesto por el estado protector de las clases altas, darían rienda suelta a sus rencores y cobrarían de distintas formas los agravios y abusos de sus otrora “amos”. Pero para poder entender algunas de las causas que propiciarían el rencor de clase y la posterior violencia de algunos grupos de indios enrolados en los ejércitos revolucionarios en contra de la oligarquía, es necesario atender primero a cómo veía la “gente de razón” a los indios.

Las primeras impresiones sobre lo que la “gente de razón” piensa de los indios, o de la manera en que los ve, son tomadas de la novela *El resplendor*, de Mauricio Magdaleno. El primer caso se presenta cuando, ante una riña suscitada entre dos grupos de indios de diferentes comunidades, un periódico de la ciudad lanza su opinión sobre ellos y ésta es secundada por los hacendados que la leen.

¡Malvada gente, que es peor que las bestias...; Indígenas hipócritas, muertos de hambre y alborotadores! ¡Cuanto mejor sería, para el Estado y para nuestra querida patria, que los indios que pueblan en lúgubre porcentaje nuestro suelo se ilustrasen con las luces del saber y aprendiesen a trabajar las tierras! Por su parte, los hacendados de la región se encogieron de hombros, sentenciando: "Se acabarán solos, como las tarántulas. Si tienen hambre, que trabajen."²⁹²

Como se puede apreciar en el texto anterior, los calificativos despectivos son abundantes y se basan tanto en la condición de pobreza económica de los indios como en su aparente falta de

²⁹² Magdaleno, Mauricio. *El resplendor*, LECTORUM, México, 2010, p. 33.

educación. Por otra parte, la comparación de su modo de vida con el de animales salvajes también es una situación recurrente que se repite a lo largo de este y otros textos. En un segundo ejemplo de esta obra que sigue la tónica del primero, el único tendero existente dentro de la ranhería narra lo atroz que resulta para la "gente de razón" vivir en medio de los indios a uno de sus proveedores.

Lo que pasa en estas tierras es atroz. [...] Si me quedo aquí, acabo como ellos. ¡Ya hasta hablar se me está olvidando! Quien vive en estas tierras siete años, amigo Esparza, acaba convertido en bestia. Con usted es diferente. Usted va a Pachuca con frecuencia, habla con personas de razón de Actopan, se entiende con las autoridades y las familias decentes de Ixmiquilpan.²⁹³

Un ejemplo más en el mismo sentido, se da cuando Magdaleno describe la actitud que toman los mestizos y criollos al llegar a vivir cerca de la ranhería indígena de la que se ocupa la novela.

Mestizos y criollos de Metztitlán construían deprisa sus jacales, entre Villa Herrera y el lomerío de San Felipe, y los otomíes los veían correr a caballo y arraigar en su terrón caloso con las proles y sus hembras. Se trataban poco unos a otros, y cuando acontecía, los primeros, por su misma condición de privilegiados del campesinado, menospreciaban a los indios y los miraban como animales apestados, prohibiendo a sus crías que se revoliesen con los del pueblo. Cada uno tenía, por lo menos, su caballo, sus dos vacas y su piara, amén de un buen rifle para lo que se ofreciera y que era la mejor garantía de seguridad para la finca.²⁹⁴

Este ejemplo resulta relevante, pues en él se puede ver cómo se da la interacción entre indios y "gente de razón" cuando ambos comparten un mismo espacio. La importancia de este caso estriba además en que los hechos que se narran suceden una vez que ha triunfado la Revolución y comienza a darse el reparto agrario, aunque claro, las tierras que se reparten son las de los indios. En este ejemplo se puede apreciar también que el menosprecio, la discriminación y la exclusión característicos de ciertos sectores hacia ellos en épocas pasadas, en realidad no han cambiado. Esta impresión es reforzada constantemente por el autor a través de distintas situaciones. Una de ellas se da durante un mitin político cuando el candidato a gobernador del estado de Hidalgo, un mestizo criado en la ranhería indígena que ocupa los sucesos de la novela, se sirve de ellos para engrosar las filas de su partido y reforzar su presencia ante sus opositores. Para lograrlo, traslada a todos los indígenas de la comunidad

²⁹³ Ídem. p. 21.

²⁹⁴ Ídem. p. 304.

hasta Pachuca, donde los indios son vistos de mala manera y sufren los maltratos y humillaciones de la “gente de razón”.

Ya eran las doce y cundían la fatiga y el monstruoso azote del sol. Se echaron a descansar, en cuclillas, en las banquetas, y los más agobiados se tendieron de lomos, tapándose el sol con los sombreros. Las casas que aún estaban abiertas cerraron estruendosamente sus puertas por miedo a una invasión de las glebas, y asomaban a los balcones chicos enfiestados que contemplaban el espectáculo sin explicarse de qué diablos podría tratarse.

– ¿Por qué vienen otra vez los indios, papá?

– Porque los traen los líderes.

– ¿Y a qué los traen?

– A utilizarlos para sus planes. Uno quiere ser gobernador.

– Y ¿qué hacen los indios, papá?

– Son malos. Fingen obediencia (¿los ves, muy mansitos, sentaditos en la banqueta?), Y cuando te vuelves, te hieren por la espalda.

– ¿Dónde viven? ¿En las cuevas?

– Sí, y en los jacales, lejos, en el monte.

[...] Abajo del balcón en que un padre atribuía a las indiadas una maldad de cafres, el viejo Bonifacio con la lengua de fuera y el sombrero la mano, pidió:

– Déme un jarrito de agua, niño, que me muero de sed.

El chico le miró con recelo, le dijo que no con la cabeza y bajó a ordenar a la criada que echase la cadena a la puerta. Los señores elegantes, de balcón a balcón, hacían chistes a costillas de los manifestantes.

– ¡Te presento al nieto de Netzahualcóyotl, hermano!

– ¡Aquí tienes al cuñado de Moctezuma, que está estrena los calzones que le regaló Cortés!

– ¡Quiúbole, indito! ¿Ya no vendes hierbas del monte? ¿Ahora te dedicas a la política?

– ¡Hasta que se les hizo conocer Pachuca, otomíes!

– ¡Anímense, huehuenches! ¡Échense un bailecito como los del Corpus!

– ¡Cuando Herrera sea gobernador, hasta los calzones van a perder, porque ese roba todo lo que encuentra!²⁹⁵

Estos dos últimos ejemplos tomados de la novela de Mauricio Magdaleno, nos hablan de cómo los prejuicios y el menosprecio de blancos y mestizos en contra de los indios fue transmitido a

²⁹⁵ Ídem. p. 178-179.

las nuevas generaciones. Por un lado, se impide que los hijos de los “de razón” tengan contacto con los indios, por otro, se les enseña que éstos son malos, traicioneros y alguien de quien se pueden servir para alcanzar sus intereses.

Por su parte, Gregorio López y Fuentes, quien también retrata la forma en que percibe a los indios la “gente de razón”, describe en su novela *El indio*, el temor que los habitantes de una rancharía indígena sienten ante el arribo de un grupo de hombres blancos a su comunidad. Sorprendidos ante la actitud que toman los indios al verlos, éstos se compadecen de ellos mientras uno reflexiona acerca de su condición, producto de la incomunicación en la que viven.

El que iba adelante, al ver la huida de los naturales, se detuvo sonriendo. Y, al tiempo que hacía notar a sus compañeros el efecto de su presencia, se limpiaba el sudor de la frente.

Los tres hombres se miraban con gesto de compasión por los que huían. Uno de ellos dijo: –Si tuvieran un buen camino, ya no estarían tan atrasados. Al menos ya se hubieran hecho al trato de los blancos.²⁹⁶

En el siguiente ejemplo, perteneciente a la misma obra, se hace referencia al miedo y la sumisión que muestra el jefe de la aldea ante una orden dictada y ejecutada por la “gente de razón”. Es menester aclarar que lo que aquí se presenta también es el abuso y aprovechamiento en contra de los indios, pues ante su analfabetismo y el desconocimiento de las leyes de los blancos, se les muestra un papel en blanco alegando que es una orden dictada por las autoridades para que sirvan a sus portadores.

El antiguo temor, almacenado al correr de los siglos de sumisión. [...] le intimidaba el papel por sí solo, aún cuando en blanco, porque ya se le había dicho que aquello era una orden: él era sabedor de las consecuencias que para su raza ha tenido siempre que no atender una orden. [...] A pesar de todo, se impuso la orden escrita en el papel. El más viejo hizo con palabras tranquilas el relato de los pasados sufrimientos, de las fugas por la montaña, de los años de hambre, todo porque la tribu había desobedecido y provocado el enojo de los blancos.²⁹⁷

Otro caso en el que la “gente de razón” ve a los indios únicamente como un medio para obtener dinero fácil a costa de su explotación, es expuesto por B. Traven en su cuento *Canastitas en serie*. En él, su protagonista, un gringo que trata de hacer negocios con un indígena que encuentra vendiendo canastitas, describe a su socio diciendo de él que es un tonto que no

²⁹⁶ López y Fuentes, Gregorio. *El indio*, Editorial Porrúa, México, 2008, p. 3.

²⁹⁷ Ídem. p. 14-15.

tiene la menor idea de los negocios, dando de paso su opinión de las condiciones en que se encuentra México y su gente. Posteriormente, una vez fracasado el negocio, despotrica en contra de los indios y refiere que, desde su punto de vista, la situación de éstos, al menos en muchos siglos, es y será irremediable.

"Aquel indio tonto que no sabe ni lo que tiene me ofreció unos ciento a sesenta y cinco centavos la pieza. No le diré enseguida te quiero doce mil para que no se avorace y conciba ideas raras y trate de elevar el precio bueno, ya veremos; un trato es un trato aún en esta república dejada de la mano de Dios. ¡República! ¡hum!... y ni siquiera hay agua en los lavabos durante la noche. República... Bueno, después de todo yo no soy su presidente.

– ¡Al diablo con esos condenados indios; no comprenden nada, no se puede tratar negocio alguno con ellos! ¡Créame! No tienen remedio ni ellos ni ese su país tan raro. Lo que me sorprende es que vivan, que puedan seguir viviendo en semejantes condiciones. No hay esperanzas para ellos, ni las habrá en muchos siglos, de veras, yo sé de qué hablo.²⁹⁸

Hasta aquí, han predominado los ejemplos en los que la “gente de razón” ha discriminado, excluido y utilizado a los indios dependiendo de sus intereses particulares. Sin embargo, no todos los casos en los que se representa, tanto la interacción como la forma de percibir a los indios por parte de “los de razón”, se dan en la misma forma. Prueba de esto es la novela de José Rubén Romero, *Mi caballo, mi perro y mi rifle*, en la cual un niño blanco pero pobre, o mejor dicho, no tan rico como el resto de sus compañeros de escuela, quien además muestra algunas taras físicas, envidia la condición de igualdad que comparten los niños indígenas de la escuela pública. Además, mientras expresa su desprecio por la escuela privada y sus deseos de ser transferido a la pública, hace una sutil crítica al comportamiento de los niños que denomina como: "los bien educados del pueblo".

–No quiero ir más a esa pocilga de mierda en donde nadie me quiere, en donde todos me desprecian porque soy pobre, ella hubiera cedido a mis súplicas, que el corazón de la madre está siempre dispuesto a rebelarse en contra de quienes no saben amar a sus hijos. En cambio, ¡cómo envidiaba yo a los alumnos de la escuela oficial, quienes iban de guarache calzón blanco, pero unidos todos por un sentimiento de igualdad que en la de don Severino no existía! Allí no se hacían inventarios de bienes de fortuna, ni listas ostentosas de comidas, para darse picones. Todos reconocían su pobreza y era inútil sacarlo a colación.

Cuando estos chicos iban por la calle sin otro uniforme que la pizarra pendiente del cuello con un cordón charolado de mugre, y se encontraban con los de la escuela particular, echaban a correr cual tímido rebaño, porque los niños poderosos – ¡los bien

²⁹⁸ Traven, B. *Canasta de cuentos mexicanos*, Grupo Editorial Sayrols, México, 1987, pp. 18, 28.

educados del pueblo!– perseguíanlos a pedradas y les prendían milagritos en la ropa, que así llamaban a las escupitinas.²⁹⁹

A pesar de que en este ejemplo uno de tantos niños blancos logra por fin sentir afinidad con sus congéneres menos afortunados económicamente, también se muestra el maltrato del resto de los niños ricos hacia los indígenas que, temiendo sus agresiones no pueden sino huir de ellos sin hacer nada.

Finalmente, otro caso que difiere de manera similar al antes mencionado, en contraste con la mayoría de los anteriores, aparece en el cuento de B. Traven *Aritmética indígena*. Quizá lo más relevante aquí sea que el autor emplea de nuevo a un protagonista extranjero quien, antes de hacerse una opinión o caer en un prejuicio en contra de los indios con los cuales comparte el poblado, se da oportunidad de convivir con ellos y formar en base a esto su propia opinión.

Me establecí en una especie de cabaña que estaba sobre una colina a kilómetro y medio de un pueblo habitado por campesinos indios, todos los cuales, según pude enterarme al pasar el tiempo, eran gente buena y honesta.³⁰⁰

Si atendemos a la mayoría de estos ejemplos y a la historiografía que directa o indirectamente aborda la interacción entre indios y “gente de razón”, no resulta muy difícil entender cuál fue la opinión generalizada de la oligarquía sobre la población indígena durante este periodo. La guerra genocida comenzada desde 1912 en contra de las fuerzas zapatistas, apoyada por las clases altas del centro del país, no hizo sino aumentar los prejuicios racistas, el desprecio y las ofensas de los blancos, quienes no hicieron más que estigmatizarlos y contribuir a construir una leyenda negra alrededor la participación de los indios en la lucha armada. Pues resulta también notorio que la “gente de razón” siempre vio en los indios alzados a enemigos que amenazaban su estatus y por ende, como enemigos los trató siempre.

4.2.1 La “gente de razón” ante los indios.

Para entender cómo es que los indios veían a la “gente de razón”, basta realizar un ejercicio similar al anterior tan sólo invirtiendo los papeles. Aunque dadas las últimas líneas del apartado anterior, el vislumbrar cómo se suscitaba este fenómeno no resulta una labor difícil de

²⁹⁹ Romero, José Rubén. *Mi caballo, mi perro y mi rifle*, Editorial Porrúa, México, 2008, p. 36.

³⁰⁰ Traven, B. *Canasta de cuentos mexicanos...*, ÓP. Cit., p. 122.

imaginar. Al menos, así lo percibe también la crítica literaria Marta Portal quien asegura que: “De la novela se desprende una acusación al mestizaje, como si los personajes mestizos fuesen los más fríos y crueles explotadores del indio.”³⁰¹

Estas acusaciones son frecuentes en la narrativa de la Revolución, pero no acusan solamente a los mestizos, ya que blancos, clérigos y autoridades en general, sea cual fuere su grupo de pertenencia, aparecen como verdugos y explotadores de los indios ante la indefensión y nobleza de éstos. Ejemplos al respecto pueden verse en innumerables obras, pero sin duda uno de los autores que logro mostrar de manera más clara el sentir de los indios hacia sus explotadores fue Gregorio López y Fuentes. En su novela *El indio*, el autor narra cómo ante la llegada de un grupo de hombres blancos a su población, los indios comienzan a deliberar acerca de cómo tratarlos, al tiempo que uno de ellos, hace un recuento del trato que han tenido entre ambos sectores y se queja de las acciones que los blancos han realizado en detrimento de los indios, aun cuando estos últimos siempre los han tratado hospitalariamente.

Otro de los exaltados expresó con ira que cuantos extranjeros pisaban el lugar sólo era para causarles daños, a pesar de que ellos siempre les habían tratado hospitalariamente y hasta con respeto.³⁰²

Este ejemplo, aunque corto, nos habla de la desconfianza con la que los indios ven a los “de razón”, a causa de la falta de reciprocidad en sus relaciones. Además enfatiza el daño que este sector ha causado a los indios siempre que pisan sus tierras con cualquier pretexto.

Otro caso que habla de la desconfianza con la que los indios veían a los “de razón”, aparece dentro del mismo texto cuando, después de muchas promesas de paz hechas a los indios por un conflicto que se suscitó al defenderse de un grupo de hombres blancos, las autoridades, hacendados y comerciantes, les ofrecen la pacificación. Entonces, un anciano, al ponderar las ofertas de paz y lo necesario que el trabajo de los indios resulta para la “gente de razón”, accede a escuchar sus propuestas y, posteriormente, acepta la oferta cuando cree que ya no hay nada que temer.

El emisario no calló las verdaderas causas de las proposiciones de paz. Según lo que él había podido entender, los blancos necesitaban semaneros, los hacendados reclamaban trabajadores para sus trapiches de caña, los comerciantes se quejaban por la falta de

³⁰¹ Portal, Marta. *Proceso narrativo de la Revolución Mexicana*, ESPASA-CALPE, Madrid, 1980, p. 172.

³⁰² López y Fuentes, Gregorio. *El indio*, Editorial Porrúa, México, 2008, p. 15.

compradores en el tianguis y los habitantes de las demás rancherías habían protestado porque sólo ellos desempeñaban las faenas, en la compostura de caminos destruidos por las aguas: es decir, se les necesitaba por ello se les proponía la paz.

Para la experiencia del viejo, esas razones fueron más convincentes que todas las promesas de perdón. Consideró factible el entendimiento. Su balance de intereses fue rápido y seguro: si se les necesitaba, no habría dificultad mi temor. Su cabeza blanca bien sabía que los de razón, para con ellos, no tienen más que dos ademanes: el de una mano, para ceder; y el de la otra para recibir.³⁰³

Además de la desconfianza ya mostrada en el pasaje anterior, en este se puede apreciar también como los indios saben que son explotados y que, precisamente por esto, su trabajo resulta indispensable para el correcto funcionamiento de las ciudades de los blancos, pues existen trabajos que, por alguna u otra razón, sólo ellos son capaces de realizar. Por tal motivo, aun a sabiendas de saberse utilizados por los “de razón”, aceptan colaborar con ellos a cambio de un poco de paz por muy efímera que esta sea.

No obstante, la traición y la desconfianza siempre serán una constante en la forma en que los indios perciben a los “de razón”. Quizá por eso la prueba más contundente sea la que requiere menos palabras. Esta aparece casi al final de la obra cuando López y Fuentes inserta una reflexión que parece personal, en un par de personajes indios³⁰⁴ que fungen como vigías ante una posible intrusión de los blancos a su ranchería:

...Como todos los suyos, sólo saben que la gente de razón quiere atacarlos...³⁰⁵

Un caso distinto a los demás pero que resulta de suma importancia por tratarse esta vez de un mestizo quien realiza la crítica hacia lo que los suyos han hecho con los indios, aparece retratado en la novela de Miguel Ángel Menéndez *Nayar*. En dicha novela, el autor describe las tribulaciones por las que pasa un personaje que supuestamente traiciona la causa indígena después de que éstos lo ayudaran, y abandona su lado para abrazar la ley de los blancos y unirse a sus fuerzas. Resaltando la autocrítica y la justificación con que el autor reviste a su personaje, asigna de paso una jerarquía a los valores que confluyen en el mestizo como: “la luz de lo español y la sombra de lo indio”.

³⁰³ Ídem. p. 38.

³⁰⁴ Entre ellos un joven que queda lisiado por culpa de los blancos y que se convierte en testigo mudo de todas las calamidades que ha sufrido su pueblo a causa de la "gente de razón".

³⁰⁵ Ídem. p. 123.

Claro que no lo hizo por traidor. Algo que había en él sin su propia voluntad, algo siniestro que le venía de muy lejos, le obligó a galopar entre la noche, sobre el filo de los cerros y los enredijos del barranco. Su levadura mestiza venció por fin el color de su piel, color de madrugada a punto de aclarar el día. Pudo más la luz de lo español que la sombra de lo indio. Le imaginaba yo tendido sobre el galope de su caballo en pelo, vuelto loco por la tempestad de afuera y por la tempestad de adentro; dislocado su espíritu por el choque de las dos herencias.³⁰⁶

Aunque el antagonismo entre ambos grupos es algo que pudiera obviarse, las circunstancias histórico-sociales que compartieron determinaron el tipo de relación y la manera de representarse en el imaginario de cada uno de ellos. Esto a su vez puede explicar también, por qué se dieron de tal o cual forma, los hechos suscitados durante la Revolución, una vez que el orden instaurado durante el Porfiriato fue subvertido.

4.3 Cuestión de fe.

En muchas zonas de predominancia indígena la religión católica fue uno de los elementos de mayor cohesión cultural a lo largo del siglo XIX y principios del XX. Las misas dominicales, los rosarios, las celebraciones de las fiestas religiosas propias del santoral cristiano, entre ellas la Cuaresma, Semana Santa, Navidad, las procesiones y fiestas de los santos patronos de las comunidades, así como la celebración de bodas, bautizos o defunciones, habían desempeñado un papel muy importante entre la población y la Revolución no cambió estas prácticas.

La influencia política y social de la iglesia, se mantendría en casi todas las regiones del país, aun a pesar de los nuevos vientos que soplaban y amenazaban con derrumbar el viejo orden establecido. La fortaleza institucional y social de la iglesia permitió a su vez que la religiosidad de los grupos indígenas se mantuviera solida, aún a pesar de que ésta siempre se mantuvo imbuida de prácticas paganas y de que su particular forma de interpretar la doctrina cristiana fuera adoptada de tal forma que satisficiera sus necesidades espirituales específicas. Esta particular forma de interactuar con la religión por parte de los grupos indígenas, aparece retratada en el cuento de B. Traven *El suplicio de San Antonio*. En él, el autor se sirve del caso en el que un indio pide a San Antonio la realización de un milagro para explicar cómo se da la

³⁰⁶ Menéndez, Miguel Ángel. *Nayar*, Editorial Porrúa, México, 1991, pp. 262-263.

relación de los indios con la religión y las vicisitudes que este tipo de comercio entre ambos conlleva.

Vivía una región en la que la generalidad de los hombres trabajan para comer, aun cuando se encuentran enfermos o en extremo débiles para realizar trabajos pesados.

Como todos los indios de su raza, tenía una idea primitiva sobre la religión y sus virtudes. [...] No se debe, porque no se puede, razonar con un indio de la ignorancia de Cecilio, que se creía con el derecho incuestionable de exigir a San Antonio la devolución de su reloj perdido, considerando que había llenado todas las formalidades y hecho las acostumbradas promesas de recompensa al santo. [...] Nuevamente colocó su cera, se arrodilló y persignó tres veces devotamente. Carecía del libro de oraciones, y si hubiera tenido de nada le hubiera servido, porque no sabía leer ni escribir. Algunas personas con grandes influencias opinan que la lectura y escritura estropean las virtudes de los hombres venidos al mundo para trabajar en las minas, para ser buenos obreros, que nunca pedirán más de lo que se les dé voluntariamente. En consecuencia, Cecilio tuvo que orar simplemente, de acuerdo con los dictados de su corazón. Ignoraba el significado de las palabras y los pensamientos blasfemos, pues de haberlo conocido, jamás las habría pronunciado y concebido, por mucho que un santo le hubiera desilusionado.³⁰⁷

La continuación de este fragmento resulta sumamente interesante pues en él se plantea cómo, ante la desilusión del indio por la falta del milagro producido por el santo, éste comienza a cuestionar su fe y la legitimidad de la iglesia que, de acuerdo con los resultados de sus propias reflexiones, sólo sirve a los intereses de los poderosos.

"Así es que sólo sirves a los ricos y nada haces por los pobres", murmuró. "Parece que mi compañero, Elodio Tejeda, tiene razón cuando dice que la iglesia sólo sirve para hacernos más brutos."³⁰⁸

Sobre este mismo tema, B. Traven escribe en *La rebelión de los colgados*, como cuando el consuelo y la esperanza divina se acaban o nunca llegan, es momento de salvarse a uno mismo y olvidarse de aquel dios que nunca voltea a ver a los indios. Al menos, esta es la conclusión a la que llega uno de sus personajes que comparte sus reflexiones con otro de los suyos. En este apartado en particular, se muestra además de manera muy clara el desprecio del autor hacia la religión católica y sus postulados.

³⁰⁷ Traven, B. *Canasta de cuentos mexicanos*, Grupo Editorial Sayrols, México, 1987, p. 101, 103-104, 106-107.

³⁰⁸ Ídem.

Durante todo el día no tuvieron más que una idea en la cabeza, y esta idea no les dejó en tres semanas: "por todos los santos del cielo, Diosito, haz que pueda yo tumbar mis cuatro toneladas para que no me cuelguen."

Pero Dios, que vino a la tierra ha dos mil años para salvar a los hombres, olvidó sin duda a los indios. [...] todavía tendremos que esperar dos mil años para que llegue nuestro turno.

Celso intervino secamente.

– ¿Por qué esperar al Salvador? Sálvate tú mismo, hermano, y entonces tu salvador habrá llegado.³⁰⁹

A pesar del desencuentro de algunos sectores de la población con la religión, la iglesia y sus ministros, para el historiador Felipe Ávila, los ejemplos de fervor religioso por parte de los ejércitos zapatistas fueron muy conocidos y numerosos, ya que existe evidencia de que sus tropas marchaban con estandartes de la virgen de Guadalupe al frente, y de que sus combatientes llevaban una imagen de ella o del santo de su predilección en sus sombreros. No obstante, la Revolución sí provocaría la interrupción de las celebraciones y propiciaría que varias iglesias fueran saqueadas o quemadas.³¹⁰

Prueba de lo argumentado por Felipe Ávila, puede verse en el diálogo que sostiene un revolucionario con un "licenciado jacobino" de Jojutla en el cuento *Teponaxtle* de Mauricio Magdaleno. En dicho diálogo, el rebelde explica al licenciado que la lucha de los alzados es en contra del clero y la oligarquía, pero su respeto, es irrestricto a la fe y la religión de los mexicanos.

Aquí andamos peleando lo nuestro y nada más, y ninguno somos protestantes ni masones. Estamos contra el clero porque ése no las debe, contra los ricos; pero no contra la fe de los mexicanos. [...] Los revolucionarios no somos ateos. ¿Y porque habíamos de serlo? Sólo los ricos son ateos.³¹¹

La importancia que envuelve y dota de un sentido trascendental a las prácticas religiosas de los grupos indígenas, queda también de manifiesto cuando Miguel Ángel Menéndez en su novela *Nayar*, se sirve de la descripción de una casa cora, para hablar sobre la fe de ese pueblo y sobre

³⁰⁹ Traven, B. *La rebelión de los colgados*, Selector, México, 2012, p. 98.

³¹⁰ Ávila Espinosa, Felipe Arturo. *La vida campesina durante La Revolución: El caso Zapatista*, En: Reyes, Aurelio de los (Coord.). *Historia de la vida cotidiana en México*, Tomo V, Siglo XX. Campo y ciudad, Volumen 1, FCE-COLMEX, México, 2012. P. 79.

³¹¹ Magdaleno, Mauricio. *Cuentos completos*, LECTORUM, México, 2003. p. 152-153.

el espacio sagrado llamado "tunamoti", el cual, es el sitio en donde se mueven los danzantes en toda fiesta de costumbre, y que el cora debe mantener en buen estado con el fin de estar bien con su dios.

El indio que en su corral no guarde sitio para la celebración de las danzas que su tradición exige, merecerá el infierno así que muera. Y los indios, que no quieren más infierno, se ponen bien con Dios cuidando el tunamoti.³¹²

Estos ejemplos nos muestran que el respeto a la religión, el temor de dios y la salvaguarda de la fe, fueron prácticas constantes en la vida de los indios aun durante el periodo revolucionario. Los hechos de armas y la alteración del orden concebido hasta ese entonces por los diferentes grupos indígenas, no consiguieron alterar o modificar de *facto* su fe, pero en cambio si hubo quienes debido a sus prácticas, comenzaron a cuestionarse la legitimidad de la iglesia y sus ministros como salvaguardas de la fe cristiana.

4.3.1 La iglesia y sus ministros.

Contrario a lo que se pudiera creer o sugerir comúnmente, durante el periodo revolucionario la influencia de la iglesia católica y de sus ministros en la toma de decisiones políticas y sociales fue muy importante. A pesar de que la mayoría de los personajes que se ubicaron dentro de sus filas no se caracterizaría precisamente por adherirse a la causa demócrata o por constituirse en reformadores sociales que apoyaran de manera franca y abierta a la Revolución, éstos gozaron de gran influencia entre los sectores populares de la sociedad mexicana, particularmente entre indígenas y campesinos. El poder de los curas, particularmente en el campo, sería bien conocido durante esta época. Esto quedaría de manifiesto, según Alan Knight, en las elecciones de 1911 y sería reconocido explícitamente por el gobierno en su llamado al delegado papal, a quien se acudiría no para consuelo espiritual o mediación divina, sino para señalarle la conveniencia de recordar a los párrocos de los distritos rurales el uso de su influencia en los campesinos y las clases trabajadoras para combatir el pillaje.³¹³

³¹² Menéndez, Miguel Ángel. *Nayar*, Editorial Porrúa, México, 1991, p. 226.

³¹³ Knight, Alan. *La Revolución Mexicana. Del Porfiriato al nuevo régimen constitucional*. Fondo de Cultura Económica, México, 2010. p. 552.

No obstante, durante los primeros años del movimiento revolucionario, la iglesia se caracterizó por ser una entidad dividida. Por una parte se encontraba la, denominada por Alan Knight, “iglesia antigua”, misma que se distinguía por ser “la servidora dispuesta de la reacción” y que contaba aun con gran poder e influencia a través de sus sacerdotes y obispos que, alineados con los intereses de oligarcas y hacendados vieron en el recién creado Partido Católico Nacional un instrumento para defender dichos intereses.³¹⁴

Por supuesto, esta rama de la iglesia se oponía férreamente a la Revolución y el apoyo de sus ministros al viejo régimen y a los caciques y hacendados que lo sostenían fue franco y abierto. Esto puede apreciarse en la obra de Mauricio Magdaleno *El resplandor*. En un fragmento se narra como un cura le expresa a un hacendado su adhesión a él y su causa, al tiempo que despotrica en contra de los intelectuales que promueven la Revolución y hacen la apología del indio. Al mismo tiempo, el cura y el hacendado lanzan una furiosa diatriba en contra de los indios y los califican como la desgracia de México, mientras que, coludidos, se ponen de acuerdo para continuar su explotación.

–Un pueblo sin necesidades, señor don Gonzalo –solía decir el cura Chávez–, no es pueblo. Será una manada de infelices y todo lo que usted guste y mande, pero no pueblo. La desgracia de México lo son sus tres o cuatro millones de indios. ¿Qué hace usted con ellos, vamos a ver? ¿Los trata como a gentes? Pues con su pan se lo coma, porque habrá hecho lo peor que pudiera hacer: echarse al seno un saco de alacranes. ¿Los abandona su suerte y los deja seguir su camino? Muy bien y ¿quiénes le trabajan sus tierras? ¡No, señor don Gonzalo; este problema no tiene fondo, como dice el ilustre Francisco Bulnes! Agregue usted las constantes habladas de los perturbados del orden público, esos llamados intelectuales que la han tomado con el indio y que exageran malvadamente su condición y sobre todo – ¡fíjese usted bien!– la atribuyen a la esclavitud que pesa sobre ellos por parte del amo. ¡Es un crimen bordar sobre tamaña mentira! Pero existen esas plumas venenosas y aún tienen sus prosélitos. ¡Esclavos los indios! ¡Sí, señor; pero lo que no se dice es que lo son de su propia brutalidad, de su infinita miseria mental, de su bajeza y su animalidad!

–Mire, padre; en "La Brisa" todo el mundo come. De modo que, al que me venga con cuentos, le cuelgo de un mezquite.

– ¡Exactamente! ¡A eso iba yo! Hay bolas por aquí cerca y es preciso que los peones sepan que su ley es la de su amo, el que les da de comer.

³¹⁴ Ídem.

– No se preocupe, padre. Usted nada más hágales ver desde el púlpito dónde está su deber.³¹⁵

Los ejemplos en los cuales puede verse a curas avariciosos, corruptos, explotadores y defensores de la oligarquía y los hacendados en detrimento de los indios, su patrimonio y bienestar, no son pocos dentro de la narrativa de la Revolución. Un ejemplo de ello puede verse en la novela de Miguel N. Lira *Donde crecen los tepozanes*. En ella se muestra cómo ante la muerte de su hermano, un cura se aprovecha de su familia para despojarla de sus bienes en beneficio suyo y de su iglesia, sin importarle menguar el patrimonio de éstos y llevar poco a poco la desgracia a sus sobrinos, quienes por cierto, son de ascendencia indígena por parte de la madre.

Agustina soportó entonces todas las desgracias y agotó todas sus lágrimas. Ella y sus hijos quedaron a merced de su cuñado el cura, que se hizo cargo de la familia y de los bienes, y dominó por entero.

–Quiero construirle otros cuartos a la casa –le dijeron un día a Agustina– y necesito vender la cosecha de frijol. De la del maíz, te daré la mitad.

Y Agustina consintió sin protestar a sabiendas de que sus hijos se quedarían con hambre.

–Las limosnas de mi parroquia no alcanzan ni para sostener el culto –le dijo otra vez–. La capilla del Rosario se está cuarteando y necesito repararla. Así que firma este papel, que voy a vender la faja de terreno que está junto al carril. Apenas si me dará lo suficiente para esa obra.

Y Agustina volvió a consentir esa exigencia y aún puso torpemente, como firma, una crucecita en el lugar que el cura le indicó, a sabiendas también de que acortaba el patrimonio de sus hijos.

Dominga y sus hermanos vieron caer, desde entonces, la desgracia sobre su casa.³¹⁶

Las formas de operar de la “antigua iglesia”, descrita por Knight, quedan de manifiesto en estos ejemplos. La influencia de sus ministros en el pueblo, particularmente en las clases bajas, puede verse reflejada en el caso anterior, en el cual la cuñada del cura no rechista en vender el patrimonio de sus hijos, aun a sabiendas de que esto sólo puede traer la desgracia a su casa. En el primer puede verse la alianza de sacerdotes y hacendados y el desprecio que ambos manifiestan hacia los indios. Mientras que el tercer caso que a continuación se presenta, nos muestra cómo los ministros del culto católico pueden abandonar a su suerte a sus feligreses sin

³¹⁵ Magdaleno, Mauricio. *El resplandor*, LECTORUM, México, 2010, p. 88-89.

³¹⁶ Lira, Miguel N. *Donde crecen los tepozanes*, E.D.I.A.P.S.A., México, 1947, pp. 44-45.

mostrar el menor remordimiento. Además, en este pasaje de la novela *El Resplandor* de Mauricio Magdaleno, se narra también cómo ante la negativa del cura para volver pronto al pueblo, el encargado de la tienda de raya culpa a los indios por la decisión del párroco expresándose de la siguiente forma:

El párroco explicó, sin dirigirse a nadie precisamente: –Ya les dije que vuelvo para Todos Santos, si sé que se han portado bien.

Rezongó, a su espalda, la voz de Melquiades Esparza: – ¡Se cree que entienden así estas bestias! –Se acomodó junto a la puerta y recriminó al vecindario–: El señor cura se va porque no puede más con tantas atrocidades. Si no fueran ustedes la manada de bárbaros que son, no estaríamos llorando ahora su partida. [...] El comerciante refunfuñó dirigiéndose los indios: – ¡Hasta Dios nos abandona! –Y antes de volver espaldas para zambullirse detrás del mostrador–: ¡Ustedes lo han echado con sus crímenes..., hatajo de indios degenerados!³¹⁷

La verdad, era que el cura se iba por lo poco redituable que era para él encontrarse en ese pueblo debido a lo escaso de las limosnas.

Desafortunadamente, mientras los pasajes dentro de la narrativa de la Revolución que señalan la actitud de los ministros que representan a la “antigua iglesia” son abundantes, los que muestran a la otra parte de la iglesia, la que Alan Knight denomina como “la nueva iglesia”, son muy poco frecuentes.

De acuerdo con este mismo autor, esta “nueva iglesia” se encaminaría a convertirse en un arma de reforma social, aprovechando la libertad incitada por Madero para competir con los grupos liberales en sus propios términos.³¹⁸ Por curioso que parezca, un ejemplo de estas nuevas ideas liberales que esgrimieron por algún tiempo los sacerdotes de la iglesia católica, aparecen también plasmadas en la ya citada obra *El resplandor* de Mauricio Magdaleno.

El apartado que se muestra a continuación, resalta porque muestra una cara distinta a lo que se ha expuesto sobre la misma temática en la misma novela. En este párrafo, el cura de los ejemplos anteriores, insta a los indios a detener sus peleas intestinas y mejorar su condición en pro del país y con el fin de demostrar su capacidad y disposición para el progreso.

³¹⁷ Magdaleno, Mauricio. *El resplandor...*, Óp. Cit., p. 23.

³¹⁸ Knight, Alan. *La Revolución Mexicana...*, Óp. Cit. p. 552.

El padre Ramírez les llamó un domingo en que dijo misa en San Andrés. Habló en términos elocuentes: "Si ustedes siguen matándose, se quedarán solos. Recuerden que tienen un deber que cumplir: probar al mundo que los indios son tan aptos como los hijos de cualquier otra raza. Mucho se ha hablado en México de la inferioridad de los indígenas; ¿van ustedes a confirmar esta tesis criminal?" Se agacharon las cabezas, al peso de la acusación...³¹⁹

A pesar de esta airada perorata cargada de tonos indigenistas, el cura del relato se caracterizaría más por representar las ideas de la "vieja iglesia" que de la "nueva". Aun así, este es uno de los pocos ejemplos en los cuales se puede ver a un cura preocupado legítimamente por el progreso indígena. Esto quizá se deba a que la corriente reformadora de las ideas sociales de la iglesia vio truncado su ascenso durante los primeros años de la Revolución pues, como menciona Knight, los acontecimientos de 1913 abortaron este desarrollo. La democratización, tanto liberal como católica, se interrumpió y sólo se retomaría más tarde bajo circunstancias radicalmente distintas.

Otro fenómeno que puede apreciarse en la narrativa de la Revolución con respecto a la iglesia, es el continuo roce entre ésta y otras instituciones de carácter civil. Es decir, el conflicto iglesia-estado³²⁰ que años después se caracterizaría por abrir un nuevo capítulo en las guerras intestinas que agobiarían a México durante la primera mitad del siglo XX.

Un ejemplo de este conflicto puede apreciarse claramente en una de las escenas de la novela *El indio* de Gregorio López y Fuentes, cuando después de que una epidemia azotara una ranchería indígena, y de que las autoridades visitasen el pueblo para ordenarles la construcción de una carretera, el cura, que rara vez los visitaba, se presenta ante la comunidad para ordenarles la construcción de una iglesia, amenazándolos con el castigo divino y la llegada de nuevos males al pueblo, si es que las obras de la iglesia se posponían por dar preferencia a la construcción de la carretera mandada a hacer por el gobierno.

El cura recorría la sierra aconsejando que los naturales procedieran a levantar iglesias, pues que la pasada epidemia de viruelas había sido precisamente por su impiedad, como un castigo. El cura no habla de la carretera. Era asunto que a él no le interesaba. Lo que dijo fue que los trabajos para levantar la iglesia deberían comenzar cuanto antes, porque, de aplazarse, quién sabe qué otra desgracia llovería sobre los naturales.

³¹⁹ Ídem. p. 33.

³²⁰ Aunque se mencionan los ejemplos que ilustran este conflicto, la naturaleza y complejidad del mismo rebasan los alcances e intereses de este trabajo, por lo que sólo se enunciará de manera tangencial, en la medida el mismo aparezca en las obras y los ejemplos que se utilizan.

Los viejos se reunieron para resolver el difícil problema: de un lado, la orden para ir a trabajar en la apertura del camino; por otra parte, la amenaza divina, El peligro de que las palabras del cura se convirtieran en una realidad. Imposible servir a los dos mandatos, al mismo tiempo. Los que propusieron dividir el esfuerzo, es decir igual número de trabajadores para la carretera y para la iglesia, parecían dominar el consejo, pero el temor de incurrir en responsabilidad los hizo adoptar otra resolución: dos días para la autoridad y dos días para... la otra autoridad. Cuatro días sin descanso y sin salario, a la semana. [...] Pero lo más curioso era que el señor cura, una vez que dejó tirados los hilos para la construcción, se marchó sin ocuparse más de la obra, como si tan sólo hubiera querido distraerlos de los trabajos encomendados por la autoridad. Sólo el temor los hizo terminar la carretera y proseguir la iglesia: los campos estaban llenos de hierba y entre ésta se ahogaban las matas de maíz.³²¹

Durante este periodo, fue común encontrar un determinado grupo de trabajadores destinados por sus comunidades para realizar el trabajo sin paga que les era encomendado por las autoridades civiles y religiosas. Este tipo de trabajo comúnmente conocido como *tequio*, *fajina* o *faena*, se caracterizó por ser, de acuerdo con el etnólogo Arturo Warman: “la obligación de realizar jornadas de trabajo gratuitas para el mantenimiento y construcción de obras públicas como caminos, calles, edificios públicos e iglesias, o para la introducción de nuevos servicios como educación, electrificación, agua potable, construcción de clínicas, fue esencial para las comunidades marginadas por la inversión pública, pero pocas veces se usó para redistribuir la riqueza o los recursos dentro de ellas.”³²² Este tipo de prácticas suscitaba en más de una ocasión, la disputa entre instituciones por la mano de obra indígena, la cual era solicitada por los distintos tipos de autoridades, con el único fin de congratularse ante los suyos con el esfuerzo ajeno.

Otro ejemplo dentro de la misma obra que ilustra este tipo de trabajo, se da cuando una vez terminado el primer tramo de la carretera y recién iniciadas las obras para la construcción de la escuela (segunda parte del programa de integración para los indios que propusiera un diputado), el cura se presenta de nuevo ante los indios y les habla de una manda que él ofreció en su nombre y por tanto, ellos estaban obligados a cumplirla sin importar nada.

Pocos días después de haber terminado el tramo de carretera, los naturales de la región recibieron la orden de reconcentrar en un ranchejo equidistante los materiales necesarios para levantar la escuela. Apenas inicio de la obra, otra disposición vino a entorpecer los trabajos y a retardar la terminación de local: el cura había recorrido todas las rancherías

³²¹ López y Fuentes, Gregorio. *El indio*, Editorial Porrúa, México, 2008, p. 101,105.

³²² Warman, Arturo. *Los indios mexicanos en el umbral del milenio*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003, p. 235.

de su jurisdicción, diciendo que no podía seguir tolerando que el tiempo pasara sin cubrir una deuda, una deuda sagrada contraída por él a nombre de los fieles.

Les había explicado que, cuando la pasada epidemia estaba en su apogeo, él hizo la promesa de que todos los supervivientes irían en peregrinación a dar gracias a un santo milagroso, al que los encomendara pidiendo el alivio. Los naturales –les dijo– ignoraban aquella plegara dirigida por él, a la que sin duda alguna se debió que las viruelas no acabaran completamente con ellos. Se los hacía saber deseoso de que se pagará la deuda, porque de lo contrario nada difícil sería que al repetirse la epidemia el santo ya no le prestara oídos.

Hubo incertidumbre entre los vecinos: de un lado, el mandato de las autoridades para construir la escuela; de otro lado, la amenaza, la palabra del totatzi, haciendo ver los posibles resultados de la insolvencia religiosa. [...] se convino en que los ancianos, los niños y las mujeres, con excepción de las muy necesarias para dar de comer a los trabajadores, formarán parte en la peregrinación, y que los hombres más aptos se quedaron para ayudar en la obra, primer paso en el programa educativo del diputado.

Cuando terminó la misa [...] el sacerdote les exigió lo que poseían, destinado para limosnas y ceras [...] A cambio del dinero y de los presentes entregados, los naturales recibieron reliquias que se colgaron a los cuellos quemados por un sol que apareció más allá del éxodo, culminó en los días coloniales y aún sigue quemando.³²³

Como puede verse en estos ejemplos, la relación entre los indios y la iglesia se dio de manera ininterrumpida, incluso durante la etapa más álgida del movimiento armado. Y aun cuando el cambio social forjado por la Revolución salpicaría el paisaje nacional de iglesias en ruinas alejando temporalmente a los feligreses, la fe de las clases bajas se mantuvo, regularmente, incólume. Los estandartes que acompañaban a las tropas zapatistas, las imágenes de santos adheridas a los sombreros de cada uno de sus soldados y los ejemplos vertidos aquí, dan cuenta de que, si bien muchos revolucionarios comenzaron a cuestionar la legitimidad de la iglesia, no lo hicieron así con la fe cristiana, ya que en ella encontraron un asidero que les permitía aferrarse con fuerza a la esperanza de un futuro mejor, ya fuera en esta vida o en la otra.

4.4 Maestros e intelectuales.

De acuerdo con Jesús Silva Herzog, toda revolución desde que inicia, o desde antes de siquiera iniciarse, posee un conjunto de ideas, las cuales, por regla general, se radicalizan en el calor de

³²³ Ídem. p. 106, 108-109.

la lucha. Estas ideas, se modifican haciéndose cada vez más revolucionarias y más ambiciosas, al contacto con la realidad del momento histórico en que se localizan.³²⁴

No obstante, a pesar de lo planteado por Silva Herzog, mucho se ha cuestionado y discutido sobre la existencia de un grupo o corriente intelectual específica que diera una dirección ideológica concreta al movimiento revolucionario en México. La mayoría de estas discusiones coinciden en afirmar que el movimiento revolucionario en general, careció de una dirección ideológica que le marcara las pautas que habría de seguir con el fin de poder alcanzar las tan anheladas reformas sociales y políticas dentro del país. Esto se debe según el historiador Alberto Morales, a que:

El dogma y el sectarismo propagaron la idea de que la Revolución Mexicana careció de doctrina en sus años precursores y aun en su etapa de lucha armada. Llegó a afirmarse que por ser ella huérfana de padres intelectuales se redujo a ser simple asonada contra un sistema de gobierno, el del general Porfirio Díaz, a quien los mexicanos debíamos paz y progreso; y alguien dijo que el estallido revolucionario de 1910 era sólo un movimiento popular instintivo, alentado por los estómagos vacíos de las chusmas anárquicas, asesinas y destructoras del orden establecido, jefaturadas por un loco –Madero–, por un abigeo –Zapata– y por un bandolero –Villa.³²⁵

Pese a este tipo de afirmaciones, Silva Herzog, el mismo Morales y el politólogo e historiador Arnaldo Córdova, coinciden en afirmar que sí hubo una ideología clara durante la Revolución. Ésta, de acuerdo con Córdova, fue dominante tanto en el Porfiriato como en la Revolución; y se caracterizó por ser una ideología burguesa de carácter capitalista, que obedecía a intereses de clase y estaba basada en la idea del atraso material del país, como principio rector del tipo de soluciones políticas que habían instrumentarse para procurar su desarrollo.³²⁶

El que la ideología dominante durante este periodo haya sido considerada como burguesa-capitalista por estos autores, se debe en gran medida a que sus principales promotores fueron los sectores medios, particularmente, intelectuales urbanos representados por profesionistas y periodistas, y pequeños propietarios rurales, fundamentalmente del norte del país. A pesar de esto, según François Xavier Guerra, estos intelectuales no pertenecían a los grupos privilegiados, ya que: “No son ni antiguos, ni nuevos privilegiados, y en su inmensa

³²⁴ Silva Herzog, Jesús. *Trayectoria ideológica de la Revolución Mexicana, 1910–1917*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, p. 11.

³²⁵ Morales Jiménez, Alberto. *Maestros de la Revolución Mexicana*, INEHRM, México, 1986, p. 7.

³²⁶ Córdova, Arnaldo. *La ideología de la Revolución Mexicana*, Ediciones Era, México, 1973, p. 19-20.

mayoría su origen es de lo más mexicano.”³²⁷ Es así que puede afirmarse, que muchos de los individuos pertenecientes a las clases medias convertidos en intelectuales al servicio de la Revolución, sólo vieron en ella un modo de ascenso rápido para poder afianzar incipientes carreras políticas, o un medio para alcanzar prestigio y poder trepar en la escala social.

Y si bien es cierto que la clase media intelectual fue el núcleo del resurgimiento democrático en 1909, como menciona Córdova, y un gran respaldó en el estallido de la revuelta un año después. Cuando ellos y algunos exponentes de las viejas clases privilegiadas se sumaron al movimiento armado, no se plantearon la Revolución como una finalidad que había que perseguir a toda costa y realizar a fondo, mientras las masas no los obligaron a hacerlo. Algunos de ellos, entre los que se encontraba el mismo Madero, jamás llegaron siquiera a plantearse esta idea. En todo caso las masas populares, una vez lanzadas a la lucha, serían las que determinarían en gran medida el curso que habría de tomar el conflicto. Aunque es innegable, de acuerdo al autor, que:

La conciencia de la revolución no nació entre las masas rebeldes y disgregadas, sino fuera de ellas, entre los exponentes de las clases medias, que fueron los primeros en proclamarla, atendiendo primero a intereses que eran esencialmente suyos y agregando después a éstos, los intereses inmediatos de las masas. La presencia de las masas, su continua revuelta contra la injusticia, la explotación y la opresión de que eran presas, obligaron a aquellos exponentes de las clases medias a modificar sus demandas y su concepción de la revolución; pero no por ello renunciaron a sus posiciones de clase (expresadas en lo fundamental por Madero), ni por otra parte se identificaron con las masas. Todo lo contrario, pues en su caso se trataba de una clarísima y oportuna toma de conciencia de que la revolución no se iba a hacer al margen de las masas, sin que ellas actuarán como protagonistas principales y decisivos.³²⁸

Las masas populares, siguiendo con el autor, llegaron a la Revolución a través de un largo proceso de preparación de los ánimos para la lucha. Cuando esta se dio a nivel nacional, ya nada las detuvo. Estas grandes masas, expresaron necesidades sociales no elaboradas, inmediatas y locales casi siempre. En su conciencia, en su comprensión de los problemas, no entraban proyectos de reconstrucción nacional; no había una ley orgánica, sistemática y global de la nación y sus problemas. Sus convulsiones habían comenzado como respuesta a las

³²⁷ Guerra, François Xavier. *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, Tomo II, Fondo de Cultura Económica, México, 2003, p. 82.

³²⁸ Córdova, Arnaldo. *La ideología de la Revolución Mexicana*, Ediciones Era, México, 1973, p. 143-144.

injusticias flagrantes que sufrían; y con la revuelta, fue naciendo su conciencia de la Revolución como fenómeno nacional y como proyecto de transformación social.³²⁹

En este sentido, resulta innegable que dentro de cada grupo armado que participo en la bola, hubo ciertos personajes que trataron de darle dirección ideológica a la lucha que llevaban a cabo. Ya fueran estudiantes, médicos, licenciados o maestros, cada ejército revolucionario contó entre sus filas con un numeroso grupo de asesores que al tiempo buscaban influir en las decisiones tomadas por sus bandos, pretendían obtener ciertas prerrogativas a fin de convertirse en los nuevos ideólogos y reformadores de la nación.

Como afirma Friederich Katz, hubo una serie de intelectuales a los que los jefes revolucionarios recurrieron, tanto para efectos administrativos, como para hacer propaganda dentro y fuera del país difundiendo las ideas en favor su facción, o bien como mediadores entre los distintos grupos en conflicto o entre los líderes con las distintas organizaciones sociales que buscaban cooptar. Sin embargo, a pesar de su afinidad con la clase media, muchos campesinos pusieron la dirección local del movimiento en manos de sus propios hombres.³³⁰

Para el historiador James Cockcroft, entre todos los intelectuales que contribuyeron al desarrollo de la Revolución Mexicana, destacó sin duda el papel de licenciados y maestros de primaria. De acuerdo con este autor, el licenciado se caracterizaba por ser astuto, calculador, y políticamente sofisticado, bien versado en las sutilezas del debate parlamentario y la gestión, pero un tanto alejado de la confianza íntima y del sufrimiento de las masas. El maestro de primaria, en cambio, se caracterizó por ser ingenuo, espontáneo e idealista; elocuente en sus discursos y escritos. Gozaba de la confianza de las masas semi-analfabetas cuyo sufrimiento conocía, pero no estaba preparado para la sutileza de los complicados enredos de la lucha política interna.³³¹

Es importante señalar que se ha documentado ampliamente la influencia y participación de maestros e intelectuales en la Revolución. Sin embargo lo que el presente apartado busca mostrar es cómo se dio su interacción con las clases bajas, particularmente con los indios, durante el periodo en que se suscitó el conflicto. Resulta notorio que en muchos

³²⁹ Ídem.

³³⁰ Katz, Friedrich. *De Díaz a Madero*. Ediciones Era, México, 2004, p. 82.

³³¹ Cockcroft, James D. *El maestro de primaria en la Revolución Mexicana*, En: *Historia Mexicana*, XVI: 4 (abr.-jun.), El Colegio de México, México, 1967, pp. 565-587.

casos los maestros fueron los principales ideólogos de los movimientos indígenas y campesinos, y un factor determinante para despertar en las clases bajas el anhelo de reivindicar sus derechos. Esto lo muestra el siguiente fragmento tomado de la novela de B. Traven *La rebelión de los colgados*.

Soy de Pachuca, de la región de las minas de plata; allí trabajaba como maestro de escuela.

– ¡Hum! ¿Maestro de escuela y ahora leñador de una montería?

–Sí, ¿qué quieres? Nunca he sabido tener el hocico cerrado; siempre les hablé con verdad a los mineros, que en su gran mayoría eran padres de los chiquillos a quienes yo enseñaba en la escuela.

– ¿Les decías la verdad? ¿Qué verdad? –pregunta Celso con desconfianza.

–Les he dicho la verdad sobre el dictador y sobre los derechos del pueblo. Les he dicho que un hombre, por hábil que sea y por persuadido que esté del derecho que lo asiste para dirigir todo un pueblo, no tiene ninguno para privar del derecho de pensamiento y de expresión, para oprimir la voluntad de otros hombres. Porque cada hombre tiene el derecho de decidir lo que piensa y cada hombre tiene igualmente el deber de enseñar, de explicar a otros hombres que están mal gobernados y que se les perjudica. [...] Les he aconsejado que dejen de bajar a las minas, que no trabajen para que los propietarios y sólo ellos ganen. Les he aconsejado que pidan un alza de salarios y autorización para formar un sindicato que les permita reivindicaciones colectivas, ya que un hombre aislado nada puede. Tú sabes: uno es fusilado, otro es encarcelado, a un tercero se le golpea hasta matarlo; pero si todos se reúnen para luchar por sus derechos no es posible que los fusilen, pues en ese caso no quedaría quien trabajara y extrajera el metal precioso del suelo. Así, pues, si los propietarios de las minas quieren plata, deberán pagar en plata a los mineros la que reclaman.

– ¿Y qué dicen los mineros de tus explicaciones?

–Después de oírlas se negaron a trabajar. Llegaron los soldados, fusilaron a diez y los otros volvieron al trabajo, porque no existiendo sindicato no hubo quien reuniera a todos los mineros.³³²

Otro caso que muestra la arenga de un profesor para incitar a los indios a luchar por sus derechos, aparece en la novela *El resplandor* de Mauricio Magdaleno. En este pasaje un maestro recién llegado a la hacienda que explota a los indios, habla a un niño del poblado acerca de su interés por ayudarlos y, cuando por fin logra reunir a todos los habitantes de la rancharía, les habla a todos sobre las ventajas de la educación, aunque los pobladores se muestran hostiles, renuentes y desconfiados hacia él, pues temen que guarde intenciones ocultas.

³³² Traven, B. *La rebelión de los colgados*, Selector, México, 2012, pp. 158-160.

Yo no vengo a ver por "La Brisa", sino por los indios. Vengo a enseñarles a leer y escribir para que puedan defender lo suyo. Para que no se repitan ya crímenes como el de Rendón. [...] Yo vengo a enseñarles sus derechos. Cuando tú seas hombre, podrás defenderte. Si te quedas como estás, te pasará lo mismo que tus gentes. [...] Diles que no me manda el gobierno. –Se irguió, frente a Benito, insuflando dignidad y rebeldía–. Estoy aquí porque lo solicitó don Melquiades. Diles que vengo a enseñarles el modo de ser libres de veras.

...ustedes necesitan aprender a defenderse. ¡Háganlo por los niños, hombre! ¿Qué van a hacer esas criaturas cuando tengan unos años más? ¿Peones también? ¿Carne de cañón, como ustedes? ¿Hambrientos, como hasta aquí han vivido? ¡Aprendan y defiéndanse de los poderosos con armas iguales! [...] Yo no soy uno de sus verdugos –les decía, desesperado, argumentando en vano–. ¿Por qué me huyen? Soy un pobre como ustedes. Me pagan dos pesos y duermo en el suelo. Tengo sangre de indios, también, y quiero que los de mi raza no sufran. Por la escuela llegarán a ser dueños de lo que legítimamente les corresponde...; sus tierras, sobre todo, que ustedes no han podido defender.³³³

En ambos ejemplos se describe a maestros que, de una u otra forma, tratan de mejorar las condiciones de vida de las clases bajas comprometiéndose con su causa, aun ante la renuencia y desconfianza de estas. Y si bien no se puede hablar de ellos como teóricos o ideólogos de la Revolución, resulta notable su compromiso con el cambio social y sus arengas para tratar que los indios se den cuenta de la opresión en la que viven inmersos, incitándolos a luchar por tratar de reivindicar sus derechos. No obstante, cuando se trata de hablar sobre los grupos de intelectuales que apoyaron a las causas revolucionarias, es necesario hacerlo también de los aventureros extranjeros con diversos conocimientos que estuvieron de lado de alguna de las facciones en disputa.

Quizá los más reconocidos voluntarios extranjeros hayan sido los médicos y los estrategas militares. En el cuento *Una medicina efectiva* de B. Traven, por ejemplo, se narran las desventuras de uno de estos médicos extranjeros, que ayudaron en más de una ocasión a los revolucionarios curándolos de sus heridas. En dicho cuento, el autor se sirve de un indio para narrar cómo se dio esta ayuda y cómo el indio trata de chantajear al médico haciéndole saber que, aunque él conoce los servicios que ha prestado a los revolucionarios y podría decírselo a los federales, no lo dirá pues él no traicionaría a nadie que le hiciese un favor.

Usted tiene todo el poder del mundo. Nosotros lo sabemos muy bien. Usted puede sacar con un gancho de alambre las balas de los cuerpos de los rebeldes muertos por los federales, y revivirlos. Yo hablo de esos revolucionarios a quienes les llenan la barriga y las piernas de balas. Su Mercé sabe lo que quiero decir, no se haga guaje. A los federales

³³³ Magdaleno, Mauricio. *El resplandor*, LECTORUM, México, 2010, p. 290-292.

les gustaría saber quién es el gringo le ayuda a los bandidos heridos, pero yo no traiciono a nadie; allá los federales que lo averigüen.³³⁴

Contrarios a los maestros e intelectuales puestos al servicio de la Revolución y de las clases bajas, eran aquellos personajes denominados logreros. Se trataba de intelectuales que sirvieron al poder o a ciertos intereses ajenos a las masas, con el único fin de alcanzar una posición política privilegiada o mejorar su estatus social o económico. En la novela *El resplandor* de Mauricio Magdaleno, se describe a uno de estos personajes cuando, ante la construcción de una carretera realizada únicamente para beneficio de la hacienda del gobernador, éste encarga a un intelectualoide, vividor y logrero, redactar un discurso que llene de loas los logros de su administración y haga referencia a los beneficios alcanzados por la Revolución representada en su gobierno.

Oliva Arroyo, habló a nombre de San Andrés de la Cal y exhortó a los campesinos de la región a respaldar los postulados de la revolución social que magníficamente encarnaba Saturnino Herrera, el idealista, el incorruptible, el padre de los pobres. [...] anunciando al vecindario que estaban cumplidas sus justas aspiraciones y que en San Andrés de la cal – nombre hueco y vil, recuerdo de un pretérito de iniquidad y de maldad, afirmó, al respecto, Oliva Arroyo– habría un futuro esplendoroso bajo la advocación de Saturnino Herrera su hijo epónimo...³³⁵

Esta actitud servil de algunos de los intelectuales, contrasta notoriamente con el idealismo, precursor del indigenismo institucional posrevolucionario, con el que se representa a los maestros durante la Revolución. Un ejemplo de este idealismo y de estas ideas precursoras del indigenismo puede leerse en la novela de Gregorio López y Fuentes *El indio*. El caso se presenta cuando el primer maestro que llega a la escuela destinada a atender a las comunidades rurales e indígenas, se da cuenta de las diferencias culturales entre indios y mestizos, por lo que sugiere al gobierno la incorporación a la planta académica de un maestro que hable la lengua de los indios. Sin embargo, argumentando la falta de recursos, el gobierno niega esta petición, aduciendo que con el tiempo los indios aprenderán por sí solos el idioma español.

El primer maestro que llegó a hacerse cargo de la escuela fue un joven originario de una población comarcana, quien, ante la imposibilidad de trasladarse a la metrópoli para continuar sus estudios y hacer una carrera, se había resignado con la modestia del magisterio rural. [...] De diversos rumbos, por distintos caminos y veredas, muy de mañana, convergían al lugar en que se hallaba la escuela todos los niños campesinos: los pobres, a pie; los hijos de los ricos, en burro.

³³⁴ Traven, B. *Canasta de cuentos mexicanos*, Grupo Editorial Sayrols, México, 1987, p. 169.

³³⁵ Magdaleno, Mauricio. *El resplandor*, LECTORUM, México, 2010, p. 302.

El maestro se dio cuenta, desde luego, de que, para desarrollar un programa efectivo, era necesario hacer dos grupos: uno, formado por los niños que hablaban español, hijos de los mestizos y de los blancos; y otro, integrado por los hijos de los naturales, quienes hablaban tan sólo su propia lengua. Así lo indicó a las autoridades en cuanto fue al pueblo, no sin explicar hasta el cansancio que para los indígenas era urgente la designación del maestro que hablara la lengua de ellos. Pero las autoridades opusieron la falta de recursos, la penuria del erario local y, luego, que los hijos de los naturales ya aprenderían el español.³³⁶

En la misma obra, siguiendo el marcado tono indigenista que caracteriza al autor, se presenta a otro profesor que trata de explicar al secretario del gobierno, la razón a la cual se debe el aparente distanciamiento entre indios, blancos y mestizos. Ante la mala acogida de sus explicaciones por parte de las autoridades y los argumentos racistas que el secretario esgrime como respuesta, el maestro le expone, que la mayoría de los males del indio se deben en gran medida a la culpa de los blancos y al abandono que estos grupos han sufrido por parte de las autoridades, razón que los hace estar separados entre ellos, pero unidos en contra de los blancos.

El profesor, sin darse por vencido, comenzó argumentar.

—El aislamiento en que se hallan por la inmensidad territorial, por la falta de vías de comunicación o por la imposibilidad de conservar lazos que destruyeron la ignorancia y la servidumbre, no implica la destrucción racial. La raza, con sus tradiciones, tal vez desvirtuadas, con sus rasgos fisonómicos, con sus costumbres y con su espíritu, aunque un mucho debilitado por la servidumbre y el tutelaje explotador, existe y sólo le falta que se la redima. [...] nosotros nos hemos encargado de sembrar la discordia. Ha sido la política, muchas veces no premeditada, la que ha impedido ese entendimiento que muchas veces se ha anunciado con una lucha de castas. Por eso andamos aquí. Y si usted quiere convencerse, señor secretario, pregunte en cualquiera rancharía por los fugitivos y verá si alguien le da razón. Entre sí, podrán estar divididos, pero ante nosotros siempre estarán juntos.³³⁷

Estos son sólo algunos ejemplos en los que se ha retratado el papel de intelectuales y maestros durante la Revolución. Por supuesto, no son los únicos, ya que en otras obras como *La negra Angustias* de Rojas González, sólo por mencionar un ejemplo, se retrata también a intelectuales y maestros logreros, que vieron en la Revolución y los alzados, una buena oportunidad para mejorar sus condiciones de vida a costa de las clases bajas, aun sin empuñar un arma.

³³⁶ López y Fuentes, Gregorio. *El indio*, Editorial Porrúa, México, 2008, p. 110.

³³⁷ Ídem. p. 32-33.

Además, este apartado nos muestra que, a diferencia de lo que comúnmente se cree, sí hubo una ideología clara durante la Revolución y un grupo social que marcara la dirección de la misma. No obstante, el que todos los intelectuales activos en la Revolución mexicana tendieran más a luchar entre ellos mismos que a unificarse en un solo grupo o dirigente revolucionario, como menciona James Cockcroft, causó en parte que los seguidores obreros y campesinos de la Revolución acabaran por luchar unos contra otros, en lugar de unirse en torno a objetivos comunes.³³⁸

4.5 Desencanto.

Al final de las obras que conforman el grueso de la narrativa aquí analizada,³³⁹ se puede apreciar un claro sentimiento de desencanto con el resultado de la Revolución y las consecuencias que esta trajo para algunos de sus participantes, específicamente, para los indios.

Este desencanto plasmado en las obras literarias se debió principalmente a que, como menciona Pérez Montfort, durante y después de iniciada la década de los veinte, los indígenas fueron motivo de estudio, tema de discusión, referencia política y cultural, pero también fueron muestra clara de la división social y de la injusta distribución de la riqueza que padecía el país, después de una revolución que pretendía acabar con dicho padecimiento. Y aun cuando se busco mitigar esta situación, una serie de políticas contradictorias pretendieron revalorar al indígena prehispánico, mientras el olvido y la miseria fueron la constante en la vida de los indios contemporáneos.³⁴⁰

El desencanto mostrado por los indios sobre los resultados de la Revolución en general, fue multifactorial como se verá a continuación. Dentro de sus causas principales, se encuentra el manejo que ciertos personajes hicieron tanto de la Revolución, cómo de las masas que la apoyaban, en su propio beneficio. Un ejemplo que muestra de manera puntual este tipo fenómeno, puede apreciarse en el cuento de Francisco Rojas González *La venganza de "Carlos Mango"*. En este fragmento se retrata a uno de tantos logreros revolucionarios que, al triunfo de

³³⁸ Cockcroft, James D. *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana*, Siglo XXI, México, 2010, p. 215.

³³⁹ A excepción de algunos cuentos que narran o describen algún hecho, anécdota o suceso en específico.

³⁴⁰ Pérez Montfort, Ricardo. *Estampas de nacionalismo popular mexicano*, CIESAS, México, 2003, p. 181.

la revolución, buscaba aprovecharse de sus postulados de transformación social y de las masas empobrecidas, representadas aquí por un pueblo de indios mazahuas.

L'otro año se le metió al endino quesque ser deputao; entonces si nos traiba a los mazahuas muy consentiditos. Que Tanilo Santos pua'qui, que Tanilo Santos pua'ca... Yo, buen baboso, le arrime harta gente... ¡Millones, pa'que's más que la verdá! Había que ver esa plaza de Atlacomulco llena de burros y cristianos... Mucho pulque, buena barbacoa, hartas tortillotas de maíz pinto. Camiones y carretas a los pueblos pa'carriar a la raza; nos embriagó bonito y nos dio de tragar hasta que se nos hizo bueno, lo que sea hay que decirse... Pero ahí nomás que le sale otro candidato, a ése le decían el PRI, y nadien en todo el plan lo conocía... Pero de todas maneras a don Donatito ni los güesos le tronaron. Luego que pasó la cosa, don Donatito echaba lumbré por las orejas –¡viera usted nomás!– Y lleno de muina nos mandó en ríalada. Ganamos a pata pa los ranchos... En el mero Cerrito Quemado nos agarró un aguacero que pa que le cuento a usted... y desde entonces don Donatito ni se acuerda de sus majes, si no es para trasquilar la borregada... Dice que la Revolución y que la Revolución y que el pobretariado nacional quesque el sinarquismo, y al son de su argüende no sabe más que atornillarnos por onde puede... Ahí'sta lo que pasó en Tlacotépé... Don Donatito se les metió al rancho de Endhó, sacó a los inditos quesque p'hacer colonos a los ricos del pueblo... Claro que él se echó al pico los potreros mejorcitos, al son de qu'es amigo de los probes, de esos probes que andan pidiendo limosna ahoy en el mercado de Tlacotépé, nomás por culpa de don Donatito...

"Pero pior les pasó a los de Orocutín... Don Donatito andaba apasionado de una tórtola chula, pero que no le daba d'alazo al viejo, como luego dicen... Pos ahí tiene usted que una noche apareció por el rancho de Maguey Blanco, onde dormía la güilota, y cargó con ella... Entonces dejó malherida a Jelipa Reyes, la madre, y amarró a Ruperto Lucas, el padre, después de jincarle una santa cueriza...

"A los seis meses volvió la tórtola a Maguey Blanco, ansina de panzona... La mandó a pata y sin más bastimento que'l que llevaba adentro...

"Total, que por sus malas mañas, don Donatito Becerra es el hombre más rico del pueblo... ¿Y qué er'antes? Pos triste jicarero de la casilla de mi compagrino Matías Lobato."³⁴¹

Otra de las causas que motivo el desencanto entre las poblaciones indígenas fue, sin duda, la cuestión agraria. Como menciona Leticia Reyna: “La Revolución mexicana y la transformación de la estructura agraria instrumentada en los primeros decenios del siglo XX no acabaron con las motivaciones por las cuales los indígenas y campesinos se mantuvieron en constante rebeldía a lo largo del siglo XIX. El nuevo Estado posrevolucionario tampoco logró resolver los viejos problemas de la población rural.”³⁴²

³⁴¹ Millán, María del Carmen. *Antología de cuentos mexicanos 1*, Nueva Imagen, México, 2006, p. 73-74.

³⁴² Reyna, Leticia. *Indio, campesino y nación en el siglo XX mexicano*, Siglo XXI, México, 2011, p. 52.

Los viejos problemas del campo y de la población rural que no se resolvieron y apenas consiguieron vislumbrar el esbozo de una tenue solución. No se limitaron sólo a una constante activación del reparto agrario o a la restitución de sus tierras. Otros problemas, entre los que se encontraban la continuación disfrazada de los sistemas de peonaje y las tiendas de raya, serían ampliamente relatados en obras como *El resplandor* de Mauricio Magdaleno. Quizá uno de los ejemplos más claros sobre esto se presentó cuando, ante la sentencia del capataz de la hacienda, un comerciante reflexionaba sobre el cambio de sistema que trajo consigo la Revolución, mismo que, a final de cuentas, dio como resultado la misma explotación.

–Desde ahora todo el que trabaje tendrá sus tres litros de baba.³⁴³

Hasta don Melquiades Esparza, que fue a catar el primer producto del tinacal, hubo de preguntarse si volvían los tiempos de los Fuentes. Faltaba nada más la tienda de raya, disfrazada de cooperativa y de la comunidad agraria, y las rayas mismas, que a buen seguro no serían más generosas que las de los antiguos amos.³⁴⁴

Por su parte Gregorio López y Fuentes en *El indio*, relata con más detalle los problemas que subsistieron después de la Revolución para la población rural indígena. En su obra puede verse claramente cómo, aun con el triunfo revolucionario y la instauración de las reformas sociales, persistían una infinidad de males que pesaban sobre su espalda, oprimiendo y sometiendo a los indios ante unas autoridades encargadas de llevar a cabo y consolidar una Revolución que no les haría justicia. El sometimiento a las autoridades, la falta de apoyos para el campo, sin mencionar el viejo y ancestral temor racial, son sólo algunos de los problemas que los indios describen a un joven maestro con la esperanza de que él, por fin, pueda ayudarlos.

El maestro, al ordenar sus programas de enseñanza, pensaba, más bien, en ordenar sus programas sociales. Sus hermanos le confesaron que subsistía para ellos la contribución personal, abolida legalmente: luego era necesario denunciar el hecho, aún a costa echarse la enemistad de las autoridades del pueblo. Le dijeron que las tierras recibidas no habían mejorado para nada su situación económica, tanto por la falta de recursos para cultivarlas debidamente, como por la falta de tiempo en vista de las exigencias de las autoridades: luego había que gestionar subsidios para hacer frente a los trabajos, refacciones para que el agricultor indígena no cayera en manos de quienes compran los productos en la mata, herramientas e instructores para abandonar los viejos procedimientos agrícolas. Le habían dicho que muchas veces tenían que regalar sus productos porque, debido a la falta de medios de transporte, no podían venderlos: luego, era necesaria una vía de comunicación, pero no como la que tendieron en el valle para unir quién sabe qué lejanos lugares, por donde va el indígena a pie, envuelto en el polvo que levantan los

³⁴³ Por “baba”, se busca hacer referencia al pulque.

³⁴⁴ Magdaleno, Mauricio. *El resplandor*, LECTORUM, México, 2010, p. 217.

carruajes, sino un camino que fuera la salida de las tribus, aisladas por el viejo temor racial...³⁴⁵

Como se ha visto, una de las consecuencias de la interacción y del sometimiento de los indios por otros grupos poblacionales, fue la desconfianza que se generó entre éstos. En *El resplandor* de Mauricio Magdaleno, se menciona cómo, ante los abusos sufridos a lo largo de su historia, los indios sienten desconfianza de cualquier iniciativa que busque su mejora, muy particularmente si esta viene impulsada por los hacendados y capataces. Incluso, en este caso en particular, se muestra cómo se desconfía de la educación misma, al ser esta impulsada por el administrador de la hacienda.

–He mandado traer de Pachuca a un maestro para que les enseñe a leer y escribir. Vamos a levantar la escuela junto a la troje grande. Traiganme sus chamacos.

No dijeron que sí ni que no; pero, guaridas adentro, corrió un temblor de susurros hostiles. Las viejas estaban excitadas y no pusieron freno a las lenguas.

–Ahora nos quieren quitar a nuestros muchachos, como nos han quitado todo.

–Les cambiarán el alma y les enseñarán a odiarnos.

No se esperaba, en verdad, don Melquiades una reacción tan desfavorable a su propósito alfabético. Se rascó la cabeza y confesó a doña Jovita: –Esto se pone difícil, hija. Los indios nos odian a todos y no aceptan nada que provenga de nosotros.³⁴⁶

De acuerdo con Alan Knight, al terminar la Revolución: “el cambio social informal sin plan ni legislación fue más importante que el formal”³⁴⁷. Quizá esta fue una de las mayores causas de descontento por parte de los indios, quienes al esperar que el cambio social que se les había prometido –mayor autonomía para sus comunidades y un respeto irrestricto a sus tradiciones– se realizara de una manera formal, sólo obtuvieron largas y diversos planes de incorporación que lejos respetar sus tradiciones, buscaban erradicar parte de sus culturas con el fin de integrarlos de manera homogénea a la nueva “gran familia mexicana”. Un ejemplo de esto puede apreciarse en la novela de Miguel Ángel Menéndez *Nayar*, cuando al cumplir una tradición y mandato de su pueblo, que implicaban el dictar y ejercer el castigo a un presunto culpable de un crimen, un jefe cora es apresado y juzgado por la justicia secular sin tomar en cuenta sus tradiciones. Ante esto, el autor expone el desencanto de los indios ante la

³⁴⁵ López y Fuentes, Gregorio. *El indio*, Editorial Porrúa, México, 2008, p. 115.

³⁴⁶ Magdaleno, Mauricio. *El resplandor...*, Óp. Cit. p. 288.

³⁴⁷ Knight, Alan. *La Revolución Mexicana...*, Óp. Cit. p. 1321.

intervención de los blancos y mestizos en una cultura que no han comprendido ni se han esforzado en entender.

...Gervasio permanece indiferente tras la reja. No quiere hablar. No le interesa ni le da su regalada gana. Quizá comprenda al fin que su tradición está en choque con la cultura de sus conquistadores, que es inútil explicar sus amarguras porque nadie las entendería. En su propia carne siente a su raza vencida una vez más. Claro que podría decir:

—No soy culpable. Cumplí con mi tradición; obedecí a mi pueblo, a mi pueblo ignorante y conquistado...

Pero no lo dice. Orgullosamente vuelve sus espaldas al mestizo que interroga, que interroga que se contesta solo y que sonrío.³⁴⁸

La muestra más clara del descontento hacia los resultados de la Revolución por parte de los indios, es la que ofrece en su cuento *La juida*, uno de los intelectuales que buscó la integración y apoyo de diversos sectores populares a las fuerzas carrancistas. Me refiero a Gerardo Murillo, el *Dr. Atl*. Este ejemplo quizá resulte el más impactante de todos, ya que en él, Murillo, muestra su desencanto ante los frutos de la Revolución por medio de un indio, que hace ver con claridad, la realidad tras la bola a un grupo de soldados que quedan impactados ante el descubrimiento.

El indio quitó la olla del fuego y mientras agitaba el café, dijo con el tono de la más profunda amargura:

— ¿Y todo pa' qué? Tanto correr y tanto susto y tanta hambre ¿Pa' qué? ¡Pa' que mi coronel si ande pasiendo en automóvil con una vieja que dice qu'es su mujer!

Removió las brasas con el mismo palo con que había meneado el café, y la luz viva de la hoguera iluminó nuestros rostros con una extraña claridad.³⁴⁹

Por lo visto hasta aquí, resulta claro que la Revolución Mexicana estuvo muy lejos de ser una revolución social. Ya que como menciona Arnaldo Córdova: “Una revolución social no se limita a abolir los privilegios de un sistema dado de relaciones de propiedad y tanto menos a la sustitución de un poder político por otro. Una verdadera revolución social comienza con la toma del poder político y se realiza como tal aboliendo el sistema de propiedad preexistente e instaurando uno nuevo.”³⁵⁰ Por supuesto, esto no paso tras comenzar a institucionalizarse el triunfo de una facción después algunos años de encarnizada lucha. Lo que si pasó, en opinión de James Cockcroft, fue que en 1917 surgieron los primeros resultados claramente

³⁴⁸ Menéndez, Miguel Ángel. *Nayar*, Editorial Porrúa, México, 1991, p. 266.

³⁴⁹ Leal, Luis. *Cuentos de la Revolución*, UNAM, México, 2010, p. 13.

³⁵⁰ Córdova, Arnaldo. *La ideología de la Revolución Mexicana*, Ediciones Era, México, 1973, p. 32.

reconocibles de la Revolución Mexicana. Estos resultados fueron: “un campesinado vencido, un movimiento laboral inválido y dependiente, una burguesía sangrante pero victoriosa, y para un pueblo mexicano dividido, un triunfo de papel: la Constitución de 1917.”³⁵¹

A más de cien años de iniciado el proceso revolucionario, el desencanto por los resultados que arrojó la bola sobre las poblaciones indígenas parece más que justificado. No hay más respeto ni autonomía a sus tradiciones y su cultura, el despojo del que fueron víctimas desde la colonia no fue solucionado por el escaso reparto agrario y los sistemas de peonaje, las tiendas de raya y la explotación patronal sólo evolucionaron con el paso del tiempo.

La historia de la participación de los pueblos indios durante la Revolución parece estar olvidada, o por lo menos relegada a un segundo plano debido a la escasez de fuentes para reconstruirla. No obstante, la narrativa de la Revolución, aunque no de propia boca o mano de los indios, si parece darnos una perspectiva, al menos de manera general, de su participación en este decisivo proceso de la historia de México durante el siglo XX.

³⁵¹ Cockcroft, James D. *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana*, Siglo XXI, México, 2010, p. 217.

REFLEXIONES FINALES

I. La Revolución y sus consecuencias ante los ojos del autor.

Parte de la riqueza que ofrecen las obras literarias como fuente para la historia, radica en la propia subjetividad de que están imbuidas. Al analizar varias obras que tratan sobre un mismo tema pero que cuentan distintas anécdotas, se pueden reconocer ciertos puntos de encuentro entre sus autores, aunque cada uno mantenga su particular punto de vista sobre el hecho o suceso que se narra. Este es el caso de la Revolución y de sus consecuencias.

El tema general que muestran estas obras es la Revolución, su punto de encuentro la participación de los indios en ella y su particularidad, la forma en que los autores retratan, narran o describen este fenómeno. Por lo tanto, aunque se hable de un mismo fenómeno, la forma en que se llevó a cabo y las consecuencias que trajo ante los ojos de los autores, son algo único en cada obra. Aunque no puede olvidarse, como se mencionó al principio, que la particular forma de entender e interpretar la Revolución y sus resultados, depende de múltiples factores entre los que se encuentran la ideología, educación y estatus social del autor.

Gregorio López y Fuentes, un maestro vinculado a la lucha para defender la soberanía nacional en contra de la invasión norteamericana y a las huestes carrancistas durante la Revolución; muestra en su novela *El indio*, una reflexión en torno del uso indiscriminado que políticos, líderes y autoridades hicieron de campesinos e indios al final de la Revolución. En este pasaje de su obra, el autor critica a las políticas y los políticos quienes sólo vieron en los indios a un rebaño que podía ser arreado para rellenar actos y mostrar la fuerza de uno u otro líder o candidato siempre en beneficio de ellos mismos. Es decir, sólo se buscó usar a los indios como moneda de cambio para obtener ciertos beneficios políticos que a ellos en nada beneficiaban.

La política, relegando a un segundo término la idea esencial de dotar de tierras a las mayorías como medio de lograr su mejoramiento económico. Largos cordones de trabajadores, indígenas y mestizos, recorriendo los caminos, llevados y traídos por los líderes, para hacer presente sus fuerzas ante los políticos superiores.

Todo un escalonamiento de intereses: ir y venir de los campesinos para celebrar las juntas precursoras de las elecciones generales; peregrinaciones de campesinos en apoyo del candidato a gobernador; abandono de los campos, sólo para ir a la cabecera del distrito donde es necesario hacer un gran recibimiento al candidato a diputado;

concentraciones para defender la causa del presidente municipal; grupos simpatizadores de un regidor; comisiones para pedir otro delegado ejidal; viaje para que no sea quitado el juez de la congregación... Y, tras los campesinos, los líderes arreando el rebaño.³⁵²

Hablando de lo que significó y representó la Revolución para los otomíes en la novela *El indio* de López y Fuentes, la crítica Marta Portal menciona que para ellos apenas fue: “un trasiego de guerrillas que saquean y comunican un estado de cambio, «allá, tras lomita», que apenas afectará al indio.”³⁵³

Lo interesante de esta obra es que acerca al lector a dos tipos de conclusiones sobre lo que significó la Revolución en la vida de los indios. Por una parte se plantea que la Revolución significó el abandono del campo y de sus tierras como medio y modo de subsistencia. Esto incrementaría a la postre, la profunda crisis del campo mexicano y la pobreza de los pueblos indígenas. Para quienes no participaron en ella, la Revolución sólo los afectaría de manera indirecta pues al final de cuentas, el cambio que se suscitó, no contribuyó en nada a mejorar sus condiciones de vida o a mitigar la desconfianza que sentían hacia el resto de la población debido a la larga cadena de agravios en su contra.

Uno de los autores más citados en este estudio, B. Traven, un apátrida anarquista con una clara y firme ideología política, muestra mediante uno de sus relatos titulado *Corresponsal extranjero*, cuáles eran los sucesos que más interesaba plasmar a la prensa extranjera con respecto a Revolución. Traven muestra cómo era lo que se vivía dentro de los bandos revolucionarios para alguien que había sido testigo presencial y hasta prisionero de alguno de ellos.

"Mándeme reportaje sangriento, bien jugoso, al rojo vivo y si es posible referente a algún episodio en el que el matasiete Pancho Villa tenga el papel principal. Pero tiene que ser sensacional, candente, incendiario."

Esto me cayó bien, pues ya varias veces había sido prisionero de guerra de Villa y en tres ocasiones hasta se me había advertido que se darían órdenes de que fuese fusilado a la mañana siguiente, si persistía en ser un "entrometido, importuno e indeseable, y además por andar husmeando en lo que no me importaba". Sin embargo, nunca había presenciado episodio alguno con mucha sangre, al menos la bastante como para complacer al sediento editor.³⁵⁴

³⁵² López y Fuentes, Gregorio. *El indio*, Editorial Porrúa, México, 2008, p. 122.

³⁵³ Portal, Marta. *Proceso narrativo de la Revolución Mexicana*, ESPASA-CALPE, Madrid, 1980, p. 171.

³⁵⁴ Traven, B. *Canasta de cuentos mexicanos*, Grupo Editorial Sayrols, México, 1987, p. 206.

En uno de los relatos más citados aquí, *La rebelión de los colgados*, puede apreciarse cómo Traven va exponiendo de forma gradual sus puntos de vista sobre la Revolución, la situación de los indios y su levantamiento, así como de la situación general del país al momento en que se produjo la revuelta. En el fragmento que se presenta a continuación, Traven, como narrador omnisciente, plasma una de estas impresiones personales sobre el actuar de los indios y su falta de estrategia en batalla. Esta contrasta con la fe ciega que tienen en la Revolución como fuerza renovadora de todo lo malo.

Pero ni siquiera habían pensado en planear el ataque a la administración. Confiaban en la fuerza activa de la revolución, que cuando no es desvirtuada por los políticos jamás pierde su impulso renovador. [...]

Lo que ocurría en las monterías, como lo que ocurría en todos lados, no era crimen imputable a los muchachos, sino a aquellos que habían creado las condiciones en que los hechos se desarrollaban. Cada golpe dado a un ser humano resuena en el cristal del poder que ha ordenado ese golpe. ¡Desventurado el que olvida un golpe recibido! ¡Tres veces desventurados quienes rehuyendo la lucha no vuelven golpe por golpe!³⁵⁵

Posteriormente, en la misma obra, el autor toma partido por la causa de los indios y, al tiempo que hace un balance sobre la situación del país y critica al sistema que ha llevado a las masas a levantarse, justifica la violencia y la barbarie producida durante la Revolución, ejercida en ese momento por los indios, asegurando que:

No debía culparse a los rebeldes por sus ideas de muerte y destrucción. Jamás se les había dado libertad de expresión y toda posibilidad de comunicación y de consulta les había sido negada. Nunca alguien se había aproximado a ellos para hablarles de economía o de política. No había periódico que se atreviera a criticar los actos del dictador, ni a los trabajadores llegaba nunca libro alguno que pudiera darles una idea de cómo mejorar su situación sin recurrir a la destrucción y a la matanza.

Los que no pertenecían al grupo del dictador debían escuchar y callar. Los obreros, los campesinos, las gentes humildes se hallaban privadas de todo derecho y tenían un solo deber: obedecer. La obediencia les era inculcada a fuerza de fuetazos y llegaba a formárseles una segunda naturaleza. En dondequiera que los derechos se encuentren sólo en manos de unos cuantos y las obligaciones pesen sobre la masa a la que no le sea dado ni levantar la voz para criticar acabará por reinar el caos inevitablemente.

No era sólo el dictador el que decretaba. Los grandes industriales, los banqueros, los señores feudales, los terratenientes tenían determinados deberes para asegurar la dominación del dictador. Pero esos grandes personajes tenían algunas veces algo que decretar y no lo hacían por sí mismos, sino que obligaban al caudillo, al dictador, a

³⁵⁵ Traven, B. *La rebelión de los colgados*, Selector, México, 2012, pp. 218-222.

decretar lo que les venía en gana. De esa manera podían encadenar al pueblo apoyando sus actos en las leyes. De haber decidido por sí mismos, el pueblo se habría enterado de que la única función del caudillo era llenar los bolsillos de los poderosos, en tanto que dictando al dictador lo que debía decretar, los decretos de éste se decían expedidos en interés del Estado, y era así como muchos patriotas cándidos y sinceros eran engañados.

Si los muchachos hubieran propuesto a los patrones discutir sus diferencias pacíficamente, estos les habrían dado su respuesta envuelta en plomo, pues el solo hecho de que un asalariado propusiera el examen y la discusión de su situación era considerado ya como un crimen contra el Estado. Y un crimen también era el de permitir a los trabajadores hacer cualquier proposición. El único derecho de los trabajadores era el de trabajar duro y obedecer. Eso era todo. Lo demás era cosa del dictador y de su camarilla, a quienes pertenecía por entero el derecho de mandar y de criticar.

Así, pues, no era salvajismo el que impulsaba a los indios al asesinato. Sus hechos no podían ser tomados como pruebas de crueldad porque sus adversarios, sus opresores, eran cien veces más salvajes y más crueles cuando de salvaguardar sus intereses se trataba.³⁵⁶

Finalmente, el autor teoriza sobre la revolución y los verdaderos revolucionarios.

—Los revolucionarios que necesitan les expliquen los motivos por los que han de rebelarse son todo menos revolucionarios. La verdadera revolución, la que es capaz de cambiar los sistemas, se encuentra en el corazón de los verdaderos revolucionarios. El revolucionario sincero nunca piensa en el beneficio personal que la rebelión le reportará. El sólo quiere derribar el sistema social bajo el que sufre y ve sufrir a los demás. Y por destruirlo y ver realizadas las ideas que considera justas se sacrifica y muere.³⁵⁷

La Revolución que ve y retrata Traven, es la Revolución idealista, en la cual las clases bajas se encaminan a cumplir el sueño libertario y, para lograrlo, están dispuestas a correr cualquier riesgo y a aceptar cualquier tipo de consecuencia. La pasión desmedida, los saqueos, las venganzas y la violencia en contra del estado y sus opresores, están justificadas si llevan a la destrucción del régimen que oprime y sofoca a los pobres, en este caso, representados con los indios.

La Revolución que retratan los otros tres autores más citados en este trabajo, Rojas González, Miguel N. Lira y Mauricio Magdaleno, es una Revolución que se distingue por ser la que hicieron los pobres pero que disfrutaban los logreros. En *La negra Angustias* de Rojas González, por ejemplo, quien disfruta de los triunfos y prerrogativas obtenidos por *Angustias*,

³⁵⁶ Ídem. pp. 253-255.

³⁵⁷ Ídem. p. 314.

es el joven maestro que ésta se consigue por marido, quien, además de ser parte de la vieja aristocracia porfiriana, jamás disparó una bala ni participó en beneficio de su causa.

La Revolución que nos muestra Lira en *La escondida*, es la que institucionalizaron los caudillos anteponiendo sus intereses a los del pueblo, olvidando a estos últimos, justo quienes los llevaron al triunfo. Magdaleno por su parte, retrata en *El resplandor* cómo un grupo de logreros, entre los que destaca un mestizo que se crió entre los indios que ahora explota, se sigue sirviendo de ellos, enriqueciéndose a sus expensas, por medio del despojo de sus tierras y la explotación de su trabajo.

Como puede verse, la Revolución y los indios como tema general y punto de encuentro respectivamente, son abordados de manera similar por varios autores. Al momento de retratar las consecuencias que trajo la bola para ellos, es justo cuando aparecen las diferencias y el toque personal, basado en la afinidad y en la forma de ver y entender la participación de los indios durante el conflicto por cada uno de ellos.

II. Los indios que el autor retrata.

Las descripciones físicas de los distintos pueblos indios que realizaron los autores en sus obras, forman parte de la manera en que dichos autores vieron y describieron la Revolución desde su particular punto de vista. Por supuesto, las formas de retratar a cada pueblo o grupo étnico dependieron en gran medida de las particularidades de cada uno de ellos, aunque también se sirvieron de ciertos rasgos físicos generales, atribuidos a todos los pueblos indios. Tal es el caso de la pigmentación de la piel, el tipo de cabello, el color de ojos o la complejión corporal, sólo por mencionar algunos. Es importante señalar también que la generalización de éste tipo de rasgos, contribuiría de manera notable a reforzar el ya de por sí insistente estereotipo en el que se encasillaba a todos los grupos indígenas del país, incluyéndolos como parte de una gran masa amorfa e indiferenciada, como si de un mismo pueblo o persona se tratase.

Las descripciones realizadas por los autores estuvieron además fuertemente imbuidas de representaciones que buscaban asignar un carácter simbólico a cada rasgo del cuerpo de los

indios, con el fin poder ahondar en su psique y poder describir así, de manera más precisa, su carácter y afinidades.

En la novela *El resplandor* de Mauricio Magdaleno, por ejemplo, el autor usa como recurso narrativo la retrato de los rasgos físicos de sus personajes, para describir a los indios en el contexto de su propia historia, misma que narra dando su punto de vista sobre las adversidades y vicisitudes que los otomíes han tenido que enfrentar con el fin de poder sobrevivir en un medio que les ha sido adverso.

Caras Cobrizas, color de rastrojo seco, en las que el dolor no llega nunca a estallar en gesto ni siquiera en rictus. Oscuros ojos refulgentes de las mujeres, que sufren y no reclaman nada, a veces inocentes como los de las bestias y otras emboscados y recelosos. Bocas de gruesos labios estriados por los vientos áridos y punzadores como la gleba de las eras sacudidas por la tolvanera; raídos bigotes de guías hirsutas, pelambres lustrosos e indóciles como la flora del cactáceo que adorna con adorno angustioso el páramo; voces suaves en que se dice el amor, la querella pasional, el odio y la charla trivial de las noches de los agostaderos. La servidumbre secular ajoba de misterio las palabras y la voz se torna susurro y sumisión al destino inexorable. En el remoto ayer las hordas sintieron el peso aplastante de la cruel explotación del blanco, y desde entonces, a través de tantos años como los luceros de las noches de San Andrés, no ignoran que es inútil rebelarse. Ojos que han agotado el llanto, voces confidenciales y mustias, indiferencia que es como la ceniza que cubre un leño hecho ascuas. La vida se anuncia en el vientre de las mujeres sin un espasmo de tortura y la muerte es un incidente que sorprende a los jóvenes y a los viejos sin malograr una faena o interrumpir un caudaloso acceso de energía. La energía, en la tierra del otomí, se reconcentra en longevidad y en monstruoso mimetismo con el mineral y el cacto. [...] El otomí sólo sabe que su muerte será menos sentida que la de la mula o el buey que dan el sustento la familia. Los ojos columbran las distancias y las bocas callan. El cura los abandonaba, Dios los abandonaba, como decía don Melquiades... ¡Ya se acostumbrarían, también, a pasársela sin ellos!³⁵⁸

Otro recurso que puede apreciarse en la descripción de Magdaleno es la analogía hombre-animal o la relación simbólica que el autor trata de establecer al comparar ciertos rasgos de los indios con los de los elementos de la naturaleza del lugar en el que habitan. Este recurso descriptivo resulta de suma importancia pues de él se servirán también otros autores. Lo que se pretende señalar, es que el uso de esta estrategia para describir a los personajes fue sumamente popular entre quienes cultivaron la narrativa de la Revolución.

Una muestra de este tipo de analogías, como recurso literario para describir a los indios, puede apreciarse en fragmentos de la novela *El indio* de Gregorio López y Fuentes. En ellos, el

³⁵⁸ Magdaleno, Mauricio. *El resplandor*, LECTORUM, México, 2010, pp. 23-24.

autor retrata a un anciano náhuatl sirviéndose de una analogía sobre las características físicas de los perros que habitan en su ranchería, para establecer que éstos son reflejos fieles de sus dueños.

Abrió la puerta un anciano de cabeza completamente blanca y de cara completamente imberbe. En los ojillos negrísimos del viejo no podía leerse absolutamente nada. Era como un ídolo doblado por los años. Únicamente los labios, jalados hacia abajo en ese corte facial de quien llora, denotaban los pasados sufrimientos. Al hablar podía vérsese una dentadura blanca ajustada y pareja. [...] Los perros [...] todos ellos flacos, enjutos, como fieles representaciones de la miseria tradicional de sus dueños....³⁵⁹

En el otro fragmento, el autor continúa con la analogía hombre-animal, aunque esta vez, la utiliza para hablar del recelo que sienten los indios al hallarse frente a otros grupos sociales.

Sólo así, a hurtadillas, puede verse la estatura exacta de la raza. Sucede con ella lo que con todos los animales montaraces. Cuando se creen solos, se yerguen completamente, en todo su tamaño, pero en cuanto hay el menor indicio de peligro, ¡qué encogimiento y qué azoro! Hasta el jabalí es bello en la libertad. Estatuario, el ciervo en la soledad.³⁶⁰

Por otra parte, ya se ha mencionado que muchos de los retratos de los indios estuvieron basados únicamente en la descripción de rasgos físicos de sus protagonistas. Esto por supuesto, no quiere decir que no haya habido en las narraciones que los emplearon descripciones más completas sobre los personajes; simplemente este tipo de recursos se emplearon para describir a personajes secundarios o a aquellos que sólo servirían como telón de fondo para el desarrollo de la trama.

Algunas descripciones de personajes secundarios basadas únicamente en el retrato de las características físicas de los individuos, aparecen en la novela *Nayar* de Miguel Ángel Menéndez. En el siguiente pasaje, se describe a los indios que trabajan en una salina y a su jefe.

Indios corpulentos, cubiertos apenas con taparrabos. Brillaban al sol sus rotos y sucios sombreros de palma, su piel sudorosa.

Ese, el viejo de piel curtida, de rala barba gris y músculos potentes, es Pancho Estrada, el caimán de la Florida como le dicen los salineros cercanos a San Blas.³⁶¹

³⁵⁹ López y Fuentes, Gregorio. *El indio*, Editorial Porrúa, México, 2008, pp. 13-14.

³⁶⁰ Ídem. p. 41.

³⁶¹ Menéndez, Miguel Ángel. *Nayar*, Editorial Porrúa, México, 1991, p. 79.

Más adelante, aparece otra descripción similar en cuanto a la representación de los rasgos físicos se refiere. Aunque esta vez, se da de manera más precisa y se enfoca en señalar, de manera más puntual, los detalles del aspecto de un jefe cora.

Es un anciano cobrizo, de barba rala y blanca, encogido de puro viejo, en cuya arrugada mano tiembla, atributo de su mando, una pequeña vara con borla negra en un extremo. La sola presentación de esta vara sirve para hacer cesar cualquier reyerta entre los naturales, por enconada y sangrienta que sea. La miran en las manos del más viejo y se someten. En este hombre descansa la justicia por designación que hizo la naturaleza dejándole vivir tanto tiempo. Cuando muera, le heredará el de más edad. Nos inspecciona con ojillos apagados. Viste zapatones de ala, pantalones de tapabalazos, camisa gris desabotonada en el vientre y paliacate rojo ceñido a las canas. Nos oye sin respirar casi.³⁶²

Otro tipo de descripciones que pueden encontrarse dentro de la narrativa de la Revolución, son las encargadas de señalar ciertas cualidades o características específicas atribuidas a los indios. B. Traven por ejemplo, expresa en su cuento *Canastitas en serie*, cómo para él, la gran mayoría de los indios están dotados de cualidades artísticas.

Era un humilde campesino, pero la belleza de sus canastitas ponía de manifiesto las dotes artísticas que poseen casi todos estos indios.³⁶³

Finalmente, un ejemplo en el cual se cuenta y se compara a distintos pueblos indios del norte del país utilizando diversas metáforas como recurso, aparece de nuevo en la novela de Miguel Ángel Menéndez: *Nayar*. En este ejemplo, las descripciones metafóricas del autor se enriquecen con su propio punto de vista sobre la situación en que se encuentran los indios, dejando al final, un resabio esperanzador sobre el futuro que aguarda a estos pueblos.

Entre huicholes, coras y tepehuanos, son como diez mil depauperados: cosas que andan, que quieren volver a ser hombres. Sombreros de palma, rebozos, con huaraches y patas desnudas, que siembran y cazan y pescan y fuman o beben tesgüino y mezcal. Lloran y cantan – ¿tristes, alegres?– bajo la lluvia, la noche y el sol, a la sombra de ídolos que naufragaron pero que no han muerto.³⁶⁴

Los indios que los autores retratan comparten ciertos rasgos que los hacen semejantes entre sí, a pesar de que cada texto trate de historias desarrolladas entre grupos étnicos distintos. Las particularidades de la situación socioeconómica de cada pueblo apenas si son perceptibles, y las

³⁶² Ídem. p. 91.

³⁶³ Traven, B. *Canasta de cuentos mexicanos*, Grupo Editorial Sayrols, México, 1987, p. 10.

³⁶⁴ Menéndez, Miguel Ángel. *Nayar*, Editorial Porrúa, México, 1991, p. 112.

mejoras que supuestamente traería consigo la Revolución tampoco aparecen. En pocas palabras, los indios que los autores retratan, salvo ciertas particularidades específicas de cada personaje, son siempre los mismos: grandes masas empobrecidas con características socioeconómicas y físicas similares que viven en un estado de melancolía perpetua aguardando la llegada de tiempos mejores para su cultura y sus pueblos.

III. Reflexión del indio sobre el indio.

Uno de los sucesos más curiosos que puede apreciarse en algunas obras que integran la narrativa de la Revolución, es la reflexión que los autores atribuyen a algunos personajes indígenas sobre las propias condiciones en las que viven los indios. La parte curiosa de este recurso radica en que, a pesar de que estas reflexiones son atribuidas a indios quienes se dan cuenta de la penosa situación en la que viven, la crítica al sistema atribuida a estos personajes proviene de autores que no son indios y que, en algunos casos, ni siquiera conocieron de primera mano su situación real.

Sin embargo, este recurso resulta sumamente importante e ilustrativo, pues gracias a él es posible acceder a distintas perspectivas sobre los problemas más importantes que, según los autores, sufrieron y enfrentaron los indios aun después de la Revolución. Quizá lo más relevante de este tipo de reflexiones radique en que, a pesar de que estas no están propiamente hechas por indios, si pretenden acercarnos, de una manera empática a su sentir sobre diversos temas y situaciones. Es importante destacar también que los temas sobre los que versan estas reflexiones no se repiten, pues ningún autor trató exactamente los mismos temas y sólo plasmó en sus líneas lo que consideró más relevante.

La reflexión que presenta Gregorio López y Fuentes en su novela *El indio*, se enfoca en señalar las desigualdades existentes entre criollos e indios. Esta desigualdad obedece a siglos de persecuciones y explotación, y ha generado tal desconfianza, que hace imposible que el maestro de la ranchería que realiza la reflexión, pueda alfabetizar a los indios. Ante tal recelo, el maestro comprende que para hacer una labor de tal envergadura, primero los suyos deben de recuperar la confianza que han perdido tras siglos de abusos y dominación.

...el maestro comprendió que no iba a desanalfabetizar a los naturales como él, sino a los hijos de los criollos, trabajadores del campo, quienes en relación a los indios, se hallaban en un peldaño superior, aunque habitan las tierras bajas. La diferencia está en los niveles de las rancharías: entre los criollos y los indios media el pánico tradicional sembrado por las persecuciones y la explotación, algo así como el termómetro de la desconfianza. Los naturales, quienes en sus andanzas inciertas recorrieron los márgenes de los ríos y fundaron ciudades en los valles, cuando vino la dominación treparon por las sierras de donde sólo pueden bajar si los guía la confianza.³⁶⁵

B. Traven por su parte, señala mediante uno de los protagonistas de su novela *La rebelión de los colgados*, que la condición en que se encuentran los indios se debe a la ignorancia producida por la falta de tiempo y el exceso de trabajo, mismos que les impiden poder reflexionar en sus problemas. Ya que si bien muchos de los indios conocen la situación de otras personas que viven mejor que ellos, la falta de tiempo para pensar en ello y la opresión laboral, les impiden hacer cualquier cosa que les permita salir adelante.

Nos hace falta tiempo y, sobre todo, trabajar menos, sólo así podremos reflexionar en nuestras cosas como seres humanos en vez de mirarnos estúpidamente como bueyes que tiran de la yunta, rumian y se espantan las moscas con el rabo. A veces pienso que nosotros somos más desgraciados que los bueyes Ellos nada saben de una vida mejor, en cambio nosotros lo sabemos, hemos visto otros lugares y sabemos de otros hombres menos miserables y menos ignorantes que nosotros.³⁶⁶

Por otra parte, un indio que llega a ser gobernador en la novela *El resplandor*, da el pretexto perfecto a Mauricio Magdaleno para presentar una reflexión en un tono diferente. Magdaleno encamina esta reflexión a mostrar el potencial y las aspiraciones, pero también la ambición, la demagogia, el racismo y la explotación que son capaces de alcanzar los indios que han llegado a obtener cierto estatus, con el fin poder conservarlo y transmitirlo a su descendencia. Esta reflexión esta además enriquecida con una descripción del entorno político que rodeaba a los logreros de extracción baja, los cuales, explica el autor, se sirvieron de sus propios orígenes para poder ensalzar sus logros y conseguir sus fines, aun a expensas de los suyos.

Sentirse orgulloso de la sangre otomí que le latía en las arterias; como que a ella debía su victoria en la vida y sus habladas constantes y demagógicas: "Nosotros, los indios... Los que llevamos la sangre indígena... Los hijos del pueblo... Los de abajo, los cobrizos..." Sin embargo, cuando enamoro y obtuvo a Matilde Fuentes, un subterráneo anhelo de ser padre de criaturas de otro color había gritado en lo hondo de su instinto. Así que Rafaelito tuviera veinte años, se encontraría en posesión de un medio distinguido y no

³⁶⁵ López y Fuentes, Gregorio. *El indio*, Editorial Porrúa, México, 2008, p. 115.

³⁶⁶ Traven, B. *La rebelión de los colgados*, Selector, México, 2012, p. 165.

necesitaría andar fanfarroneando de una raza a la que ya no pertenecía. ¡Para eso le estaba labrando su buena fortunita, un nombre de prestigio y un porvenir anchuroso! En cuanto a él, era distinto. Hombre de combate, apasionado de la violencia de la política, comprendió puntualmente que en su propia extracción estaba su fuerza, por cuanto las bolas de la revolución tendían a subvertir todos los valores de su suelo. De modo que no se avergonzaba de lo que había amasado; al contrario, estaba orgulloso de poder decir: "¡Miren a uno que nació descamisado, pisoteando a todos los catrines hijos de tal por cual y recibiendo sus adulaciones, sus loas venales y sus genuflexiones!" Sentía el poder como una plenitud de su propia existencia y jamás le merodearon los viscosos acechos de las dudas en punto a sí hacía bien o si hacía mal en servirse de las mesnadas como escalones para su rápido encumbramiento.³⁶⁷

Una reflexión un tanto similar a la anterior, que gira en torno al mando y la capacidad de mandar que tienen o pueden desarrollar los indios, también aparece retratada en *La rebelión de los colgados* de B. Traven. En este pasaje, se menciona cómo los indios se dan cuenta de que el ejercicio del poder no está vedado para ellos, y que la mejor forma de aprender a ejercerlo, es usándolo. Ya que según el autor, mandar es una de las cosas más fáciles de hacer y no se necesita ser ladino o gachupín para poder hacerlo; pues hasta el más idiota, aun siéndolo, ha llegado a presidente.

Al obligar a trabajar a los empleaditos, los muchachos se dieron cuenta de algo de lo que no habían podido percatarse: de que también ellos eran capaces de dar órdenes, y que lo estaban haciendo y haciendo bien. Hasta entonces habían creído que para saber mandar era necesario haber nacido ladino o gachupín. Ahora veían que dar órdenes era la cosa más sencilla. Y si dar órdenes a los favoritos de los poderosos era cosa fácil, ¿por qué no había de serlo gobernar? Claro que gobernar no era solamente para dar órdenes, y en ello consiste tal vez el hecho de que la mayor parte de los dictadores sean unos pobres diablos. ¿Dar órdenes? Eso es cosa que hasta el más atrasado de los indios puede hacer. ¡Cuántas veces de un idiota ha salido un dictador!³⁶⁸

Pero ¿qué es lo que pasa cuando uno de los suyos llega al poder y se sirve de ellos para alcanzar su propios fines? Mauricio Magdaleno plasma en la parte final de su novela *El resplandor*, cómo después del desencanto de haber sido usados, despojados, maltratados y humillados por uno de los suyos que llegó al poder, una vieja india reflexiona entre lamentos sobre el eterno sufrir de los indios.

...cómo pudimos creer Diosito, yo ya veo que no es posible, los indios no dejaremos de sufrir nunca, Dios ayúdame [...] Estas tierras no saben más que de dolor y de sangre.³⁶⁹

³⁶⁷ Magdaleno, Mauricio. *El resplandor*, LECTORUM, México, 2010, p. 157.

³⁶⁸ Ídem. pp. 265-266.

³⁶⁹ Ídem. pp. 270,272.

Finalmente, es menester indicar que las reflexiones sobre las duras condiciones de vida de los indios, no fueron patrimonio exclusivo de los adultos. Como ya se mencionó antes, los niños también tuvieron que enfrentar las penas del trabajo en las haciendas, minas y monterías, al igual que el hambre y la ignorancia, entre otras cosas. Este tipo de vida llevaría a muchos niños a alistarse dentro de las fuerzas revolucionarias con el fin de poder aliviar, aunque fuera de manera momentánea, su penosa situación. Pero antes de alistarse, tuvieron que darse cuenta de las condiciones en que vivían y de la posibilidad de un futuro mejor; es decir, todo comenzaría con la reflexión.

Quizá la reflexión más impactante, al menos desde mi punto de vista, en este sentido, es la que ofrece también Magdaleno aunque esta vez de su cuento *Leña verde*. En dicho cuento, un niño reflexiona sobre las condiciones de vida de los indios y su trabajo.

...Era un hombrecito dócil y más parlanchín que el común de los nativos de su edad. Hacía preguntas disparatadas que el viejo no podía contestar y, pese a lo disparatadas, no exentas totalmente de agudeza.

– ¿Oiga, tata, porque los indios cargamos siempre la leña y los otros cristianos no?

O bien:

– Cuando los indios mueren, ¿'ónde se van, tata? ¡Dios quiera que no sigamos cargando leña después de muertos!³⁷⁰

Como puede verse, las reflexiones que realizan los indios sobre sus condiciones de vida, salvo un par de excepciones, están llenas de desencanto y amargura. Cuando inicia la Revolución y las primeras batallas comienzan a ser ganadas, la esperanza por fin aparece aunque esta sea momentánea, pues al final, el sentimiento de desencanto y desesperación por la falta de mejoras son una constante en todas las obras.

Como ya se mencionó, las reflexiones atribuidas a los indios sobre sus problemas no son más que eso, reflexiones creadas por los autores, atribuidas a personajes de ficción que pretenden representar a un grupo social determinado. Sin embargo, a falta de testimonios que indiquen las deliberaciones de los indios sobre sus cuitas, estos pasajes de la narrativa permiten acercarnos, aunque sea de manera somera, a las posibles formas de cavilar de los indios durante el periodo revolucionario.

³⁷⁰ Leal, Luis. *Cuentos de la Revolución*, UNAM, México, 2010, p. 137.

IV. Conclusión.

Mucho se ha reflexionado ya sobre los alcances de la literatura y la tenue o abismal división entre ésta y las distintas ramas de la ciencia que, como menciona Roland Barthes para el caso particular de la historia, está situada bajo la imperiosa garantía de la “realidad” y justificada por principios de exposición “racional”.³⁷¹ No obstante, menciona el mismo autor que la literatura “...Tiene los mismos contenidos que la ciencia: efectivamente, no hay una sola materia científica que, en un momento dado, no haya sido tratada por la literatura universal: el mundo de la obra literaria es un mundo total en el que todo saber (social, psicológico, histórico) ocupa un lugar, de manera que la literatura presenta ante nuestros ojos la misma gran unidad cosmogónica de que gozaron los antiguos griegos, y que nos está negando el estado parcelario de las ciencias hoy.”³⁷²

De acuerdo con lo afirmado por Barthes, se asume que es posible acceder mediante la literatura a distintos saberes generados en otros tiempos con respecto a uno varios temas específicos. Y aunque se ha argumentado que la narrativa histórica se distingue de la de ficción por la pretensión de verdad de la primera, valdría la pena entonces preguntarse: ¿caso los hechos o situaciones relatados en las obras que integran la narrativa de la Revolución carecen de verdad o son puramente ficticios?

Si pretende verse a la narrativa de la Revolución como un conjunto de obras de ficción fruto de la imaginación de uno o varios autores, no debe olvidarse que a pesar de su interés por narrar un hecho inventado, el escenario, los sucesos y las acciones de que esta imbuida la anécdota a contar, ofrecen la apariencia de realidad, al mencionar o basarse en algunos hechos reales, a pesar de que el autor no tenga la intención primaria de representarlos o de acreditar su trabajo en ellos. Pues así como el historiador se sirve de distintos datos y fuentes para construir su relato, privilegiando o discriminando unos y otros en el proceso, el narrador también enriquece su obra con algunos hechos reales y discrimina otros. El trabajo del historiador que se ocupe de analizar una obra literaria como fuente histórica radica en identificar justamente estas representaciones de hechos reales, contrastándolas con los datos históricos sobre un

³⁷¹ Barthes, Roland. *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*, Paidós, España, 1987, p. 163.

³⁷² Ídem. p. 14.

determinado periodo o lugar, con el fin de que el entrecruzamiento de los datos enriquezca y refuerce la narración que pretenda realizarse.

Es así que podemos asumir que desde perspectivas diferentes y bajo distintas pretensiones, tanto el relato de ficción y como el relato histórico que se entrecruzan narrando un mismo hecho, pueden servir como medio de contraste para entender de forma más completa un mismo fenómeno. La narrativa de la Revolución Mexicana como herramienta y fuente para la historia, permite acercarnos desde una perspectiva diferente a los distintos hechos sociales que integran el gran fenómeno conocido de la Revolución Mexicana, en tanto que son relatos que encierra al mismo tiempo, representaciones de la realidad y ficciones literarias.

Lo que se pretendió realizar en esta investigación, fue considerar la posible interacción entre historia y narrativa. Es decir: el paso de la historia a la narrativa y el uso de ésta como fuente para la historia. Por medio de la inclusión de ciertos pasajes de las obras literarias, se logró ejemplificar y reforzar lo que la historiografía que se encarga de estudiar la época, señala con respecto a ciertos fenómenos sociales específicos, tales como: el sistema de peonaje, la leva, el despojo de las tierras indígenas, la relación de los indios con la iglesia y su religiosidad durante la Revolución, etcétera. Este recurso permitió a su vez establecer un análisis que buscaba contrastar tanto las obras que abordaban un mismo tema, como la representación de los hechos que una y otra fuente son capaces de ofrecer para el estudio de un problema o momento específico.

Fue así que se buscó abandonar la rigidez de algunos trabajos historiográficos, para cotejar las posibles distorsiones, ampliaciones o licencias del discurso narrativo creado en torno a la Revolución Mexicana. Esto nos llevó a considerar si éste tipo de producción artística, puede aportar otra perspectiva y constituirse en una nueva fuente de estudio y/o base para la construcción de un discurso historiográfico de la Revolución Mexicana. La respuesta es que sí se puede. Gracias al cotejo de las obras literarias con la producción historiográfica, se pudieron identificar las acciones y sucesos que fueron representados en los relatos y observar cómo estos hechos históricos o sociales se transformaron o mantuvieron fieles a lo señalado por la historiografía. Esto permitió dar un paso más para entender cómo las narraciones literarias

recrearon o representaron un fenómeno poco abordado por la historia; a saber: la vida y participación de los indios durante el movimiento revolucionario.

Es necesario recalcar una vez más, que se debe ser cuidadoso al momento de analizar las obras y de ser posible, deben utilizarse varias para comparar un mismo fenómeno. Ya que tanto las obras literarias como las representaciones que en ellas aparecen, están influidas por la ideología, la formación y los intereses del autor, mismo que se encarga de sancionar, aprobar o legitimar los hechos que plasma en su obra. Por tal motivo, sólo la comparación y confrontación de este tipo de fuentes puede dar una visión más objetiva o cercana a la realidad.

Pero, de qué que nos habla la Narrativa de la Revolución con respecto al indio y su participación dentro del proceso revolucionario.

De acuerdo con los relatos, el sistema de peonaje constituyó una de las mayores formas de explotación en contra de los indios. Parte de la vida cotidiana en las haciendas implicaba, aun cuando supuestamente estaba prohibido por la ley, la participación en el trabajo de familias enteras, pues se buscaba obtener el máximo beneficio al menor costo. Los castigos físicos fueron una práctica común para alentar, escarmentar o incentivar a los peones para hacer un buen trabajo o para no actuar en contra de los intereses del “amo”. Este tipo de prácticas aunadas a otras particularidades, como las tiendas de raya, el sistema de enganche en el que hacendados y autoridades estaban coludidos, el carácter hereditario de las deudas de los peones con el hacendado, sólo por mencionar algunas, serían los principales detonantes que harían estallar la rebelión.

Otra de las causas que propiciaría el alzamiento de los indios, fue el despojo de sus tierras por parte de autoridades y hacendados. Los problemas agrarios que enfrentaron las poblaciones indígenas desde fueron una constante durante el Porfiriato y se mantuvieron mucho tiempo después de terminada la Revolución. Por tal motivo, una de las principales banderas que enarboló la lucha indígena y campesina durante el conflicto armado, fue la del reparto y la reforma agrarias.

Algunos de los ejemplos mejor logrados de la vida en las haciendas y el sistema de peonaje, pueden encontrarse en las obras *El resplandor* de Mauricio Magdaleno y *La rebelión de*

los colgados de B. Traven. El despojo de las tierras por su parte, se retrata de forma muy clara tanto en *El resplandor*, como en *Donde crecen los tepozanes* de Miguel N. Lira.

A la luz de los primeros alzamientos, los hacendados vislumbraron en los indios un peligro latente. El rencor social de las mesnadas que siempre habían denostado, tarde o temprano estallaría y buscaría arrasar con el viejo estatus construido durante siglos de sometimiento. Fue así que la oligarquía rápidamente comenzó a ver a las huestes revolucionarias como una amenaza para la paz construida con años de trabajo y esfuerzo, o como un grupo poco numeroso de alborotadores y salteadores de caminos que sólo buscaban aprovecharse de la efervescencia del momento. Es decir: el desprecio a las clases bajas siguió por parte de la mal llamada “gente de razón”, aun cuando el orden establecido por la dictadura de Díaz comenzaba a alterarse.

Ya durante la Revolución la vida de los indios que participaron en ella o que la vivieron de cerca, se transformó en muchas formas. Por principio de cuentas, la incorporación ya fuera voluntaria o forzosa a algunas de las facciones en pugna, separaría a muchas familias y trastocaría la vida de las comunidades indígenas. El alistamiento voluntario de los indios a las fuerzas revolucionarias, tuvo una mayor repercusión en los ejércitos que contaban con una base social más grande con la cual podían identificarse, o donde se hallaban los líderes surgidos de los mismos pueblos con los que sentían una mayor empatía al creer que buscaban alcanzar sus mismos fines.

El conflicto armado provocó también que muchos indios vieran en la vida castrense un mecanismo para mejorar su situación social y la adoptaron como *modus vivendi*. Fue así que el gran huracán que significó la bola para gran parte de la sociedad mexicana, subvertiría muchas de las costumbres y formas de relacionarse de los distintos grupos sociales, haciendo posibles tanto rápidos ascensos como estrepitosos descensos en la estratificación social. El vendaval de venganzas, la ola de sangre, la sed de dinero, el espíritu del saqueo y la necesidad de aprovecharse del caos reinante, también invadieron el ánimo de los indios quienes, como muchos que participaron en el movimiento armado, se dejaron llevar por este tipo de prácticas.

Mientras tanto, la religión y sus distintas manifestaciones se adaptaron al caos reinante y, al menos, en los ejércitos con mayoría indígena como el zapatista, continuaron sus prácticas. Y aunque si bien no puede afirmarse que la religiosidad indígena y su fe se mantuvieron

intactas al momento de terminar la bola, las muestras de fervor religioso por parte de las comunidades indígenas que participaron en la Revolución fueron evidentes.

Por otra parte, un sector cercano a los indios, antes y después de la Revolución fue el de los maestros rurales. Mientras otros intelectuales buscaron el abrigo de los líderes revolucionarios para afianzar una posición política o ascender o mantenerse en la escala social, los maestros, la mayoría de las veces, se mantuvieron próximos a las clases bajas y se convirtieron en los representantes y voceros de las comunidades que atendían. Las primeras muestras de una ideología indigenista, aparecerían en las obras literarias precisamente representadas como fruto de las reflexiones de los maestros, quienes al estar cercanos a los pueblos indígenas, se dieron cuenta de sus principales necesidades y buscaron ayudar a resolver el ancestral “problema del indio”. Quizá, el ejemplo más claro de un maestro cercano a las luchas indígenas y campesinas, sea por supuesto el caso del dirigente zapatista Otilio Montaño.

Pero ¿qué sucedió al finalizar la Revolución? ¿en verdad el viejo orden subvertido, la sangre derramada y los aparentes cambios sociales y políticos contribuyeron en algo a mejorar la condición de los indios?

Al finalizar la Revolución, para los indios que participaron en ella y vivieron de cerca su etapa más encarnizada, sólo quedó el desencanto. Con el triunfo del constitucionalismo, las aspiraciones de reforma social y agraria que habían enarbolado los movimientos populares, con los que mayor identificación tuvieron los pueblos indígenas, quedaron al margen o, en el mejor de los casos, pasaron a segundo plano. Muchas de las tropas indígenas fueron licenciadas cuando Carranza llegó al poder. Al deponer las armas, vieron cada vez más lejanas sus esperanzas de alcanzar una vida mejor.

Si se tiene en cuenta que los primeros esbozos de una reforma y reparto agrario real tardarían al menos quince años en realizarse, y que la institución, supuestamente encargada de instrumentar las políticas necesarias para resolver los problemas ancestrales de los indios tardaría al menos veinte años en fundarse, se podrá tener una idea aproximada de lo que el fin y la institucionalización de la Revolución significó para los indios. Si contrastamos la actitud de la dictadura porfiriana hacia las clases populares, misma que se caracterizó por el desprecio, olvido y represión; la de los gobiernos posrevolucionarios sólo variaría en que éstos se servirían primero de ellas con el fin de legitimarse en el poder cooptando a las organizaciones y

representantes populares. Cuando fallaba esta estrategia, se recurría también a la represión. De tal forma puede aseverarse que el mayor resultado de la Revolución fue la consolidación del capitalismo y de un Estado manipulado por una nueva clase gobernante estrechamente vinculada a la burguesía, en la cual los indios no tenían cabida.

Una vez analizadas las obras aquí reunidas, es posible afirmar que la mayoría de las narraciones, explícita o implícitamente, constituyen una denuncia en contra de diversos sectores de la sociedad mexicana como los culpables de la situación que prevalece en los indios desde hace varios siglos. Donde además, los narradores muestran su insatisfacción con esta situación, y con los resultados que dio la Revolución para los diferentes grupos indígenas. Ya que los gobiernos revolucionarios, según éstos, no son más que un fracaso incapaz de alcanzar la justicia social por tanto tiempo prometida al indio. Los representantes del gobierno, son retratados como logreros que sólo buscan alcanzar su propio beneficio. Por lo que las barreras de la desconfianza y el odio con que comúnmente los indios son retratados, constituyen un medio de protección después de años de abusos y sometimiento. Al final, el tono de las narraciones casi siempre es pesimista, desalentador y triste.

Queda claro que para los gobiernos posrevolucionarios el indio no fue su principal prioridad, pues ésta, fue legitimarse ante los sectores que constituían el “nuevo pueblo mexicano” emanado de la guerra intestina; del cual, evidentemente, los indios no formaban parte. Ya que como menciona Ricardo Pérez Montfort, la mexicanidad de los indios no estaba puesta en duda: “pero quedaba claro que se trataba de un mexicano que no formaba parte de ese momento. Así, aún cuando se le reconocía su participación en la formación de “lo mexicano”, la indígena era una dimensión distante, no siempre aplicable a la mexicanidad de país cosmopolita. El indio, como estereotipo, era utilizado sólo para cierto tipo de “mexicanos”: los más miserables.”³⁷³

La condición de miseria y abandono de los distintos pueblos indígenas distribuidos a lo largo del país, no ha cambiado sustancialmente con los diferentes gobiernos sucedidos tras la Revolución. La Revolución que triunfó y prometió hacerles justicia, fue una Revolución burguesa que, una vez institucionalizada, se mantuvo lejos de los indios y las clases bajas. En los estados con mayor número de población indígena, las protestas de éstos en contra de las

³⁷³ Pérez Montfort, Ricardo. *Estampas de nacionalismo popular mexicano*, CIESAS, México, 2003, p. 182.

autoridades que siguen negando y restringiendo sus derechos son constates. El paliativo en forma de programas sociales que los distintos gobiernos posrevolucionarios han instaurado, no ha sido suficiente ni ha bastado, para acallar el grito de un sector de la población que sigue clamando justicia.

Finalmente, considero que el mayor aporte que puede atribuirse a esta investigación, es tratar de rescatar la historia de un grupo social escasamente abordado en un momento histórico específico, valiéndose de medios poco estudiados para ello. A saber: la historia de la participación indígena en el proceso revolucionario de acuerdo con la narrativa de la Revolución publicada de 1930 a 1948. Lo que queda pendiente o se abre como una nueva perspectiva de investigación más inmediata, es tratar de rescatar aquello que las mismas fuentes ofrecen para describir y entender la participación del resto de los grupos sociales en el mismo fenómeno. Ya que sin duda, ellos contarán otra historia que puede ayudar a nutrir y complementar esta.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Mora, Jorge. *El silencio de la Revolución y otros ensayos*, Ediciones Era, México, 2011.
- Aguirre Beltrán, Gonzalo y Pozas, Ricardo. *La política indigenista en México*, Tomo II, Instituto Nacional Indigenista, CONACULTA, México, 1954.
- Aub, Max. *Guía de narradores de la Revolución Mexicana*, FCE, Lecturas Mexicanas, México, 1985.
- Ávila Espinosa, Felipe Arturo. *La vida campesina durante La Revolución: El caso Zapatista*, En: Gonzalbo Aizpuru, Pilar y Reyes, Aurelio de los (Coord.). *Historia de la vida cotidiana en México*, Tomo V, Siglo XX. *Campo y ciudad*, Volumen 1, FCE-COLMEX, México, 2012.
- Barrón, Luis. *Historias de la Revolución mexicana. Herramientas para la Historia*, FCE-CIDE, México, 2010.
- Barthes, Roland. *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*, Paidós, España, 1994.
- Beristáin, Helena. *Diccionario de retórica y poética*, Editorial Porrúa, México, 2010.
- Bigas Torres, Sylvia. *La narrativa indigenista mexicana del siglo XX*, Universidad de Guadalajara, Universidad de Puerto Rico, México, 1990.
- Bitrán, Yael (Coord.). *México: Historia y Alteridad. Perspectivas multidisciplinares sobre la cuestión indígena*, Universidad Iberoamericana, México, 2001.
- Blanquel, Eduardo. *Ricardo Flores Magón y la Revolución mexicana*, y otros ensayos, El Colegio de México, México, 2008.
- Blanquel, Eduardo. *La Revolución Mexicana*, En: Cosío Villegas, Daniel *et al.* *Historia mínima de México*, El Colegio de México, México, 1973.
- Boils, Guillermo. *Las casas campesinas en el Porfiriato*, SEP, México, 1982.
- Bonfil Batalla, Guillermo. *México profundo. Una civilización negada*, Editorial Grijalbo, México, 2003.
- Brushwood S, John. *México en su novela*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973.
- Burke, Peter. *¿Qué es la historia cultural?*, Paidós, España, 2004.
- Cabrera, Luis. *La Revolución es la Revolución*, en Obras completas. III. Obra política, Oasis, México, 1975.
- Cabrera Quintero, Conrado Gilberto. *La creación del imaginario del indio en la literatura mexicana del siglo XIX*, BUAP, México, 2005.

- Campo, Xorge Del. *Cuentistas de la Revolución Mexicana*, 8 Tomos, Ediciones Luzbel, México, 1985.
- Caso, Alfonso *et al.* *La política indigenista en México*, Tomo I, Instituto Nacional Indigenista, CONACULTA, México, 1954.
- Ceserani, Remo. *Introducción a los estudios literarios*, Barcelona, Crítica, 2004.
- Cockcroft, James D. *El maestro de primaria en la Revolución Mexicana*, En: *Historia Mexicana*, XVI: 4 (abr.-jun.), El Colegio de México, México, 1967.
- Cockcroft, James D. *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana*, Siglo XXI, México, 2010.
- Córdoba, Arnaldo. *La ideología de la Revolución Mexicana*, Ediciones Era, México, 1973.
- Cosío Villegas, Daniel *et al.* *Historia mínima de México*, El Colegio de México, México, 1973.
- Cosío Villegas, Daniel *et al.* *Historia general de México*, El Colegio de México, México, 2000.
- Chartier, Roger. *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Gedisa, España, 2005.
- Chartier, Roger. *El presente del pasado. Escritura de la historia, historia de lo escrito*, Universidad Iberoamericana, México, 2005.
- Cuevas Velasco, Norma Angélica. *La poeticidad como atributo de la identidad narrativa en Los de Abajo*, En: Prada Oropeza, Renato (Coord.). *La narrativa de la Revolución Mexicana. Primer periodo*, Universidad Iberoamericana Puebla, Universidad Veracruzana, México, 2007.
- Dessau, Adalbert. *La Novela de la Revolución Mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972.
- Díaz Arciniega, Víctor. *Querrela por la cultura "revolucionaria" (1925)*, Fondo de Cultura Económica, México, 2010.
- Escalante Gonzalbo, Pablo *et al.* *Nueva historia mínima de México ilustrada*, El Colegio de México, México, 2008.
- Favre, Henri. *El Indigenismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996.
- Florescano, Enrique. *El nuevo pasado mexicano*, Cal y arena, México, 1991.
- Gamio, Manuel. *Antología*, UNAM, México, 1993.
- Garciadiego, Javier. *La Revolución*, En: Escalante Gonzalbo, Pablo *et al.* *Nueva historia mínima de México ilustrada*, El Colegio de México, México, 2008.
- Ginzburg, Carlo. *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Ediciones Península, Barcelona, 2008.

Gonzalbo Aizpuru, Pilar y Reyes, Aurelio de los (Coord.). *Historia de la vida cotidiana en México*, Tomo V, Siglo XX. *Campo y ciudad*, Volumen 1, FCE-COLMEX, México, 2012.

González y González, Luis. *La ronda de las generaciones*, Editorial Clío, México, 1997.

Guerra, François-Xavier. *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, Tomo I y II. Fondo de Cultura Económica, México, 2003.

Hernández, Julia. *Novelistas y cuentistas de la Revolución*, Unidad Mexicana de Escritores, México, 1960.

Hewitt de Alcántara, Cynthia. *Imágenes del campo. La interpretación antropológica del México rural*, México, El Colegio de México, 1988.

Illades, Carlos y Sandoval, Adriana. *Espacio social y representación literaria en el siglo XIX*, Universidad Autónoma Metropolitana-Plaza y Valdés Editores, México, 2000.

Katz, Friedrich y Lomnitz Claudio. *El Porfiriato y la Revolución en la historia de México*, Ediciones Era, México, 2011.

Katz, Friedrich. *De Díaz a Madero*, Ediciones Era, México, 2004.

Katz, Friedrich. *Pancho Villa*, Ediciones Era, México, 2010.

Katz, Friedrich. *La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*, Ediciones Era, México, 1998.

Knight, Alan. *La Revolución Mexicana. Del Porfiriato al nuevo régimen constitucional*. Volumen I, Editorial Grijalbo, México, 1986.

Knight, Alan. *La Revolución Mexicana. Del Porfiriato al nuevo régimen constitucional*. Fondo de Cultura Económica, México, 2010.

Knight, Alan. *Racismo, Revolución e Indigenismo. México 1910-1940*, Universidad Autónoma de Puebla, México, 2004.

Lartigue, Luciana. *La Revolución Mexicana*, Ocean Sur, México, 2011.

Leal Luis. *Cuentos de la Revolución*, UNAM, México, 2010.

León-Portilla, Miguel. *Independencia, Reforma, Revolución, ¿y los indios qué?*, UNAM-CONACULTA, México, 2011.

Lira, Miguel N. *Donde crecen los tepozanes*, E.D.I.A.P.S.A., México, 1947.

Lira, Miguel N. *La escondida*, E.D.I.A.P.S.A., México, 1948.

López y Fuentes, Gregorio. *El Indio*, "Sepan Cuantos", Editorial Porrúa, México, 1986.

- López Fuertes, Sofía. *El pensamiento indigenista en la narrativa del ciclo de Chiapas*, Tesis de Maestría, CIESAS, México, 2009.
- Madrazo Salinas, Casilda *et al.* *Historia y literatura. Dos realidades en conjunción*, Universidad Iberoamericana, México, 2006.
- Magdaleno, Mauricio. *El resplandor*, LECTORUM, México, 2010.
- Magdaleno, Mauricio. *Cuentos completos*, LECTORUM, México, 2003.
- Mancisidor, José. *Historia de la Revolución Mexicana*, PROCULMEX, México, 1992.
- Martínez, José Luis. *Problemas literarios*, CONACULTA, México, 1997.
- Matute, Álvaro. *La Revolución mexicana: actores, escenarios y acciones*, Editorial Océano, México, 2010.
- Menéndez, Miguel Ángel. *Nayar*, Editorial Porrúa, México, 1991.
- Meyer, Jean. *La Revolución Mexicana*, Tusquets Editores, México, 2004.
- Meyer, Lorenzo. *La institucionalización del nuevo régimen*, En: Cosío Villegas, Daniel *et al.* *Historia general de México*, El Colegio de México, México, 2000.
- Millán, María del Carmen. *Antología de cuentos mexicanos 1*, Nueva Imagen, México, 2006.
- Millán, María del Carmen. *Literatura mexicana. Con notas de literatura hispanoamericana y antología*, Editorial Esfinge, México, 1984.
- Monsiváis, Carlos. *Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX*, En: Cosío Villegas, Daniel *et al.* *Historia general de México*, El Colegio de México, México, 2000.
- Montemayor, Carlos. *Los pueblos indios de México*, Ediciones Debolsillo, México, 2010.
- Monterde, Francisco. *Aspectos literarios de la cultura mexicana*, UNAM, Universidad de Colima, México, 1987.
- Morales Jiménez, Alberto. *Maestros de la Revolución Mexicana*, INEHRM, México, 1986.
- Mraz, John. *Fotografiar la Revolución Mexicana. Compromisos e iconos*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2010.
- Muñoz, F. Rafael. *20 cuentos de la Revolución*, Factoría Ediciones, México, 2010.
- Muñoz, F. Rafael. *Se llevaron el cañón para Bachimba*, Ediciones Era, México, 2007.
- Muñoz, F. Rafael. *¡Vámonos con Pancho Villa!*, Ediciones Era, México, 2007.
- Nickel, Herbert J., *El peonaje en las haciendas mexicanas. Interpretaciones, fuentes, hallazgos*, Universidad Iberoamericana, México, 1991.

- Ocampo. Aurora M., et al., *Diccionario de escritores mexicanos siglo XX. Desde las generaciones del Ateneo y Novela de la Revolución, hasta nuestros días*, (IX Tomos), Instituto de Investigaciones Filológicas-UNAM, México, 2007.
- Prada Oropeza, Renato. *Ficcionalización e interpretación en la novela de la Revolución Mexicana*, En: Prada Oropeza, Renato (Coord.). *La narrativa de la Revolución Mexicana. Primer periodo*, Universidad Iberoamericana Puebla, Universidad Veracruzana, México, 2007.
- Pérez Montfort, Ricardo. *Avatares del nacionalismo cultural: cinco ensayos*, CIESAS, México, 2000
- Pérez Montfort, Ricardo. *Estampas de nacionalismo popular mexicano*, CIESAS, México, 2003.
- Pérez Montfort, Ricardo. *Cotidianidades, imaginarios y contextos: Ensayos de historia y cultura en México, 1850-1950*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México, 2008.
- Perus, Françoise (Comp.). *Historia y literatura*, Instituto Mora, México, 1994.
- Pimentel, Francisco. *Dos obras: Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de México y medios de remediarla. La economía política aplicada a la propiedad territorial en México*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1995.
- Portal, Marta. *Proceso narrativo de la Revolución Mexicana*, ESPASA-CALPE, Madrid, 1980.
- Pozas, Ricardo. *Juan Pérez Jolote*, Fondo de Cultura Económica, México, 2012.
- Reina, Leticia. *Indio, campesino y nación en el siglo XX mexicano*, Siglo XXI, México, 2011.
- Reina, Leticia. *Las luchas armadas de los pueblos indios en la conformación del Estado Nacional Mexicano. Siglo XX*, En: Rojo Leyva, Víctor Manuel, Reyes Utrera, José Luis (Recop.), et al, *Participación indígena en los procesos de Independencia y Revolución Mexicana*, Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, México, 2011.
- Rodríguez Chicharro, César. *La novela indigenista mexicana*, Universidad Veracruzana, México, 1988.
- Rodríguez Coronel, Rogelio (Comp.). *Recopilación y textos sobre la novela de la Revolución Mexicana*, Casa de las Américas, La Habana, Cuba, 1975.
- Rojas González, Francisco. *Cuentos completos*, Fondo de Cultura Económica, México, 2011.
- Rojas González, Francisco. *La negra Angustias*, Fondo de Cultura Económica, México, 2012.
- Rubín, Ramón. *Los Rezagados. Cuentos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991.
- San José, Felipe. *La literatura mexicana, autores y sus obras desde la época prehispánica hasta la actualidad*, Panorama Editorial, México, 1983.
- Salmerón, Pedro. *La División del Norte. Los hombres, las razones y la historia de un ejército del pueblo*, Editorial Planeta, México, 2006.

- Salmerón, Pedro. *Los carrancistas: La historia nunca contada del victorioso Ejército del Noreste*, Editorial Planeta, México, 2010.
- Sandoval, Adriana. *Los novelistas sociales. Narrativa mexicana del siglo XIX 1851-1854*, UNAM-IIF, México, 2008.
- Sayeg Helú, Jorge. *Las huelgas de Cananea y Río Blanco*, México, BINEHEM, 1980.
- Schettino, Macario. *Cien años de confusión. México en el siglo XX*, Editorial Taurus, México, 2007.
- Sefchovich, Sara. *México: país de ideas, país de novelas. Una sociología de la literatura mexicana*, Editorial Grijalbo, México, 1987.
- Serrano Álvarez, Pablo. *Porfirio Díaz y el Porfiriato. Cronología (1830-1915)*, INEHRM, México, 2012.
- Silva Herzog, Jesús. *Breve historia de la Revolución Mexicana. Los antecedentes y la etapa maderista*, Fondo de Cultura Económica, México, 1990.
- Silva Herzog, Jesús. *Trayectoria ideológica de la Revolución Mexicana, 1910–1917*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984
- Speckman Guerra, Elisa. *El Porfiriato*, En: Escalante Gonzalbo, Pablo et al. *Nueva historia mínima de México ilustrada*, El Colegio de México, México, 2008.
- Speckman Guerra, Elisa. *De barrios y arrabales: entorno, cultura material y quehacer cotidiano (Ciudad de México, 1890-1910)*, En: Gonzalbo Aizpuru, Pilar y Reyes, Aurelio de los (Coord.). *Historia de la vida cotidiana en México*, Tomo V, Siglo XX. *Campo y ciudad*, Volumen 1, FCE-COLMEX, México, 2012.
- Tenorio Trillo, Mauricio. *Artifugio de la Nación Moderna. México en las exposiciones Universales, 1880-1930*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998.
- Tenorio Trillo, Mauricio y Gómez Galvarriato, Aurora. *El Porfiriato. Herramientas para la Historia*, FCE-CIDE, México, 2006.
- Torres Sánchez, Rafael. *"La bottega de la Revolución. Conflicto armado y creación artística"*, CONACULTA, México, 2008.
- Traven, B. *Canasta de cuentos mexicanos*, Grupo Editorial Sayrols, México, 1987.
- Traven, B. *La rebelión de los colgados*, Selector, México, 2012.
- Tutino, John. *De la insurrección a la revolución en México*, Era, México, 1996.
- Uriás Horcasitas, Beatriz. *Indígena y Criminal. Interpretaciones del derecho y la antropología en México 1871-1921*, Universidad Iberoamericana, México, 2000.
- Valadés, Edmundo y Leal Luis. *La Revolución y las letras*, CONACULTA, México, 1990.

Villoro, Luis. *Los grandes momentos del indigenismo en México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996.

Warman, Arturo. *Los indios mexicanos en el umbral del milenio*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003.

White, Hayden. *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, Ediciones Paidós, España, 2003.

Womack, Jr. John. *Zapata y la Revolución Mexicana*, Siglo XXI, México, 1979.

En internet:

Aguirre Beltrán, Gonzalo. En: <http://www.ciesas-golfo.edu.mx/ciesas/semblanza%20del%20dr.%20gonzalo%20aguirre%20beltran.PDF>

Entrevista realizada a Friedrich Katz por Salvador Camacho Sandoval en Julio de 1991 En: <http://www.nexos.com.mx/?p=6236>

Gómez Morín, Manuel. *1915*, En: http://www.frph.org.mx/libros/1915_MGM/1915_MGM.pdf

Larios, Marco Aurelio. *El substrato histórico en la narrativa mexicana de los siglos XIX y XX*, En: <http://www.jcortazar.udg.mx/dela/investiga/larios.php>

Madero, Francisco I. *La sucesión presidencial en 1910*, Edición facsimilar, En: <http://www.bicentenario.gob.mx/SucesionPresidencial/>

Ortega y Gasset, José. *En torno a Galileo (Esquema de las crisis)*, En: <http://ebookbrowse.com/ortega-y-gasset-en-torno-a-galileo-esquema-de-las-crisis-doc-d417025760>

Vázquez del Mercado, Angélica. *Los movimientos precursores de la Revolución y la crisis de la modernidad*, En: <http://www.inehrm.gob.mx/Portal/PtMain.php?pagina=exp-precursores-de-la-revolucion-articulo>

Plan de Ayala digitalizado, En: <http://www.ordenjuridico.gob.mx/Constitucion/CH8.pdf>

Plan de San Luis digitalizado, En: <http://www.bibliotecas.tv/zapata/1910/plan7.html>

Programa del Partido Liberal Mexicano y Manifiesto a la Nación. En: <http://www.ordenjuridico.gob.mx/Constitucion/CH6.pdf>